



LIN CHUN

CHINA Y EL CAPITALISMO GLOBAL

Reflexiones sobre marxismo,
historia y política

EL VIEJO TOPO

LIN CHUN

China y el capitalismo global

LIN CHUN

CHINA Y EL CAPITALISMO GLOBAL

Reflexiones sobre marxismo,
historia y política

Traducción de Esther Pérez

EL VIEJO TOPO

© Lin Chun 2013

Título original: China and Global Capitalism

First published in English by Palgrave Macmillan, a division of Macmillan Publishers Limited under the title *China and Global Capitalism* by Lin Chun. This edition has been translated and published under licence from Palgrave Macmillan. The author has asserted her right to be identified as the author of this Work

Edición propiedad de El Viejo Topo / Ediciones de Intervención Cultural

Diseño: Miguel R. Cabot

ISBN: 978-84-16288-56-4

Déposito Legal: B-24365-2015

Imprime: Ulzama

Impreso en España

Sumario

Prefacio	9
----------	---

PRIMERA PARTE

1. El posicionamiento de China en el desarrollo capitalista mundial	15
2. El debate de la historia: de la “sociedad oriental” a la “gran divergencia”	33

SEGUNDA PARTE

3. El socialismo chino y el capitalismo global	65
4. La política del autopoicionamiento chino	89
5. ¿Puede haber un modelo chino?	113
6. Clase, productores directos e <i>impasse</i> de la modernización	153
7. El auge de lo social: por una economía moral comunista	195

TERCERA PARTE

8. Hacia un universalismo materialista histórico	235
9. El marxismo y la interpretación de China	257

Notas	279
Bibliografía	303
Índice onomástico	325

Prefacio

Este libro aborda la cuestión de China en el mundo moderno y su cambiante relación con el capitalismo global, pasado y presente. También considera las futuras posibilidades que tiene China de redefinir esta relación, teniendo en cuenta que la historia no tiene un punto final. Solo situando al país en el contexto histórico e internacional de sus transformaciones revolucionarias, socialistas y post-socialistas puede una economía política cada vez más incrustada en el mercado global ser correctamente entendida. El propósito es comprobar si un modelo social chino renovado, como alternativa al *im-passe* eco-social de la modernización estándar y con unas potenciales implicaciones universales, es todavía posible. Crítica con los enfoques tanto económica como culturalmente deterministas, la argumentación se centra en el poder de la política transformadora.

La primera parte explica el marco general del libro, repasa la concepción que tenía Marx de la historia y de la “sociedad oriental” y analiza varios temas relevantes en los debates históricos y de historia económica comparada más recientes. La segunda parte hace una valoración crítica de las lecciones que se pueden sacar de las dos épocas del socialismo y de la reforma china como recursos para una reorientación. La tercera parte vuelve al marxismo y a sus planteamientos auto-reflexivos contemporáneos sobre la necesidad de repensar la historia mundial.

Partes de los capítulos 1, 2 y 8 son versiones reelaboradas de un artículo escrito en 2009 y publicado en *Inter-Asia Cultural Studies* (13(3), 2012). Agradezco a Taylor & Francis el permiso para reproducirlo. Estoy muy agradecida a los participantes por sus valiosas discusiones de diferentes puntos de aquel artículo en la Universidad de Wisconsin, Madison, junio de 2009; la Universidad de Zhejiang, julio de 2009, y la Universidad de Stanford, mayo de 2011, y en particular a Catherine Lynch, Tom Lutze, Sooyoung Kim, Lisa Rofel, Wang Ban, Chen Kuan-Hsing, Viren Murphy, Lv Xinyu, y Zhong Xueping. El capítulo 6 es una ampliación de una ponencia que presenté en un taller del Instituto de Investigación Social de Makerere en agosto de 2012, donde me beneficié enormemente de un animado debate.

Mi más vivo reconocimiento a mis editores, críticos y amigos, especialmente a Farideh Koohi-Kamali y a Sara Doskow, de Palgrave, así como a Newgen Knowledge Works por su constante apoyo, por su paciencia y por su meticulosa forma de trabajar; a Katherine Livingston por ahorrarme el bochorno de cometer demasiados errores en inglés; y a Cao Nanwei por encargarse del trabajo de compilar el índice; a Perry Anderson, Henry Bernstein y Mahmood Mamdani por sus comentarios críticos a diversas partes de varios borradores preliminares; a Rebecca Karl por su insistencia en la claridad; a Abha Sur por introducir trabajos e ideas de nuestra parte del mundo; a Lin Shan y a Paul Forman por su generoso apoyo logístico; y a Rosa y Cao Tianyu por su continua estimulación intelectual. También doy las gracias a Cui Zhiyuan y a Wang Shaoguang por haber compartido información conmigo durante muchos años con el espíritu de un comunismo del conocimiento.

Maurice Meisner, que en una reseña señalaba la presencia de un matiz de utopismo en mi discusión de un “mercado socialista democrático”, observa que un proyecto así es, no obstante, “histórica-

mente plausible”, y que “sin anhelos utópicos, las personas no solo perderían su voluntad de hacer historia, sino que también se quedarían paralizados en su capacidad de juzgar la historia que otros hacen por ellos.” Me sentí enormemente conmovida por su generosidad y sus puntos de vista. Dedico este libro a su memoria.

PRIMERA PARTE

El posicionamiento de China en el desarrollo capitalista mundial

Entender la posición que ocupa China en el mundo en general y con respecto al desarrollo del capitalismo como sistema mundial en particular no consiste, de ningún modo, en encontrar el lugar fijo de una entidad estática en un orden global predestinado. Por el contrario, consiste en ver cómo ha evolucionado China en su interacción con otras culturas y naciones en la era moderna, dominada por el auge y el declive del capitalismo global.

¿Qué es China? ¿Qué significa *zhongguo* o el “Reino Medio”? Esa pregunta, planteada por generaciones de estudiosos en China y otras partes del mundo, no admite una respuesta definitiva. No obstante, unas pocas premisas impregnadas de sentido común ayudan a esclarecerla. En primerísimo lugar, la (auto) identidad de China es intrínsecamente plural y siempre está en movimiento. Esto es especialmente cierto en lo que toca a su historia más reciente, una historia de experiencias revolucionarias y de desarrollo enormemente complejas que ha vivido un pueblo multiétnico, multirregional y multifacético, y que ha transformado a una de las civilizaciones o Estados más antiguos y de mayores dimensiones del mundo. De ahí que dadas esas transformaciones monumentales, dada la vasta diversidad interna y la magnitud de las influencias externas, y dados los poderes locales tradicionalmente competitivos del país, ni el Estado chino ni la sociedad china puedan verse como

un monolito rígido: no existe una “sinitud” singular, auténtica. Incluso en los orígenes de su cultura material, lo que más tarde se denominaría civilización china tenía como base un complejo entrelazamiento de una variedad de culturas prehistóricas. China, que cuenta con un repertorio escrito de procesos sociales, políticos y tecnoeconómicos que cubre entre cuatro y cinco milenios, es en la actualidad, como siempre ha sido, un país hecho de muchos mundos.

Esa propensión a la elasticidad y la inconmensurabilidad tanto de las fronteras nacionales como de las líneas divisorias internas no es, claro, distintiva solo de China, como no lo es tampoco la tendencia local a la “territorialización en el seno del Estado” (Cartier 2002). Lo que nos ocupa aquí, por tanto, es “qué China”, quién habla por ella, y por qué lo hace necesariamente en el lenguaje de las clases y el poder en su relación con el predominio político y la disputa con claros matices ideológicos por la “hegemonía del discurso” (Gao 2008: caps. 7 y 8; Vukovich 2012: 15-16). La intensidad y la extensión siempre crecientes de las comunicaciones y las migraciones masivas en las transiciones en curso en China, como ocurre en el resto del mundo, no hacen sino insuflarles a las identidades personales y colectivas un sentido de permanente fluidez.

En una bifurcación que intenta corregir la historia nacional lineal, una influyente corriente académica considera que China y el nacionalismo moderno chino constituyen, a la hora del estudio, una “falsa unidad” que debe ser “descentralizada” (Duara 1997). En contraste con ello, han florecido las narrativas provinciales nutridas por tendencias regionales y globales. No obstante, este “giro localista” debe atemperarse para no socavar las perspectivas que analizan la integridad estructural del proyecto moderno de liberación nacional y social de China. Después de todo, la significación histórica y la relevancia contemporánea de ese proyecto general no son la antítesis de la multiplicidad de situaciones chinas. Su teori-

zada síntesis es el “objeto” real ausente en los paradigmas intelectuales de los estudios de área y poscoloniales, en los que se minimiza la fuerza totalizadora del capital y el capitalismo (Harootunian 2002: 153). “Descentralizar” la historia nacional también puede producir resultados adversos cuando una modalidad positivista de investigación prioriza lo local y lo particular por encima de lo nacional, por más bifurcado que pueda (y deba) ser el análisis. Sin una percepción de la complejidad y la totalidad de los procesos de la China moderna, se perderían hasta el significado y la percepción analítica de lo local y lo desigual.

Tratar de comprender la idea de China con el uso del lenguaje usual de la ciencia social presenta dificultades intrínsecas.¹ Ni siquiera la China postimperial se ajusta bien al modelo del Estado-nación. Ese modelo nació con el surgimiento del capitalismo moderno en Europa, y requería un mercado y un gobierno nacionales unificados que se alcanzaron inicialmente por medios financiero-militares. El moderno Estado chino tampoco se ha adecuado nunca a la lógica nacionalista procedente de otras costas que postula que “la unidad política y la *unidad nacional* deben ser *congruentes*” (Gellner 1983: 1). La noción sinológica de *tianxia* representa una cosmología no espacial que postula que “todo lo que está debajo de los cielos” debe abrazar razas y culturas, incluido el intermitente gobierno del imperio por parte de una minoría, y su constante amalgama. Fue el auge del nacionalismo revolucionaria tras la primera Guerra del Opio en 1840 –que obligó a China a integrarse en el mercado mundial– junto a su alianza internacionalista con pueblos oprimidos dentro y fuera de China, lo que le confirió a la identidad china moderna una autoconciencia cohesiva. Este nuevo y más general sentido de identidad colectiva se expresó en términos de la “nación china” y el “pueblo chino” gracias a las revoluciones chinas del siglo XX. El reemplazo

de la última corte dinástica por el primer gobierno republicano, resultado de la revolución republicana de 1911, fue fruto de un “compromiso histórico” singular. Se alcanzó, tras los acontecimientos derivados de un levantamiento armado, mediante la agregación política de los revolucionarios, los constitucionalistas, los caudillos del ejército y los reformadores imperiales (Zarrow 2005: cap. 2).² La integridad territorial de China se preservó a partir de entonces bajo la bandera de un unificado “republicanismo de cinco naciones” (han, hui, mongola, tibetana y manchú).

Los comunistas siguieron luchando por la independencia nacional, pero su revolución era simultánea y radicalmente de carácter social. El programa del partido definió a los enemigos de la revolución comunista como “el imperialismo, el feudalismo y el capitalismo burocrático”, en correspondencia con lo que se describía (primero en *Democracia e ideología narodnista en China*, de Lenin, escrito en 1912) como las condiciones “semicoloniales y semif feudales” de China. Luchando contra la dominación extranjera en colusión con un *ancien regime* nacional, la revolución acumuló fuerzas en los márgenes rurales, de etnicidades mixtas. El hecho de que la revolución se propusiera no solo liberar de las potencias imperialistas a una nación china integrada, sino también del chovinismo tradicional de la clase dominante a sus minorías internas predeterminó los cimientos constitucionales de la República Popular China. Esa situación político-institucional resultó, a la vez, una ventaja vital y un estigma para la RPCh, dado que sus territorios eran una herencia del imperio qing del siglo XVII (aunque considerablemente disminuidos). De la misma manera, el innovador sistema casi federal de gobiernos regionales autónomos en diversos niveles era una bendición y una maldición. La reposesión de Hong Kong (1997) y Macao (1999) como “regiones administrativas especiales” de China fue una manifestación más de la elasticidad de las fron-

teras externas e internas de un Estado formalmente unitario.

Vale la pena señalar aquí un rasgo distintivo de la actitud de China hacia el mundo exterior. Atribuible en parte a su tradición histórica de mirarse hacia adentro, y en parte a su compromiso político moderno, por más vulnerado que esté aquí o allá, China, “a diferencia de los grandes Estados europeos, no ha intentado colonizar áreas del mundo más pobres o débiles que ella”. En términos comparativos, “a diferencia del Japón previo a la II Guerra Mundial, no ha librado guerras despiadadas contra sus vecinos... A diferencia de los Estados Unidos, no ha establecido bases militares en todo el mundo... ni enviado tropas allí donde los ‘intereses de su seguridad nacional’ parecen amenazados. A diferencia de la Unión Soviética, no ha emprendido una enorme carrera armamentista con la otra ‘superpotencia’ mundial, ni ha instalado gobiernos clientelares en las naciones aledañas a sus fronteras” (Schweickart 2011: 174). Igualmente, en lo que concierne al poderío marítimo, y en agudo contraste con las potencias europeas y sus descendientes de las colonias, “China no intentó construir un imperio de ultramar. Esa diferencia ha tenido profundas consecuencias en la distribución global de los derechos nacionales de propiedad sobre los recursos del mar” (Nolan 2013: 80). La propaganda sobre la “amenaza china” carece de base. Sin embargo, como China participa cada vez más en la competencia global por los recursos, que tiene su propia lógica, vale la pena recordar su tradición no expansionista.

Resulta interesante que se le preste atención a la peculiaridad china y no a esa virtud que la distingue del imperialismo y el colonialismo occidentales. La falta de una fragmentación “normal” del imperio, que es común a las trayectorias euroasiáticas, contradice el concepto de “nación” como antítesis del de “imperio”. A las sensibilidades intelectuales de origen europeo, esta dualidad espacio-temporal de ambas formas les parece un obvio anacronismo. Su

fusión descriptiva (como una entidad política extraña y atrasada) y conceptual (que alude a las disparidades entre la zona china y Europa) les resulta totalmente errónea desde un punto de vista histórico, e indicativa de un desarrollo frustrado: “imperio” significa premodernidad y despotismo, a diferencia de la “nación” soberana moderna, que es capaz de alcanzar el progreso y la democracia. Como aclara Wang Hui, criticar las “narrativas históricas [eurocéntricas] que identifican la modernidad con el Estado-nación” y este con el capitalismo, equivale a discrepar de la “oposición binaria China-Occidente”, en la que a China (y a su “esfera de influencia”) se le niega el debido reconocimiento histórico como “nación” o “imperio” (Wang 2007: 16-18; 2011: 73-85). Según una afirmación paternalista frecuentemente citada, la China de Lucien Pye no es más que “una civilización que finge ser un Estado-nación” (1992: 1162).³ Esa descripción ha resistido el paso del tiempo y en ocasiones se emplea admirativamente (p. ej. el “Estado-civilización” de Martin Jacques en 2011), pero la noción de una “desviación” china tiene un contenido muy arraigado que alude a la inadecuación o a la insuficiente modernidad del país.

Estas oposiciones binarias no tienen en cuenta el hecho de que el modelo del Estado-nación es provinciano, obsoleto y autocomplaciente. No explica al menos tres fenómenos sustanciales de nuestros tiempos. En primer lugar, los Estados multinacionales se han convertido en la norma. Segundo, el imperialismo es capaz de secuestrar los poderes democráticos y convertir una democracia en algo que le resulta incompatible: un imperio.⁴ Y tercero, existe siempre una diferencia categórica entre naciones oprimidas y opresoras, y entre nacionalismos defensivos y agresivos. Tras evitar la desintegración imperial, la Constitución secular, independiente y socialista de la RPCh simboliza los incontestables logros modernos del país. El compromiso con la centralidad del “pueblo” es un in-

dicador definitivamente moderno de una comunidad política soberana, llámesele cultura, civilización o Estado (multi) nacional. Esto hace que las dicotomías que oponen una Europa paradigmática a una China deficiente resulten hipócritas y carentes de sentido.

En el mismo sentido, “China” no parece ajustarse a ninguna de las taxonomías de formaciones sociales “más puras” generadas fuera de sus fronteras. A diferencia del sistema soviético, a la nueva China le preocupaban sus propias condiciones: las de una economía política con una base rural. Incluso en sus empeños de industrialización, China se resistió a los acercamientos estalinistas al tema y formuló sus propias políticas y métodos de gobernanza. Además, a pesar de de sus afinidades y estrechos vínculos con movimientos de liberación nacional y construcción nacional poscolonial, los caminos de la China revolucionaria y posrevolucionaria se apartaron histórica y decididamente de los procesos que tenían lugar en los países del Tercer Mundo capitalista. Estas complejidades, que reforzaron los prejuicios existentes en la sinología europea y en los estudios de área norteamericanos, han tenido un papel en “convertir en un gueto” (término tomado de Hough 1977, aplicado allí a la soviología) los estudios sobre China. Por lo pronto, se mantiene la tendencia a buscar síntomas patológicos en el caso chino. Tanto la exclusión como la autoexclusión desempeñan un papel en esta deslegitimación ideológica. Ella proyecta, de modo conveniente, la “anormalidad” y la “particularidad” a fin de validar lo “normal” y lo “universal”. La idea de “normalizar” la vida política de China, presente en la ideología reformista, tiene que ver, precisamente, con su integración global a un universo capitalista.

Si “China” es, a la vez, concreta y elusiva en su significación, en el otro extremo de la relación, el capitalismo global es ubicuamente tangible. Las naciones y las sociedades se han visto inmersas en sus

“condiciones epocales”, creadas, desarrolladas y estabilizadas en los últimos siglos. Esas condiciones globales interactúan con situaciones locales específicas a través de fuentes de poder económico, político, militar e ideológico (Mann 1986: 2, 22-30), y de fuerzas demográficas, geográficas y ecológicas. Por tanto, el capitalismo como modo de producción y extracción es totalizador, pero está simultáneamente fragmentado en clases, Estados y mercados en conflicto, además de otros componentes y agentes estructurales que operan a favor o en contra del sistema.

Para Marx, la época de la transformación global capitalista conectó por primera vez las economías y culturas desarticuladas con las que comenzó la historia mundial. La especificidad histórica de la época se resume de manera brillante en el *Manifiesto comunista*: el capitalismo revoluciona constantemente la producción al tiempo que transforma las relaciones precapitalistas. La burguesía, que emana de Europa, atrae a todas las naciones al mercado mundial mediante el rápido perfeccionamiento de los instrumentos productivos y los medios de comunicación. La necesidad de expansión del mercado proyecta a la clase burguesa por toda la superficie del globo: debe anidar en todas partes, asentarse en todas partes y establecer conexiones en todas partes, con lo que inventa un mundo a su imagen y semejanza. La violencia colonial no está en el centro del *Manifiesto*, pero Marx y Engels señalan enfáticamente que el “libre comercio” de materias primas baratas es la “artillería pesada” que “derrumba todas las murallas chinas” ([1848]1998: 38-40). En los escritos de Marx y Engels sobre la conquista global capitalista no escasean ni la condena moral ni la racionalización instrumental. Denuncian la barbarie colonial manifiesta en el saqueo y la destrucción de sociedades originales, y los asesinatos, la esclavización y el comercio de pueblos autóctonos. Los “promotores de la civilización” “beben néctar en las calaveras de las razas inferiores”, mien-

tras los productores directos se ven obligados a convertirse en esclavos expropiados y explotados o en asalariados que venden su fuerza de trabajo. De ahí que la acumulación primitiva capitalista escriba una página “en los anales de la humanidad con letras de sangre y fuego” ([1867]1971: 146, 738; en Avineri 1969: 93).

Entre las conceptualizaciones fundamentales del marxismo sobre la expansión global del capitalismo, destaca la del “desarrollo desigual y combinado”. Esta tesis tiene que ver con el potencial “privilegio del atraso”, descrito inicialmente por los *narodnik* rusos y confirmado por los teóricos bolcheviques. Dada la perspectiva de que las revoluciones proletarias remuevan los bastiones del capitalismo, un socialismo en los “eslabones débiles” de las cadenas imperialistas podría alcanzar económicamente a las regiones más avanzadas (Trotsky 1959; Rosenberg 1996; Veblen 1990: 253). La lógica presente en esta perspectiva de que los márgenes puedan alcanzar al centro mediante la compresión de etapas de desarrollo más regulares anticipa la idea del desplazamiento de los centros de poder del sistema global. Cuando una China floreciente iba a la cabeza del mundo con su producción, Europa era atrasada y se ubicaba en la periferia global. Posteriormente, el declive de China y el auge de Europa brindaron otro ejemplo de desarrollo desigual en la historia mundial. Cuando un centro se torna demasiado rígido para abrirse al aprendizaje y la adaptación, cuando su estabilidad se convierte en inflexibilidad o estancamiento, pierde sus ventajas y comienza a desarrollar vulnerabilidades. Entonces llega el momento de que se forme y crezca un nuevo centro (ver análisis de caso en Amin 1980).

En la teoría del sistema mundo, el estudio del capitalismo comienza con el “largo siglo XVI” (1350-1650), cuando este comenzó a crecer a nivel global. Para esa teoría, la historia de esta formación sistémica consiste en un proceso de implacable acu-

mulación de capital, no solo en lo interno de los países implicados, sino también mediante la colonización, las guerras interimperialistas, el intercambio desigual entre países ricos y pobres, y la penuria y la subordinación de las periferias (Amin 1976; Frank 1978; Wallerstein 2004). En el mismo sentido, el “espacio” es una atractiva herramienta de análisis del “materialismo histórico-geográfico”. La “solución espacial” capitalista alude tanto a los flujos de capital a través de las fronteras en forma de inversiones físicas como a la función de paliar o transferir las crisis. En el mismo sentido que los análisis anteriores, estos estudios subrayan el “desarrollo geográfico desigual” de la “acumulación por desposesión” impulsada por la clase y el Estado capitalistas en su búsqueda de ganancias sostenidas (Harvey 2006 42-46, 90-109; 2010; Arrighi 2009).⁵

Como aventura de construcción de hegemonía, el desarrollo capitalista depende en particular de redes de poder regionales y globales. Esas redes permiten el movimiento aún más libre de un capital internacional cada vez más financiarizado (Arrighi 1994: cap. 1, 96ss; 2007: 89-96, 140-161). La observación relativa a la financiarización del capitalismo tiene su origen intelectual en el análisis marxista clásico del capital financiero, la sobreacumulación y el imperialismo llevado a cabo por Rosa Luxemburg (*La acumulación del capital*), entre otros. Esas tendencias, incrementadas por una economía virtual y el “capitalismo de casino” (Strange 1986), escindidos en buena medida de la producción material real en la era posterior a Bretton Woods, han llegado a un clímax y engendrado una serie de crisis financieras. La pérdida de la capacidad fiscal sin un patrón oro ni una balanza de pagos internacional les han permitido, en primer lugar a los Estados Unidos, incrementar y exportar libremente su inflación, su crédito y su déficit, junto a la liberalización de las transacciones en inversiones especulativas. Esta “nueva arquitectura financiera global” facilita la transferencia in-

ternacional de “capital ficticio excedente” en forma líquida a cualquier lugar donde resulte más rentable (Harvey 2010: 16, 30).

Entre los pensadores no marxistas, el capitalismo es considerado una “economía comercial” moderna convergente y la forma final de la evolución histórica. Varios de ellos reconocen sus problemas, pero estiman que los superan ampliamente su necesidad y sus ventajas: producción y circulación aceleradas, propagación de valores liberales, derechos individuales y democracia de mercado, o correlación de fuerzas internacional. Un enfoque más interesante es el que sigue el rastro de los ciclos de negocios del capitalismo a la luz de periódicas “destrucciones creativas” que, siguiendo a Marx, se consideran generadas desde el interior del propio sistema por sus éxitos tecnológicos y de innovación. Esos ciclos pueden incluso llevar a una conversión socialista, gústeles o no, mediante los aparatos reguladores, el acomodo corporativo y la sindicalización de los trabajadores (Schumpeter 1962). En una percepción especialmente crítica del capitalismo moderno como una transformación socialmente destructiva, la desoladora utopía del “mercado autorregulado” se considera potencialmente “aniquiladora de la sustancia humana y natural de la sociedad”. De ahí que necesariamente se levantará un predecible “doble movimiento” de autodefensa social (Polanyi 2001: 3, 45ss, tercera parte). Esta crítica resuena directamente con los actuales costos y tensiones sociales del desarrollo en China; la integración al mercado y la mercantilización del trabajo y del conjunto de la sociedad parecen haber ido más lejos en China que en la mayoría de los antiguos Estados comunistas y las economías en transición. No es necesario añadir que, habiendo experimentado una revolución autóctona y un radicalismo profundamente anticapitalista, los chinos no deberían haber necesitado tal demostración procedente de una fuente foránea.

Para lo que nos ocupa aquí, a saber, las trayectorias pasada y

futura de China en términos de su posición en el sistema mundial o la evolución de su relación con la economía política capitalista global, resulta particularmente relevante la distinción que establece Fernand Braudel entre mercado y capitalismo. Para él, ambos tienen que ver con el incremento acumulativo de la riqueza material y monetaria, así como con el comercio a corta y larga distancias, constitutivo de actividades productivas y comerciales con una base local y global. Pero el “capitalismo” no es meramente una “economía de mercado” y depende de una constelación estructural específica de promoción y protección estatales (1980: 31, 34, 48; 1992: 232-238). En vez de enfatizar la “plusvalía”, que es un elemento central del concepto marxista de “base económica”, esta observación no marxista confirma la importancia de las funciones proactivas o reactivas del Estado en la “superestructura” (no le prestemos ahora atención al hecho de que los marxistas hace tiempo que dejaron de emplear esas metáforas). Braudel también resulta relevante porque esa distinción resulta espléndidamente vindicada por la economía tradicional china: a pesar de su compleja agricultura, su avanzada especialización, su artesanado y sus extendidas prácticas comerciales que precedieron con mucho al capitalismo europeo, China no evolucionó hacia una estructura capitalista propia. En otras palabras, no existe un vínculo obligado entre la producción de mercancías y el capitalismo, entre el capital comercial y el industrial, o, más específicamente en el caso de China, entre un “crecimiento *a la* Smith” y la industrialización capitalista.

Aún más: el capitalismo, con sus tendencias monopolistas, constriñe el desarrollo de una economía de mercado competitiva. La distopía de un “capitalismo antimercado” describe de modo realista el monopolio del capital privado y el estatal, que puede sofocar la competencia al hacerse con el control del mundo de los negocios y dominarlo.⁶ Para evitar el monopolio de “los intereses de quienes

se lucran”, que “implica siempre una ampliación del mercado y un estrechamiento de la competencia”, Adam Smith presupone el papel visible del soberano que activa y regula la competencia intercapitalista para que el mercado funcione en función del “interés social general” (citado en Arrighi 2007: 47-49, 166).

No importa que Smith haya sido “leído más allá de lo que realmente dijo” por diferentes interpretaciones. El consenso de que la capacidad del Estado sigue siendo un factor crucial en el desarrollo, a pesar de limitaciones globales cada vez más invasivas, no requiere ninguna validación clásica. Los gobiernos de Occidente emplearon en otros tiempos medios “duros” y “blandos” para ampliar los mercados y extraer recursos de las colonias; y algunas formas de “estado desarrollista” en el Oriente fueron protagonistas de historias exitosas de desarrollo tardío. “El capitalismo solo triunfa cuando se identifica con el Estado, cuando es el Estado” (Arrighi 2007: 92). En la historia del capitalismo, los conceptos de “comercio” y “conquista” a menudo son intercambiables. En la propia Europa, en los albores del capitalismo, la integración del mercado se vio dificultada con menos frecuencia por la existencia de un Estado “ilimitado” que por el hecho de que los Estados eran demasiado restringidos. Las necesarias contribuciones del Estado al crecimiento económico resultaron ser “la centralización del gobierno, la reducción de la búsqueda de renta descentralizada y la creación de mercados viables”. Solo entonces pudo Europa iniciar su “proceso de siglos para alcanzar, en lo relativo a bienestar y tecnología, a la economía más avanzada de la época, la China ming-ching” (Epstein 2000: 169-171).

Hasta ahora, el capitalismo ha sobrevivido a sus recurrentes crisis económicas y políticas, incluidas las dos horrendas guerras mundiales y las guerras frías y calientes aún en curso. Sus avances y retrocesos han seguido dándole forma a las oposiciones y resistencias

intrínsecas al sistema, que a su vez le dan forma a este último. Desde una perspectiva histórica, la trayectoria típica del capitalismo industrial que tuvo su origen en Europa no es, a pesar de su alcance en un orden transnacional de parámetros epocales, un curso “natural” replicable en otros lugares. Por el contrario, la época capitalista circunscribe los desarrollos nacionales y locales. Por tanto, la interpretación errónea de la concepción marxiana de la historia, que la describe como una “teoría etapista” lineal universalmente aplicable, no tiene sentido y es rechazada desde hace largo tiempo en los círculos marxistas serios. Que los reformistas chinos la hayan revivido para validar su alejamiento del curso socialista constituye solo un signo de pobreza intelectual y bancarrota política. Al final, el propio capitalismo histórico debe entenderse como un entorno abierto de transformaciones dinámicas y fluctuantes. Ha sido hecho, rehecho y retado o desafiado por eventos y secuencias de origen local, en especial (y tautológicamente) los que demostraron ser mundialmente históricos, como las revoluciones sociales. En la época capitalista, cada sociedad se encuentra inmersa en interacciones relacionales con el movimiento global. Este tráfico de dos vías refleja, a la vez, las aperturas y los límites del sistema.

Por tanto, ubicar a China (o a cualquier otro país en desarrollo) en el mundo y la historia mundial no puede consistir en medir la distancia temporal que la separa de una proyección de modernización estándar encarnada en el capitalismo liberal. La cuestión real no es cómo pueden alcanzar, los que llegan tarde, las “normas modernas”, superando sus defectos inherentes o resarciéndose por las oportunidades perdidas. La cuestión es que el Tercer Mundo no tiene posibilidades de emular al Primero, para no hablar de si ello es o no deseable. Las ventajas históricamente específicas y los métodos moralmente viciados de ese último son demasiado palpables para ignorarlos. Además, con la evolución de los parámetros epo-

cales y el desplazamiento de los centros de poder, la génesis y la expansión del capitalismo no siguen ninguna ley inexorable del desarrollo. La esencia del proceso consiste solamente en su sincronía estructural y su desigualdad espacial. La “civilización convencional” de la universalidad del desarrollo, los valores, las instituciones y la teleología capitalistas –ilusoriamente celebrada por las elites intelectuales de las “sociedades en transición”– no existe. De hecho, la posición de China (y de cualquier otra nación) en el planeta no solo se define a partir de las condiciones epocales, sino también de su capacidad para modificar esas condiciones. Esa capacidad, que se magnifica fácilmente en las coyunturas históricas trascendentales, tiende a ser omitida por un discurso derrotista sobre la inevitabilidad del capitalismo, por un lado, y por narrativas escapistas, autocongratulatorias, sobre lo local, lo particular y lo híbrido, por el otro.

Una importante implicación conceptual de esta relación dialéctica es que si toda sociedad debe entenderse en términos de su posicionamiento interactivo en un mundo de globalización capitalista, ese vínculo o “interculturalidad” implacable es lo que explica que no hay pueblo sin historia.⁷ La historia mundial debe entenderse “como un todo, una totalidad, un sistema” de interconexiones en cadenas causales interrelacionadas que se extienden más allá de las poblaciones singulares. Por tanto, la concepción de los “pueblos sin historia” es una ficción desdeñable. Todo pueblo tiene una historia, incluidos los aparentemente irrelevantes para el curso histórico particular que condujo a la formación del capitalismo industrial y que fueron barridos por ese proceso; y cada historia resulta inteligible al relacionarla con otras historias y con toda la historiografía (Wolf 2010: 385).

El marxismo, que insiste en que el capitalismo es histórico, se niega a aceptar el cierre ideológico que supone identificarlo con la

modernidad (Meszaros 2008: 55). La historia se desbloquea al chocar contra las tensiones y contradicciones que existen en el interior del paradigma moderno capitalista. Considérense los electos evolutivos de la construcción y la destrucción, así de como las rupturas revolucionarias y de la decadencia y los reveses contrarrevolucionarios. Marx –para no mencionar a Mao Zedong, quien lanzó una Revolución Cultural preventiva– alertó contra la perversión de la revolución, gracias a la cual podía regenerarse el “viejo lodo” del pasado (1867). Considérense también las temporalidades y espacialidades que se solapan en el seno de la modernidad, sobre todo los desarrollos modernos no capitalistas. En la teoría crítica, las teologías medievales mantienen una presencia en la modernidad, y ese “anarquismo necesario” es también, paradójicamente, “análogo a las sensibilidades posmodernas” (Cole y Smith 2010: 28). Tomado en conjunto, el tiempo mundial secular de Weber como significante sociológico no es ni meramente acumulativo ni unidireccional. Está signado por trayectorias no lineales, compresiones, saltos y botes. Está puntuado por alteraciones, giros, retiradas y disputas. La historia no es, no puede ser, determinista o singular. Pluralizar el tiempo y diversificar la modernidad le resulta inherente a toda historiografía honesta. Al igual que el “espacio social” es un “medio de control y, por tanto, de dominación, de poder” (Lefebvre 1974: 26), “resulta importante quién es dueño del tiempo” (Buck-Morss 2010: 68-69), esto es, del tiempo como cuestión de relaciones sociales históricamente específicas. El tiempo fracturado de la política cataliza la simultaneidad del pasado y el futuro en el presente, lo que hace insostenible la historia whig, incluso en sus versiones más novedosas. Antes de proceder a análisis más concretos, vale la pena subrayar que el sentido de la historia –si no la ciencia histórica misma– no debe tener ilusiones teleológicas: la historia no tiene fin, y el progreso puede negarse a sí mismo. Confinada a sus pará-

metros estructurales, aunque transformable en última instancia, la era del capitalismo no es más que un camino abierto de luchas y posibilidades.

El debate de la historia: de la “sociedad oriental” a la “gran divergencia”

Para posicionar a China en el mundo moderno en términos de su relación con el capitalismo desde el punto de vista del materialismo histórico, algunos conceptos académica o políticamente influyentes acerca de la China tradicional merecen que les prestemos una atención especial. Marx y Engels tomaron el término “sociedad oriental” de los pensadores más renombrados de Europa. Junto con él, heredaron algunos de los principales presupuestos y categorías de los imaginarios (tempranos) de la Europa moderna sobre Asia, de la mayoría de los cuales se ha demostrado que carecían de confiabilidad factual o interpretativa. Marx escribió profusamente sobre la “cuestión oriental”, que no se limitaba al Asia geográfica, aunque su reflexión intelectual siempre estuvo centrada en el capitalismo, y no en sociedades consideradas precapitalistas, excepto las que le resultaban útiles para entender la génesis del capitalismo. Entre sus artículos de periodismo político sobre formaciones sociales lejanas, el análisis más conocido es el emblemático “juicio dual”, que combina demandas de moralidad y racionalidad, y que empleó para el caso representativo del dominio británico sobre la India: el tratamiento que Gran Bretaña le daba a la India era, a la vez, un crimen colonial y un instrumento de la historia, porque al quebrar la estructura social y las relaciones autóctonas, producía “la única revolución *social* de la que se ha tenido noticia en Asia” (Marx en

Avineri 1969: 93). Engels compartía buena parte de esa visión y, más allá de Asia, consideró, por ejemplo, que los esclavos conquistados del sur de Europa eran los “fragmentos residuales de pueblos” descritos por Hegel, convertidos en “paladines fanáticos de la contrarrevolución”. De ahí que los alemanes y el resto de los que mantenían sometidos a los esclavos constituyeran “el vehículo fundamental del desarrollo histórico” (Engels [1849]1977: 233).

Un concepto central de la teorización de Marx sobre el Oriente es el “modo de producción asiático” (MPA). Ese concepto, con razón “desterrado” muchas veces, ha ejercido una gran fascinación política e intelectual. Formulado en la *Contribución a la crítica de la economía política* de 1859, el concepto de MPA implica dos características básicas: estancamiento y despotismo. Tras ellas yace toda la tradición de la filosofía social europea, después de un episodio romántico en el que pensadores de la Ilustración (encabezados por Voltaire) miraran admirados al Oriente y a China como modelos que Occidente debía imitar. La “esclavitud generalizada” de “igualdad absoluta” y “servilismo asiático” bajo el “despotismo oriental” se convirtieron en referencias comunes en el discurso occidental sobre el Oriente, de Montesquieu a Condorcet, de Hegel a Marx (Dawson 1964: cap. 1). Aunque Marx no se separó decisivamente de la percepción hegeliana de los pueblos sin historia, él y Engels apoyaron resueltamente las luchas nacionalistas de liberación de los irlandeses, los polacos, los judíos, y también de los chinos.

Pero Marx profundizó para brindar una explicación socioeconómica de la economía política del Oriente intemporal: la ausencia de propiedad privada sobre la tierra y de nobleza hereditaria, y, por tanto, de divisiones de clase, era “la clave del secreto de la *inmutabilidad* de las *sociedades* asiáticas... lo que contrasta vivamente con la constante disolución y refundación del *Estado* asiático”. A pesar de los cambios dinásticos cíclicos, “la estructura de los elementos

económicos de la sociedad permanece intocada por las nubes de tormenta del cielo político” ([1867]1971: 352). En un capítulo de los *Grundrisse* sobre las “formaciones económicas precapitalistas”, el centro de la argumentación de Marx se desplaza de “la ausencia de propiedad privada sobre la tierra” hacia “la unidad autosostenida de manufactura y agricultura”. Esa unidad, que era la racionalidad organizativa básica de las comunidades aldeanas “contiene en sí misma todas las condiciones para la reproducción y la generación de un excedente”. Debido a ello, “la forma asiática necesariamente se mantiene con la mayor tenacidad y durante el tiempo más prolongado” ([1867]1973: 486).

A diferencia de la India (pre) mongola, China no constituyó un caso primario para la formulación del MPA. Pero se la colocaba en el mismo saco por sus supuestas similitudes estructurales con la India. No obstante, las noticias que corrían en las décadas de 1850 y 1860 eran que la “semicivilización podrida” como un “fósil viviente”, inmune al cambio, había sido “puesta en contacto con el aire libre” por “el cañón inglés de 1840” (Marx en Avineri 1969: 188ss). Y Marx no vio ninguna dificultad para vincular la intranquilidad en China con el “próximo levantamiento de los europeos” ([1853]1979a: 93). “Puede ser, por supuesto, que el socialismo chino guarde la misma relación con el socialismo europeo que la filosofía china con el hegelianismo”, dado que la sucia guerra de las drogas había sacudido un lugar que “vegetaba en las fauces del tiempo”. Así que cuando los “reaccionarios europeos”, en su próxima marcha por Asia llegaran a la muralla china, quizás leyeran la siguiente inscripción: “*Republique Chinoise: Liberté, Egalité, Fraternité*” (Marx en Avineri 1969: 49-50). Esa predicción sobre la reacción colonial, ese giro instintivo de su pensamiento acerca de los cambios revolucionarios en la sociedad oriental, resulta verdaderamente notable. Medio siglo después, Lenin viviría para ser testigo

del verdadero “despertar de Asia” con la revolución republicana de 1911 en China, cuando la “cultura Europa” resultó ser reaccionaria, mientras que los “bárbaros asiáticos” eran progresistas. Las batallas internacionales se libraban “entre el Occidente imperialista contrarrevolucionario y el Oriente nacionalista revolucionario” ([1913]1977a: 65; ([1913]1977b: 99-100). Este juicio, que es sin duda más que un comentario al pasar, anticipaba una concepción de la historia enteramente nueva en la que el Oriente marcharía a la cabeza.

El concepto de MPA fue objeto de encendidos debates en el antiguo bloque del Este. En China, el gran debate social sobre la historia que se desarrolló en las décadas de 1920 y 1930 acerca de la naturaleza de la sociedad china fue sumamente influyente (Dirlik 1978: 191-207; 1994: 24ss). Más tarde, en un contexto muy diferente, se produjo una oleada de reinterpretaciones del concepto inmediatamente después de la Revolución Cultural (Rapp 1987; Brook 1989; Sullivan 1990). Ambos debates tenían un fuerte componente político y su fondo era definir la coyuntura histórica y las apremiantes tareas que esta les planteaba a los actores políticos. En el primer caso estaba en juego el programa revolucionario de los comunistas, y en el segundo, la urgente preocupación era el inminente proyecto de reforma. En fecha más reciente, una creciente historiografía revisionista ha vuelto a traer perversamente a la palestra pública el MPA, como un espectro cuya presencia no se admite, y de nuevo, con un propósito político. El raro reavivamiento del anticomunismo de la Guerra Fría, casi anticlimático, ni siquiera ha producido nuevos términos. Se echa mano de epítetos ideológicos muertos que se hacen eco de convenientes descriptores del modo asiático, tales como “totalitarismo” y “tiranía burocrática”. Específicamente, los historiadores *new age* omiten las experiencias históricas chinas de lucha de clases entre los propietarios de la tierra y

los campesinos sin tierra, codo a codo con los campesinos pobres y medios. En consecuencia, no toman en cuenta los lazos políticos y económicos forjados desde mediados del siglo XIX entre las potencias imperialistas-burocráticas y la multifacética institución china del landlordismo, aun si en la época las grandes propiedades no eran muy comunes en ciertas regiones, y la desigual tenencia de la tierra no era la única causa de la pobreza rural (Yang 2009). Para ellos, la contradicción que ha recorrido la historia china es exclusivamente la existente entre un Estado autocrático y la población (sin clases). Es claro que en una historia “asiática”, el análisis de clase no tiene espacio, el “feudalismo” es un término erróneo, y la revolución agraria resulta superflua o sencillamente equivocada.

En la teoría comunista china, el término “feudalismo”, tomado de Europa y Japón, es un apelativo política y lingüísticamente conveniente para aludir a las relaciones sociales imperantes en la China rural. Resulta en buena medida irrelevante si se desarrollaron o no en China elementos de un sistema feudal típico, dado que el término apuntaba a la estructura social-clasista fundamental del país para los fines de la movilización revolucionaria. Sin que implicara una sustitución inexorable del feudalismo por el capitalismo en una ortodoxia seudomarxista que plantea una secuencia universal de las sociedades, el término no solo era conceptualmente permisible, sino también estratégicamente necesario para la formulación de la ideología y los programas comunistas en la época. Con claridad meridiana, se reconocía que “la contradicción entre el imperialismo y la nación china, y la contradicción entre el feudalismo y las grandes masas del pueblo, son las contradicciones básicas de la sociedad china moderna” (Mao [1939]1991: cap. 2).

La disputa actual tiene que ver con la “clase”, una palabra clave en lo que concierne a las realidades de una transición capitalista en China que, no obstante, es silenciada en la ideología reformista,

que se pretende apolítica. Pero las políticas de “sin discusión” y desarrollistas de Deng Xiaoping han sido aclamadas como pilares ideológicos fundamentales. La empresa revisionista consiste en canalizar la actual indignación pública de la subyugación y la explotación de clase hacia el control y la violencia del Estado, como si ambas cosas no estuvieran relacionadas. En esa perspectiva de “despotismo oriental” resucitada, la contradicción social fundamental de la China actual sería la existente entre un Estado comunista ilegítimo (porque sus dirigentes no son electos) y los ciudadanos individuales en tanto propietarios privados y actores en el mercado (quienes presumiblemente optarían por eliminar al Partido Comunista). Pero la polarización y los conflictos entre el capital y el trabajo, los que tienen y los que no tienen, o los “vencedores” y los “perdedores” en un mercado inclemente son imposibles de negar. La cuestión reside en que incluso si ese dudoso antagonismo entre el Estado y los ciudadanos contiene una importante verdad, solo un verídico análisis de clase puede revelar el factor crucial de la alianza entre el Estado y el capital. Obviamente, el debate sobre el MPA en China no ha tenido que ver con la validez empírica o conceptual del modelo original, sino con su función política inmediata. Los críticos de los regímenes pasados y presente en la historia china, tanto los marxistas como los antimarxistas, han blandido como un arma poderosa el diagnóstico de Marx acerca de la perpetua reproducción de un modo de producción cerrado sobre sí mismo que es un obstáculo para el progreso y constituye el cimiento del despotismo.

Las bases empíricas y conceptuales del MPA son, a no dudarlo, frágiles. En el caso de China, una abundante documentación histórica y archivística confirma que la tenencia privada de la tierra se desarrolló temprana y profusamente, al igual que una aristocracia terrateniente. Los florecientes mercados chinos, junto con una econo-

mía campesina parcialmente mercantilizada durante buena parte de la era imperial, estaban entre los más avanzados del mundo pre-moderno (cf. un panorama de la literatura en Wang X. 2011). Ese comercio local, considerado por algunos una forma de capitalismo mercantil o comercial (por oposición al capitalismo industrial), se desarrolló sin destruir una antigua economía moral, integrar mercados comerciales a cortas y largas distancias ni crear una insaciable clase “burguesa”. Ello permitió el logro de algunas maravillosas conquistas productivas y sociales por fuera del alcance del Estado central. Aunque Marx parece haber conocido la existencia de la propiedad privada de la tierra en China (Meisner 1963: 103), su argumentación siguió centrada en la organización familiar que combinaba la agricultura a pequeña escala y la industria doméstica como el rasgo fundamental del MPA y de las formaciones comunales primitivas en general.

En lo relativo al poder del Estado, la tesis de la “sociedad hidráulica” (Wittfogel 1957) ha sido rechazada en lo fundamental por responder a razones ideológicas y no ajustarse a los hechos en grandes extensiones de los imperios eurasiáticos y del sur de Asia. En China, donde los grandes proyectos de irrigación superaron en escala y organización a los llevados a cabo antes en la India, por ejemplo, sí tiene resonancias. Pero debido al norte nómada y abrupto de China, la defensa era un fardo presupuestario y administrativo constante y probablemente más pesado para el gobierno imperial. Una comparación interesante sería con el uso común de la guerra por parte de las monarquías europeas, existieran o no disputas fronterizas, a fin de financiar sus Estados y palacios. Aunque enfrentaban ciertos retos institucionales en sus territorios (planteados por las iglesias o los parlamentos), esos Estados eran, en realidad, señores de la guerra “absolutistas”. Las guerras entre los Estados, sumadas a las conquistas coloniales, permitieron el nacimiento del

capitalismo financiero (Tilly 1984; 1992).¹ De ahí que la funcionalidad de un “despotismo” confinado al Oriente resulte incoherente. No hay duda de que variantes modernas del “Estado fiscal-militar” (Glete 2001) siguen dominando la política internacional en nuestros días, solo que ahora son cien veces más poderosas.

La noción de unos gobernantes orientales que gozaban de un poder irrestricto es igualmente sesgada. Excepto quizás durante unos pocos períodos de reinos de minorías recién establecidos, que tenían que ser extraordinariamente controladores para consolidar su poder, el imperio histórico chino era gobernado de modo bastante laxo, dados sus vastos y diversos territorios. La autonomía local tradicional tenía sus raíces socio-geopolíticas en el hecho de que, como dice el refrán, “el cielo está alto y el emperador muy lejos”. Además, a los emperadores se les podían imponer múltiples límites, algunos de los cuales –y no los menores– corrían a cargo de sus ministros y consejeros. En vez de los equilibrios y controles institucionales de Europa, lo que más se desarrolló en China fue la burocracia. El ideal confuciano de orden político que, por cierto, nunca desplazó por completo al legalismo y otras filosofías políticas autóctonas, subrayaba el gobierno moral, por más vago o engañoso que pueda ser ese concepto. Los funcionarios –estudiosos provenientes de la nobleza rural de quienes se esperaba que observaran el *li* o rito confuciano y que fueran honorables guardianes de la moral y la legitimidad– eran los responsables de interpretar el “mandato del cielo”. Ese mandato formaba parte del mecanismo cultural de la meritocracia y la limitación del poder estatal.

Por tanto, una historia descriptivamente más verídica y rica demuestra que la interpretación de Marx contenía tres equivocaciones. El “Oriente” sí tenía su propia dinámica de cambio (lo que niega el estancamiento); podían producirse –y se produjeron– cam-

bios que no desembocaran en el capitalismo industrial (lo que niega la equiparación entre industrialismo y capitalismo); y las intervenciones imperialistas podían obstruir, y de hecho obstruyeron, el desarrollo autóctono (lo que niega la tesis de que las sociedades asiáticas requerían de conmociones de procedencia externa para producir un cambio social, y también la racionalización instrumentalista del colonialismo). El escenario que insta a la intervención imperialista sigue siendo desastroso en un mundo ostensiblemente poscolonial. No obstante, Marx tuvo también una intuición histórica luminosa que se contrapone a lo esencial del modo asiático: no tuvo ninguna dificultad para predecir el surgimiento de revoluciones en Asia que podrían detonar y hacer avanzar el movimiento comunista internacional.

Las críticas conceptuales del MPA se concentran en sus discrepancias prescriptivas. Existen al menos dos objeciones teóricas de importancia. En primer lugar, en el constructo marxiano de la historia mundial, las sociedades asiáticas “precapitalistas” son sobre todo pasivas y están a la espera de la integración capitalista. El concepto de MPA, que tiene como base una aguda dicotomía entre el dinamismo occidental y la inmovilidad oriental, es un ejemplo de autocomplacencia del marxismo que resulta perturbador. Deja muy poco espacio para un potencial genético de desarrollo no capitalista o de desarrollo independiente no occidental de carácter capitalista. Además, excluye el estancamiento o la regresión del capitalismo, más allá de las crisis cíclicas y de su eventual derrumbe. Añádase que la falta de una distinción conceptual entre no capitalista y pre-capitalista le confiere a la visión del mundo de Marx un tono teleológico. En la teoría de la modernización, aún dominante, y bajo la obvia influencia del marxismo, el desarrollo no capitalista resulta inconcebible. Para nuestro autoindulgente conocimiento moderno,

el capitalismo es el único camino hacia la modernidad, o la única forma que esta adopta.

La otra objeción tiene que ver con la lógica conceptual del “modo de producción” mismo. El concepto de modo asiático se aplica a menudo como un equivalente oriental de otros sistemas primitivos (de la antigüedad, germánico, eslavo, etc.), como el primero y más primitivo de todos los sistemas, o como un “sexto” sistema excepcional.² Es, en cualquier caso, un paria *vis à vis* los modos de producción paradigmáticos: primitivo, esclavista, feudal, capitalista y comunista (Marx [1857] 1964; Marx y Engels [1846] 1968: 7-13). Mientras que cada uno de los modos de producción típico y sucesivo previo al futuro comunismo sostiene una relación dialéctica con el que lo sustituye, en la caracterización del modo asiático no está presente la contradicción emergente entre sus fuerzas productivas y sus relaciones de producción, condición que se considera necesaria para cualquier transición a un modo de producción superior. La noción de MPA, que depende de fuerzas externas para el cambio y que, por tanto, se aparta de la senda normal de la evolución de las sociedades, carece de la coherencia necesaria de una construcción conceptual acertada en ese marco analítico. Si “la dialéctica del desarrollo histórico no funciona en Asia”, la teoría de la historia de Marx se diluye debido a una inconsistencia lógica (Avineri 1969: 5-6, 13).

Más específicamente, si el monopolio estatal de la renta no se diferencia de los impuestos y tributos, o si el Estado (y su burocracia) es a la vez el propietario de la tierra y el soberano bajo cuyo gobierno no pueden especificarse las divisiones entre las clases explotadora y productora (Marx [1894] 1993: 790-791), entonces el modo de producción asiático resulta difícilmente validable según la formulación general de los modos de producción; su lógica contradice esa importante terminología marxista (Hindess y Hirst

1977: 178-182, 192ss). Esta crítica, no obstante, puede no afectar al otro significado del concepto: Marx lo emplea también para referirse a las épocas históricas que corresponden, pero no se limitan, a los procesos específicos de producción, circulación y distribución (Bernstein 2013: 316).

El concepto de “modo de producción tributario”, acuñado por Samir Amin (1976) e incorporado por algunos influyentes antropólogos e historiadores teóricos, reduce las dificultades que aparecen a la hora de conceptualizar ciertas experiencias no occidentales y, por ende, marginalizadas, de organización y evolución social. El modo de producción tributario, que aborda fundamentalmente el polémico tema de la universalidad del feudalismo, “contrapone a los receptores y los productores de tributos y da espacio a la competencia militar y política en el seno de las clases contendientes y entre ellas” (Wolf 2010: 386). Amin, quien considera que el modo de pago de tributos es la forma más extendida de sociedad de clases precapitalista, enfatiza la separación entre el campesinado y la clase gobernante, que monopoliza las funciones políticas del Estado y las funciones económicas de extracción. “Esta circunstancia imposibilita reducir las relaciones de producción a relaciones legales de propiedad, y nos obliga a considerar las relaciones de producción en su plena significación original” (1976: 15-16). En otras palabras, dado que la división en clases se considera subdesarrollada en las sociedades asiáticas, un uso más riguroso del modo tributario sirve para denotar que “el Estado controla *tanto los medios de producción como a la clase dominante*, y ‘dispone ilimitadamente del plustrabajo total de la población’” (Rudolf Bahro citado en Banaji 2010: 23). De manera similar, se ha propuesto un “modo de producción campesino” en el que las formas de producción simple de mercancías tienen como base el manejo patriarcal de la familia y la labor de subsistencia. Esta “versión con un nuevo elenco” de los regímenes

tributarios “puede ayudar a resolver el problema del modo de producción asiático, vindicando la visión de Marx acerca de las peculiaridades de la historia y, a la vez, superando su modelo obsoleto” (Banaji 2010: 94-102, 356). Otra referencia distinta al sistema tributario es específica del orden regional histórico del Este de Asia, centrado en la autoridad cosmológica china sobre una jurisdicción precaria con o sin difíciles fronteras territoriales del imperio. Reunía con un lazo tributario de protección, subordinación y coexistencia a los súbditos “bárbaros” del emperador, a sus vasallos semindependientes y a sus vecinos más pequeños.

De vuelta a Marx, resulta notable que el MPA tenga una connotación temporal más que espacial. El significante “asiático” no limita el concepto al Asia geográfica; el MPA se refiere a un modo de producción específico en un proceso transhistórico que puede encontrar resonancias en sitios tan dispares como México, Perú y la Europa celta. Un ejemplo es la famosa analogía de Marx en la que caracteriza a las familias rurales y las aldeas aisladas y autosuficientes de Francia como “magnitudes iguales”, como “un saco de patatas” que se reproducen infinitamente a sí mismas. Su incapacidad de autorrepresentación explicaba el golpe de Luis Bonaparte, dado que necesitaban un gobernante absoluto ([1852]2005: 84-85). De modo similar, Lenin ve una afinidad rusa en el imperio zarista semiasiático, que mostraba “los rasgos opresivos del sometimiento asiático” (en Lowe 1966: 58-60).

Como señala Eric Hobsbawm, la sucesión de modos de producción históricos del análisis marxiano es meramente observacional, “tal vez no en un orden específico predeterminado” hijo de una dinámica interna predestinada ([1964]2011: 148). La propiedad privada teóricamente inexistente en el modo asiático, por ejemplo, enmascara la real propiedad tribal/comunal, que puede conducir a varios tipos de Estado “más despóticos o más democrá-

ticos” ([1964]2011: 148). El feudalismo, un ejemplo típico, se originó por la conjunción de la conquista militar germánica y los enclaves agrícolas romanos conquistados. No fue resultado de una revolución social inducida por las contradicciones internas de la esclavitud. Por tanto, no existe una lógica secuencial entre las formaciones esclavista y feudal. Como ya se ha señalado, el interés de Marx en las sociedades “precapitalistas” residía solamente en su valor explicativo respecto a los orígenes estructurales o contingentes del capitalismo. De hecho, como solo el feudalismo había experimentado una transición hacia el capitalismo, es probablemente el único modo de producción previo al capitalismo que atrajo su atención teórica. Después de todo, tras redactar el *Manifiesto* no volvió a bosquejar ningún mecanismo con pretensiones de ley acerca del derrumbe de las comunidades preclasistas ni de su paso a un modo de producción superior (Hobsbawm [1964]2011: 156, 171). El Oriente, que en buena medida carece de un vínculo causal con el desarrollo capitalista, ocupa un lugar insignificante en la concepción marxista de la historia.

Pero, ¿por qué es tan importante el capitalismo en la perspectiva marxista? ¿Ese concepto nos resulta dispensable dada nuestra comprensión moderna del “capitalismo” y la “modernidad” como términos fácilmente intercambiables? El capitalismo tiene que ver con capacidades productivas sin precedentes y, tanto para los liberales como para los marxistas, con derechos individuales y democracia política. La diferencia, por supuesto, radica en que la gran narrativa del materialismo histórico no se limita a las vicisitudes de la génesis, el desarrollo y la globalización del capitalismo; aborda también la historicidad del capitalismo: sus crisis predecibles, su derrumbe y reemplazo futuros. La alternativa al capitalismo, que debe incluir no solo las experiencias no capitalistas y anticapitalistas conocidas

históricamente, sino también y de manera muy especial las luchas actuales y los imaginarios potenciales, es donde comienza el debate más útil. Sin embargo, esta búsqueda exige un salto adelante epistemológico en la moderna producción de conocimiento y en la dominación simbólica que ejerce. Porque lo históricamente contingente ha sido convertido en inevitable: la “historia” se transforma en “naturaleza” y el orden existente se naturaliza en nuestro “habitus” inconsciente (Bourdieu 1977: 164), nutrido también, sin dudas, por una socialización ideológica consciente.

Las siguientes equiparaciones habituales, aunque señaladas en valiosas críticas, nunca desaparecen del todo de los debates relevantes: primero, se equiparan el mercado y el capitalismo, haciendo a un lado la existencia de mercados muy desarrollados sin una trayectoria capitalista arquetípica en China, la India, Indochina y el mundo árabe “premodernos”, por ejemplo. Segundo, se equiparan el industrialismo y el capitalismo, con lo que se pierde de vista no solo el antiguo capitalismo mercantil, en el que los artesanos y los trabajadores por lo general no se transformaban en trabajadores fabriles asalariados, sino también un capitalismo cada vez más financiarizado que depende de una economía virtual. El tema no es la desindustrialización de las economías postindustriales que externalizan la producción manufacturera a “mercados emergentes”, sino el papel de la industrialización socialista en una economía real (que analizo en los capítulos siguientes). Esto nos lleva a la tercera equiparación: la del capitalismo y el desarrollo, que excluye la modernización socialista entre otros procesos que no se ajustan a los estándares capitalistas. Esas equiparaciones, que están en línea con la preocupación intelectual dominante con la modernidad capitalista, producen una circularidad que nos retrotrae a las confusiones histórica e intelectualmente rechazadas entre desarrollo y occidentalización, occi-

dentalización y modernización, y modernización y capitalismo.

El perdurable atractivo del Oriente marxiano resulta visible incluso en el debate radicalmente antieurocéntrico iniciado por la célebre escuela de historia económica comparada de California. Sobre todo mediante la comparación entre la China qing y la Inglaterra georgiana-victoriana, los estudiosos establecen la existencia de una avanzada “era asiática” previa a 1800 para explicar el auge de Europa y el declive de China/Asia como principales productores e innovadores tecnológicos del mundo. La “gran divergencia” entre los dos caminos estuvo signada por la revolución industrial, que permitió sobrepasar a las economías previamente más avanzadas hacia inicios del siglo XIX. La premisa de la validez y la superioridad del capitalismo en términos de progreso histórico no se suele poner en cuestión en esta fascinante indagación. En consecuencia, al no deshacerse del acostumbrado umbral del capitalismo industrial, esta interpretación no logra esclarecer las persistentes percepciones “asiáticas”. A pesar del empleo de una *lingua franca* hecha a la medida, que evade el “modo de producción”, buena parte de las ideas desacreditadas acerca de los defectos del Oriente siguen presentes en ella.

Por tanto, no ha desaparecido el clásico acertijo de Weber: ¿cuál es la explicación de que China no emprendiera una revolución industrial (con todos sus supuestos beneficios materiales y morales) y le dejara ese hito histórico mundial únicamente a los europeos? Esta pregunta genérica se plantea repetidamente de distintas maneras en relación con diferentes rasgos del fenómeno, desde la riqueza y la productividad hasta la cultura, la ciencia y la tecnología. La atmósfera de triunfalismo del capitalismo liberal una vez concluida la Guerra Fría no ha hecho sino añadirle fuerza. No obstante, esta vez puede que la respuesta no esté implicada en la pregunta misma,

que no presta atención a la cuestión fundamental de que el capitalismo es financiera, social y ecológicamente insostenible.

La respuesta de Max Weber es ejemplar. Sostiene que en ausencia de un desarrollo institucional de la organización política y económica semejante al derecho romano, que incluyera el trabajo libre, “no existían en China las formas legales ni las bases sociológicas de la empresa capitalista permanente”. Ello se debía en parte a la escala continental del poder chino, y en parte a la falta del profesionalismo necesario para una racionalización de la aristocracia rural-burocracia. Un Estado centralizado, pero patrimonial, y sus regímenes de comercio, sofocaron a una burguesía naciente y una comercialización más extendida, y monopolizaron la circulación de ciertos bienes esenciales o le impusieron impuestos excesivos. La tesis cultural de Weber, que invoca la moral protestante y la ética del trabajo para subrayar la íntima conexión existente entre el cristianismo y el capitalismo, revela su menosprecio por los conservadores *literati* confucianos (Weber 1968a: 100-104; 1978: 196, 202, 315-336). Haciéndose eco de Marx, señala también que las ciudades orientales eran lugares de consumo suntuario, rituales mandarinescos y políticas cortesanas, y no de producción, gremios y asociaciones civiles. Eran de una especie diferente a los pueblos o talleres autónomos, y al comercio también autónomo de Europa y el Mediterráneo en la antigüedad y los inicios de la edad moderna (Weber 1968b: 290-292, 327; 1986; Skinner 1977). Se plantea que el hecho de que Weber conocía muy poco acerca del Oriente no reduce ni siquiera un átomo el valor de su interpretación. La posición global económicamente avanzada de China en vísperas del despegue europeo “no logra sino hacer aún más oportuna la pregunta de por qué fue Europa y no China la que produjo una revolución industrial” (Runciman 1978: 288).

El diagnóstico weberiano, que subraya la carencia de institu-

ciones liberales que hubieran podido promover mejores funciones del mercado y de una clase burguesa en China, tiene muchos seguidores en los análisis institucionalistas y entre sus críticos (Rosenthal y Wong 2011). Además de la falta de constitucionalismo, legalidad y derechos de propiedad, también se considera que un sistema tradicional de tenencia de la tierra y una organización social de pequeña producción autosostenible (recuérdese el diagnóstico inicial de Marx) carecía de un mecanismo para recompensar la competencia y la innovación. Se afirma entonces que, dada la falta de incentivos y fuerzas adecuados para estimular la productividad y ponerles freno a los monopolios, China recompensó a las clases parásitas y a la inversión no productiva. A la vez, la explicación culturalista señala que las maneras de pensar chinas bloquearon una revolución cognitivo-científica basada en las matemáticas y la experimentación, junto con sus aplicaciones productivas y tecnológicas (Needham 1976: sec. 19; Elvin 2004; Goldstone 2008). Otros obstáculos que se señalan son las restricciones estatales a las aventuras oceánicas que fueran más allá de la exhibición o la concesión de riquezas imperiales, y a la participación en el comercio internacional; el culto y el sistema de clanes ancestrales, y una tradición en lo que toca a la herencia que fragmentaba una y otra vez los bienes de la familia, al no favorecer al hijo mayor (como en Europa Occidental, donde la estabilidad y la acumulación de la propiedad favorecerían la reinversión) (Levy 1963: caps. 3 y 5); el conservadurismo agrícola sustentado en el cultivo del arroz dependiente de la irrigación y el policultivo, que frenó la división del trabajo; y muchos factores climáticos, geográficos y demográficos. También se mencionan con frecuencia las devastaciones causadas por los levantamientos sociales recurrentes durante la historia dinástica, que tenían sus raíces en la tendencia sistémica a privar al excedente de mano de obra rural de los medios de producción, me-

diante la concentración de tierras, la existencia de un campesinado sin tierra y la destrucción de la agricultura de subsistencia.

El acertijo chino, rechazado por la crítica eurocéntrica, por considerarlo mal concebido, ha estimulado, aun así, fructíferas investigaciones. Su reformulación china en el debate comunista es la problemática del llamado capitalismo embrionario: ¿había surgido –y de ser así cuándo, cómo y por qué– un capitalismo endógeno (en fecha tan temprana como la China song, como plantean algunos, mientras que otros prefieren afirmar que fue en el período ming-qing) que luego fue desmantelado por las fuerzas combinadas de la reacción foránea y nacional? Salen aquí a la luz cuestiones relativas a asuntos tales como los derechos a la tierra, las relaciones entre las clases, el difícil crecimiento de una burguesía nacional y las debilidades del Estado. Se insiste en la separación entre la acumulación de capital y la inversión productiva –el dinero se destinaba en lo fundamental a la compra de tierras y la usura– para explicar la carencia general de un impulso industrializador. Esa habría sido la razón de los intentos gubernamentales, pocas veces exitosos, de controlar las transacciones comerciales, dado que la concentración de la tierra afectaba negativamente tanto a la producción como a la tributación. Es en este punto también donde el tradicional énfasis chino en la agricultura difería de los métodos de los fisiócratas y los mercantilistas europeos. Era una política de la que dependían unos ingresos seguros, la estabilidad fiscal y un sistema de reserva de granos que empleaba el mecanismo de los precios para equilibrar las buenas y las malas cosechas. Después de todo, China no era un imperio colonial erigido sobre la extracción en ultramar. Por la misma razón, la complicidad cada vez mayor entre las clases poseedoras de tierra/dinero y los funcionarios/señores de la guerra locales a inicios del siglo XX destruyó las bases agrícolas de la economía y la sociedad rural chinas. Ello, unido a una

crisis nacional cada vez más profunda, puso a China inevitablemente en el camino de una revolución que liberara sus legendarias, aunque en ese momento sofocadas, fuerzas productivas.

Entre los estudiosos no chinos, Mark Elvin apunta a la “trampa del equilibrio a un alto nivel” de China para denotar la disparidad entre una fuerza de trabajo abundante y barata y unos recursos físicos escasos, en especial la tierra. Arguye que dada la severa presión demográfica, el costo de la transacción era demasiado elevado para que resultara racional cualquier importante adaptación tecnológica (Elvin 1973: 314ss). De manera similar, Philip Huang plantea que desde el siglo XIV la agricultura familiar del delta del Yangtsé experimentaba un proceso paralelo de crecimiento de la producción total y disminución de los retornos marginales. Describe el fenómeno (siguiendo a Clifford Geertz) como un “crecimiento involutivo sin desarrollo”, una paradoja consistente en relaciones de producción cuasi-capitalistas de una agricultura comercial con base en un nivel precapitalista de productividad e ingresos (Huang 1990: 11-18, cap. 5). Kenneth Pomeranz explora los cuellos de botella ecológico-económicos que frenaron la protoindustrialización regional al sur del Yangtsé (*Jiangnan*) alrededor del año 1800. Ello contrasta agudamente con la Europa del capitalismo temprano, donde presiones ecológicas comparables resultaron aliviadas por la colonización. El botín del Nuevo Mundo les proporcionó a las grandes economías europeas tanto una salida para el exceso de población como una fuente de productos primarios con el uso intensivo de la tierra (Pomeranz 2000: 22, 239, 287-288).³

Según los “euomarxistas”, esa involución cuantitativa sin una transformación cualitativa solo puede explicarse por la pequeña gestión agraria, atrasada e incapaz de realizar una eficiente inversión de capital o el necesario perfeccionamiento tecnológico. En particular, el derecho al usufructo de la tierra sin su propiedad formal

les permitía a los pequeños campesinos permanecer asentados en las tierras mediante un trabajo cada vez más intensivo y reproducirse a sí mismos. Por tanto, *Jiangnan* no estaba en condiciones de competir con economías más socializadas como la de Inglaterra, donde la claridad legal relativa a las relaciones de propiedad protegía a los detentores del derecho y brindaba incentivos productivamente progresivos (Brenner e Isett 2002). Este argumento, que obviamente le debe mucho al análisis original de Marx sobre las comunidades aldeanas cerradas, exige cierto examen. Una cosa es priorizar las relaciones de propiedad, posición que comparten marxistas y liberales de mercado para explicar la naturaleza de una economía política, y otra totalmente distinta es insistir en la centralidad de un marco legal-político para el funcionamiento ordenado de una economía, que puede no requerir derechos de propiedad “claros” para el dominio privado, como proclaman los institucionalistas neoclásicos.

Iluminador resulta también el argumento de las herramientas y los mercados financieros subdesarrollados de China, atribuible, paradójicamente, a la posición hegemónica del país en el Este de Asia. A diferencia de Europa, donde las frecuentes guerras hacían necesario un elaborado sistema de créditos (Ertman 1997), el imperio chino, firme en su dominio y en relativa paz, no necesitaba préstamos. En el siglo XVIII, los administradores imperiales incluso crearon casas de empeño que actuaban como prestamistas. No obstante, sin una presión comparable para financiar guerras incluso en el punto más alto de su crecimiento, China no estableció un plan equilibrado de tasas y recaudación de impuestos (y, tampoco, por ende, la forma capitalista de representación política de los contribuyentes). Tampoco forjó una estructura fiscal unificada, una política monetaria independiente o un presupuesto público, lo que, no obstante, más o menos se compensaba mediante el buen fun-

cionamiento de acuerdos informales basados en las relaciones personales, los vínculos familiares, las asociaciones y las redes clánicas.⁴ El intento de reforma, ya avanzado el período ming, encaminado a establecer un único impuesto en plata sobre la base de un estudio nacional de la tenencia de tierra resultó inefectivo. En términos de industrialización, la ventaja china de gozar de una paz y una estabilidad comparativas se convirtió en una desventaja para el desarrollo. A pesar de la existencia de bancos y actividades de préstamo muy capaces en la China central y costera, la deficiente financierización fue un obstáculo tanto para la acumulación de capital como para la soberanía fiscal. Por el contrario, la financierización y la soberanía fiscal fueron los factores que le dieron impulso al capitalismo en Europa (Rosenthal y Wong 2005: 14-18).

Como los comerciantes europeos no podían contar en Asia con las reservas de crédito a las que estaban acostumbrados en sus países de origen, echaron mano a la plata americana. China (junto a la India) se convirtió entonces en un “pozo sin fondo” de apetencia por los metales preciosos en circulación. La entrada de plata y su monetización le resultaban tan vitales a una economía china ahora abierta que el país comenzó a sufrir una dependencia monetaria de la oferta foránea y las tasas de cambio externas. Esta situación resultó onerosa no solo desde el punto de vista económico, sino también del político. Si el capitalismo fue “*deliberadamente* frustrado por el Estado” en China (Braudel 1984: 217, 490-491, 520), el Estado, a su vez, se vio socavado por el arbitraje monetario del patrón plata determinado en el emergente mundo capitalista (Frank 1998: 134-139; Han 2009: 152-161, 295).⁵ La angustia china tenía exactamente la misma fuente que el lucro y el poder europeos. La suma cósmica en monedas de plata que los imperialismos occidental y japonés le impusieron a China por concepto de reparaciones mediante las guerras (de las drogas), el saqueo y los tratados

desiguales es también una parte indispensable de la historia.

Además, pero también a pesar de lo que había sucedido en los siglos precedentes respecto a la reconfiguración de las clases, la autonomía social, el uso de maquinaria y las reformas políticas, entre 1800 y 1820 se produjo una brusca caída de los excedentes agrícolas. Fuera o no que el declive de China estuviera históricamente determinado (incluso antes de su encuentro con Occidente), y sea que la historia de China se lea a una luz positiva (enfaticando los logros en infraestructura pública y mitigación de desastres, por ejemplo) o negativa (subrayando rasgos como la autocracia), la naturaleza y la capacidad del Estado son de la mayor importancia. Este elemento puede considerarse una contribución original del modelo del MPA, por lo demás insuficiente. El debilitamiento de un Estado central otrora fuerte y capaz privó a China de un requisito político para la industrialización, aun cuando él mismo formara parte del problema.

Los nuevos historiadores económicos comienzan a transformar el debate eliminando la pregunta “¿Por qué no China?” Una estrategia práctica consiste en desestandarizar los patrones de cambio que se dieron en Europa mediante la pregunta “¿Por qué Inglaterra/Europa?” en lo que toca a la revolución industrial y “¿Por qué no Inglaterra/Europa?” en relación con los logros no occidentales. Para comenzar a responder a esa última pregunta, por ejemplo, se señala que una burocracia meritocrática más o menos mantuvo “un orden político estable e integrado” en China desde alrededor del año 1100 (Wong 1997: 72ss, 290). Más atrevidamente, y centrándose en la construcción del Estado, consideran que los chinos inventaron el “Estado moderno” durante la dinastía qin (221-206 a. C.), la primera dinastía unificada, aunque de corta vida. La unificación qin de la civilización china (antes meros territorios) requirió los Anales

de Primavera y Otoño y los Reinos Combatientes.* Ya para esa época, entonces, el Estado chino mostraba “muchas de las características, si no todas, que Max Weber definió como esencialmente modernas”. El “gran sistema han” de los próximos 400 años le dio continuidad al sistema qin y desarrolló una burocracia racional que más tarde replicaron prácticamente todos los gobiernos modernos (Fukuyama 2011: 125-126, 134-138). El sistema de reclutamiento chino para esa burocracia era mucho más “moderno” que los occidentales posteriores al Imperio romano, ya que abandonó la incorporación de la aristocracia hereditaria siglos antes que Europa y adoptó el empleo de exámenes civiles diseñados para excluir un sesgo de clase. Durante varios siglos, China no solo fue la mayor economía y el mayor comerciante del mundo, sino que también contó con sofisticadas leyes, regulaciones y aparatos administrativos. Se aplicaban políticas gubernamentales y microrregulaciones, facilitadas por una medición estandarizada de los bienes y la existencia de una única moneda y de una red de rutas de transporte por tierra y agua en todas direcciones.

De ahí que la pregunta clásica se convierta en su contrario y pase a ser “¿Por qué China?” en vez de “¿Por qué no China?” y “¿Por qué Europa?” Las evidencias reunidas en una literatura sumamente reveladora muestran una economía y una sociedad chinas durante las dinastías tang-song y ming-qing que, en sus partes y en conjunto, era mucho más avanzada que las de los europeos durante su prolongada “edad oscura”.

Los seguidores de una metodología “internista”, por otra parte, rechazan toda evaluación comparativa. Se centran en lo que China

* Respectivamente, manuscritos confucianos sobre una nueva manera de gobernar y un período de la historia china caracterizado por enfrentamientos entre reinos (N. de la T).

ha logrado de modo independiente, sin considerar las similitudes con Europa. No obstante, afirmar que algo es auténticamente “autóctono” o *sui generis* desde el punto de vista del desarrollo puede ser problemático.⁶ Aunque resulta moralmente atractivo e intelectualmente coherente, el internismo, en primer lugar, no resulta funcional. Los parámetros globales capitalistas han difuminado inexorablemente, y cada vez más, las fronteras entre lo endógeno y lo exógeno. Las dificultades económicas y la intranquilidad política chinas en torno al paso de la dinastía ming a la qing, por ejemplo, no estuvieron aisladas de la crisis mundial del siglo XVII. Los sistemas monetarios chino y global estaban estrechamente vinculados, como evidencia la grave inflación que se produjo en China en esa época por la reducción de la entrada de plata (Wakeman 2009: 27-35). Otro ejemplo que descalifica todo juicio “independiente” del estímulo regional es la ligazón entre China y Asia Oriental. Después de todo, “el mundo y la región han estado en el corazón de la nación”, y “solo integrando el afuera con el adentro podemos ver la historia en toda su plenitud” (Duara 2009: 1, 17). Ni China ni Europa pueden abstraerse de sus respectivas posiciones históricas y referencias transculturales, dado el cada vez más intenso doble proceso de “transnacionalización” (el desarrollo de ciudades globales y clases transnacionales, por ejemplo) y “translocalización” (sobre todo, las migraciones) (Dirlik 2011a: 294).

Si se considera el capitalismo industrial de modo más amplio que en sus manifestaciones europeas modernas, habría que abandonar muchas expectativas basadas sobre la experiencia europea. En primer término, en China y algunos otros lugares del Oriente, cercanos y lejanos al punto de vista europeo, se aprecia una magnificente modernidad “premoderna” (siguiendo la cronología europea). Según algunas estadísticas ampliamente citadas (aunque no siempre consistentes) relativas al desempeño económico compa-

rado, el volumen del comercio entre Europa y Asia/el Medio Oriente era mucho mayor que el intraeuropeo a lo largo de las eras medieval y moderna temprana. Más de un Camino de la Seda y otras numerosas rutas comerciales florecieron alrededor de los puertos y las ciudades asiáticos, árabes y mediterráneos desde tiempos de la dinastía han. El Oriente llegó a ser “la mayor de todas” las regiones económicas del mundo; y durante buena parte de los dos primeros milenios, China fue la mayor economía y el mayor mercado “nacionales” (Braudel 1984: 484ss; Arrighi 2007: 321).⁷ Se estima que hasta 1820, las economías china e india sumadas representaban más o menos la mitad de la producción global. Por ejemplo, dominaban la producción de textiles terminados, que se convirtieron en uno de los comercios señeros de la Europa que se industrializaba. Las presiones competitivas provenientes de Asia eran tan grandes que los británicos tuvieron que producir una “revolución del algodón” mediante la invención de nuevas técnicas productivas. Esa búsqueda culminó en el telar mecánico; la difusión del telar, junto al uso del carbón –que hizo posible la invención del motor de vapor– terminó por producir el desplazamiento del centro económico mundial de Asia a Europa (Parthasarathi 2011: cap. 6). Algunos estudiosos serios estiman que en el momento más alto de esa “era asiática”, los asiáticos, que eran dos tercios de la población global, producían cuatro quintas partes de la producción global total. Y la quinta parte de la población global asentada en Europa no era responsable de la restante quinta parte de la producción, que incluía contribuciones de los africanos y los americanos (Frank 1998: 172-173; Nolan 2011). Según Pomeranz y otros, la China qing en su momento de esplendor también alcanzó un nivel de riqueza bruta, y en sus áreas más prósperas de niveles y expectativas de vida, equivalentes o mayores a los de Inglaterra en el mismo período (2008: 96).

Estas afirmaciones no son aceptadas universalmente. Se discute, por ejemplo, si la China campesina solo mantuvo un nivel de subsistencia a todo lo largo de su historia premoderna. La desigualdad económica y la pobreza rural generalizada caracterizaban la vida, lo que explica en parte las innumerables revueltas campesinas. Aun así, la tesis de la “era asiática” ha confirmado lo que en la época solían afirmar voces autorizadas. En *La riqueza de las naciones*, Adam Smith escribió que “China es un país mucho más rico que cualquier parte de Europa”, aunque ya había señales de que entraba en una etapa de estancamiento debido a la existencia de problemas como los bajos salarios, la pobreza y un comercio exterior inadecuado ([1776]1976: 30, 70-71, 210).⁸

El debate relativo a las preguntas de “por qué sí” y “por qué no” se centra, al final, en el terreno de la economía. Puede que China haya estado atrapada en un “equilibrio a alto nivel” o una “involución”. Su abundante oferta de fuerza de trabajo y lo limitado de sus recursos pueden haber restringido sus opciones de desarrollo. En esas circunstancias, lo más racional que podían hacer las personas era economizar sus bienes y no adoptar una mecanización que ahorrara trabajo o crear corporaciones de capital intensivo (Elvin 2008: 87). En última instancia, si se comparan, por ejemplo, los molinos de viento capitalizados de los Países Bajos con la fuerza humana y de los bueyes en el delta del Yangtsé, ¿por qué querría China, o por qué se esperaría de ella, que se lanzara a la industrialización? Como señala Jan Luiten van Zanden, mientras que los empresarios europeos se vieron obligados a adoptar las máquinas para reducir los costos del trabajo, “China no ‘dejó pasar’ la revolución industrial: no la necesitaba” (2011).⁹ En otras palabras, desde ese punto de vista no hubo nada sorprendente o cuestionable en el hecho de que China no tomara el camino que tomó Europa. Es solo a la luz de

las iniciativas holandesas o inglesas que la trayectoria china parece enigmática: una economía mercantil desarrollada carente de toda preparación para dar el salto a la industrialización.

Pero también sería útil como telón de fondo de la comparación contar con un cuadro general de la historia del capitalismo industrial como proceso de acumulación primitiva, internamente mediante el horror de la proletarización de los campesinos o de una explotación urbana como la que describe Dickens, y externamente mediante la crueldad de la colonización por la violencia o el trabajo y el comercio de esclavos. Además, el capitalismo industrial se ha visto continua y crecientemente acosado por el agotamiento de los recursos y otras crisis eco-ambientales. Immanuel Wallerstein no se equivoca cuando afirma que no hay nada que lamentar en el hecho de que “China, la India, el mundo árabe y otras regiones” no hayan avanzado hacia el capitalismo; eso las hace estar “mejor inmunizadas contra la toxina” (1999: 179-181). No hay duda de que bajo los antiguos regímenes no escaseaban las toxinas autóctonas, desde la represión hasta el subdesarrollo. Pero la alternativa no tiene que ser la industrialización capitalista.

Los estudiosos establecen un contraste entre dos modelos de “imperio” que parecen haber seguido diferentes lógicas históricas y vías al desarrollo. El término debe entenderse despojado de la falsa contraposición de “imperio vs. nación”, como se señala en el capítulo anterior. A diferencia de la dividida Europa, el imperio chino estaba, en lo fundamental, políticamente unificado, y en ciertos aspectos, centralizado. A diferencia del militarismo y el expansionismo europeos, China miraba sobre todo hacia adentro de sí misma y reaccionaba ante las incursiones en sus fronteras o los encuentros foráneos. A diferencia del sistema feudal de concentración de la tierra que le abrió el camino a la transformación capitalista al impulsar a los campesinos hacia el trabajo asalariado, el derecho a

la pequeña propiedad y la agricultura familiar de China, unidos a los pequeños talleres artesanales, mantuvieron a los productores directos asentados en la tierra. La compleja producción doméstica también prolongó una economía bastante autosuficiente y un orden imperial estable. En el terreno cultural, mientras que la visión del mundo de los imperios europeos tenía como base las conquistas y el dominio, la visión metafilosófica de los mandarines abogaba por la inclusión y la civilización universales (Wang, G. 2006; Zhao 2011). Puede que algunos de esos contrastes sean parciales o exagerados, debido a que minimicen factores chinos como las guerras intestinas, las grandes propiedades de tierra, los conflictos de clase o una burocracia agraria parásita. No obstante, esta línea de razonamiento empírico es más plausible y útil que una tendencia reciente que se observa en las publicaciones chinas a idealizar algunas de las cuestiones que se señalan antes. Los tradicionalistas llegan hasta el punto de calificar al prolongado y autocontenido imperio chino de “virtuoso”, “creíble”, “armonioso” y justo. Al carecer de un costado crítico, esos juicios generalizados traicionan la realidad histórica y fortalecen una nueva e ilusoria oleada de otredad sinológica. Si el imperio era tan inofensivo o admirable, ¿qué justificaría o explicaría las heroicas y onerosas transformaciones modernas de China?

Se impone una aclaración. En nuestra comprensión moderna, la invención de “Asia” (como inicio de la historia mundial hegeliana) no es sino parte de la invención de “Europa” (como final de esa historia), y, finalmente, de la reinención del globo por parte de Europa. A la larga, se demuestra que el estereotipo asiático inventado carece de base, aunque solo fuera por la capacidad de los chinos y otros pueblos marginalizados para la novedad, el desarrollo y el cambio revolucionario. No obstante, el punto de vista eurocéntrico, modernocéntrico y capitalismocéntrico sigue siendo la ideología dominante. La divergencia y la convergencia no son pri-

mariamente de orden cultural, sino político, dado que no es a Occidente *per se* a quien se reconoce como legítimo o superior, sino al capitalismo, que es la esencia de Occidente. Ello nos recuerda la intensidad y la urgencia de las políticas comparativas, evidenciadas sobre todo en los debates sobre el MPA y la historia comparativa.

Las narrativas euroasiáticas son de especial interés para deconstruir nuestras identidades espaciales. El “milagro europeo” no debe entenderse sino como parte del fenómeno euroasiático, cuyas dimensiones son mayores (Goody 2010). Esta “zona interactiva” de “integración paralela” entre Occidente y Oriente ilustra cómo y por qué los contrastes esencialistas entre los excepcionalismos europeo y asiático son erróneos (Lieberman 2009: caps. 5 y 6). La “gran divergencia” no puede ser toda la historia. En la medida, por ejemplo, en que se reconoce el temprano desarrollo de la producción de mercancías en China, resulta necesario ubicar ese desarrollo en un marco universal de evolución socioeconómica. Los países del Oriente pueden —como algunos han hecho— desarrollar sus propias variantes de “capitalismo” sin una burguesía industrial y con independencia respecto a las variedades occidentales de capitalismo. Puede que el capitalismo haya adoptado una forma diferente en el Reino Medio mucho antes de la conmoción decimonónica producida por el impacto occidental. Lo mismo podría decirse de otras civilizaciones agrícolas e industriales que no se ajustan a las divisiones cronológicas y geográficas convencionales. Una implicación conceptual adicional es que la divergencia que se percibe sigue siendo una instancia del capitalismo como sistema global dominante, interno a la modernidad como hito de la historia mundial. Pero la “gran divergencia” entre Europa y Asia siempre ha estado acompañada por una convergencia de los cursos históricos. La divergencia real en términos de modernidad socialista se examina en la Segunda Parte.

SEGUNDA PARTE

El socialismo chino y el capitalismo global

Marx no previó que las revoluciones socialistas tuvieran lugar en espacios nacionales económicamente atrasados. La iniciativa leninista rompió las cadenas imperialistas y creó el primer régimen soviético en Rusia en 1917, y por una vía enteramente distinta, la estrategia maoísta de movilización de las fuerzas rurales llevó a los comunistas al poder en China en 1949. El determinismo económico es palpable en las obras fundamentales de Marx, como señalan sus críticos. Para él, en última instancia, las personas no se liberarían del “reino de la necesidad” sin una base material de abundancia. E incluso una revolución socialista triunfante no sería capaz de sostenerse contra los remanentes de las viejas estructuras y relaciones sociales, o retornaría a las mismas. Un país comparativamente menos desarrollado, como la Alemania de sus tiempos, no podría saltarse mediante “avances atrevidos” o “promulgación de leyes” “las fases sucesivas de su desarrollo normal” emanadas de “la ley económica que rige el movimiento de la sociedad moderna”. Para citar los términos más fuertes que empleara, ello “no [es intrínsecamente] una cuestión relativa al mayor o menor grado de desarrollo de los antagonismos sociales que son resultado de las leyes naturales de la producción capitalista. Es una cuestión que tiene que ver con esas leyes mismas, con esas tendencias que con necesidad férrea actúan para producir resultados inevitables”. Con respecto a las ne-

cesarias transformaciones modernas, “el país más desarrollado industrialmente no hace sino mostrarle al menos desarrollado la imagen de su propio futuro” (1867).

Marx habla ahí de los avances industriales y económicos, no del capitalismo. Como se planteó en la Primera Parte, se trata de procesos históricos diferentes y que constituyen referentes, y no deben equipararse conceptualmente. Además, al ponderar la tesis de los *narodnik* sobre la renovación rusa, Marx llegó a la conclusión de que la historia está abierta a potencialidades aún desconocidas. Al abordar la pregunta de si Rusia podría evitar el capitalismo en la senda de su desarrollo, su respuesta no fue determinista, ya que confirmó la posibilidad de una transición directa al comunismo de la aldea *mir*, que parecía haber heredado una naturaleza dual: de un lado, la propiedad comunal y todas las relaciones sociales inherentes a ella y, del otro, cierto desarrollo de la individualidad a partir de la existencia marginal de viviendas, cultivos y consumos privados, al tiempo que preservaba un elemento histórico de colectivismo en una escala nacional. Al ser contemporánea de la producción capitalista occidental, la comuna rusa podría “apropiarse de sus frutos sin someterse a su *modus operandi*” ([1881]1989: 352-356). Las condiciones necesarias para ello serían la existencia de una revolución rusa en sincronía con movimientos revolucionarios en el mundo capitalista que garantizaran el necesario predominio de la clase obrera y la ayuda internacionalista a Rusia, gracias al industrialismo europeo, que le proporcionaría bienes materiales y posibilitaría la transferencia tecnológica (Shanin 1983: segunda parte). Esta nueva visión le permitió a Marx negar que existiera una “llave maestra” para la comprensión histórica. En vez del dogma de una inevitable etapa capitalista, abrazó una noción multilineal del desarrollo de la sociedad.

Sin embargo, se le suele prestar menos atención al hecho de

que Marx subrayó también el papel de la dinámica revolucionaria en dicha transición, en contra de la complacencia y el oportunismo. “La mejor oportunidad que le haya ofrecido la historia a un pueblo” de evitarse “todas las vicisitudes fatales del régimen capitalista”, advirtió, puede perderse rápidamente ([1877]1942: 352-353). Rusia, o cualquier otra parte de la periferia capitalista, debía aprovechar la oportunidad histórica de utilizar las instituciones colectivistas existentes para saltarse el capitalismo. Esa concepción de la determinación política, que evocan sus comentarios anteriores sobre un emergente “socialismo chino” analizados en el Capítulo 2, constituye un salto adelante en la concepción marxista de la historia. La búsqueda de universalidad en la evolución occidental y no occidental y en las innovaciones capitalistas y no capitalistas constituye un proyecto fascinante y necesario. Nos devuelve a Marx, al internacionalismo, a los programas mínimos y máximos de las revoluciones sociales del siglo XX, y para expresarlo con una útil expresión de la política transformadora, a la “hipótesis comunista” (Badiou 2010).

En la China rural era posible una revolución comunista de naturaleza simultáneamente nacional y social, porque la joven y reducida clase obrera era más fuerte que la escasa burguesía nacional. Ello se debía a la variable del poderoso capital foráneo y a la alianza obrero-campesina en un contexto en el que los campesinos pobres, sumados a los jornaleros, eran proporcionalmente mucho más numerosos y más pobres que los asalariados urbanos, al tiempo que estaban sometidos a las fuerzas conjuntas de la explotación y la miseria. De ahí que la China rural fuera un suelo fértil para la agitación y la organización comunistas en pro de una revolución agraria definida en sus términos más generales. Las “áreas de base” comunistas fueron ganadas, perdidas y vueltas a ganar en el curso de una lucha

extremadamente dura y prolongada que sustentó la unidad entre el Partido, el gobierno y las masas, y nutrió a un valiente ejército rojo que terminó por poner el mundo al revés.

A los marxistas ortodoxos, la naturaleza de la revolución comunista china —una revolución campesina con un objetivo y una perspectiva socialistas— les resulta problemática. Pero muchas de sus críticas no están teóricamente bien fundadas, y el nivel de expresión de sus ideas alcanzado por los chinos desde *La Revolución china y el Partido Comunista de China* (1939), de Mao Zedong, no ha sido superado. La imputación emblemática de que sin una gran afiliación de obreros “el PCCh era un partido de líderes de clase media y seguidores campesinos” (Faulkner 2013: 256) es falsa desde el punto de vista de los hechos y superficial desde el analítico. La clase obrera industrial, aunque pequeña, fue un componente vital de la revolución. Y la lucha popular cotidiana encontró su expresión óptima en la política de línea de masas del Partido. Más específicamente, fue debido a la posición de “clase” oprimida de China en el capitalismo global que el Partido emergió como una innovadora organización proletaria y que la revolución “democrático burguesa” llevara en su seno una ambición socialista, como Mao formulara posteriormente en *Sobre la nueva democracia* (1945). La “clase” no puede ser una categoría sociológica positivista, dado que las identidades que la caracterizan tienen sus raíces en el dominio de la economía política capitalista global.

El punto de mira ventajoso que ofrece el materialismo histórico para entender a China consiste en que solamente tomando al capitalismo como referencia central para evaluar la trayectoria moderna de China se pueden explicar cuestiones atinentes a la historicidad y la justicia fundamentales de la revolución comunista china y, por ende, a la legitimación de la reforma como repudio parcial a esa revolución. En juego está el socialismo chino, otrora enormemente

popular y sin precedentes en ambición y escala, y hoy en medio de su mayor crisis como resultado de la actual transformación, que, evidentemente, se ha apartado del socialismo. No obstante, la mayoría de los resultados positivos de la reforma son directamente atribuibles a la labor fundacional laboriosamente llevada a cabo durante décadas de modernización socialista: desde obras esenciales de infraestructura hasta una fuerza de trabajo excepcionalmente educada y saludable. A pesar de las graves erosiones de los años recientes, China sigue a la cabeza del mundo en desarrollo en casi todos los indicadores clave —en relación con el ingreso per cápita— del Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas.

Por tanto, para que la reforma socialista pueda alcanzar los objetivos que proclama, son cruciales las continuidades entre ella y el socialismo chino. Cortar el vínculo entre los dos proyectos para completar la transformación capitalista sería suicida para los reformadores: por definición, la reforma fracasa en cuanto se vuelve “revolucionaria”. El significado mismo de “reforma” socialista conlleva una oposición a una transición capitalista en todos los órdenes; y toda “revolución” en un contexto históricamente posrevolucionario lógicamente significaría una contrarrevolución. Al pasar por alto la naturaleza contrarrevolucionaria de una reforma neoliberalizada por subestimar o negar el extraordinario carácter de la revolución comunista china como “*nueva* democracia” que conduce a transformaciones socialistas y no capitalistas, quienes ven la reforma postsocialista como “la consolidación de la revolución burguesa” de 1949 (Davidson 2012: 621, 252) están pagando un precio que no se proponían. Le han concedido a la integración capitalista una validez natural o una justificación histórica.¹ Ello se ajusta perfectamente a los argumentos del marxismo oficial chino en pro de un desarrollo capitalista ineludible en última instancia (ver próximo capítulo).

Sin embargo, lo que ha estado sucediendo es precisamente un abandono del socialismo en nombre de la reforma, abiertamente apoyado por una elite intelectual que habla en nombre de los ricos y poderosos que han hecho avanzar sus posiciones aprovechando los resquicios del sistema. El problema consiste en que abrazar por entero la integración capitalista no puede ser socialmente deseable en China, y se le ha hecho resistencia –y no la menor– mediante “incidentes masivos”. Las demandas que se expresan en esos conflictos a menudo son anticapitalistas y tienen que ver con la pérdida de tierras, los derechos laborales, los abusos de poder y otras formas de injusticia social. En ese contexto, el “socialismo” tiene más sentido como protesta que como lenguaje oficial. Las contramedidas gubernamentales en nombre de la “preservación de la estabilidad”, a menudo acompañadas de violencia física o simbólica, son detestadas e ineficaces, y se perciben como moralmente erróneas y ofensivas en lo que nominalmente es aún una “república popular” y un “Estado de obreros y campesinos”.

De ahí que resulte importante reafirmar que la revolución comunista china fue una lucha épica en pro de la libertad y la prosperidad de la nación y el pueblo chinos. La “guerra del pueblo” fue pionera en la táctica de rodear las ciudades desde el campo para tomar el poder del Estado. A partir de ahí, la nueva China emprendió la industrialización socialista de una manera propia. En lo que concierne a la modernización, el socialismo resultó ser un atajo para alcanzar resultados socioeconómicos popularmente deseables sin pasar por las torturas del capitalismo. A pesar de sus contradicciones o equivocaciones, los comunistas en el poder fueron modernizadores efectivos y constructores de la nación. Las transformaciones estructurales de la economía y la sociedad permitieron un desarrollo autosustentado del país basado en sus industrias nacionalizadas y la

agricultura cooperativa. Gracias a ese camino local específico, la nacionalización y la colectivización chinas se diferenciaron mucho en cuanto a métodos y procesos de las experiencias más tempranas de coerción y violencia soviéticas (Lin 2006: 65-81). En el curso de unas pocas décadas, el país logró no solo sentar las bases de su industria, sino también crear un sistema de seguridad social rudimentario para la población nacional más numerosa del planeta. Y lo hizo sin los costos típicos de la acumulación primitiva, que van de la miseria rural y los talleres urbanos sin condiciones mínimas hasta las conquistas, los genocidios y la esclavitud. En términos del incremento de la producción de alimentos, y en particular de la alimentación de la población, las políticas chinas a partir de 1949 fueron muy exitosas, “tanto que es justo decir que China usa la tierra de que dispone de manera mucho más productiva que cualquier otro productor agrícola a gran escala del planeta” (Bramall 2009: 226,231). Venciendo obstáculos tremendos, los comunistas chinos realizaron “la más gigantesca –y quizás la más heroica– revolución de la historia mundial”. Su necesidad y validez, como sostiene Maurice Meisner, residen en el hecho simple e ingente de que “pocos eventos en la historia del mundo han hecho más para mejorar las vidas de más personas” (1999: 1,12).

La modernidad socialista en China conllevó no solo un desarrollo nacional que abarcó el desarrollo humano y social, sino también una vida política profundamente participativa en la que actuaron los ciudadanos desde sus centros de trabajo y comunas de residencia, así como en las campañas masivas en pro del cambio social (reducción del analfabetismo, mejoría de la salud general e incorporación de las mujeres al trabajo socialmente útil, por ejemplo). Por tanto, la revolución transformó la China tradicional y, en consecuencia, la posición que ocupaba el país en el mundo. Esas transformaciones fueron simultáneamente culturales, ya que mo-

dificaron las percepciones y aspiraciones. Después de todo, el comunismo chino “sinificó” creativamente el marxismo: el “marxismo del valle montaños” de Mao es un ejemplo de la capacidad china de aprovechar diversos recursos que trascienden las fronteras nacionales.² En el terreno internacional, la China revolucionaria estableció un modelo para el capitalismo periférico, al demostrar que era posible que los oprimidos y los explotados local y nacionalmente cambiaran el curso de los acontecimientos (cf. Therborn 2012: 8-9).

La revolución resolvió, en particular, el antiquísimo problema chino de la tierra al abordar lo central no solo para la producción agrícola y las relaciones de clase en el campo, sino también para el Estado y las bases del cual había nacido. Además de la propiedad desigual de la tierra, la renta explotadora y el poder de los clanes, la revolución eliminó un elemento más “moderno”: el capital financiero-burocrático en el campo. Este se había expandido desde mediados hasta finales del siglo XIX, en estrecho contubernio con los grandes propietarios agrícolas, los señores de la guerra, la usura, la burocracia local y los monopolios comerciales, por intermedio de agentes que perseguían el lucro personal y que habían reemplazado a la vieja elite de la nobleza rural. Esta tendencia a la “involución del Estado” (Duara 2010) contaba con el apoyo político de corruptas autocracias centrales, locales y de aldeas. Al dismantelar esas fuerzas, la revolución agraria fue necesariamente también un proceso cultural de educación y socialización. Fue a lo largo de ese proceso que los campesinos pobres de China comenzaron a liberarse de su estatus y su mentalidad primordiales de subordinación y a alcanzar una nueva subjetividad social mediante la construcción de un nuevo orden social.³

Como suelen reconocer los sociólogos de la historia, la carencia de una reforma agraria a fondo es un obstáculo para el desarrollo

en buena parte del mundo poscolonial. El hecho de que China haya logrado resultados mucho mejores –en la satisfacción de las necesidades básicas, el alivio de la pobreza, la elevación del nivel general de vida y el reconocimiento político al prestigio social del trabajo y de la gente común (como se observa en el legado de Mao)– constituye una contundente confirmación de ese aserto. Y tiene una implicación universal: al transformar las estructuras y las relaciones “feudales”, la reforma agraria, definida de modo que incluya el cultivo cooperativo de la tierra, erradica las fuerzas sociales atrasadas y reaccionarias y empodera a las clases hasta entonces subyugadas y marginalizadas. Al hacerlo, puede convertirse en un motor decisivo del crecimiento económico y el desarrollo social. El axioma que formulara Barrington Moore a partir de sus estudios macrocomparativos es juicioso: la modernización conlleva y exige “una ruptura revolucionaria con el pasado” (1966: 431). E incluso si no se acepta ese axioma al pie de la letra en todas las circunstancias, la evidencia histórica ha vindicado ampliamente la superioridad de las vías revolucionarias para la transformación de sociedades grandes, pobres, agrarias, iletradas y patriarcales.⁴ Esta afirmación no se limita a las convicciones comunistas; es un consenso liberal más amplio que comparten incluso astutos partidarios de la Guerra Fría (p. ej., Huntington 1968: 266). Empíricamente, como explica Theda Skocpol, las revoluciones sociales exitosas han “dado a luz a naciones cuyo poder y autonomía superaban significativamente sus propios pasados prerrevolucionarios y a otros países en similares circunstancias” (1979: 3). En términos más generales, como apunta Condorcet, la esencia de la revolución es la libertad (Arendt 1963: 21). Trascendiendo los inevitables trastornos sociopolíticos, la revolución “se convirtió en un principio normativo... como *techné* de la modernidad, y el derecho a la revolución como requisito de la libertad” (Douzinas 2010: 92).

La modernización socialista, aun con lo difícil y costosa que necesariamente resulta, no solo se considera racionalmente más rápida y justa que los abordajes capitalistas, sino que es la única opción viable en países como China. El contraste entre las opciones –modernidad revolucionaria y colonial– resulta instructivo: quienes optan por la primera se esfuerzan por establecer su lugar en el mundo mediante luchas de liberación; quienes escogen la segunda ingresan en la historia “no como sujetos, sino como objetos de las fuerzas transformadoras del capitalismo” (Dirlik 1994: 22).⁵ Por más “asiático” que pueda parecer ese contraste que distingue entre sujetos históricos activos y objetos históricos pasivos, lo cierto es que al romper con la “ley” del desarrollo capitalista, los movimientos revolucionarios y socialistas pueden ser más efectivos en la superación de las angustias del atraso. Por tanto, China no solo es una parte de Asia, sino que también se aparta de ella, y, a decir verdad, también del capitalismo periférico en su conjunto. Aún más: si hablando históricamente las revoluciones comunistas triunfaron solo allí donde el capitalismo no desarrolló una sociedad, ¿no existe acaso un vínculo causal entre el capitalismo y el *sub*desarrollo y, por extensión, entre los fracasos capitalistas y la alternativa no capitalista? E inversa y conceptualmente, ¿no se ha establecido la relación causal revolucionaria entre “socialismo y desarrollo” en los casos de China y otros que han superado el dilema de “socialismo y atraso”?

A esa luz, resulta necesario defender los logros anteriores de las revoluciones comunistas y las transformaciones socialistas a las que cientos de millones de hombres y mujeres dedicaron sus vidas. En China, el esfuerzo colectivo para lograr la liberación nacional y social, la igualdad y la prosperidad le confirió al PCCh un sentimiento decidido de orgullo y legitimidad. Comprometido en particular con la satisfacción de las necesidades básicas mediante el desarrollo de su capacidad organizativa, el Estado posrevolucionario apoyó

un “régimen de bien público” que promovió una inversión y una gestión públicas sustentadas en la infraestructura física y el capital humano. Los servicios públicos en las áreas de la vivienda, la educación, el transporte, la salud y otros eran rudimentarios, pero inclusivos y gratis o muy baratos. El sistema médico subrayaba la sanidad general, la inmunización universal, el combate a las epidemias y la medicina preventiva. En lo que toca a la “liberación de la mujer”, el “feminismo de Estado” no dejó de tener sus problemas, pero la búsqueda de la igualdad de género en la nueva China fue notable, a pesar de sus muchos defectos, por ejemplo, en el terreno de la representación política.

Por otro lado, el proyecto comunista chino dio bastantes pasos mal encaminados que tuvieron resultados desastrosos. Conllevó enormes sacrificios personales, incluidas purgas internas desatadas por el temor a la derrota o las amenazas de subversión. También supuso aventuras económicas catastróficas. El Gran Salto Adelante y la Revolución Cultural tenían como objetivo enfrentar problemas como las desigualdades sectoriales y los privilegios burocráticos, pero constituyeron grandes fracasos. No hay duda de que esos errores son indefendibles. Pero aun así es necesario que veamos las cosas en su justa perspectiva. El esfuerzo comunista tuvo un lado oscuro porque los enemigos que encontró en su camino eran sumamente brutales y poderosos, porque el intento chino (que se apartaba de la vía soviética) no tenía casi ningún precedente, porque el Estado posrevolucionario se vio obligado a mantener en funcionamiento una economía casi de guerra al tiempo que enfrentaba formidables adversidades geopolíticas, y, al final, también porque las contradicciones intrínsecas del nuevo sistema erosionaron su formación y consolidación. En otras palabras, la posición de China respecto al capitalismo en sus contextos histórico e internacional explica las li-

mitadas opciones de política del país y su racionalidad y coherencia subyacentes (Lin 2006: 62-74). La cooperativización y la colectivización de la década de 1950 constituyen un ejemplo revelador de la dificultad y la originalidad de la búsqueda china en medio de condiciones internacionales peligrosas: eran una movida necesaria para el reposicionamiento de China frente a la agresión y la estrategia global imperialistas. Conllevó discusiones abiertas dentro y fuera del Partido acerca de las fases, el ritmo y las prioridades durante “la transición de la nueva democracia al socialismo” mediante formas de organización semisocialistas (Ma 2012). Otro ejemplo es el sesgo urbano, un dolor de cabeza común en el desarrollo, pero especialmente importante en el caso chino. Fue persistente bajo un Estado empeñado a fondo en el desarrollo que se esforzaba por financiar una industrialización que se consideraba imperativa para que la nueva China sobreviviera y prosperara. Si se considera el conjunto de los acontecimientos, se llega a la conclusión de que el país no contaba con una garantía de paz o con la posibilidad de poder seguir un camino de desarrollo “normal”.

Los actores del socialismo chino estaban sumamente conscientes de sus errores y limitaciones desde mucho antes de que avispa-dos revisionistas y adalides del nihilismo histórico se levantaran en armas contra todo lo comunista, y sus osados intentos de superarlos también forman parte de la historia. Una de las explicaciones más conocidas de Mao para el lanzamiento de una revolución cultural era, precisamente, permitir que “el lado oscuro de nuestra labor salga a la luz, completamente, y de abajo arriba”. Por tanto, el asunto no consiste en revelar u ocultar dilemas morales o políticas erradas asociados a la estrategia maoísta, sino en evaluarlos verazmente, dado que han engendrado sentimientos y emociones intensos. Por ejemplo, en el momento culminante del Gran Salto, Mao trató de sofrenar un “infantilismo comunista” aventurero que se había apro-

piado de muchos dirigentes comunistas.⁶ La imagen entonces popular de una nueva China que avanzaba desafiando el bloqueo capitalista también ejercía un poderoso atractivo. En cuanto al tema tan teñido de ideología de las muertes debidas a la hambruna, resulta necesario manejar con seriedad una crítica objetiva de los datos censales oficiales y muchas cifras frecuentemente citadas, pero dudosas, derivadas en lo fundamental de esos mismos datos (Wertheim 1995; Ball 2006; Jin 2009; Yang 2013).⁷ En una creciente “industria de la hambruna” ávida de realizar un conteo de los cadáveres abunda la manipulación de las estadísticas (Benton y Lin 2009: Introduction; Vukovich 2012: cap. 4). Carl Riskin, junto a un grupo de autorizados economistas, historiadores económicos y demógrafos de China y otros países nos previene contra las cifras no conclusivas. Insiste también en establecer una diferenciación entre “las indicaciones de hambre y privaciones” y “el tipo de evidencia *cualitativa* de una hambruna masiva que ha acompañado otras hambrunas de escala comparable (si no igual), incluidas hambrunas anteriores en China” (1998). Esa perspectiva comparativa resulta necesaria para lograr una mayor precisión analítica, como ejemplifica la documentación realizada por Mike David de las “hambrunas imperialistas”, incluidas las que ocurrieron en la antigua China (2001: Cuarta Parte). La responsabilidad del colonialismo en la muerte de decenas de millones de personas no puede esconderse, por ejemplo.⁸

Además, incluso una hambruna de proporciones devastadoras no puede ocultar un rasgo fundamental del socialismo chino: el gobierno demostró de muchas otras maneras su empeño en lograr la seguridad alimentaria básica de la población; China logró una reducción de la mortalidad infantil y un incremento de la expectativa de vida mayores y más rápidos que la mayoría de los demás países pobres en el mismo período (Dreze y Sen 2002: caps. 3 y 4;

Sen 2000); y el objetivo del Gran Salto era alcanzar la autosuficiencia nacional y, a la vez, mejorar las vidas y las oportunidades de los habitantes de las zonas rurales y urbanas del país. Los investigadores que han estudiado las tendencias de la mortalidad en China a lo largo del siglo XX también han establecido que las tasas eran regular y consistentemente más altas antes de 1949 que después, incluso teniendo en cuenta los peores años de la hambruna (1959-60).⁹ Sobre la base de esas comparaciones horizontales y verticales, Utsa Patnaik se pregunta por qué la India no experimentó una “hambruna” siendo que su producción total de alimentos per cápita era inferior a la de China, donde, además, la estructura rural igualitaria debía haber mitigado cualquier crisis en el abastecimiento de alimentos (2002: 64-65). Por supuesto, no es lo mismo producción que acceso, en el que inciden la miseria, los precios, las prerrogativas y otros factores de política o mercado.¹⁰ Pero un fenómeno revelador es que un procedimiento cuestionable que utiliza el cálculo de “exceso de muertes” sobre la base (minuciosa pero poco realista) de tasas de fertilidad estimadas (y que contabiliza la “muerte” sin que haya habido antes un nacimiento) “no parece haberse aplicado antes por los economistas y demógrafos, y nunca en contextos que no fueran el chino” (Patnaik 2002: 53).

De igual manera, el “veredicto” que caracteriza la Revolución Cultural como la “gran purga” de Mao y una “catástrofe nacional de diez años de duración” es sesgado. Vista desde la actualidad, a muchos en China les resulta claro, sin más razones que las de un juicio *a posteriori*, que fue prematura, que estaba totalmente mal concebida. Lanzada para eliminar del poder u obligar a rectificar a los “seguidores del camino capitalista”, miembros de una “nueva burguesía” surgida en el seno del Partido Comunista, la Revolución Cultural, en busca de un blanco aún no configurado, estaba destinada al fracaso, al perder el rumbo y la causa misma. Terminó per-

siguiendo a los individuos equivocados por razones equivocadas, confundiendo las contradicciones entre el pueblo y sus enemigos con las existentes en el seno del pueblo, como expresara el propio Mao en *Sobre el tratamiento correcto de las contradicciones en el seno del pueblo*. Y la tragedia no se detuvo ahí. Todavía más irónico es que la reacción a los excesos de la Revolución Cultural permitió, o quizás incluso aceleró, el surgimiento de una clase capitalista burocrática mucho más monstruosa. Las especulaciones desasidas de los hechos acerca de dónde se encontraría China hoy sin la Revolución Cultural pueden ser fútiles. Pero la desalentadora realidad es que justo cuando esa clase consolida su poder, otra revolución cultural, ahora contra un blanco y con una urgencia reales, es una total imposibilidad o está perdida de antemano. “La revolución ha muerto”. Los radicales siguen diciendo “viva la revolución”, pero su grito ya no tiene resonancias. Tales son la dialéctica y la ironía de la historia.

Puede que las políticas aventureras, ultramodernas, de la China maoísta hayan sido catastróficamente derrotadas. Pero cuando se las juzga con sentido común tanto en sus intenciones como en sus resultados, siguen siendo categóricamente distinguibles de las acusaciones de “asesinato por hambre” deliberado del pueblo o “genocidio”, que se plantean en cierta literatura influyente. Los objetivos que se proponían esas campañas tenían también un carácter utópico, noble, igualitario y emancipador, que alentó prácticas concretas en esa dirección con resultados importantes y positivos. Por ejemplo, fue precisamente durante los años del Gran Salto y la Revolución Cultural que China mejoró de manera decisiva su sistema de irrigación y su infraestructura agrícola en general, lo que impulsó el éxito de reformas rurales subsiguientes a inicios de la década de 1980. Otro ejemplo: fue en ese mismo período que privilegios urbanos como las especialidades médicas, las reformas educativas y

la actividad cultural se pusieron al alcance de los campesinos de aldeas remotas (Gao 2008: 13-30). La burocracia se vio retada por un genuino impulso democrático encaminado a poner en juego la creatividad y la autorganización de las masas. El alto grado de participación popular dejó atónitos a los teóricos de la democracia formal, e hizo que el politólogo Giovanni Sartori se quejara de que el concepto de participación “ya está tan mal definido que incluso puede conducir a afirmar que (a partir de la medición de la participación) la democracia más plena que ha existido nunca fuera China en la época de su llamada revolución cultural” (1987: 183-184).

La Revolución Cultural fue, en verdad, una época de profundas contradicciones, “de grandes éxitos y espectaculares fracasos, y ambos en abundancia” (Meisner 1989b: 352).¹¹ Más allá de las debacles profusamente y a menudo también muy ideológicamente descritas en obras académicas y memorias personales, el otro lado de la historia clama por ser contado con sinceridad y con el mismo nivel de detalle: movimientos colectivos osados, idealistas, altruistas; incrementos de la capacidad productiva en la economía y la sociedad; experimentos democráticos en las esferas política y de la gestión. Los verdaderos defensores de los legados socialistas no pueden ser apologistas sin principios. La política que nutre el debate sobre el socialismo chino no tiene que ver con restaurar el pasado, sino con aprender sus lecciones para rejuvenecerlo.

Si bien la postura de la Revolución Cultural no le hacía ninguna concesión al capitalismo, fue el propio Mao quien tuvo la iniciativa estratégica de ponerle fin al aislamiento internacional de China aproximándose al Occidente capitalista. La RPCh obtuvo un escaño en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas en 1971, y seguidamente se produjo la visita de Nixon a Beijing y, más tarde,

la normalización de las relaciones diplomáticas entre China y los Estados Unidos. La decisión de Mao sigue siendo un tema polémico entre los socialistas dentro y fuera de China, pero lo importante aquí es, sencillamente, que la alteración real de la postura anticapitalista tradicional de China no tuvo lugar hasta que el llamado ultraizquierdismo fue totalmente desacreditado durante el régimen post-Mao. No pasó mucho tiempo antes de que desapareciera toda ambigüedad acerca de que el monumental fracaso de la Revolución Cultural era también una gran ironía hija de una gran venganza: no hay mejor prueba de que no se erradicaron los privilegiados “cuadros que se portan como señores” y los aparatos burocráticos que la formación en China de una variante de capitalismo, de un “capitalismo nacional” (Anderson 2010): un “capitalismo burocrático” (Meisner 1996: 300-345). La frase deja una sensación de *dejá vu*, ya que en el vocabulario comunista se refería a los monopolios familiares de la economía política china bajo la cleptocracia del Guomindang en la etapa previa a 1949.

La erosión del socialismo en China es también, sin duda, obra de una “evolución pacífica” mediante la integración al capitalismo. El plan reformista, sin embargo, no ha sido superado tanto por la lógica de la mercantilización como por un proyecto de reforma que ha sido él mismo secuestrado en ausencia de todo mecanismo político efectivo de control y corrección. Incluso bajo una ideología (capitalista) muy disfrazada de antideología, no hay que ser “ideológico” para percatarse de que ha tenido lugar un burdo desmantelamiento de la revolución, por lo general mediante una brutal acumulación capitalista y sus previsibles consecuencias sociales y ambientales. La degradación del “pueblo” en general y de los trabajadores (rurales, urbanos y migrantes) en particular se ve innegablemente acompañada por su miseria física y social. Abundan no solo la polarización de los ingresos y las condiciones de trabajo in-

humanas o ilegales, los atrasos en el pago de salarios y la corrupción, sino también la hiperespeculación y el consumo en el mercado, las enfermedades laborales producidas por la contaminación y las amenazas a la salud pública. Las desigualdades de clase, étnicas, de género y sectoriales aumentan.

Con su economía en expansión, China parece hoy un actor más significativo en los asuntos mundiales. Pero desde hace algún tiempo exhibe también una fuerte dependencia del mercado y los recursos energéticos externos. El ingreso de China en la Organización Mundial de Comercio (OMC) en 2001 se aceptó a condición de que el país “abriera sustancialmente sus mercados en los sectores de la banca, los seguros, los títulos, la gestión de fondos y otros servicios financieros” (Branstetter y Lardy 2008: 658). Según la principal negociadora estadounidense, Charlene Barshefsky, el compromiso de China con la liberalización y las concesiones correspondientes fue “mayor, en realidad, que el expresado por cualquier otro miembro de la OMC” (citado en Panitch y Gindin 2012: 293). Y aún más asombroso es que el acuerdo se firmó sin una consulta pública, y ni siquiera se puso a disposición de los lectores, de manera inmediata, una versión en idioma chino. El Tribunal Supremo de la RPC se comprometió a que en caso de que existiera alguna discrepancia con las leyes del país, estas se adaptarían a los estatutos de la OMC. Como el excedente comercial y las reservas extranjeras de China, sobre todo en dólares, han seguido aumentando (Nolan 2012: 4-5) el país ha venido financiando en particular el consumo y la deuda estadounidenses, en detrimento de los intereses de la mano de obra, los mercados, el medio ambiente, la seguridad financiera y muchas otras cosas del país. De ahí que “el dinamismo económico de China es rehén de la política fiscal y monetaria de los Estados Unidos” (Harvey 2005: 142).

Al hacer grandes concesiones para negociar su ingreso en la

OMC, China dejó pasar una oportunidad dorada de emplear sus dimensiones y su peso a fin de ganar contraconcesiones para sí y para el resto del mundo en desarrollo en materia de barreras al comercio, protección de los mercados, control de la cuenta de capital y división internacional del trabajo. Antes de sumarse a la OMC, el total del comercio chino como parte del PIB era de 43%. En el año 2007, su porcentaje del 68% estaba “muy por encima del promedio de los demás países”. Por otro lado, el promedio de sus aranceles a los productos industriales estaba por debajo del 9%, comparado con el 27% de Brasil, el 31% de Argentina, el 32% de la India y el 37% de Indonesia (Panitch y Gindin 2012: 293). Y esas cifras no han hecho sino empeorar desde entonces. Resulta revelador que “los Estados Unidos mantienen en pie disposiciones extraordinarias en lo concerniente a los aranceles para defender su mercado interno contra... las importaciones chinas, mientras que China se avino a un desmantelamiento brutalmente rápido de la protección a los agricultores y los fabricantes locales e incrementó grandemente las libertades de las firmas y los servicios financieros foráneos” (Wade 2004: 151). Esta extraordinaria política de preferencias para las firmas extranjeras en detrimento de las nacionales se hizo evidente en “el sistema impositivo, los subsidios, las regulaciones comerciales y el acceso al financiamiento”, hasta el punto que “el capital nacional y el foráneo operaban en el marco de parámetros legales diferentes” y “las leyes más favorables se aplicaban al capital extranjero, no al nacional” (Panitch y Gindin 2012: 296).

Los resultados fueron pasmosos. Según estimados autorizados, en el año 2005 más del 70% de las ganancias por valor añadido de la industria de la electrónica y la información, el 90% de la producción y la venta de la industria de motores, y el 80% de la gestión de las industrias de maquinaria y química del país estaban en manos del capital extranjero.¹² La tendencia se ha mantenido. En 2010,

el sector extranjero de la economía china superaba al estatal en un 13% (Zhao, H. 2012). China también ha importado la inflación de los Estados Unidos y ha ido perdiendo su soberanía económica y financiera mientras es testigo de una rápida expansión del capital comprador. Una economía nacional distorsionada sufre de dependencias, que se refuerzan mutuamente, de los mercados y las tecnologías extranjeros, así como de una falta de demanda interna debido a la intensa explotación del trabajo (Lu 2012).

En esas circunstancias, se observa cómo se desvanece el control público como cimiento de una economía socialista, tal como exige la Constitución de la RPCh. Según un comunicado oficial del Buró de Estadísticas del Estado, la contribución del sector público a la economía nacional de China es de menos de un tercio. Incluso en sectores en los que existe un monopolio natural, las industrias están siendo divididas, corporativizadas o parcialmente tercerizadas como preludio a la privatización. El apresuramiento por disolver en marzo de 2013 el Ministerio de Ferrocarriles, un símbolo remanente del bastión industrial socialista, fue recibido con sospechas y protestas públicas. Se reunió una multitud para decirle adiós al letrero que pronto se quitaría del edificio; muchos lloraban. El estadístico Zhao Huaquan ha hecho un estudio minucioso de la tendencia a partir de 2004, cuando la economía mixta estaba aún dominada por la propiedad pública. El patrón parece haberse invertido hacia el año 2010, cuando el total de la economía duplicó su tamaño y sus componentes no públicos crecieron 2,3 veces más rápido que los públicos (la economía privada creció más de 2,8 veces y el capital extranjero 2,1 veces). Por el contrario, la proporción del sector público se desplomó de un 57% en 2003 a un 48,6% en 2006, un 35,2% en 2008 y un 26,9% en 2010, cifra esta última que incluye un 22,2% del sector estatal y un 4,7% del sector colectivo. En el año 2010, no parecía existir en ninguna parte de la economía china

un dominio de lo público, salvo en la agricultura (tomando en cuenta la propiedad pública formal de la tierra), el transporte y las telecomunicaciones. En el mismo período, del creciente sector no público (que pasó de un 43% a un 73%), los negocios individuales representaron el 2,2%, las empresas privadas el 45,7%, y las empresas extranjeras/mixtas el 25,1%. El 60-70% de la fuerza de trabajo del país laboraba como asalariada en los sectores privado y/o extranjero. A la vez, de los bienes totales de las 16 industrias estratégicas consideradas vitales para la economía nacional, el capital estatal solo representaba el 35%, porcentaje del cual solo un 23% estaba bajo control absoluto del Estado (Zhao, H. 2012).

Cabe señalar que el potente desarrollo de la economía privada en la reforma china ha dependido en buena medida de su promoción directa por parte de los gobiernos locales y el gobierno central, así como del apoyo de empresas de propiedad estatal (EPE). Dado que las empresas de propiedad privada (EPP) tienden a ubicarse en negocios de ciclos cortos, con menores inversiones y mayores ganancias, las EPE, por su naturaleza y función, se dedican más a la producción de ciclo más largo con mayor inversión y menos ganancias, o incluso ganancias inseguras o pérdidas. De ahí que las EPE sean probablemente las proveedoras más confiables y baratas de materias primas, recursos energéticos y servicios infraestructurales de las EPP. La dificultad de los pequeños negocios para acceder al crédito de los bancos estatales constituye un problema real, pero en el marco más general, como se indicó antes, están vigentes políticas preferenciales que favorecen a los sectores privado y de exportación con exenciones de impuestos y otros incentivos. Sin las facilidades que le brinda el Estado, el sector privado no se habría desarrollado tan rápida y predominantemente.

En el curso de ese cambio de paradigma, China también perdió la oportunidad de exigir transferencias tecnológicas de las econo-

mías avanzadas, haciendo una burla del lema de otros tiempos de “intercambiar mercado por tecnología”. Firma tras firma e industria tras industria, los chinos renunciaron a esas exigencias, con lo que dejaron a su manufactura en el extremo inferior de la cadena productiva global. Solo en fecha muy reciente han comenzado a declinar algunos sectores de mano de obra intensiva de las industrias chinas orientadas a la exportación, Las multinacionales se están marchando, o se marcharán, hacia lugares más baratos. Con el incremento de la producción de capital intensivo y gran valor añadido está teniendo lugar una limitada renovación industrial (Du 2012). China exporta maquinaria pesada y es en la actualidad el mayor exportador de productos electrónicos con componentes tecnológicos. Pero a pesar de los significativos progresos en investigación y desarrollo (I + D) realizados sobre todo por las EPE, las exportaciones de alta tecnología del país siguen estando bajo el control de compañías multinacionales y extranjeras (Nolan 2012: 84-94). Los fabricantes de productos de tecnología intensiva cuentan con inversiones extranjeras o dependen de tecnologías base monopolizadas por el extranjero. Además, este lento ascenso por la cadena del valor ha sido pagado por dos generaciones de trabajadores en talleres semilegales y una severa degradación del medio ambiente natural y los recursos preciosos del país. Si China se hubiera inclinado por un desarrollo y una innovación más autosustentados, habría podido negociar términos de intercambio más justos y equilibrados con los monopolios financieros y tecnológicos capitalistas. Quizás también habría podido impulsar las patentes locales, dadas sus experiencias históricas y socialistas de logros inmensos en los terrenos de la ciencia y la tecnología, que constituyen una fuente de orgullo nacional. Una combinación de ambas cosas habría conducido a la economía china a niveles más autónomos y avanzados, y también promovido un medio ambiente más limpio que el que existe hoy.

La economía política china y su naturaleza y dirección cambiantes solo pueden apreciarse en el contexto global y sus condiciones epocales, y en relación con la más abarcadora “cuestión del Sur”. Para garantizar sus ganancias, el capitalismo sigue expandiéndose, a la vez que conserva su tendencia a la concentración, la centralización y la financiarización. Más allá de la distinción establecida por Braudel entre mercados competitivos y capitalismo monopolista, la “renta imperialista” de este último tiene como fuente la plusvalía que produce la producción masiva en las periferias. La acumulación de capital, que define al capitalismo en todas sus formas históricas sucesivas, tiene su motor en el lucro y la maximización de la renta: el capitalismo ha “dependido desde el inicio (el mercantilismo europeo) de la producción y la reproducción de la polarización global”. De ahí que el imperialismo no sea tanto la “fase última” del capitalismo, sino su “fase permanente”.¹³ Si el desarrollo de monopolios a finales del siglo XIX transformó las estructuras fundamentales del modo de producción capitalista, las nuevas oleadas de globalización que comenzaron a fines del siglo XX parecen haber revivido esas estructuras gracias a la oportuna transformación de China y otros “mercados emergentes” del Sur “en un nuevo régimen de crecimiento” (Aglietta 2008).

De manera inversa, dado que China tiene un peso importante en el mercado global y participa en su “carrera hasta el fondo”, su movimiento tiene importantes implicaciones internacionales. De manera inmediata, “el espectacular desarrollo capitalista de China afectó la actividad económica en todo el mundo y obligó a realizar una restructuración industrial no solo interna, sino también en otros países, y determinó el precio global de las mercancías” (Panitch y Gindin 2012: 293). Si el delta del Zhujiang se convierte en uno de los centros más dinámicos de acumulación mediante la producción de manufacturas para el mundo, ello “establece están-

dares de base en todas partes respecto a los costos del trabajo, las condiciones de trabajo aceptables, las combinaciones tecnológicas, la organización de sindicatos, etc.” Además, “la desindustrialización del resto del mundo (incluso de países con salarios bajos como México y Brasil) tiene lugar mientras la locomotora china marcha a todo vapor” (Harvey 2006: 112-113). Y eso para no mencionar la controvertida inversión directa de China en África o América Latina. El proceso podría repetirse en cualquier parte. Pero en una perspectiva a más largo plazo, si el socialismo todavía tiene algún sentido en China también podría tenerlo transnacionalmente en lo que toca al trabajo, la tierra y otras luchas sociales y ambientales. Y el movimiento chino no es sino constitutivo de un movimiento global más amplio en pos de un mundo alternativo.

La política del autopoicionamiento chino

Ubicar a China en la historia actual del capitalismo moderno exige el examen de la relación entre ambos a medida que convergen o divergen en sus movimientos macro, socioeconómicos y políticos. El autopoicionamiento de China es, en última instancia, una cuestión de opción política en un momento en que el capitalismo ha sido incorporado al desarrollo chino o es interno a él. No obstante, también resulta relevante la concepción de la historicidad esencial del capitalismo, el hecho de que no es más que una formación muy particular con una historia relativamente corta y, presumiblemente, un final, “lo que deja abierta la posibilidad de organizar la subsistencia humana de maneras socialmente más equitativas y ecológicamente menos destructivas” (Wood 2009: 55). Solo cuando se asume que el capitalismo no es ni globalmente irresistible (y que es, por tanto, localizado) ni el único horizonte histórico imaginable (y que, por tanto, implica nuestro consentimiento) pueden apreciarse de manera adecuada la profundidad, las complejidades y las posibilidades de los desarrollos nacionales a partir de la construcción de una “nueva nación” poscolonial o socialista.

Sin embargo, las alternativas –especialmente una alternativa al universo capitalista socialmente deseable, factible y democrática– parecen muy difíciles de alcanzar bajo el imperio de una ideología de superioridad e inevitabilidad del capitalismo que cada vez pe-

netra más en todo el planeta. Ello es cierto a pesar de las calamidades históricas del capitalismo y de sus aventuras y destrucciones en curso, tanto en el Norte como en el Sur, y a pesar también de los movimientos sociales anticapitalistas que han surgido en la era poscomunista, que van desde las resistencias movilizadas localmente hasta los foros sociales transnacionales y las protestas de los “occupy”. La sobrevivencia de las democracias sociales nórdicas (y la persistente ambición de lograr un “modelo social europeo”) ante las ofensivas neoliberales podría ser una explicación, dado que muestran una significativa flexibilidad sistémica de inclusión y autorreajuste. La desaparición tanto física como ideológica del reto que planteaba el bloque soviético, constituye otra razón-*cum*-manifestación. En el mismo sentido, la resistencia y la arrogancia del capitalismo tienen su mejor demostración en su transformación de China: “el neoliberalismo con características chinas” (Harvey 2005: cap. 5). Como se apuntó en el Capítulo 1, el capitalismo se expande mediante una “solución espacial” —de la que, además, depende— en áreas remotas que han sido abandonadas a su suerte o excluidas. La contribución de China, gracias al desplazamiento de su posición con respecto a la geoconomía y la geopolítica del orden regional y global, es espectacular y, “en parte, una consecuencia no intencionada del giro neoliberal del mundo capitalista avanzado” (Harvey 2005: 121).

El autopoicionamiento de la RPCh, entonces, puede evaluarse midiendo las disparidades entre sus propósitos y sus objetivos expresos, de un lado, y entre sus políticas y sus capacidades reales para adaptarse al paradigma capitalista de desarrollo o trascenderlo, del otro. Después de todo, la China oficial no ha abandonado formalmente el socialismo en su autoidentificación, y, por el contrario, insiste en que las reformas son las adecuadas en la etapa actual de desarrollo del país, al que denomina “socialismo primario”. No

obstante, la venganza de la historia se siente por todas partes. China ingresó en la era de “reforma y apertura” con la promesa de introducir selectivamente algunos mecanismos de mercado para realizar una globalización “superficial”, a cambio de capital, tecnologías y prácticas de gestión. La intención, sustentada en un amplio consenso, era quebrantar tanto los bloqueos externos de la Guerra Fría como un poder político inmovilizador en el país. La idea clave era la de “aprovechar” las economías avanzadas para los fines chinos. No obstante, antes de que pasara mucho tiempo, esa frase promisoría empezó a sonar sarcástica. Es China –en virtud de su fuerza de trabajo cualificada pero mal remunerada, sus vastos mercados y sus reservas internacionales (léase “subsidio invertido”)– la que ha sido aprovechada por otros a fondo, y no al revés.

La cuestión aquí, por tanto, no es si la China actual constituye un reto al capitalismo entendido como necesidad del desarrollo o “fin de la historia”; no lo es. Por el contrario, la China reformista ha desempeñado un gran papel en la extensión del sistema global (y ha ayudado con sus caóticas operaciones de rescate a librar de la bancarrota a regímenes con problemas financieros). Como participante diligente en la globalización, China no solo ha actuado como un colaborador alternativamente sumiso o remiso de las superpotencias capitalistas en los asuntos internacionales, sino que les ha brindado asistencia económica directa e indirecta. La cuestión reside en saber si, aun así, el socialismo sigue siendo relevante para el desarrollo chino (que tiene un impacto global), o si existe todavía alguna posibilidad de que China regrese a una posición desde la cual pueda ofrecer resistencia al capitalismo y, con el tiempo, vencerlo. Esta pregunta es legítima tanto en el tiempo verbal presente como en el futuro. ¿Acaso el objetivo que se mantiene en la Constitución y en la retórica pública de construir una “economía de mercado socialista” no les impone necesariamente algún límite

a los capitales burocrático y privado, movidos por el afán de lucro? ¿Puede el pueblo chino con su agencia colectiva aferrarse a la aspiración socialista? En un escenario opuesto, ¿no resulta abrumadora la amenaza de una variante china de dictadura capitalista? (Históricamente, el fascismo, con base en el corporativismo estatal y la represión, fue una experiencia compartida por Europa y Asia). En términos más generales, la pregunta es si la “modernidad global” ha eliminado realmente todo (potencial de) espacio para la diferencia y las alternativas locales: ¿resulta posible en última instancia reemplazar el poder monopólico y destructivo de un orden mundial capitalista por otro opuesto al occidental?

Las políticas y condiciones actuales de China no podrían estar más alejadas de lo que requeriría una posición socialista, incluso si se las compara con las promesas críticamente viciadas del Partido. En primer lugar, perder el basamento de la autodeterminación nacional equivale a perder la precondition para cualquier alternativa a la estandarización global. Como se indicó en el Capítulo 3, la autonomía esencial de China desde antes y especialmente después de su ingreso en la OMC ha sido socavada por el creciente control foráneo de su economía, incluidos una parte de sus sectores estratégicos y el sector bancario. La privatización de las EPE en la década de 1990 dio por resultado despidos masivos, la interrupción de la producción, la malversación de bienes del Estado y la adquisición foránea de los mismos. Accionistas privados y extranjeros han ingresado en el sector estatal y participan en la toma de decisiones, a la vez que reciben dividendos que antes engrosaban el tesoro estatal y la riqueza pública de la nación. Numerosos analistas abogan por una nueva reorganización de las grandes EPE aún en pie para convertirlas en multinacionales, lo que cambiaría definitivamente la naturaleza de las industrias estatales. El hecho de que al gozar de

varios tipos de tratos preferenciales el capital extranjero haya crecido agresivamente en China apunta a un desplazamiento fundamental en el enfoque chino sobre el desarrollo, que de la autosustentación ha pasado a la dependencia global. Los problemas de la seguridad económica nacional y la balanza comercial indican la distorsión estructural de China, con un sector exportador desmesurado en el que tanto la oferta como el mercado dependen del exterior.

Mientras tanto, el crecimiento como “principio absoluto”, según la doctrina de Deng Xiaoping, se sigue priorizando a toda costa, lo que permite que el desarrollismo o, para decirlo con más crudeza, el PIBismo, domine la elaboración y la puesta en práctica de políticas. El daño derivado de la insuficiente autonomía nacional también se ha puesto al desnudo, en especial durante la crisis del crédito de una economía global plagada de problemas, con una lenta recuperación de las importaciones norteamericanas y debacles financieras en Europa desde el año 2008, que afectaron severamente a una economía china profundamente globalizada. Las dificultades estructurales se han acumulado con tanta intensidad que, como muchos admiten, nada que no sea una reorientación total podría brindarle a la economía nacional la posibilidad de reequilibrarse. En otras palabras, el patrón del desarrollo chino debe cambiarse y recentrarse en la producción y el consumo internos. Ello constituye también un imperativo moral ante la evidencia de un escenario difícilmente reconocible como socialista: un ejemplo es la segregación entre complejos residenciales protegidos para los ricos y edificios ordinarios o “aldeas urbanas” maltrechas y superpobladas que albergan a los trabajadores migrantes; otro es la designación de la fabricación de automóviles como un “pilar de la industria”. Los autos producidos en China y exportados desde allí son, fundamentalmente, marcas extranjeras ensambladas localmente por multinacionales bajo control foráneo. La industria puede

haber sido beneficiosa para el cálculo a corto plazo del PIB, y contribuyó a conformar una creciente “clase media” que se separa por su estilo de vida y sus aspiraciones de los trabajadores fabriles y las personas corrientes. Pero las ciudades chinas se ven afectadas por los embotellamientos, los estacionamientos anárquicos que bloquean las aceras, una fuerte contaminación y precios cada vez más altos del petróleo, la mitad de cuyo creciente consumo tiene que importarse.

En el terreno de las políticas sociales, la primera ronda de reformas de mercado en los servicios de salud fue oficial y justamente declarada un “fracaso total” (a esa conclusión llegó la comisión investigadora sobre el desarrollo del Consejo de Estado) debido a que dio por resultado unas cuentas hospitalarias impagables para el común de la gente. La segunda ronda ha intentado reparar los daños y poner en pie un plan mixto de cobertura universal para la atención básica. Pero sus lineamientos siguen inclinándose hacia los incentivos de mercado. De modo similar, en la educación, si bien sigue en pie la escolarización obligatoria de nueve grados, la “profesionalización” del sistema rural mediante la disolución de decenas de miles de escuelas rurales para crear aulas más grandes y uniformes lejos de las aldeas desperdigadas hace que en muchos lugares la asistencia a la escuela se haya convertido en una batalla cotidiana, especialmente para los hijos de familias aquejadas por dificultades y para las niñas. Los hijos de los trabajadores migrantes a menudo siguen siendo excluidos de las escuelas públicas regulares en las ciudades. Las universidades tienden a volverles la espalda a los jóvenes inteligentes de familias pobres, ya que ofrecen becas muy insuficientes, lo que contrasta con los grandes gastos que realizan en otras actividades. El costo de la matrícula puede multiplicarse por dos o más en los planteles de enseñanza superior de tercera o cuarta categorías, cuyos estudiantes son, por lo general, de origen

rural y pobres. El gobierno no ha hecho nada hasta el momento para afrontar esta absurda disparidad. El hecho de que la educación no siga siendo gratis para todos es una de las grandes pérdidas de la transformación del socialismo chino. Y lo que es peor: ninguna de estas reformas de políticas que han afectado directamente al bienestar de la nación y el pueblo fueron discutidas o aprobadas democráticamente mediante adecuadas consultas e iniciativas públicas. Los derechos constitucional y legalmente estipulados de los ciudadanos de China a la información, la participación y la supervisión son ignorados y desaprovechados.

El resentimiento popular se dirige sobre todo contra las nuevas elites que han amasado fortunas económicas y políticas: “A medida que las familias involucradas en la política se mueven hacia el mundo de los negocios, los magnates privados ingresan en la esfera política”.¹ Un factor institucional muy revelador, como se deplora en la masiva internet china, es que “los ‘diputados del pueblo’ [al CNP] no tienen nada que ver con el pueblo”. Aparte de los miembros básicamente decorativos salidos de las filas de los cuadros y los profesionales, la legislatura está llena de notables ricos y bien conectados procedentes del mundo de los negocios y otros círculos de la elite.² De modo similar, las bases clasistas del Partido Comunista han experimentado un cambio espectacular a partir del XVI Congreso, celebrado en 2002, cuando se dio la bienvenida en sus filas a empresarios privados, calificados de “elementos avanzados de los nuevos estratos sociales”. Según la edición de 2013 del Libro Azul anual que publica la Academia de Ciencias Sociales de China (ACSch), un tercio de los cuasi-capitalistas de China son formalmente “comunistas”. Un 53% de quienes poseen más de 100 millones de *yuan* (unos 16 millones de dólares) son miembros del Partido, y muchos asumen su posición como secretarios de secciones del partido en las compañías de las que son propietarios.³ Siete

de los hombres más ricos de la nación asistieron al XVIII Congreso del Partido en noviembre de 2012; todos son multimillonarios. Ciento sesenta de los chinos más ricos, cuyas familias poseen bienes por valor de 221 mil millones de dólares, son representantes del Partido, diputados al CNP o miembros de la Conferencia Política Consultiva del Pueblo.⁴

En otras palabras, los ricos y poderosos no solo gozan de una permisiva “sociedad civil” de instituciones privadas y competencia asimétrica, sino que también manipulan los procesos supuestamente públicos de toma de decisiones y asignación de recursos. En algún punto del camino hacia la reforma de mercado se ha hecho corriente que los cuadros del Partido, el gobierno y el ejército obtengan pequeñas o grandes ganancias privadas abusando del poder que les otorgan sus cargos. La revelación del fenómeno de los funcionarios que tienen cuentas bancarias en el extranjero o que huyen del país con maletas llenas de dinero alimenta la indignación popular y el cinismo político. En los sondeos de opinión, la corrupción encabeza la lista de los males sociales de China. A inicios de 2012, el General Liu Yuan, comisario político del departamento de logística del Ejército Popular de Liberación (EPL) se enzarzó en una difícil batalla –quizás, en última instancia, una batalla perdida– contra redes clientelares y facciones que se dedicaban a aceptar sobornos a cambio de promociones, extorsionar a los negociantes, incurrir en gastos personales suntuarios y violar sistemáticamente la disciplina del ejército. Les advirtió a sus colegas que “nuestra corrupción puede aplastarnos y hacer que nuestras fuerzas armadas sean derrotadas sin disparar un tiro”.⁵ El ya eliminado “modelo de Chongqing”, cuyo lema era “cantar el rojo y aplastar el negro”, despertó en su momento las esperanzas populares de recuperar la moral socialista y poner fin a los delitos facilitados por la corrupción. Esa esperanza murió, no solo porque ese experimento social se frustró,

sino también por las dimensiones de la podredumbre que sacó a la luz la cadena de acontecimientos generados a partir de él, en la que estaban involucrados políticos locales y centrales y las propias agencias de lucha contra la corrupción. El problema tiene raíces tan profundas que pocos están lo bastante limpios como para atreverse a enfrentarlo o a desobedecer las “reglas secretas” configuradas en el sistema. El temor a las represalias es real, porque las acusaciones de corrupción se pueden emplear como un arma política para derribar a los rivales.

Las interpretaciones encontradas acerca de la relación de China con el capitalismo forman parte de la lucha ideológica y discursiva. Representan a intereses y fuerzas en conflicto que empujan al país en direcciones distintas. Para validar una transición al capitalismo en el seno de un estado nominalmente socialista, los teóricos de los *think tanks* oficiales (sobre todo de las oficinas centrales de investigación del Partido, del Centro de Investigaciones del Consejo de Estado y sus departamentos, y de los burós de investigaciones de políticas y las academias de ciencias sociales provinciales y municipales) emplean publicaciones, periódicos y otros medios “internos” y públicos para difundir un marxismo deformado. Por ejemplo, la frase “socialismo con características chinas” es tenida popularmente en China por un “saco” en el que cabe cualquier cosa. La Escuela Central del Partido se ha convertido con todo éxito en un bastión del neoliberalismo, a pesar de los desacuerdos entre sus profesores. La Escuela de Gobierno Kennedy de la Universidad de Harvard es llamada en broma la “segunda escuela del Partido”, dado que se envía allí regularmente a funcionarios de primer nivel para entrenarse en un pensamiento adecuadamente moderno sobre la globalización. A medida que el poder monopólico del Partido se convierte en un fin en sí mismo, se elaboran

formulaciones seudomarxistas y otras para “naturalizar” la teleología y la institucionalización capitalistas (Meisner 1989b: 343).

El amplio y costoso “proyecto de investigación teórica marxista” fue lanzado para relegitimar al régimen, que enfrentaba un retroceso del compromiso con el socialismo en todos los niveles del aparato. No obstante, junto a ese esfuerzo retórico a viva voz, se han aprobado enmiendas constitucionales obviamente antimarxistas que validan la “inviolabilidad de la propiedad privada” y la virtud del poder del capital. El único dique superficial que se ha erigido contra esas disposiciones radicales es que en vez de suscribir verbalmente el “capitalismo”, se ha adoptado un inventivo lenguaje eufemístico sobre el *buke* o “rescate de una lección que se había pasado por alto”. Las teorías reelaboradas concernientes a una “etapa del desarrollo” (del capitalismo) erróneamente saltada pero necesaria, abogan por un largo período de “etapa primaria del socialismo” o “nueva democracia” (el término se ha tomado prestado del programa del Partido en la década de 1940, que postulaba una economía mixta y las políticas que la acompañarían antes de la transición al socialismo). Plantean que el capitalismo es históricamente inevitable para sentar la base material de la futura transición al socialismo o moralmente deseable para proteger los derechos individuales y la democracia política, que tienen un valor universal, o ambas cosas. Un sistema de socialismo “primario” debe adoptar esos rasgos indispensables. No se menciona un conspicuo obstáculo lógico en caso de que el socialismo siga siendo oficialmente proclamado: si el capitalismo en la China postsocialista resultara exitoso, ¿cómo y por qué debería esperarse que condujera a su propia desaparición? Y a la inversa, si está condenado al fracaso, ¿qué puede justificar su necesidad, para no hablar de su deseabilidad? Además, ni siquiera un proyecto específicamente marxista que involucre una feroz competencia por fondos enormes asignados por

el aparato central del Partido ha escapado a la corrupción. Qué dispendio de los fondos públicos; y qué deshonra para el marxismo, en cuyo nombre proliferan la avaricia y el fraude.

De ahí que no resulte sorprendente que se evada o incluso se considere tabú el lenguaje de las clases en la interpretación “marxista” de China. La criticada era maoísta de “revolución continua” y “lucha de clases”, sin clases materialmente definibles tras la nacionalización y la colectivización, está muerta, pero se niega a morir. Porque, paradójicamente, el vocabulario político chino abandona el término “clase” precisamente cuando renace una clase capitalista y se forma una nueva clase obrera en el “taller mundial” que es el cinturón del sol chino (Lee 2007: caps. 5 y 6), lo que, en consecuencia, conduce al surgimiento de horrendas divisiones y conflictos de clase. Los medios y el discurso público ahora denominan “grupos vulnerables” a las clases trabajadoras urbanas, rurales y migrantes. La hegemónica “búsqueda de la globalidad” impulsada por las ideologías neoliberales exige la terminología despolitizada de Weber acerca de la “estratificación social”, que subsume el discurso de clase y oscurece las relaciones entre las clases (Pun y Chan 2008: 76). Como telón de fondo sobresale el poder del capital privado, recientemente incluido en la Constitución y en la legislación, y que a menudo cuenta también con el apoyo de redes clientelares. Zhao Yuezhi señala que “una de las mayores ironías” de la historia política de la RPCh, es que “el discurso de la ‘lucha de clases’ se haya llevado a su extremo esencializado durante la Revolución Cultural, cuando la sociedad china era relativamente igualitaria, y haya sido totalmente suprimido durante un proceso de rápida polarización de clases en la era de la reforma” (2009: 97).

En los círculos políticos chinos, individuos poderosos abogan, en nombre de los magnates y los compradores privados, por la eliminación del control público sobre las industrias y las cuentas de

capital nacionales. No son pocos los administradores comunistas y los banqueros de Wall Street que se las han ingeniado para enriquecerse mutuamente con peregrinas asociaciones económicas. Fundamentalistas del mercado que se contradicen a sí mismos, pero son influyentes, condenan la intervención del Estado y simultáneamente exigen que el gobierno obligue a realizar más privatizaciones y a profundizar la liberalización financiera. En consonancia con ello, algunos académicos “marxistas” hacen a un lado toda distinción conceptual entre el socialismo y el capitalismo. Insisten en que ya es hora de admitir el anacronismo político de tal distinción, ya que esas identidades mismas son rezagos puramente ideológicos de la Guerra Fría. Las diferencias entre los dos modelos, ya difuminadas, pueden ahora ignorarse por completo, y en el orden del día aparece la convergencia, considerada en términos de variedades y gestión del capitalismo. El problema, por supuesto, es que para quienes han sufrido las dolorosas consecuencias sociales de la transición, la diferencia entre ambos es sumamente real.

A medida que China “despierta” mediante el hipercrecimiento, una frenética urbanización y una resuelta integración global que tiene un grave costo moral, social y ambiental, sus ciudadanos en situación de vulnerabilidad sufren las consecuencias: son los trabajadores mal pagados o que no reciben ningún salario, los campesinos que pierden sus tierras, los migrantes que luchan para subsistir, las parejas separadas, los ancianos y los niños a quienes se deja atrás en las aldeas empobrecidas, y no resulta sorprendente que también sean los furiosos huelguistas, peticionarios y participantes en protestas. La nación crece económicamente, pero se empequeñece culturalmente al abandonar los legados más valiosos de sus tradiciones revolucionaria y socialista. En especial, la brecha cada vez más ancha entre las elites y los ciudadanos comunes es un claro indicador de que la RPCh se aleja de sus promesas fundacionales de igual-

dad y de poder y bienestar para el pueblo. Eso plantea una perturbadora pregunta acerca de la legitimidad de las “reformas” radicalizadas. Si China, como muchos aseguran, es presa de una especie de “capitalismo de saqueadores”, ¿qué sentido tenía la revolución socialista? ¿Cuál es el significado de la reforma con su negación del socialismo? Hasta el momento, esos cuestionamientos no han deslegitimado el conjunto del proyecto de la reforma, pero exigen una reasunción de las iniciativas de reforma socialistas.

Fue la crisis del socialismo chino la que trajo aparejada la reforma. Ahora es la crisis del capitalismo chino la que ha engendrado los debates sobre la dirección de la reforma. Lo que quiero dejar sentado aquí es que lo que ha sucedido no tenía que suceder; ninguna inescapable lógica económica, sociológica o cultural obligaba a China a estar donde está. Si el capitalismo no es teleológico, el fin del camino de la transición tiene que ver con una lucha política que posee una dimensión ideológica vital. Dado que la senda histórica de China haría demasiado costosa una reversión total de los logros del socialismo, es poco probable que ello ocurra. “Contradicción” sigue siendo una palabra clave para describir las realidades chinas. Una observación más sutil derivada de la experiencia de la transición al capitalismo en Rusia es que una estructura sistémica previa puede brindarle a un orden recientemente establecido el “subsidio social” que necesita: “es precisamente la persistencia de lo viejo lo que ha sustentado la estabilidad de lo nuevo” (Wood 2012: 7, 33). De modo similar, las reformas adoptadas en China se han beneficiado mucho de los cimientos estructurales maoístas. “La mano invisible de Mao” sigue estando, de una u otra manera, detrás de las consideraciones de políticas, el estilo organizativo y las respuestas gubernamentales a las demandas sociales en China; todos ellos recuerdan a un Estado socialista (Heilmann y Perry 2011). Sin ese Estado le

habría resultado imposible al país sobrevivir a las usuales conmociones, rupturas y devastaciones poscomunistas.

Además, las políticas económica, industrial y social de China, que experimentan con un “mercado socialista”, están abiertas a la innovación. A impulsos de las crisis sociales y los dilemas imperantes se han elaborado propuestas innovadoras para mejorar la gobernanza: en muchas ciudades se han creado canales electrónicos para recibir sugerencias de los ciudadanos y contribuir a la transparencia del gobierno. Se multiplican los ejercicios de votación y discusión comunitarias del presupuesto. De una u otra forma, se democratiza la política consultiva-electoral de los órganos centrales y locales. En algunas localidades se ha elevado la calidad de las elecciones en las aldeas. Se amplían las consultas públicas sobre las políticas y las leyes, hasta el punto de que ahora se exige al menos una ronda de serias consultas entre expertos y afectados para tomar decisiones de importancia. Los lineamientos “pro-pueblo” han alentado los esfuerzos gubernamentales encaminados a reducir las desigualdades, defender los derechos laborales, enfrentar la corrupción, fortalecer la regulación de los mercados y establecer mejores controles sobre la conservación, la disminución del carbono y el consumo de energía. Tras el “socialismo en una aldea” (p. ej., Nanjie, Huaxi, Zhoujiazhuang, y cientos de otros colectivos que se mantienen en pie), se promueve el “agro socialista” para incrementar los beneficios del crecimiento para la población rural. Este esfuerzo comenzó con la eliminación de los impuestos agrícolas y el aumento de la inversión pública en planes de seguridad social, medicina y pensiones. La China urbana también ha sido testigo de la puesta en marcha de más proyectos de viviendas públicas para las personas de bajos ingresos. Líderes más visionarios han frenado en algunos lugares un mercado de bienes inmuebles fuera de control, alimentado por la tendencia a la mercantilización de la tierra.⁶

En principio, el ansia de un curso inverso de desglobalización antineoliberal no es un deseo vano. Actores de peso como China podrían “sobrecargar” el sistema global elevando artificialmente el nivel de los salarios y manipulando los precios para proteger las ventas en el mercado interno. Ello, a su vez, permitiría retener los excedentes y, por ende, compensar las ganancias de las multinacionales y la concentración de la acumulación de capital en las regiones centrales del capitalismo (Harvey 2001). Con su integración un tanto incompleta a la economía mundial, China también podría distanciarse del volátil mercado internacional de capital financiero manteniendo un control soberano sobre su cuenta de capital y su política monetaria. Aun si los reformadores radicales quieren dismantelar esa última línea de defensa de la autonomía y la seguridad económicas de la nación, siguiendo los consejos de los economistas del FMI y el Banco Mundial, no existe ninguna “necesidad férrea” que justifique su propuesta. Por el contrario, no resulta impracticable que los nuevos “parámetros establecidos por la lucha política” localmente y de modo acumulativo se activen para superar las condiciones existentes (Wallerstein 1991: 121-124, 168). Los salarios ya han aumentado significativamente en China, aunque de manera desproporcionada: los que más se han beneficiado de esos aumentos han sido los empleados gubernamentales y los trabajadores del sector estatal. Y el creciente costo del trabajo en general ya ha afectado el movimiento estratégico del capital global. Los actores autónomos y de vista larga en el mercado mundial deben estar preparados para lo que sea necesario a fin de reformular las reglas del juego. En este sentido, China ocupa una posición relativamente flexible y favorable.⁷

No obstante, nada de lo anterior puede materializarse sin un movimiento social consciente desde abajo, que debe ganar fuerzas,

como ocurrió con el doble movimiento polanyiano en el caso de la reconstrucción de la salud pública (Wang 2008). La dominación, la explotación y la injusticia capitalistas no gozan de simpatías entre los trabajadores chinos, quienes poseen una memoria colectiva del socialismo que contrasta con la brutalidad de la acumulación primitiva en curso, en la que se considera “barato” el trabajo y se le exige que lo sea. Dejando a un lado las polémicas acerca de la conciencia de clase o los patrones de activismo de los trabajadores, la política de estos últimos ha “tomado creativamente elementos del maoísmo, el socialismo y las ideologías liberales de la justicia legal y la ciudadanía” (Lee 2007: x). En términos más generales, el socialismo sigue siendo una fuente importante de legitimación del régimen, dado que está vivo en el compromiso social y las expectativas públicas. A medida que se agranda con rapidez la brecha de los ingresos y la “clase” regresa para llorar por un mundo perdido de objetivos igualitarios, las protestas masivas aumentan en frecuencia y escala. Las autoridades están obligadas a reaccionar ante ellas.

Una conmovedora serie de suicidios de jóvenes trabajadores migrantes sometidos a la humillación de los bajos salarios, las restricciones impuestas a sus vidas y el constante abuso verbal de los controladores de la producción dio origen a oleadas de huelgas de suministradores de Apple a todo lo largo y ancho de China (Pun y Chan 2012).⁸ Los huelguistas obligaron a la administración a hacer concesiones. Foxconn, que produce en China el 40% de los productos electrónicos del mundo, llegó a un acuerdo con Apple a fines de 2012 para mejorar las condiciones y las relaciones laborales de los 1,2 millones de trabajadores chinos que laboran en sus fábricas. Flextronics International, otro fabricante global de productos electrónicos, así como otras multinacionales, siguieron un curso similar. En algunas EPE, especialmente las que se encontraban en proceso de privatización, los trabajadores en activo y los despedidos

se organizaron para defender sus derechos. Aunque la represión policial es bastante común, en ocasiones los trabajadores se ganan las simpatías y el apoyo del gobierno. En diciembre de 2012, los trabajadores en huelga de una firma petrolera de propiedad estatal en Shaanxi exigieron estatus y paga iguales para sus esposas, que eran tratadas como empleadas de segunda categoría. El *Workers Daily* informó sobre la demanda y calificó las decisiones unilaterales de la administración de “flagrante violación” de las leyes laborales y las regulaciones sindicales.⁹

Mientras las ONG dedicadas a asuntos laborales y los sindicatos oficiales contribuyen con el esfuerzo del Estado por individualizar e institucionalizar el arbitraje de los conflictos en las relaciones industriales (Friedman y Lee 2010), los movimientos laborales y sociales de China se ven atrapados en un notable dilema postsocialista: luchar por la creación de sindicatos independientes, negociaciones colectivas y la protección de las leyes equivaldría a legitimar que el “Estado de los trabajadores” abandona sus responsabilidades. Los trabajadores deben aprender a luchar por sus derechos legales precisamente porque se está perdiendo el compromiso con su reconocimiento político y su seguridad material, lo que forma parte de la naturaleza del Estado socialista.¹⁰ La ley sobre Contratos Laborales de 2008 puede considerarse un hito en la historia de la RPCh, ya que, en última instancia, legitima que los gobiernos central y locales puedan no alinearse junto a los trabajadores en el terreno político y social. Las relaciones entre el capital y el trabajo —como reflejo de las relaciones de producción fundamentales— se transforman en una cuestión legal “objetiva” de “neutralidad liberal” y “justicia legal”. Aunque se inclinan hacia el capital en busca de inversiones y crecimiento, el Estado y su brazo corporativo, la Federación Nacional de Sindicatos de China, aún actúan a favor de los obreros de manera intermitente, en dependencia de las pre-

siones. Pero a los intereses y las voces de los trabajadores les urge encontrar una expresión nueva y adecuada en un momento de confusión y desilusión.

La situación en el campo es igualmente aguda. La confrontación entre los aldeanos de Wukan y funcionarios locales corruptos a propósito de ventas ilegales de tierras colectivas en Guangdong a fines de 2011 terminó con la esperanza de alcanzar un acuerdo justo. Las “redes sociales”, en su variante china de teléfonos celulares e Internet, se han convertido en un “arma de los débiles”. Pero el problema persiste. Lin Zulian, el líder de los aldeanos que montaron la protesta y que ha sido elegido director del comité de la aldea y secretario del Partido en Wukan, plantea convincentemente que el Estado es responsable de proteger la tierra y a los agricultores en toda disputa sobre la tierra. Ninguna de las vías propuestas por los árbitros provinciales –el diálogo, negociaciones o los tribunales– resolverá el conflicto. “Esto es responsabilidad del gobierno. Si el gobierno actúa como mediador, ha equivocado su papel”.¹¹ La posición de clase del Estado es, obviamente, un factor decisivo en la lucha popular china en pro de la justicia social, la cohesión y el desarrollo.

En febrero de 2012, justo antes de la celebración de la convención anual del CNP, circuló por Internet una “propuesta popular” que debía entregarse al Congreso. Incluía demandas tan compartidas como que “se publique la cifra de los bienes personales y familiares de todos los funcionarios y se aclaren sus fuentes”, y que “se establezca una plataforma nacional online para luchar contra la corrupción, en la que todos los ciudadanos de la RPCh puedan presentar sus informes o quejas sobre casos de corrupción o abuso para que el Estado los investigue de manera abierta y responsable y publique con prontitud los resultados”; que en defensa de la seguridad económica nacional se adopte “un enfoque autosustentado sobre

el desarrollo económico” y que “se elimine toda política que sirva a los intereses de los capitalistas foráneos en detrimento de los de la clase trabajadora china”; que “se investiguen a fondo” y se revoken “las pérdidas de bienes públicos en el curso de la ‘reestructuración’”, y que se determinen y controlen públicamente los bienes del personal administrativo de las empresas propiedad del estado; y que “se investiguen a fondo los talleres ilegales” y se clausuren “las empresas que muestran atrasos en el pago de los salarios, empleo ilegal de fuerza de trabajo o condiciones de trabajo nocivas”. Entre las demandas había también cuestiones relativas a la educación pública, la atención de salud y otras áreas de descontento social.¹² Como era de esperar, la propuesta no fue a ningún lado; ninguna de las ramas del CNP ha reaccionado ante ella. Una prueba crucial para los nuevos líderes será abordar estas preocupaciones populares, comenzando por investigar imparcialmente las acusaciones de corrupción a altos dirigentes en correspondencia con la disciplina partidaria y las leyes.

Sin embargo, todo optimismo tendrá que fundarse en la economía política de China. Hasta el momento, las señales no son muy alentadoras. En febrero de 2012, justo antes de que se celebrara el XVIII Congreso del Partido, el Centro de Investigación sobre el Desarrollo y el Banco Mundial emitieron de manera conjunta un informe supervisado por Robert Zoellick, titulado *China 2030*, en el que la palabra clave es “privatización”.¹³ El capítulo 3 del informe, “reformas estructurales”, menciona el petróleo, la química y la electricidad entre las grandes industrias a privatizar. El capítulo 7 recomienda una disminución radical del control del Estado sobre sus sistemas fiscal y bancario. La predicción del Banco Mundial acerca del porcentaje deseable del sector estatal en la economía nacional para el año 2030 es el 10%, casi la tercera parte de la ya la-

mentable cifra del 27% en 2010 (en comparación con las democracias sociales capitalistas, que dependen de un sólido sector público). Un método muy recomendado en el informe es una amplia titularización de los bienes estatales, incluidas las adquisiciones en el extranjero, en nombre del combate a los monopolios. Ello conllevaría también una liberalización del mercado de capitales y el sistema bancario, como parte de la “internacionalización” del sector financiero chino.

Las tierras de propiedad colectiva son también un blanco inminente de una privatización a fondo. En la cumbre del Foro de Cooperación Asia-Pacífico, celebrada en diciembre de 2012, el Secretario del Partido saliente, Hu Jintao, reafirmó el compromiso de China con una mayor liberalización del comercio y las finanzas. Desde su toma de posesión en marzo de 2013, el Premier Li Ke-qiang ha confirmado en repetidas ocasiones ese compromiso y actuado con celeridad para establecer una zona de libre comercio en Shanghai, entre otras medidas. La Comisión Estatal de Regulación de Títulos ya había anunciado que se decuplicaría la cuota de los inversionistas extranjeros en el mercado de valores de China, como un paso hacia una liberalización radical del control de capitales del país.¹⁴ En las dos décadas de privatización de la economía china, el Consejo de Estado –bajo la influencia de poderosos intereses creados que realizan labores de cabildeo– ha desempeñado un papel relevante. En una directiva típica (documento número 13) autorizó en el año 2010 la entrada de más capital privado y foráneo en las áreas de infraestructura, finanzas, proyectos sociales, defensa, y ciencia y tecnología. Las industrias mencionadas incluyen la petroquímica, el gas, la industria nuclear, las telecomunicaciones, la industria militar y la banca. Este caso inequívoco ejemplifica cuán efectiva puede ser una transformación capitalista dirigida por el Estado.

En este contexto, los llamamientos a una reforma política que no se oponga a la privatización, o lo que se describe en chino como “la capitalización del poder y el empoderamiento del capital” (*quanli zibenhua*; *ziben quanlihua*), no tiene que ver con la democracia en ningún sentido significativo. Ese llamamiento en la realidad actual de China equivale, a garantizar y legitimar lo que ya ha sido ilegítimamente arrebatado de las arcas públicas por manos privadas.¹⁵ Por tanto, las opciones políticas de China no son las alternativas superficiales entre la continuación del gobierno de un solo partido y un sistema multipartidario basado sobre la política de grupos de interés. Por el contrario, el alineamiento del Estado y el capital podría perpetuar un “libre” mercado autoritario y una “sociedad civil” desigual, en los que las elites políticas y económicas controlarían la política electoral y los procesos de toma de decisiones. Lo que subyace al discurso democrático insustancial y autocomplaciente es el gran poder dual de “un Estado y una lógica de mercado en la trayectoria de la sociedad civil” china (Howell 2012: 281). En esa sociedad, la “democracia” les resultaría inútil a los ciudadanos comunes, si las preferencias populares no se articularan y se tradujeran en poder del Estado. De ahí que toda “reforma política” cuyas premisas sean la propiedad privada y la transformación capitalista resulte engañosa. La intuición de Meisner de que en China “cualquier ímpetu serio a favor de un cambio democrático vendrá probablemente de las víctimas y no de los beneficiarios del capitalismo promovido por el Estado” (2007: 41) es muy sensata.

La cuestión reside, como advierte siempre la teoría de la revolución, en que la cuestión fundamental es el poder político. Para un pueblo antes esclavizado, perder el nuevo régimen nacido de su lucha de liberación equivale a perderlo todo. La importancia del Estado, o las diferencias entre los Estados —socialista, reformista,

diversamente capitalistas, etc.— se miden por las ganancias y las pérdidas de los diferentes individuos sometidos a su poder, y por la violencia asociada a la toma de ese poder. Puede que, en general, la globalización interfiera en la autonomía y la capacidad de los Estados y socave la autodeterminación nacional. Pero la naturaleza cambiante del Estado de la RPCh se debe más directamente a la capitulación voluntaria, por llamarla de algún modo, de su propia clase política. Desde la doctrina de la “teoría del gato”* y el “sin discusión” de Deng, que prohibió toda crítica socialista a la transición, hasta los “tres representantes” de Jiang Zemin, que despolitizó ideológica y organizativamente al Partido Comunista, la esencia política del pragmatismo consiste en permitir la legitimación del “capitalismo con características chinas”. Ello, sin duda, deslegitima a la vez la resistencia socialista.

Los dirigentes pudieron salirse con la suya porque estaban ausentes el escrutinio y la supervisión públicos, y es aquí donde se manifiesta realmente la urgente necesidad de democracia. El enfrentamiento entre distintas ideologías ha sido empíricamente “falseado” por la pérdida de orientación del desarrollo chino, y la lección negativa que se debe extraer es que toda empresa de la magnitud de la reforma china debe someter constante y democráticamente su orientación y su movimiento al escrutinio, la evaluación y el ajuste a los objetivos que se propone. Lógicamente, para que China conserve su posicionamiento socialista en el mundo y en la historia mundial, la tarea vital para quienes abogan por el socialismo consistirá en hacerse de nuevo con el Estado y el Partido mediante el restablecimiento de sus elementos originales. Se trataría de una “guerra de posiciones” gramsciana en la que se construiría

* “Da igual que el gato sea blanco o negro, lo importante es que cace ratones” (N. de la T.).

un nuevo bloque democrático contrahegemónico opuesto al capital burocrático para revertir el curso de un autoritarismo neoliberal con características chinas. Esa construcción tendría como base una renovación del Partido Comunista por parte de sus elementos comunistas y unas clases populares que trasciendan las fisuras sociales, se centren en la organización laboral y se unan en la identidad universal de productores directos (ver Capítulo 6).

La lucha china deberá aliarse también con movimientos afines de otros países y globales. Pero podría presentarse el obstáculo del “socialismo en un solo país”, heredado del anticomunismo de la Guerra Fría, como se aprecia no solo en el discurso sobre la “amenaza china”, sino en reales limitaciones, sanciones, medidas “anti-dumping” y otras barreras al comercio, junto a provocaciones militares directas, todas dirigidas contra China. Dado que es el mayor importador de energía y recursos minerales y que se ha sumado a la competencia global por las materias primas, el país enfrenta un peor ambiente internacional. Ello podría obligar a China a repensar y revisar su “estrategia global” desde una posición socialista e internacionalista. La incompatibilidad entre ambas cosas no es solo una cuestión de principios, sino también un peligro en la *realpolitik*. Ideológicamente, los socialistas chinos tienen que ser nacionalistas, dado que la RPCh sigue siendo un espacio de lucha y búsqueda socialistas. A la vez, su compromiso internacionalista y universalista debe diferenciarse de los falsos “valores universales” del capitalismo liberal. Cómo se producirá el (re)posicionamiento de China en la encrucijada, dadas esas circunstancias, es una cuestión de política, práctica y oportunidad.

¿Puede haber un modelo chino?

El desarrollo nacional moderno de China desmintió el teleológico “curso maestro” y siguió una trayectoria alternativa. Fue, en lo esencial, una búsqueda colectiva de –sucesivamente– una alternativa revolucionaria a la modernidad colonial, una alternativa socialista al estatismo estalinista y una alternativa reformista a la integración capitalista. Esta trayectoria, nunca fácil y siempre plagada de contradicciones y contratiempos, modificó, no obstante, la periodización típica del “tiempo mundial” y moderno de la globalización (Lin 2006: 57). Esta experiencia histórica singular se diferencia de otras vías u opciones nacionales, sobre todo del comunismo soviético –al que considera una traición a un socialismo centrado en lo social– y del capitalismo del Tercer Mundo, que ha sumido a buena parte del mundo poscolonial en la pobreza y los conflictos.

Como se analizó antes, este panorama histórico se ha visto complicado no solo por los aspectos negativos de la construcción del socialismo chino, sino también por las realidades de su destrucción cuando la reforma se salió de su cauce y se convirtió en una transición capitalista. En el contexto de las continuidades y las discontinuidades entre los proyectos socialista y reformista, plantearse la pregunta acerca de la existencia de un “modelo chino” equivale a crear un espacio para repensar el proyecto reformista y la necesi-

dad de enmendarlo. De ahí que esa tarea intelectual esté lejos de legitimar la actual manera de hacer las cosas en China. Por el contrario, todo elemento que contradiga el compromiso a largo plazo con el socialismo debe rectificarse para que se ajuste al “modelo” socialista. En los argumentos al uso en el debate reciente sobre el “modelo chino” es precisamente esa postura crítica lo que está ausente. Por un lado, se observa una idealización ciega de la manera en que China maneja el crecimiento, mezclando el autoritarismo político con la liberalización del mercado. Del otro, se pone de manifiesto esta engañosa discrepancia, pero se considera solucionable solo mediante un reordenamiento político en línea con el “libre mercado”. “El “cambio de régimen” equivale a una transformación capitalista en toda línea. En ese debate se omite la voz de quienes se oponen a ambas versiones del predominio del capital burocrático o privado. A contrapelo de esas versiones, el modelo socialista chino puede inspirarse en los mejores recursos vivos de las tradiciones revolucionaria y socialista de China.¹

Como telón de fondo está el “despertar de China”, que se asocia en un nivel con la globalización económica y en otro con una amenaza política al orden mundial. Lo cierto, sin embargo, es que, si se tiene un sentido de la historia, resulta incuestionable que China despertó unas seis décadas atrás, en 1949, cuando “el pueblo chino se puso en pie”, a lo que siguió la más valiente autodefensa china en los campos de batalla coreanos. Ese fue un verdadero “momento chino” de la historia mundial. Puede que hoy China sea un actor de más peso en los asuntos mundiales, dado que sus pasos tienen un impacto instantáneo en los mercados globales y las relaciones internacionales. Y en el plano interno, sin duda ha reducido la pobreza y aumentado significativamente el nivel general de vida.² Pero nada de esto habría tenido lugar en el país en desarrollo más grande del mundo si no hubiera sido, para empezar, una nación

moderna independiente, liberada y orgullosa de sí misma. La infraestructura nacional, social, física y humana fundamental se había transformado antes del *jiegui* (la integración global), la reforma o la apertura. Para no mencionar que toda ganancia importante en la era de la reforma se paga con grandes pérdidas de las mismas dimensiones. Por tanto, resulta muy problemático hablar ahistóricamente del despertar de China o de un modelo chino, sin reconocer importantes vínculos históricos y causales.

Una presunción paralela es la del “consenso de Beijing”. Si bien, como construcción descriptiva más que prescriptiva se centra convincentemente en la importancia de la autonomía y la innovación nacionales, pasa por alto los obstáculos y el disenso. Como muchos admiten en China, un patrón de crecimiento centrado en el PIB e impulsado por las exportaciones es social y ecológicamente insostenible. Las distorsiones desarrollistas también han dado como resultado deficientes políticas públicas y, en consecuencia, descontento popular. Internacionalmente, el espacio de maniobra chino se ve severamente reducido no solo por su posición geopolítica, sino también por los límites genéricos del sistema global. Los flujos chinos de inversiones directas hacia el exterior, por ejemplo, hacen que necesariamente surjan tensiones, con independencia de las diferencias que puedan existir entre las inversiones chinas, que no tienen una condicionalidad política (excepto en el caso del principio de “un país, dos sistemas”, relativo a Taiwán) y las prácticas occidentales del viejo colonialismo o los más recientes programas de ayuda.³ Los países ricos también han utilizado el tema de los derechos laborales para poner a China a la defensiva en el terreno moral. ¿Cuál es entonces el “consenso” alternativo al “consenso de Washington”, que se desvanece globalmente pero sigue siendo muy influyente en los círculos políticos de Beijing? ¿Puede haber realmente un consenso válido en torno a la explotación, la contaminación o la dependencia?

A diferencia de un “consenso de Beijing” no consensual, un modelo normativo chino se atendería a su compromiso con el socialismo y se opondría a cualquier reforma que se apartara de ese compromiso, en vez de ocultar o legitimar ese alejamiento. La formulación de dicho modelo necesitaría, por tanto, espacio para rectificaciones en la actualidad y posiblemente en el futuro. No hay duda de que existen serios desacuerdos acerca del “modelo chino”, la “vía china”, la “experiencia china”, las “ventajas chinas”, etc., así como una oposición a todas esas formulaciones. No obstante, el debate permite escapar de la camisa de fuerza ideológica del “sin discusión” que le ha dado luz verde al desarrollo capitalista en China. La pregunta última se refiere a una visión poscapitalista compartida: ¿qué tipo de sociedad sería deseable para la mayoría y prácticamente viable para China? Para responderla hay que examinar críticamente la construcción, la destrucción y la reconstrucción del socialismo chino y su posicionamiento mundial-histórico. El socialismo chino, con sus tradiciones igualitaria y colectivista y sus métodos no convencionales de desarrollo, no se ajusta a los modelos típicos de transformación moderna. Si la experiencia china, junto con la soviética, representa históricamente “una utopía no realizada; no necesariamente irrealizable” (Jameson 2012: 127), resulta hoy más urgente que nunca buscar las vías de renovación del proyecto socialista y dar los pasos necesarios para llevarlo a la práctica.⁴

La adopción de unas pocas reglas constituye un prerequisite para realizar una conceptualización racional de un modelo socialista chino. El punto de partida es que dicho modelo fue históricamente preparado y está previamente condicionado por las transformaciones revolucionarias del siglo XX en China. En otras palabras, el modelo tiene como premisa la apreciación colectiva de la historicidad y la justicia fundamental de la revolución comunista china.

Porque –para recapitular– fue esa revolución la que liberó a una nación oprimida y a sus clases y grupos sociales explotados de sus antiguas ataduras, permitiendo así desde los puntos de vista político y económico el desarrollo moderno de China.⁵ Este proceso parece haber divergido de varios movimientos económicos o políticos “normalmente” esperables, o haberlos sobrepasado de un salto. Los obstáculos, los errores y las incertidumbres que jalonaron su camino son atribuibles a su carácter experimental. Por tanto, toda determinación histórica del socialismo chino conlleva simultáneamente su indeterminación con respecto al desarrollo. La discusión sobre este posicionamiento históricamente concebido está en el centro del debate sobre el “modelo chino”, y subraya las líneas divisorias entre los pros y los contras, y entre visiones en disputa sobre los rasgos que definen el modelo.

En términos de prerequisites conceptuales o cognitivos, indicar las precondiciones históricas del modelo chino equivale a reafirmar sus inclinaciones socialistas, aunque solo sea porque el desarrollo capitalista ha engendrado múltiples modelos, y ninguna adición china puede resultar realmente novedosa. Por ejemplo, un Estado autoritario que goce de una “autonomía intrínseca” (Evans 1995) al tiempo que “gobierna el mercado” (Wade 1990) es característico del modelo de Estado desarrollista, por oposición a los modelos de Estados depredadores y “fallidos”. Resultaría problemático, si no carente de todo valor, tratar la experiencia china como solo un ejemplo más del “milagro del Asia oriental”. Parte del consenso académico que exhibe la literatura sobre “la reintroducción del Estado” consiste en que la carencia de un Estado funcional desde el punto de vista del desarrollo –sea en su variante comunista, capitalista de Estado o nacional populista– constituye un síntoma y, a la vez, una explicación del subdesarrollo poscolonial. Y el funcionamiento del Estado es la lógica no solo de una economía planifi-

cada, sino también de las economías de mercado avanzadas, sean cuales fueren sus autoengañosas ideologías. El Estado de la RPCh está empeñado en el desarrollo (aunque no sea necesariamente desarrollista) desde su inicio, y comparte algunas características con sus vecinos, como el nacionalismo económico y la capacidad estatal. Pero hablando en términos estereotípicos, las características distintivas de China en lo que respecta a trayectoria histórica, orientación política e ideológica, arraigo social y extraordinario poder organizativo hacen del Estado de la RPCh una especie diferente, que excluye toda afinidad superficial. Después de todo, el modelo chino no puede limitarse al desarrollo conducido por el Estado; es primero y sobre todo, un modelo de desarrollo socialista.

En otras palabras, un verdadero modelo chino no puede emular a los capitalistas, y la singularidad de China reside en su postura anticapitalista y en el potencial que brinda para encontrar una alternativa. Por tanto, el socialismo es la primera premisa conceptual de cualquier construcción significativa de un modelo chino que no se limite a los métodos para lograr el crecimiento. La historia moderna de las luchas revolucionarias de China en pro de la liberación nacional y la reorganización social, así como del desarrollo y la prosperidad, constituyen el lugar donde hay que buscar los orígenes de su dependencia presente o la de la vía que sigue. Por otra parte, la historia va mucho más allá y brinda otras fuentes para los cambios modernos. “De Confucio a Sun Zhongshan”, como los resumiera Mao, los grandes tesoros tradicionales de China (mucho más ricos que el mero confucianismo) también se reinventan continuamente. Las diversos mundos eco-naturales y cultural-materiales de una “China” en evolución son contemporáneos con su experiencia cotidiana. El reconocimiento de la necesidad de una “ruptura revolucionaria”, no obstante, hace que “1949” siga siendo el hito fundacional más importante del desarrollo chino.

Otra premisa necesaria es una autoconsciente “postura de tener en cuenta a China”. Los parámetros capitalistas son severamente limitantes, pero no deterministas. Esa postura insiste en la centralidad de los deseos, conocimientos y recursos locales como un antídoto contra la fiebre de *jiegui* enraizada en un culto postsocialista y autosubestimador al Occidente capitalista, especialmente a los Estados Unidos. El problema de tomar a Occidente como modelo no consiste meramente en que se adopten las normas occidentales en detrimento de las preferencias locales, sino que esa estandarización es una total quimera. China, o en realidad cualquier país de desarrollo tardío, no tiene posibilidad de seguir los pasos de los euronorteamericanos, que fueron históricamente privilegiados (Capítulos 2 y 8). Incluso “Asia oriental” es difícilmente replicable sin las ventajas del enorme mercado y la ayuda económica y militar estadounidenses de que gozó como aliada regional de este último país durante la Guerra Fría. Pero “tener en cuenta” de ningún modo quiere decir proteccionismo autárquico. Una China que confíe en sí misma es abierta en su actitud y su visión. Además, una potencial alternativa china solo resulta comprensible en su relación transformable y transformadora con el capitalismo.

La última premisa, como ya se ha indicado, es el carácter normativo del modelo. Definir un modelo chino equivale a especificar su alcance y sus rasgos normativos, o lo que China ha alcanzado y normativamente aún debe esforzarse por alcanzar. Repito que ese modelo no puede ser una afirmación descriptiva del orden vigente, y que no consiste en formular un “estilo chino” de desarrollo o gobernanza. Desde el capitalismo histórico hasta el comunismo histórico, pasando por todos los estadios intermedios, el desarrollo ha demostrado ser posible bajo diferentes tipos de regímenes, en diferentes sistemas sociopolíticos y mediante diferentes acercamientos económicos: autocráticos o democráticos, centralizados o descen-

tralizados, planificados o de mercado, de sustitución de importaciones u orientado a la exportación, etc. Si China es solo una de las naciones que logran una rápida expansión económica sin una explosión social, un “modelo” basado sobre esa experiencia no tendría nada de notable.⁶ Por el contrario, un modelo chino elocuente debe identificar los factores más cruciales de la transformación moderna y las perspectivas futuras de China. Todo indicador cualitativo que emerja del modelo debe diferir sin ambigüedades de lo que cínicamente se encubre bajo el disfraz de las “características chinas”. No hay que añadir que ni siquiera un modelo normativo puede ser cerrado; tiene que estar abierto al examen, la corrección, la adaptación y la novedad.

Para decirlo de manera sencilla, las realidades contradictorias de China no pueden fusionarse ni justificarse mediante la construcción espuria de un modelo. La persistencia de talleres ilegales, la colusión del dinero y el poder, la dictadura del capital y el imperio del desarrollismo violan las promesas socialistas y son incompatibles con las propiedades normativas que debe incorporar un modelo chino. A la inversa, atributos como la moral comunista de “confiar en las masas” y “servir al pueblo”, la eficiencia organizativa social de un gobierno que trabaja para el bien público, la promoción y la protección por el Estado de los trabajadores y las trabajadoras, el compromiso nacional con la independencia, la dignidad, la igualdad internacional, etc., validarían el modelo. En otras palabras, un modelo normativo chino está constreñido por sus cimientos, estándares y ambiciones socialistas. Para estar a la altura de ese modelo, China tendrá que romper con la integración capitalista en una nueva batalla—, tras la revolución comunista— de la larga marcha orientada a vencer finalmente al capitalismo. En lo que concierne al capitalismo, consideradas sus perpetuas crisis —socioeconómicas, ecológicas, financieras y políticas— y la persistencia

de la pobreza, las guerras y otras devastaciones, ha demostrado ser incapaz de resolver los problemas del mundo o de China. Las reformas llevadas a cabo en China hasta el momento no han puesto en jaque los parámetros del capitalismo global, o para ser más precisos, han hecho una gran contribución a la perpetuación de ese sistema. Pero el futuro que postule un modelo chino exigirá un cambio con respecto al presente.

Ahora podemos pasar a considerar cómo podría ser un modelo chino plausible, condicionado por los requisitos históricos y conceptuales antes mencionados. Resulta permisible una caracterización preliminar encaminada a unificar la lógica y la historia y a sincronizar el realismo y la trascendencia.

Primero, formular un modelo chino equivale a acentuar el papel del Estado socialista. Dicho Estado cuenta con el poder político, la confianza moral, el apoyo popular y las capacidades organizativas y de políticas para movilizar recursos humanos y materiales, para hacer a China una nación fuerte, igual a las demás naciones del mundo.⁷ En términos históricos, con un Estado poderoso y decidido, empeñado en la modernización socialista, la RPCh fue capaz de aprovechar la rara posibilidad de hacer realidad el “privilegio del atraso” del desarrollo desigual (Capítulo 1). Evitó los modelos de “modernidad colonial” y “desarrollo dependiente” o “desarrollo del subdesarrollo” formulados por la teoría de la dependencia. En sus relaciones internacionales, la autoidentidad socialista del Estado conllevó políticas exteriores internacionalistas, a pesar de las distorsiones originadas por la confrontación sino-soviética, que condujo a una desafortunadísima cadena de conflictos entre comunistas. En general, la nueva China encontró un precioso espacio de autonomía en un medio geopolítico sumamente complicado y difícil. Pero si bien China ha emergido como una nación robusta

de la cerrazón y el aislamiento autárquicos, su posición en el mundo se ha vuelto muy ambigua en lo que respecta a si sus rasgos socialistas podrán sobrevivir a la globalización.

La fundación de la República Popular le permitió a un pueblo (*renmin*) orgulloso de sí mismo aspirar colectivamente a ser el “dueño de la sociedad”, como se dice en el idioma chino cotidiano, y a dejar de ser una masa amorfa de “súbditos subordinados” (*chen-min*) del emperador o “esclavos conquistados y carentes de Estado” (*wangguonu*) de los imperialistas y colonizadores del pasado. Esa fundación moderna de China, que constituyó un hito en su historia, fue sustantiva y simbólicamente significativa. Ha definido normativamente desde entonces la fuente última del poder del Estado y la legitimidad del régimen de la RPCh. De ahí que el tipo ideal del Estado posrevolucionario, como estipula la Constitución, se vea simultáneamente empoderado y constreñido por el poder supremo del pueblo soberano. En consecuencia, la preferencia y los intereses populares son criterios fundamentales a tener en cuenta en la legislación, la formulación de políticas y los servicios gubernamentales. No obstante, sin repudiar formalmente este principio general de una “democracia popular”,⁸ las transiciones postsocialistas han reemplazado la ideología del pueblo por una mitología del mercado y el capital. Buena parte del debate de la sociedad civil china acerca de la solidez conceptual, la utilidad y la prioridad de los términos “pueblo” y “ciudadanos” refleja este cambio.

Del conjunto de la trayectoria de la RPCh sobresalen dos lecciones históricas interconectadas: por un lado, un Estado socialista poderoso, comprometido con la soberanía del pueblo, el desarrollo nacional y el bienestar público es una condición de primer orden para la prosperidad china. Por el otro, solo bajo la supervisión institucionalizada de organizaciones sociales autónomas en el marco de un orden constitucional y legal puede garantizarse que el Estado

mantenga su rumbo. No puede haber socialismo si se elimina la libertad y se sofoca la creatividad, porque lo social, que es intrínseco al socialismo, se convertiría en algo hueco. La persecución política y los maltratos a las personas en la era de la “lucha de clases” produjeron heridas y desilusiones profundas, distorsionaron el socialismo y catalizaron el antisocialismo desde el seno del sistema. Sin embargo, ni las reformas legales formalistas ni la búsqueda de una “política normal”, sea o no electoral, pueden sustituir a la democracia. Un mensaje que proviene tanto del período anterior como del posterior a la reforma es, entonces, el de que resulta imperativo contar con una democracia socialmente sustanciada, centrada en el pueblo como sujeto colectivo y también en los ciudadanos individuales. En otras palabras, si el populismo maoísta como idealización abstracta no satisfizo ese grandioso deseo, tampoco lo han hecho la insistencia en la legalidad y los procedimientos de la era posterior a Mao. En una China socialista, el Estado aliena al pueblo y sofoca lo social, y, por ende, pierde su mandato al glorificar al “pueblo” de modo meramente nominal o al subyugar a la población en un orden en que el capital prima sobre el trabajo, las elites sobre las masas y los poderosos sobre los vulnerables.

A la luz de los aspectos de normatividad identificados hasta ahora, el Estado socialista debería ser capaz de proveer una guía estratégica, establecer las prioridades e implementar políticas efectivas. Esas capacidades pueden categorizarse como sigue: (1) soberanía y defensa nacionales: la globalización puede debilitar o estimular a una nación, en dependencia de la determinación y la capacidad de maniobra locales; (2) control público sobre los recursos esenciales de la nación: tierra, recursos minerales, agua, bosques y otros bienes naturales; sobre las industrias y los servicios públicos de primer nivel como la electricidad, el transporte, las telecomunicaciones, la vivienda social, la educación y la salud pública; y sobre

la macroplanificación de las inversiones y la asignación de recursos fundamentales, la regulación de los mercados y los instrumentos de política; (3) independencia financiera y seguridad fiscal de los sistemas presupuestario, monetario y bancario, y control de la cuenta de capital para combatir la volatilidad del mercado global; (4) política industrial y política social que tengan en cuenta los intereses a largo plazo de la población, y que sean sustentadas materialmente por los sectores estatal y no estatal; (5) libertad, legalidad, civilidad y participación voluntaria e institucionalizada de los ciudadanos como votantes, asesores, legisladores y actores sociales autónomos.

Se impone hacer algunas aclaraciones. A contrapelo de la generalizada impresión de que en China ha habido siempre un poder despótico centralizado (como en el concepto del MPA), el Estado chino tradicionalmente ha contado con una tenaz dimensión local y una tendencia a la descentralización. Debido al tamaño, las desigualdades y las divisiones regionales del país (en costero-interior, urbano-rural, de mayorías-de minorías y otras), la autoridad política ha solido ser a la vez centralizada y descentralizada. Una implicación digna de tener en cuenta es que los dirigentes locales varían mucho entre sí, y con ellos, la gobernanza en los distintos lugares. Además del importante poder de las provincias en la RPCh, que incluye la competencia entre ellas y relaciones de negociación con el centro, el poder subnacional y de las bases se ha ampliado en la era de la reforma. Esa ampliación tuvo sus raíces en el éxito fenomenal de las empresas de distritos y aldeas (EDA) a las que los estudiosos han descrito como “corporativismo local del Estado” (Oi 1992). A medida que crece el sector privado y florecen los lazos y las zonas económicas que traspasan las fronteras (como las regiones sino-siberiana y sino-sudeste asiática), el mercado también ha

remodelado una configuración multidimensional de las interacciones central, locales y global de China. Fuerzas locales interceptadas por fuerzas globales sortean como cosa de rutina al centro y sus reglas, regulaciones e instrucciones de política, con lo que se erosionan las funciones públicas y el sistema estatal. Además, la descentralización sin cortapisas favorece la corrupción desenfrenada. Por ejemplo, el hecho de que funcionarios departamentales tengan acciones de las compañías mineras privadas explica por qué siguen operando ilegalmente tantas minas peligrosas.⁹

El Estado comunista chino nunca ha sido monolítico. Las viejas facciones en el interior del partido (conocidas como “bastiones de la montaña”) heredadas de las divisiones regionales y militares de la época de la guerra ya han desaparecido, pero en el régimen de la reforma se han formado nuevas facciones. En cualquier lugar del mundo la fragmentación puede constituir una amenaza a la capacidad y la coherencia de las políticas del Estado. Aparte de una descentralización contaminada por la privatización y la corrupción, otro factor que complica las tareas gubernamentales de macrogestión es una “población flotante” (de más de 250 millones de personas en 2012) que sigue difuminando las fronteras sectoriales y administrativas. La lógica política de la pluralización y la descentralización es de tal naturaleza que a la vez que fragmenta puede generar también impulsos hacia la recentralización, gracias a los cuales las obstrucciones a los procesos de las políticas nacionales se vean contrarrestados por la interdependencia y la cooperación. La actuación de cuadros a partir de intereses particularistas también podría llevar a la formación de alianzas entre el centro y las provincias o las bases para restaurar las capacidades del Estado. Por tanto, en el modelo chino, el papel y la responsabilidad del Estado en todos los niveles se definen en el seno de una red nacional dinámica y coordinada de equilibrios central-locales y vertical-horizon-

tales. Los métodos socialistas tradicionales de reducir las disparidades y evitar la desintegración mediante la asignación directa de recursos o el “hermanamiento” de ciudades/provincias para brindar asistencia económica y tecnológica a las regiones pobres mantienen su valor. Lo importante es salvaguardar la infraestructura institucional del centro nervioso de China.

Una complejidad adicional del Estado chino es su constitución étnico-regional. Muchas localidades tienen una nacionalidad o una identidad étnico-religiosa distintiva, o más a menudo, identidades múltiples y mixtas. En dos tercios de los territorios de China, la “etnicidad” y la “localidad” se solapan, tanto geográfica como sociológicamente. De ahí que las desigualdades regionales puedan adoptar una apariencia étnica o viceversa, lo que a su vez puede politizarse al adoptar la forma de una política de identidad contenciosa que alimente los conflictos. Precisamente debido a las promesas socialistas de igualdad, la “periferización interna” o discriminación regional que se percibe puede resultar más dañina en la RPCh que en la mayoría de los demás Estados multinacionales. Como se manifiesta de modo inequívoco en el incremento de las tensiones en Tíbet y Xinjian, los errores de política acumulados han combinado el paternalismo, el desarrollismo, la paranoia y la represión. Todo ello contradice el compromiso y los objetivos de la política del Estado. Una propuesta nacionalista cívica de desetnización, que elimine gradualmente el cuasi-federalismo chino y el trato preferencial a los grupos minoritarios, meticulosamente establecidos en la década de 1950, gana adeptos en los círculos políticos de Beijing (Leibold 2012). No obstante, ello constituiría un error político, porque esa reversión solo causaría más confusiones y resentimientos. Por más artificial que haya sido el proceso previo de identificación étnica, y por más contraproducentes que los derechos relacionados con la identidad puedan seguir siendo, son instrumentales a la pro-

mesa socialista de liberación nacional. El implacable proceso de modernización que lleva a cabo el Estado, aun cuando resulte exitoso desde el punto de vista material, no puede funcionar si no se tienen en cuenta las necesidades y sentimientos de los habitantes de las localidades, sean de origen religioso u otro.

Como se señaló en el Capítulo 1, el Estado unitario de la RPCh presupone una multiétnicidad cultural e institucional en un marco constitucional de unidad política y cohesión social. Resulta de la mayor importancia que el modelo chino defienda los mandatos socialistas relativos a los derechos de las minorías, la autonomía étnica, la libertad religiosa, la solidaridad de todas las nacionalidades y la igualdad ciudadana. El hecho de que esos mandatos, aunque diluidos, no han sido formalmente repudiados en China —en el contexto de una oleada global de nacionalismos étnicos y de las destrucciones que han traído aparejadas— dice mucho acerca de la moral y las fortalezas de esos preciosos legados socialistas. A pesar de cierto tono paternalista, dichos legados son fruto de una notable tradición de nacionalismo revolucionario que incluye la solidaridad internacionalista con los pueblos oprimidos y con su emancipación.

Una aclaración final tiene que ver con las relaciones entre el Estado y el mercado. Aun si en principio el socialismo puede ser compatible con una economía de mercado, en la práctica la situación es mucho más ambigua, como demuestra la transición china. La fe en el dinamismo del mercado de los primeros líderes reformistas se derivaba de la premisa de que China contaba con un Estado socialista y con sus aparatos político, legal, ideológico y represivo. En teoría, y más allá de la defensa de la Nueva Política Económica en la Rusia soviética realizada por Lenin, quien consideraba que el capitalismo de Estado era una retirada temporal, el mercado puede funcionar como un medio para la consecución de

objetivos socialistas en presencia de un orden político-legal y una cultura pública adecuados. Dicho orden se apoya en un segundo nivel de regímenes y agencias técnicas de regulación y monitoreo de la producción, la circulación y la distribución. Resulta lógico, entonces, que si aparece la explotación o cualquier vicio del mercado, ellos son producto y responsabilidad directa del Estado. El fracaso del mercado apunta a un fracaso del Estado. En este sentido, las esperanzas frustradas de los primeros reformadores chinos no necesariamente eran erróneas; el caso chino es resultado de una reforma que se salió de su cauce original. En otras palabras, se sostiene el argumento de que la naturaleza del Estado decide la naturaleza del mercado, gracias a la dialéctica de las funciones reactivas de la “superestructura”. Por tanto, retomar el proyecto de un mercado socialista exige volver a apropiarse del Estado. Solo con un Estado socialista como garante de que no se produzca una transición capitalista puede concebirse la posibilidad de un “mercado socialista”.

De ahí que una cualificación vital del primer rasgo de un modelo chino no sea un Estado poderoso, sino un Estado socialista. Sin un compromiso con el socialismo, el modelo se deshace. Es obvio que no existen garantías de la viabilidad del Estado socialista, y que la mejor forma de alcanzar y sostener dicho Estado es mediante el poder social de una ciudadanía democráticamente organizada: un Estado social, digamos, de, por y para el pueblo; y solo el socialismo puede maximizar la democracia en la práctica. No obstante, el Estado de la RPCh en la actualidad está plagado de contradicciones. A nadie se le oculta que en el curso de la transición capitalista puede deslizarse hacia algo más alienado, perseguidor de renta, represivo o desmesurado. Mientras más resistentes sean las fuerzas sociales, más feroz puede tornarse el “nuevo orden” (Wang 2012a). Debe aplastar a quienes critican y aplacar a quienes protestan. A contrapelo de la falsa percepción de que existe una opo-

sición entre el neoliberalismo económico y la represión política, la verdadera lógica es que los liberales de mercado dependen de la existencia de un Estado represivo; en algunas áreas clave, como las finanzas, ellos son el Estado. Es en este terreno de la exigencia popular de que el gobierno esté comprometido con el pueblo y rinda cuenta de sus actos, más que en cualquier norma provinciana o instrucción paternalista venida del extranjero y que se pretende universal, que la democracia tiene un sentido concreto y urgente para el pueblo chino. Esto es, con su proyecto de democratización inacabado, China necesita explorar sus legados modernos que resultan relevantes para ese tema: la concepción revolucionaria de la historia desde abajo, las ideas de la soberanía del pueblo y la “línea de masas”, y los experimentos de participación de los trabajadores en la gestión. Estas tradiciones autóctonas bien pueden tener ventajas morales y organizativas cuando se las compara con las normas globales de una política electoral que a menudo tiene más rasgos plutocráticos que democráticos.

El segundo componente del modelo chino, necesario también para cumplir funciones asignadas al Estado, como se señaló antes, es un sector público fuerte y con recursos. Un sector así garantiza los cimientos económicos y fiscales de la nación. Buena parte de lo que la República Popular ha logrado alcanzar en los terrenos del desarrollo nacional y el bienestar público es atribuible a su sector público. Durante varias décadas, ese sector le ha permitido al país sustentar una economía independiente e internamente coherente en la que la inversión se concentra en la infraestructura y la manufactura y no en la especulación, las industrias fundamentales están bajo control público, y la capacidad y la estabilidad fiscales del Estado están protegidas de las crisis financieras regionales y globales. Estos logros, por más que hoy sean remanentes de lo que fueron,

siguen siendo importantes. Y contra un telón de fondo de recurrentes crisis financieras globales y regionales demuestran en particular que los bancos y los banqueros deben pertenecer al sector público. El control del capital es una condición del control democrático sobre la asignación de recursos, créditos e inversiones fundamentales. Por tanto, un modelo chino en busca de un “socialismo de mercado” lógicamente debe asignarle un lugar prominente al sector público, el sector estatal y las EPE. La renovación del socialismo depende de la renovación de su economía política. El “sector público” y el “sector estatal” son conceptualmente diferentes, pero pueden solaparse parcialmente en la práctica. El sector público chino, mucho más amplio que el estatal, engloba a un sector colectivo tradicionalmente grande y sobresaliente. Este sector incluye tierras, granjas y firmas colectivas, así como muchos otros procesos de acumulación, asignación, circulación y servicios.

Según la Constitución de la RPCCh, enmendada en la década de 1990 para ajustarla a la transición al mercado, la propiedad pública, incluida la “propiedad de todo el pueblo” y la “propiedad colectiva de las masas trabajadoras” debe seguir desempeñando un papel predominante en la economía mixta de China (artículo 6). Esta es una estipulación crucial para la definición del sistema como socialista. Sin embargo, en la práctica, la preponderancia de lo público está siendo socavada. Por un lado, todavía se mantienen en pie ciertos mecanismos de control público: “el predominio de la propiedad estatal, la supervisión de las comisiones económicas comprehensivas, la inclusión de las firmas en el proceso de planificación estatal, y el control de los altos niveles del gobierno, y en última instancia del Partido, sobre las designaciones de personal en los organismos regulatorios y firmas del Estado” (Pearson 2007: 725).¹⁰ La protección estatal de los pocos sectores clave e industrias nacionales embrionarias, aunque debilitado, aún permite visibilizar,

de una u otra manera, un mercado “gobernado”. El gobierno todavía es capaz de movilizar y concentrar recursos para proyectos prioritarios. Se ha señalado también que China ha fusionado la liberalización en el nivel macro con una continuación selectiva del discernimiento público y la regulación sectorial (Hsueh 2011: 3-4). Mientras tanto, los grandes bancos comerciales que son propiedad del Estado siguen siendo “un elemento crucial del arsenal del Estado para disponer y canalizar su masiva inversión interna”, lo que hace que China esté “considerablemente menos integrada al sistema financiero global” (Panitch y Gindin 2012: 300).

Por otro lado, se ha llevado a cabo una agresiva campaña de privatización en busca de “racionalidad y eficiencia”. La campaña ha sido promovida tanto por los ideólogos neoliberales como por los beneficiarios de compras fraudulentas (en las que han participado antiguos administradores de las EPE y sus redes personales). Desde entonces, como se analizó en el Capítulo 4, en solo una década, las EPE se han reducido a una mera cuarta parte de la economía en términos del PIB. Las EPE supervisadas por el nivel central han sido reagrupadas en grandes conglomerados que se consideran necesarios para alcanzar un nivel de competitividad global. La vieja norma de un sector estatal priorizado ha sido desanimada, ya que los propios departamentos gubernamentales discriminan a las EPE. En los medios oficiales y semioficiales se suele atacar a las EPE que aún no han desaparecido, a las que se califica de monopolios privilegiados. Tras años de influencia de la propaganda neoliberal, se las ve como un peso muerto para el crecimiento y la sociedad. El hecho de que a los administradores de gigantescas EPE se les trate como a gerentes capitalistas, ya que devengan un salario y reciben dividendos y bonificaciones (que se les pagan a menudo con independencia del desempeño) cien veces mayores que los de los trabajadores peor pagados, y de que los empleados del sector estatal,

si se les mide por sus niveles salariales y estatus se asemejen a una aristocracia obrera, no hace sino reforzar la antipatía popular. Estos cambios son tan profundos y producen tanta confusión que defender el sector estatal en la actualidad parece irrazonable, incluso en una economía “socialista”.

Sean cuales fueren las contradicciones en la práctica, todo apunta a que un sector público dominante debe formar parte de un modelo socialista chino. En particular las EPE –que teóricamente deben responder ante el Estado, que actúa en nombre de todo el pueblo– deben ser responsables del sostenimiento y la seguridad económica de la nación. Sus retornos de capital deben engrasar el tesoro del Estado, del cual el gobierno nacional ha de ser propietario soberano, poseedor de un derecho residual, adjudicador y distribuidor. La garantía de unos ingresos contantemente potenciados, provenientes sobre todo de las firmas estatales, es crucial para el logro de los objetivos de las políticas públicas (Lin 2008a: 16-19). Es claro que incluso en un régimen socialista el Estado no puede ser el único proveedor del bienestar general. Igualmente necesarios son los ingresos socializados provenientes de los sectores no estatales, y los servicios públicos bien pueden ser brindados por fuentes privadas. En las economías avanzadas, siempre que sus gobiernos estén dentro de los límites que marca la democracia y cuenten con los medios de política y fiscales necesarios para frenar las fuerzas del mercado, las medidas relativas al sector público pueden no ser tan imperativas. Pero en muchos países pobres, las EPP no disponen de la capacidad o carecen de la voluntad para asumir una responsabilidad corporativa de largo aliento, y, de cualquier modo, las contribuciones no estatales pueden no ser mínimamente adecuadas. Sin un reservorio común de recursos provenientes en lo fundamental del sector estatal, las autoridades centrales y locales con un compromiso social no tendrían

posibilidad de proveer bienes y dictar políticas públicas.

James Mead y otros seguidores de la tradición socialista liberal plantean también que si bien a los ingresos provenientes de fuentes privadas se les puede dar un uso público, los regímenes impositivos y regulatorios, de una u otra manera, entran en un acuerdo contractual burocráticamente oneroso con quienes pagan impuestos, cuotas y rentas. El asunto es que sin ingresos sustanciales del capital estatal y otras entradas a partir de recursos públicamente administrados, la economía se vería lastrada por impuestos excesivos en relación con los márgenes de ganancia, lo que desembocaría en deudas cada vez mayores y una disminución de los incentivos. En ese caso, el gobierno tendría que seguir emitiendo bonos y, en consecuencia, subir las tasas de interés para controlar los préstamos excesivos. Ello, a su vez, perjudicaría la inversión óptima en términos productivos. En esta versión, un sector estatal a escala suficiente es necesario y deseable para que una economía de mercado funcione de manera sana (Cui 2011: 654-656). Además, en una economía deficientemente socializada o en transición como la de China, el sector público sigue contando con recursos y (aun si eso no es enteramente cierto) resulta más confiable en los procesos de adopción de políticas que los sectores privados (Lin 2009: 39-44). Esto se ve claramente en las áreas de educación, salud, seguridad social y protección ambiental, donde la asignación pública y la inversión insuficientes, o el escrutinio y la aprobación públicos ineficientes de las decisiones fundamentales han dado como resultado grandes desastres.

El reducido sector estatal chino, con su fuerza relativa en las industrias energética, pesada y de alta tecnología, aún posee una ventaja insuperable para sustentar la renovación industrial y el crecimiento económico general. Constituye también la última línea de defensa institucional del mercado financiero y el proceso fiscal

del país contra las depresiones inducidas desde el exterior. De ahí que este sector contrapesa los monopolios de las EPP y la concentración privada de riqueza y poder, y le brinde al gobierno y a sus políticas prioritarias una base económica segura. Los EPE son, por su diseño mismo, instrumentales para las obras de infraestructura necesarias en regiones remotas, los programas sociales redistributivos, los proyectos de investigación-desarrollo deseables desde el punto de vista público aunque arriesgados o con un bajo retorno, y para muchas otras necesidades de inversión y servicios que no tengan el atractivo de la rentabilidad. Como carecen de incentivos financieros, dichas necesidades suelen ser desatendidas por los inversionistas a corto plazo, que buscan ganancias rápidas. En otras palabras, puede que por definición las EPE no sean rentables, pero realizan una contribución crucial al desarrollo, el empleo y el equilibrio estructural. Los subsidios de bancos estatales a las que no cumplan el requisito de la rentabilidad son totalmente justificables. Precisamente debido al deber que tienen de paliar los fallos, el despilfarro o el comportamiento explotador del mercado, las EPE, aunque sujetas a procesos presupuestarios y contables estándar, no deben ser evaluadas según el criterio de mercado de incremento de las ganancias.

El ajuste estratégico y la integración industrial chinos, encaminados a recentrarse en el mercado interno y alcanzar una mayor autonomía tecnológica, exige serias reformas de las EPE y no que se les haga sufrir mayores penurias. Por ejemplo, según el derecho de sociedades vigente, el poder de los accionistas y administradores prevalece sobre toda iniciativa de la asamblea de los trabajadores en lo que concierne a las decisiones administrativas y los nombramientos fundamentales de personal. Otro ejemplo es que las ganancias de las EPE no llegan adecuadamente a los cofres del Estado. Puede que haya que “modernizar” todavía más las firmas y congló-

merados estatales para que lleguen a ser competitivos a nivel global, pero, a la vez, deben aspirar a la independencia tecnológica. Para satisfacer las expectativas de un modelo chino, el sector estatal deberá también reasumir en todo su alcance y profundidad sus funciones públicas bajo un efectivo control público. Ello podría lograrse mediante una diversidad de instituciones innovadoras, junto a las ya conocidas (p. ej, las propuestas en Guo 2006: cap. 6; Shi y Liu 2012). La condición subyacente a su asunción de un papel puntero en la producción –aunque no necesariamente una gran proporción de la misma– en el marco de una economía singularmente configurada, una vez que madure un mercado socialista, es que el sector estatal chino opera ahora en una economía de mercado y maneja herramientas de mercado. La privatización desembozada es solo una de las amenazas; otra es un socavamiento subrepticio desde dentro del propio sector. A todo lo ancho del antiguo mundo comunista, el secuestro de lo público por los intereses privados de una clase oligárquico-compradora de antiguos cuadros del aparato es cosa común. La variante china de esa clase no solo ha realizado enormes malversaciones con fines de acumulación privada, sino que ha mediado en masivas transferencias de riquezas de China a compañías, bancos y gobiernos extranjeros. La conversión de capital político en económico y viceversa le ha permitido a esa clase mantener o asumir importantes posiciones en el sector estatal y en los propios organismos reguladores gubernamentales. “Robar lo que a uno se le confía” no es una actitud vinculada a una cultura específica, pero resulta más trágico que haya podido suceder en una sociedad posrevolucionaria en la que no hace mucho fue necesaria una cruenta revolución para eliminar a depredadores y ladrones.

El desafío que le plantea la integración al mercado a esta insistencia en un sector público robusto como componente del modelo

es formidable. Parece no haber ninguna protección eficiente para aislar lo nacional social del mercado global, y el interés público del lucro privado. Aun cuando no ha cedido el control de su cuenta de capital, China ha visto mermar sus reservas internacionales con el proceso de desorden financiero global. La gradual disminución de las flexibilidades transitorias con respecto a las regulaciones de la OMC reducirá más su espacio de maniobra. La pregunta entonces es si un Estado socialista y un sector público pueden resultar decisivos, y cómo. Dadas las dimensiones de China, el país puede conservar un grado máximo de autonomía apelando en un grado máximo a su mercado interno. Aun si la “desconexión” no es literalmente una opción realista en una era en que las normas globales son internalizadas por las naciones, al menos debería ser posible trazar una estrategia que dependiera menos de las exportaciones. El pesimismo de la teoría de la dependencia no es irrefutable, como demuestran la modernización socialista y los casos más ambiguos del Estado desarrollista. Un país de las dimensiones de China, con un máximo de comprometimiento, podría contar con la voluntad, la preparación y la capacidad para lograr la autodeterminación en el desarrollo mediante la remodelación de la propia globalización. Con su demanda interna y su mercado inmensos, China puede, sin dudas, desarrollarse de manera independiente. Después de todo, las reformas comenzaron con una estrategia inteligente de integración “selectiva”, no en toda la línea. Un sector público con alcance y capacidades de producción y acumulación suficientes, que es un ingrediente central de esa estrategia, debe también definir el modelo chino.

Un tercer elemento constitutivo del modelo, paralelo a los antes analizados, es el lugar prioritario que ocupa en el desarrollo el bienestar del pueblo o *minsheng*. El hecho de que la nueva China haya

logrado alimentar a casi una quinta parte de la población mundial y continuado intentando mejorar sus condiciones de vida es un acontecimiento histórico de dimensiones mundiales. No hay que ir más allá de la India para realizar una reveladora comparación mediante el empleo de indicadores sociales que se aplican internacionalmente, desde el desarrollo humano en general hasta el alivio de la pobreza en particular. Mientras que China ha eliminado a las antiguas clases explotadoras y parásitas, la India omitió una “ruptura revolucionaria con el pasado” comparable. Aunque los rasgos de una sociedad de clases derrotada han regresado al mercado chino, el régimen todavía está sometido a una intensa presión para legitimarse, dado que conserva el socialismo en su identidad oficial. Por el contrario, la democracia india, que gracias a la celebración de elecciones libres exime a su clase política de realizar necesarias reformas sociales y proveer un bienestar adecuado para los pobres, las clases y castas inferiores, las mujeres y los niños, y una ciudadanía activa en general, aún no ha sido socialmente sustantivada. La tesis de Amartya Sen sobre “el desarrollo como libertad” (2000: 2011), centrado en los derechos y las capacidades individuales y humanos capta la esencia de *minsheng* en su significación universal.

Minsheng es una idea antigua. En los tiempos modernos, los revolucionarios republicanos lo adoptaron como uno de los “tres principios del pueblo”: nacionalismo, democracia y sustento de la vida. Para alcanzar el objetivo del sustento de la vida del pueblo, China necesitaba una revolución social que trascendiera lo meramente político. *Minsheng* ha estado en el centro de los programas comunistas desde el inicio, como elemento a materializar y desarrollar bajo el “régimen de bien público” del socialismo chino y, posteriormente, bajo un proyecto de reforma de *xiaokang* (prosperidad moderada). La obra socialista ha sido considerablemente desmantelada, y con ella el cuidado al centro de trabajo socialista y a

las identidades relacionadas con el trabajo. Las comunas rurales solían hacerse cargo de sus necesitados, no solo a la manera antigua de la economía moral a partir de los fondos acumulados por el colectivo, sino también mediante planes estatales especialmente diseñados para las categorías más vulnerables (las familias de mártires y servidores de la revolución, los discapacitados, los jóvenes y los ancianos sin apoyo familiar, etc.). El desorden que ha sobrevenido tras la disolución de las comunas y el deterioro vertiginoso de la infraestructura física y humana llevaron al gobierno, al cabo de algún tiempo, a eliminar el impuesto a la agricultura, incrementar la inversión y los subsidios al sector rural y asumir sus responsabilidades financieras en programas sociales fundamentales. Aunque 100 millones de personas viven aún por debajo del nivel oficial de la pobreza,¹¹ está en curso la reconstrucción de un sistema de seguridad social amplio, que integre zonas urbanas y rurales. En términos de demandas populares, durante los años de dificultades y de prosperidad, de avances y retrocesos del Estado, siempre se ha esperado que el gobierno satisfaga las necesidades básicas como cuestión de mandato de quien dirige. Ello se diferencia de la visión del gobierno como algo prácticamente irrelevante para el sostén diario que impera en muchos países de la periferia del capitalismo y, de nuevo, se explica por los principios fundamentales establecidos por una revolución popular en China.

Rara vez se señalan las similitudes en el compromiso con el bienestar público (no necesariamente con el nivel de las prestaciones) de los Estados comunistas históricos y los socialdemócratas. De hecho, los primeros mostraban una preocupación mayor por el proceso mismo del trabajo y la distribución primaria, mientras que la distribución secundaria es la única consideración de los Estados de bienestar capitalistas típicos. No obstante, los embates neoliberales se sintieron con más fuerza en China, donde el igualitarismo

se denuncia directamente en el discurso de la reforma; y algunos símbolos del socialismo chino como el “gran caldero” y el “cuenco de hierro para el arroz” o las organizaciones y prestaciones colectivistas han sido en buena medida abandonados. Al dismantelar muchos de los logros alcanzados con tantas dificultades, China se ha convertido en una de las sociedades más desiguales del mundo, en la cual, por ejemplo, los ricos no pagan impuestos progresivos o sobre la herencia. Según el Buró Nacional de Estadísticas, el coeficiente Gini fue de cerca de 0,50 durante varios años del nuevo siglo, y era de 0,474 en el año 2012.¹² Estas cifras oficiales pueden estar muy por debajo de las reales.¹³ Como documentan los libros azules anuales de la Academia de Ciencias Sociales de China (ACSCCh), que probablemente también contienen estimaciones conservadoras, las desigualdades en el ingreso entre los hogares urbanos y los rurales, las regiones costeras y del interior, los residentes y los migrantes, los funcionarios y las personas comunes y otras formas de polarización son pasmosas.

En lo que toca al bienestar de los trabajadores, desde la época de Mao China ha venido forjando una fuerza de trabajo educada/capacitada y laboriosa que rivaliza con cualquier otra en cantidad, calidad y disciplina. Por un giro dialéctico inesperado, la abundancia de trabajadores de alta calidad inspiró la apuesta de la reforma de integrar a China en el mercado global capitalista. En cuanto esa “ventaja comparativa” –para usar un término de la economía neoclásica– se hace equivaler a “trabajo barato”, se convierte en una desventaja real para los trabajadores. En esas circunstancias, el “trabajo barato” es un símbolo de explotación y menosprecio, y no debe ser aceptable. Tanto en la concepción como en la práctica, es esa fuerza de trabajo superior y no la “baratura” del trabajo lo que constituye una genuina ventaja comparativa que subyace a la espectacular “velocidad del crecimiento chino”. Es más que obvio

que el trabajo no puede ser “barato” ni en costo ni en estimación en una economía política socialista. La explotación, la degradación (como la que implica el calificativo de “grupos vulnerables”) y las relaciones industriales controladas por la administración deprimen los salarios y el bienestar. Mientras exista un mercado de trabajo, este debe ser más “caro”, no solo como cuestión moral, sino como una exigencia de racionalidad económica relativa a los incentivos adecuados, el poder adquisitivo y el crecimiento sostenible basado en el consumo interno. Como plantean los economistas más perceptivos, lo que debe aumentar su valor son los salarios chinos y no el *renminbi*, la moneda, que sigue haciéndolo por las presiones estadounidenses. Un aumento artificial de los salarios no solo ayudaría a reequilibrar la economía china, dependiente ahora de las exportaciones, sino que disminuiría las tensiones de la competencia en el mercado global de empleo. China fortalecería su capacidad económica y retendría las ganancias para sus trabajadores: la retención sobre el excedente no debe constituir un problema en un Estado socialista.

Minsheng no es lo mismo que crecimiento. El crecimiento puede o no beneficiar a la sociedad de modo uniforme. De manera similar, el crecimiento no es lo mismo que el desarrollo, en especial el desarrollo humano y social. De hecho, el desarrollismo, una ideología que no tiene en cuenta los costos humano-sociales y ambientales del crecimiento, es nocivo para el desarrollo. La atención al bienestar público entendida como una responsabilidad social también difiere por entero del consumismo de mercado. La polarización actual de la sociedad china entre el gasto suntuario frenético en un extremo y el subconsumo inducido por la pobreza en el otro no es más que el fracaso de una política. Otros problemas urgentes que afectan la vida del pueblo –los empleos y salarios, las cuentas médicas y las matrículas universitarias, los precios de la vivienda y

la seguridad alimentaria, etc.— no hacen sino reafirmar la moralidad y la materialidad esenciales del compromiso con el bienestar universal. *Minsheng* no requiere abundancia, sino que se refiere a la satisfacción de las necesidades. Es también una medida de la unidad entre los mundos social y natural, y de la sobreproducción y el sobreconsumo. Sería una perversión del deseo humano y un insulto a la decencia humana que todo fuera para vender. Además, el mercado por sí solo no conduce a la prosperidad común; lo que es crucial es una desmercantilización del trabajo y los bienes públicos básicos.

La crítica de Marx al trabajo mercantilizado sigue siendo refrescante: “El trabajador se convierte en una mercancía cada vez más barata a medida que crea más mercancías. La *devaluación* del mundo de los hombres es directamente proporcional al *valor creciente* del mundo de las cosas” (1844: 69). Puede que el lenguaje de los valores humanos intrínsecos y su alienación por el mercado que aparece en los escritos de juventud de Marx no sea perfecto desde un punto de vista materialista histórico “maduro”. Pero este aserto y el de que, en consecuencia, “al transformar nuestro medio necesariamente nos transformamos a nosotros mismos” constituye “el elemento teórico fundamental relativo a la dialéctica de nuestra relación metabólica con la naturaleza” y nuestras relaciones sociales descubierto por Marx (Harvey 2006: 88-89). La acumulación de capital funciona mediante procesos eco-sistémicos, procesos físicos, químicos y biológicos, y mediante procesos sociales, políticos y culturales en los que también tienen lugar resistencias. Esos procesos transforman tanto lo subjetivo como lo objetivo y pueden abrir posibilidades sin precedentes de desarrollo. Al final, solo cuando los trabajadores y las trabajadoras se liberan de las tediosas tareas cotidianas de la sobrevivencia y del temor por su sustento pueden tornarse individuos completos (por oposición a los “unidimen-

sionales” de Marcuse) y ciudadanos activos. Por tanto, *minsheng* conlleva también una ambición política y trascendente.

En China se han sostenido encendidas discusiones sobre los límites del mercado en lo que toca a áreas protegidas como la salud, la educación y las pensiones. En la agenda política también hay un plan para calcular el “PIB verde”, ya que a las tasas de crecimiento se le pueden descontar diversos costos y externalidades: burbujas, transacciones especulativas, construcciones y demoliciones repetidas, consumo de energía y generación de emisiones, etc. En China se insiste más en la inversión en tecnologías verdes que en algunas economías avanzadas. Una propuesta relacionada con el tema es la de emplear un sistema más comprehensivo para evaluar la actuación económica y de los cuadros, que incorpore indicadores sociales y ambientales. El ahorro de energía, la reducción de las emisiones y la restricción a la extracción de recursos están entre esos indicadores de sostenibilidad y mejoría de la calidad de vida. Hasta el momento, el patrón de desarrollo de China ha mostrado una extrema obstinación, debido a los intereses creados, que han echado raíces en todos los niveles de la administración. Las más recientes protestas contra la contaminación y las construcciones contaminadoras han logrado parar unos pocos proyectos, y el gobierno ha establecido normas más estrictas sobre la expansión industrial. Pero otras cosas, como los ingresos locales o la pérdida de empleos de las fábricas que cierran sus puertas, son difíciles de resolver en el marco del orden existente. La relocalización de empresas problemáticas en las regiones más pobres solo contribuye a transferir o dispersar la contaminación, no a reducirla, pero los críticos urbanos de clase media no necesariamente se preocupan por ello. Sin embargo, no es posible alcanzar *minsheng* sin liderazgo político, coordinación económica y solidaridad social. Y *minsheng* debe tener una adecuada expresión en el modelo chino.

El aspecto final del modelo, condicionado por los tres anteriores, de los cuales forma parte integral, es la organización, la participación y el poder de la sociedad. Unas prestaciones públicas que garanticen la seguridad y el bienestar universales constituyen la base material inmediatamente necesaria para activar la agencia de los participantes populares. Solo eso puede darles a las personas la libertad necesaria para su autorrealización y liberarlas del temor. Se considera que en su origen ateniense, la democracia era “un sistema político en el que los miembros se creen iguales desde el punto de vista político, son colectivamente soberanos y poseen todas las capacidades, recursos e instituciones necesarios para autogobernarse” (Dahl 1989: 1). No obstante, en formulaciones más superficiales, pero más comúnmente citadas, a menudo se pasan por alto las “capacidades” y los “recursos” necesarios para alcanzar la autonomía y la organización.

Uno de los mayores logros de la revolución comunista fue una organización social intensa, que solo se puede apreciar adecuadamente en el contexto histórico de que el pueblo chino era como “un puñado de granos de arena” (en el lamento de Sun). La movilización y la organización revolucionarias efectivas constituyen un sello de la política comunista y una fuente y un bastión indispensables de la modernidad china. La “línea de masas” o articulación de los intereses y preferencias populares mediante una espiral continua “de las masas (solicitudes e iniciativas) a las masas (agregación y resultados)” fue un método novedoso y una opción racional del Partido para llevar la revolución a la victoria. Movimientos subsiguientes de movilización y transformación socialistas conservaron ese método, hasta que comenzó a prevalecer la “política normal” tras la era de Mao. En un bosquejo grueso de las vicisitudes de la organización social de China, lo más notable es un sistema de organización del trabajo y la vida bifurcado en los entornos urbano

y rural. Las unidades de trabajo estatales y colectivas (*danwei*) de las ciudades, los pueblos, y las comunas del campo se establecieron en el marco de una estructura de planificación central y pleno empleo, aunque con una gestión diferente que mostraba un “sesgo urbano”. La colectivización y la descolectivización transformaron dos veces la China rural, donde, además, han surgido nuevas formas organizativas (Capítulo 7). A pesar de las acciones sistemáticas de autodestrucción, incluida la distorsión de su ideología, la capacidad organizativa del Partido sigue siendo formidable.

La idea de una sociedad y una política participativas es autóctona de China y fue fuertemente promovida por la revolución comunista. La revolución se trazó la meta de crear un nuevo tipo de política que le permitiera a un pueblo antes marginado y oprimido adquirir una subjetividad histórica. De ahí que el populismo maoísta proclamara una “gran democracia” de participación desde abajo, que culminó en los ataques de la Revolución Cultural contra lo que se percibía como burocratización y degeneración del propio Partido-Estado. A todo lo largo de su historia, la RPCh ha dado muestras de complejas cualidades tanto para asumir como para manipular las aspiraciones populares. Los procesos políticos más participativos no parecen particularmente compatibles con el supuesto “progreso” de la liberalización económica y política, y la “política normal” puede ser socialmente arrogante y represiva. No obstante, los individuos atomizados como actores de mercado le dejan el camino libre a una santa alianza de las elites administrativas, financieras, intelectuales y medias, a las que popularmente se denomina en China el “cuadrado de hierro”. El espíritu colectivo y la participación popular constituyen una carencia especialmente sensible en una época de fragmentación y erosión social. Tocqueville tenía mucha razón cuando decía que la apatía política y la codicia eran “la salvaguarda del despotismo, porque distraen

la atención de los hombres de los asuntos públicos”.¹⁴

Normativamente, la combinación de organización social y participación popular forma parte integral del poder social y la democracia. Y el empoderamiento de los individuos y la sociedad está en la naturaleza misma del autogobierno, en el cual resulta alcanzable el libre desarrollo de la individualidad y la colectividad. Si el socialismo, por definición, se centra en lo social, entonces está destinado a ser socialmente democrático. Estas afirmaciones normativas resultan útiles a la hora de realizar un examen crítico de la experiencia china pasada y presente. Pero no se deben tomar como una condena ahistórica del comunismo histórico. Se deben realizar críticas honestas y extraer lecciones. Los episodios épicos de los movimientos populares de China tienen que ser historizados, y sus valores democráticos merecen ser reconocidos. Incluso las tendencias estatistas y antidemocráticas de la época deben juzgarse a la luz de sus circunstancias internas y externas. No hay que olvidar que los regímenes comunistas, por lo general, estaban sometidos a agudas presiones de seguridad y tenían que defenderse mediante una industrialización rápida y un control social efectivo. Ni tampoco que la respuesta maoísta sigue siendo singular, porque era antiestatista en su ideología y sus experimentos de política. El firme compromiso del Partido con la “activación de la sociedad” en la experiencia china intensificó la paradoja entre el socialismo y el estatismo tan común a las empresas comunistas.¹⁵

Tampoco hay que conceptualizar lo social como lo opuesto al Estado; lo social antiestado sería la antítesis tanto del Estado como de la sociedad. De hecho, una sociedad participativa en coexistencia con un Estado socialista debe ser uno de los rasgos del modelo chino. Esos dos componentes recíprocos se sustentan mutuamente en términos de una democracia basada sobre el poder social. La concepción contemporánea de la “sociedad civil” difiere de la hegeliana

y la marxiana y se apega al énfasis de Tocqueville en la movilidad social y la igualdad. Si bien promueve el activismo social autónomo, puede ser falaz si se ve atrapada en una presuposición de antagonismo entre el Estado y la sociedad. Los matices ideológicos de este y otros conceptos que constituyen puntos de referencia de la ciencia social pueden llevar a confusión cuando se aplican acríticamente a Estados que no son los capitalistas liberales que constituyeron su base empírica original. El PCCh, por ejemplo, como enorme partido de masas con una fuerte ideología y raíces sociales muy extendidas en el momento cumbre de su hegemonía, ha penetrado en la sociedad a través de su alcance organizativo en las bases y entre sus miembros propios. De ahí que, en una lectura gramsciana, resulta posible afirmar que “el Partido *es* la sociedad civil”, al tiempo que su departamento de propaganda funciona en una “esfera pública dirigida” (Cheek 1998: 237). Como es lógico, los estudios convencionales no gustan de esta interpretación, y el profusísimo discurso acerca de la sociedad civil no la acepta. No obstante, las esferas del Estado y la sociedad, y la organización social desde arriba y desde abajo que, especialmente en el socialismo chino se entremezclan, imposibilitan su mutua exclusión, como pretende el lenguaje al uso.

Puede que en la medida en que el poder del Estado en China haya cedido gradualmente a las fuerzas del mercado en un desmañado proceso de devolución, la sociedad china se haya tornado más distintiva en su alcance e identidad. Pero si la “sociedad civil” se hace indistinguible de la “sociedad de mercado”, no puede verse libre de propensiones explotadoras y antidemocráticas. La engañosa doctrina antiestatal del liberalismo no tiene en cuenta el poder privado sin frenos que se resiste a la regulación del Estado y oculta los vínculos –abiertos y secretos, legales e ilegales– entre el servicio público y el lucro privado. Cuando eso ocurre, la acumulación de capital político y económico en una suerte de “acción asociativa” o

“privatismo cívico” está sumamente distante de la participación social, y priva a la sociedad de su poder y sus capacidades autocorrectivas latentes (Offe y Preuss 1991: 152). Una postura pública democrática a favor de la defensa de la sociedad está obligada, por tanto, a frenar no solo al Estado, sino también a la concentración en manos privadas del poder, la riqueza y los recursos en el marco de una “sociedad civil”. Hay que insistir entonces en que la democracia en China consiste en devolver al socialismo al terreno de lo social y reapropiarse del Estado desde dentro. No se trata de combatir una dictadura socialista para instaurar una democracia capitalista, sino de movilizar los recursos del socialismo para superar sus contradicciones y lograr su propia democratización.

Para un modelo socialista chino que aspire a contar con la fuerza social de la organización y la participación, las formas y los canales de apoyo institucional deben ser múltiples: congresos del pueblo democráticamente estimulados en los niveles central y locales; sindicatos obreros y asociaciones campesinas; comités autogestionarios de comunidades y barrios; redes profesionales, mesas redondas consultivas y foros públicos; activismo cívico y campañas de protesta; canales de comunicación no comerciales, Internet y otros medios sociales; voluntariado y otras iniciativas sociales, y movimientos sociales que incorporen a los jóvenes (Fiskin et al 2010; Ma J. 2012). A diferencia de las sociedades con una larga y enraizada cultura individualista y dineraria, China puede tender a desarrollar fortalezas más colectivas en sus ciudadanos comunes. Puede que las elecciones se hayan convertido en el medio más regular y ampliamente utilizado de participación, pero hay y puede haber muchos otros. El antiguo método del sorteo y su versión moderna del sistema de jurado, por ejemplo, tiene como base la convicción igualitaria y democrática de que todo el mundo participa en el desempeño de las funciones públicas o tiene una responsabi-

lidad en los asuntos del Estado.¹⁶ Como apuntara Marx en el modelo de la Comuna de París que describió en *La guerra civil en Francia*, los funcionarios no son políticos profesionales, sino que se eligen al azar y están sujetos en todo momento a una revocación de su mandato. Con independencia de si teóricamente el estado debe comenzar a “desaparecer” en una democracia socialista, democratizar a China aquí y ahora supone rechazar el “fetichismo institucional” (Unger 1997). Puede haber acercamientos múltiples –viejos y nuevos, alternativos, autóctonos y aún por inventar– al logro de la representación y la responsabilidad ante el pueblo.

Una dimensión importante del empoderamiento social es la “democracia económica”, en el sentido de que toda democracia en la que los centros de trabajo no sean gestionados democráticamente estará vacía o mutilada (Dahl 1985). Un ejemplo chino, que no llamó al control obrero debido a que se suponía que el Estado y el sector públicos socialistas lo garantizaban, es la “constitución de Angang”, un proyecto de revolución de la gestión tipo línea de masas dirigido contra la “jefatura de un solo hombre” soviética y el taylorismo (Cui 1996; Lin 2006: 143-148). Esos fugaces experimentos, que promovían la participación de los trabajadores en la gestión, y de los cuadros y técnicos en el trabajo fabril, fueron pioneros de un modelo que combinaba la democracia industrial y el posfordismo: equipos flexibles, jerarquía fluida, multioficio y emulación cooperativa en la producción; planificación participativa, elaboración colectiva del presupuesto, igual paga por trabajo igual y participación en los beneficios en la labor de gestión (Unger y Cui 1994: 82-86). Ese experimento es uno de los legados más radicales e imaginativos del socialismo chino: se avizoraban y ponían en práctica nuevos modos de trabajo y vida.

En el contexto intelectual y político más amplio, la idea

maoísta de “caminar con los dos pies” y liberar la energía popular en todos los sectores y a todos los niveles es tan profundamente humanista (a pesar de que Mao era un crítico feroz del “humanismo burgués”) que llega al extremo del idealismo o el voluntarismo (Meisner 1982: 94-117). Esa idea es también fundamentalmente democrática. Más allá de las acusaciones usuales de utopía o aventurerismo, ese énfasis —en la centralidad de las personas y la acción humana, la vitalidad de las localidades, la creatividad de la gente común y la igualdad y la flexibilidad del trabajo en vez de las rígidas divisiones del mismo— contrastan con varios “déficits democráticos” contemporáneos que se señalan en una literatura autocrítica sobre la democracia liberal capitalista. Un elemento central de la propuesta china es la participación popular en el gobierno y la gobernanza, lo que la ubica en una categoría cualitativamente más avanzada que la mera política electoral. Al trascender los “derechos burgueses” descritos en *La ideología alemana*, Mao subraya el “derecho a la gestión” del gobierno, las empresas, las comunidades, las instituciones educativas y culturales, etc. por parte de los trabajadores y los ciudadanos, que es “en verdad, su derecho mayor y fundamental en un sistema socialista”.¹⁷ Una explicación de la degeneración “revisionista” de la URSS, según la crítica de la economía soviética realizada por Mao ([1959]1977), era, precisamente, la ausencia de ese derecho.

El poder social no solo debe ser un elemento fundacional de la legitimidad del régimen de la República Popular, sino también la fuente última de la eficacia de su desarrollo y su orgullo cultural. La inversión del curso de la transición al socialismo en China puede haber propulsado el crecimiento, pero ha conllevado también “una mercantilización generalizada de los procesos y recursos de la vida, incluidos el trabajo, la tierra, la naturaleza y los cuerpos”, lo que ha catalizado deslizamientos y movimientos en la infraestructura

normativa, los valores morales y el sistema de conocimiento de la sociedad (Lee 2007: xii). Pero ni una economía fuerte ni una política sana pueden desarrollarse realmente con las nuevas cadenas de un mundo de vida polarizado y mercantilizado. Las fuerzas sociales que se levantan tendrán que recuperar lo social y lo público a la vez que se empeñan en su reconceptualización.¹⁸

La validez y la viabilidad de un modelo socialista chino dependen de los prerequisites morales e institucionales analizados en este capítulo. Sin los elementos fundamentales históricamente forjados, que incluyen la socialización revolucionaria y socialista de la nueva China, muy poco de lo que se aplaude hoy en el desarrollo chino habría tenido lugar. Los componentes políticos, económicos, sociales y culturales que definen el modelo, tal como han sido bosquejados aquí, son normativamente defendibles, pero deben estar sujetos a una experimentación y un debate permanentes en sus procesos dinámicos reales (e.g, Leonard 2012; Dallmayr y Zhao 2012). Para resumir, esos componentes son un Estado soberano con un mandato popular, que posea capacidades para gobernar y trazar políticas; un sector público sustancial (en la búsqueda de un mercado socialista) como base firme de la prosperidad y la seguridad económica y financiera de la nación; una constelación de instituciones que asuman la responsabilidad gubernamental y social del bienestar público y popular; y un creciente poder social que sea capaz de alcanzar el socialismo mediante una amplia participación política y socioeconómica y movimientos sociales transformadores. Los conflictos o peligros en cada uno de esos campos, de no atender a lo anterior, son una distorsión política y una fragmentación aún mayores de la capacidad del Estado para establecer políticas; una privatización mayor de las EPE y de otros bienes e instituciones públicos; la persistencia de desigualdades y de deficientes presta-

ciones públicas; y la destrucción y descomposición del compromiso y el poder sociales, y de la ciudadanía.

Dado que un proyecto socialista no es una imposibilidad teleológica, vale la pena formularlo y debatirlo. Se debe apuntar, finalmente, la gran ventaja que sus dimensiones geográficas y sus tradiciones revolucionarias le brindan a China. Su autonomía política sigue siendo lo suficientemente grande como para impugnar la superioridad y universalidad del capitalismo global y chino, que ha sido ideológicamente establecida. Si el pueblo chino logrará o no derrotar a sus adversarios y ganar así tiempo y espacio para un nuevo viaje es cuestión que corresponde a la política, aunque en el seno de sus condiciones históricas e internacionales específicas. Aun si la globalización está en el orden del día, soslayar la posición primaria que ocupan lo nacional y lo local, sobre todo en los casos de países geográfica y demográficamente enormes y con recursos históricos singulares como China, sería un error. Los papeles y las responsabilidades del Estado no pueden evadirse en ningún sitio, ni se debe olvidar nunca la fuerza de los seres humanos como agentes de la historia.

Clase, productores directos e *impasse* de la modernización

Hasta aquí he empleado términos genéricos como “el pueblo” y “lo social”, que son, a la vez, claros términos de clase en el discurso político chino, por tres razones. La primera es que sus referentes reales y su significación simbólica se derivan históricamente de la revolución china, cuya naturaleza era a la vez nacional y clasista de liberación. En segundo lugar, si bien creó una ciudadanía común, la revolución tuvo como base fundamental a las clases trabajadoras, de las que derivó su fuerza y que constituyeron el cimiento de la autoidentidad que elaboró: la “alianza obrero-campesina”. En tercer lugar, debido al desarrollo desigual condicionado por el capitalismo global, las naciones oprimidas, en especial las revolucionarias, adoptan, necesariamente, una posición de “clase”. El pasaje con el que se inicia un artículo escrito por Mao en 1927 es un clásico en lo que se refiere a la formulación de la estrategia revolucionaria: “¿Quiénes son nuestros enemigos? ¿Quiénes son nuestros amigos? Esa es la pregunta fundamental de la revolución”. Mao continúa delineando las identificaciones y relaciones de clase de la sociedad china en el contexto inmediato de la gran movilización revolucionaria de 1924-27 en el país.¹ Esa primacía de la antítesis amigo-enemigo es un *sine qua non* político en el concepto de un pueblo oprimido que se insurrecciona, y ha quedado tipificado en el “nosotros el pueblo” declarado en las guerras y luchas por la democracia.²

Posteriormente, en vísperas de la fundación de la República Democrática, Mao especificó la estructura de clases y las bases del nuevo régimen: “¿Quién es el pueblo? En la actual etapa de China, es la clase trabajadora, el campesinado, la pequeña burguesía urbana y la burguesía nacional”.³ En el vocabulario comunista chino (como en el de las repúblicas populares de Europa Oriental), “el pueblo” apuntaba a un estilo de política de frente popular, más amplio que el modelo soviético de revolución y dictadura “del proletariado”.

Las clases, las relaciones entre ellas y su construcción y destrucción ideológicas han sufrido un cambio monumental en China desde alrededor de 1949,⁴ debido a una secuencia de trastornos y transformaciones socioeconómicos y políticos. La reforma económica, en particular, ha supuesto la restauración de ciertas clases y relaciones sociales prerrevolucionarias, así como la creación de otras nuevas en respuesta a la integración en el capitalismo global: por ejemplo, el surgimiento de una burguesía burocrática en las filas del Partido (Capítulo 3). Sin embargo, como ya se ha señalado, las identidades de clase no se pueden atar a la producción o la distribución, sino que también se forman y transforman en el curso de procesos políticos, ideológicos y culturales. La clase no es una categoría positivista relativa a la estratificación sociológica, y la conciencia de clase solo se desarrolla mediante una intensificación de la política. El lenguaje en buena medida abandonado de “las clases” y “el pueblo” en el discurso público de un régimen de reforma que ha denunciado la ideología no es, irónicamente, sino una señal de la severidad de la explotación de clase y la polarización social. La degradación de los trabajadores, los campesinos y la gente común, que eran glorificados en la tradición socialista, es demasiado amenazadora para un Estado nominalmente comunista. El hecho de que esos dos conceptos han aparecido y desaparecido paralelamente a lo largo de la historia de la RPCh es una confirmación de que aluden a lo mismo.

En la estructura social reformada resulta sumamente notable el drástico decrecimiento de la clase trabajadora del sector estatal, causado por la desindustrialización en el “cinturón de óxido” de los antiguos centros industriales y, en especial, por la privatización de las EPE. Paralelamente, se ha desarrollado una nueva clase trabajadora del sector privado gracias a la industrialización del “cinturón del sol” en la zona costera del sur del país (Lee 2007). Los catalizadores de estos cambios en el contrato social son la abarcadora mercantilización del trabajo, la “informalización” y el trabajo eventual, seguidos por la pérdida de la seguridad en el empleo y las prestaciones adicionales de que disponían los trabajadores (Kuruvi-lla et al. 2011). Entre 1991 y 2006, la fuerza de trabajo urbana de China aumentó en 260 millones de personas, un 85% de las cuales eran migrantes de las áreas rurales. Se estima que entre 120 y 150 millones de trabajadores –casi dos tercios de la fuerza de trabajo industrial y un tercio de la del sector de servicios– trabajaban jornadas muy prolongadas por una paga reducida y carecían de un estatus formal en las ciudades. *Dagong*, que significa literalmente “vender el trabajo”, es como describen su vida laboral. Junto a los trabajadores despedidos de las EPE, engrosaron los rangos de los 270 millones de chinos a los que se conoce como “trabajadores temporales”, o el mayor “precariado” del mundo (Friedman y Lee 2010: 510-516). Notable también es el crecimiento mundial de la “feminización del proletariado” como parte de la continua destrucción de la producción rural no comercializada o menos comercializada. “El capital ahora tuvo acceso al suministro de mano de obra más barato del mundo. Para empeorar las cosas, el derrumbe del comunismo, de golpe en el antiguo bloque soviético y gradualmente en China, sumó unos dos mil millones de personas a la fuerza de trabajo asalariada global” (Harvey 2010: 15-16). De esta manera, China le ha brindado una ayuda crucial al capitalismo glo-

bal, al convertirse en una vasta y muy necesaria salida para el excedente de capital de este último, y al transformar al propio Estado chino en un actor que se atiene a las normas cuyo estricto cumplimiento se exige en el mercado mundial.

Mientras tanto, el auge de una clase media en China, vagamente definida,⁵ ha conllevado el declive de la clase obrera industrial tradicionalmente protegida (los trabajadores estatales pertenecían a una especie de “clase media” socialista) y a la (semi) proletarización de los migrantes procedentes del campo. Este proceso supone también una sensible disminución de la solidaridad o del compromiso público con la liberación de clase y la igualdad social. Por otro lado, a los actuales y futuros miembros jóvenes de las capas de ingresos medios les resulta cada vez más difícil encontrar viviendas al alcance de sus bolsillos y un empleo estable. Los trabajadores de cuello blanco de los sectores con un alto componente tecnológico también han sentido los ramalazos de las crisis financieras globales. Además, dados los obvios límites ecológicos –para no hablar de otros– resulta seriamente cuestionable que China pueda alcanzar nunca una “media social” con una estructura de ingresos que responda a la imagen tradicional de una familia propietaria de una casa y un auto. En última instancia, ¿no sería moralmente más deseable y desde el punto de vista del desarrollo más factible una sociedad nivelada? Conceptualmente, al igual que la retórica de la clase media parece miope o fruto de un mero deseo, una clase media apolítica y por lo general dependiente hace más confusa la noción misma de clase, un concepto con una gran carga política. Se necesita un discurso más crítico que renuncie a pretensiones y quimeras.

Si bien el de clase media es un concepto cosmopolita en una sociedad todavía sustancialmente rural –aún existen en China entre 600 y 700 millones de lo que en términos gruesos se puede calificar

de campesinos—, ello no significa que la rediferenciación de clase sea insignificante ni que los nuevos ricos no sean poderosos en el campo chino. El concepto de “campesinado” debe también analizarse en su composición clasista: agricultores pequeños y grandes, productores de mercancías a pequeña escala, trabajadores rurales sin tierras, arrendatarios u obreros agrícolas, etc. Las divisiones por nivel y fuente de ingresos son, sin duda, indicativas. No obstante, términos generales como “campesinos” o “agricultores” siguen siendo útiles, ya que identifican sobre todo a los pequeños productores agrícolas. Y así, empleados representan una categoría de clase. No obstante, en una economía política en transición, esta es una categoría dúctil. Aunque más del 50% de la población china es ahora “urbana”, una gran parte de ella no está asentada en las ciudades. Muchos son residentes temporales que regresan al campo para trabajar la tierra en épocas de cosecha y otras en que se necesita mucha mano de obra en la agricultura. De igual manera, entre quienes siguen residiendo en áreas rurales, algunos ya no se dedican a la agricultura, sino que, por ejemplo, trabajan en fábricas locales y ocasionalmente se suman a la migración. No siempre queda claro si las referencias a “los campesinos” se emplean en un sentido estrecho o amplio, dado que el término se conecta con una fenomenal “población flotante” que es vigorosamente móvil, aunque no exactamente carente de raíces. Para simplificar, y sin invocar una elaboración teórica (cf. Cohen 1993), uso los términos “campesinos” y “campesinado” cuando está involucrada la clase, y “agricultores” como una mera identidad ocupacional, que engloba también a personas que laboran en ramas del sector agrícola que no son, o no son solamente, el cultivo de la tierra, tales como la silvicultura, la ganadería y el procesamiento de alimentos.

Una variable que interviene con fuerza en este aspecto son los circuitos globalizados de producción, comercio y financiamiento.

No hay duda de que la cuestión agraria es ineludiblemente global en una era del capital que ha subordinado el campo a la ciudad, las naciones campesinas a las industriales, y Oriente a Occidente (como se describiera en *El manifiesto comunista*). Pero los proyectos socialistas bloquearon a gran escala durante varias décadas esas tendencias en Eurasia y en algunas otras zonas del mundo hasta que se derrumbaron de una u otra forma para permitir la anexión al mercado mundial, como ocurre cada vez más en China. No obstante, la integración global es un proceso dual de expansión capitalista y resistencia anticapitalista. La dinámica movilización de los Sin Tierra en Brasil, México o la India es un ejemplo de ello (Rousset 2009); el movimiento campesino global de la Vía Campesina es otro (Masioli y Nicholson 2011); la construcción de redes antiglobalizadoras en los Foros Sociales Mundiales y del Tercer Mundo es un tercero. Según las “perspectivas plebeyas” de Goran Therborn, aun cuando América Latina es la única región del mundo donde el socialismo aparece actualmente en la agenda, sus bases sociales populares y diversas anticipan futuras transformaciones que estarían a cargo de un sujeto pluralmente constituido: la clase se convierte en “una brújula que orienta hacia las clases del pueblo, los explotados, los oprimidos y los subordinados en toda su diversidad”, y la alianza de clases en algo más que una identidad única a llenar con conciencia proletaria. Esta es una posición polémica en un debate en curso en el seno de la izquierda, pero una observación más interesante de Therborn es que, más allá de América Latina, “para que una nueva izquierda tenga una verdadera significación global, deberá descubrir raíces más profundas en Asia” (2012: 26, 29).

A pesar de la existencia de una agricultura familiar tecnológicamente avanzada en el Norte, y de las afirmaciones de que “la figura del campesino se ha desvanecido en todo el mundo” (Hardt

y Negri 2005: 120), la idea de que la modernidad global implica la “muerte del campesinado” histórica global, lo que nos separa “para siempre del mundo del pasado” (Hobsbawm 1994: 289), no resulta convincente. Desde el punto de vista del Sur, el concepto de campesinado no es meramente “un gran (aunque decreciente) residuo de épocas históricas y modos de producción anteriores”. Es necesario rechazar las “nociones heredadas del ‘campesinado’ como un anacronismo o como ‘atrasado’ en términos materiales, culturales o políticos” (Bernstein 2001: 25-26, 46). Y ello no solo porque la agricultura a pequeña escala sigue siendo el elemento primordial en las vidas de casi la mitad de la humanidad (unos 3 mil millones de personas), sino también porque el fenómeno no es puramente económico y sociológico, sino que tiene importantes ramificaciones políticas (Watts 2009). El “campesino” atrasado y dependiente de las narrativas liberales chinas que menosprecian toda una historia de agenda revolucionaria campesina (Day 2013: cap. 2) ha sido, y puede seguir siendo, un concepto de clase con fuertes matices políticos para los movimientos y el poder en las regiones o la nación.

Un caso muy relevante –y también el de mayores proporciones– es la socialización revolucionaria triunfante de la China rural mediante las sucesivas revoluciones de la “nueva democracia” y “socialista” antes y después de 1949. Especialmente notable es el hecho de que los movimientos cooperativos y comunales de la década de 1950 se realizaron en buena medida sobre una base voluntaria “sin la violencia ni los masivos sabotajes que caracterizaron la colectivización soviética” (Selden 1982: 85; Nolan 1976). Ello es atribuible a que los campesinos ya habían participado en la revolución agraria precedente, aun si los comunistas estaban agudamente conscientes de que era necesario seguir “educando al campesinado”, incluidos los numerosos elementos campesinos en sus propias filas, a fin de

lograr una agricultura socializada.⁶ Como la cuestión agraria ocupó un lugar central en el programa comunista casi desde el inicio, un resultado de importancia fue la formación de un nuevo sujeto histórico rural. Colectivamente, en su reciente alianza histórica y ahora en su alianza constitucional con la clase obrera de la RPCh, el campesinado no puede considerarse “precapitalista”, sino que más bien es poscapitalista en su identificación subjetiva y posicionamiento objetivo. Por tanto, una singularidad de la trayectoria de China en el siglo XX es la paradoja de una revolución campesina victoriosa que apunta a una transformación política de las categorías agrarias tradicionales. Esta transformación –junto al surgimiento de una nueva agencia rural– fue tan profunda que ni siquiera la abarcadora descolectivización comenzada a fines de la década de 1970 pudo echarlo todo por tierra.

Como parte de la descolectivización se introdujo el sistema de contrato familiar en sustitución de las comunas del pueblo. Ello condujo a una “crisis triple” (*sannong wenji*) que alcanzó su clímax en la década de 1990: la crisis de la agricultura (la tierra, la producción, la comercialización), la de los campesinos (desplazamiento y disparidad entre los ingresos urbanos y rurales), y la de las aldeas (pobreza, destrucción y desplome de la infraestructura pública) (Wen 2005). Como el nivel colectivo de “gestión de dos niveles” diseñado a inicios de la década de 1980 para mitigar las vulnerabilidades de la pequeña producción se desplomó en la mayoría de los lugares, las familias quedaron libradas a su suerte. Más tarde, se generalizó también la apropiación ilegal de tierras, lo que hizo que la presión a favor de la privatización de la tierra pareciera racional. Como telón de fondo, el blanco del capital en busca de una “solución espacial” son ahora, precisamente, la tierra colectiva y los campesinos restantes, a quienes se aspira a expulsar del campo para sostener la oferta de trabajo extraordinariamente barato.⁷ La para-

doja inmediata reside en que los bajos salarios dependen del funcionamiento de la tierra como red de seguridad para los trabajadores migrantes. En otras palabras, el derecho a la tierra representa una gran parte del costo de la reproducción del trabajo en China y es lo que explica en última instancia la “ventaja comparativa” del país en el mercado de trabajo global. Hasta el momento, el sector agrícola de China no ha sido conquistado por las relaciones capitalistas de producción, pero es evidente que forma parte de ese orden global, y que está a la defensiva.

Definir a los “productores directos”—una categoría más amplia que la de los productores rurales— en el lenguaje de las clases constituye un reto conceptual. Ese concepto marxiano apunta a una relación de producción en la que el trabajo y las condiciones que requiere forman una unidad natural. De ahí que, si se toma literalmente, excluye al proletario que trabaja por un salario e incluye al campesino tradicional. Pero si se considera que se trata de una categoría tanto descriptiva como prescriptiva, como ocurre en la obra de Marx, el productor directo sería un miembro de un colectivo libre o un pequeño propietario independiente; en ambos casos, tiene un acceso directo a sus medios de producción (y a los frutos de dicha producción) y su trabajo no es una mercancía explotable en el mercado. Los procesos productivo y de circulación en los que participa directamente no son dictados ni por el poder del capital en busca de lucro ni por el poder de una burocracia en busca de renta. Esos procesos son, en primer lugar, de valor de uso, expresado localmente por el trabajo y coordinadamente entre distintas localidades. Esa realidad siempre está presente, en distintas formas, en el capitalismo, y se encuentra tanto en los márgenes pobres y dejados de la mano del sistema como en resquicios de sus centros. Las redes locales de una “economía solidaria” verde e informal, constituidas

por un trabajo voluntario pagado o recompensado mediante intercambios no monetarios (como vales por tiempo o valor que se pueden cambiar en cooperativas) no son escasas en Europa y América del Norte.⁸ Pero especialmente dignas de mención son las economías en transición parcialmente autónomas que desconfían de la penetración del capital. Es muy probable que la identidad del productor directo en diferentes situaciones sea fluida y se mezcle con otras identidades del empleo formal o informal y muchas formas de trabajo.

Se suele asumir, en ocasiones para crear confusión, que los productores directos son los pequeños campesinos y se les analiza en la categoría de clase de la pequeña burguesía. Resulta notable que a pesar de que la base social de la Liga Comunista y la revolución de 1848 no estuviera mayoritariamente constituida por trabajadores fabriles, sino por artesanos independientes y trabajadores calificados pertenecientes a los gremios manufactureros, Marx subestime radicalmente los papeles sociológicos y políticos de los pequeños productores. Tampoco le presta mucha atención a la agenda histórica que anticipaba para ellos el pensamiento intelectual previo a la revolución industrial, desde el igualitarismo radical y la soberanía popular de Rousseau, enraizada en la libertad de una ciudadanía plebeya, hasta el “sentido común” del derecho (revolucionario) de los pobres, formulado por Thomas Paine. Las acerbas polémicas de Marx contra un socialismo “filisteo” y “reaccionario” —un “socialismo pequeñoburgués”, un “socialismo feudal”, un “socialismo real”, etc., en parte eco del pasado y en parte amenaza para el futuro— produjeron un impacto “científico” duradero en la tradición marxista de contar exclusivamente con la clase obrera industrial para transformar el capitalismo.⁹

Marx no atacó a las asociaciones descentralizadas de trabajo ni a las cooperativas por las que abogaban los anarquistas y los segui-

dores de Proudhon. Subrayó, además, que para que los trabajadores pudieran triunfar debían trabajar con los campesinos y transformarlos. Pero las condiciones que establecía eran las de un poder estatal proletario y una producción moderna socializada. En su desprecio por la “idiotez rural”, Marx consideraba a los campesinos en general seres obsoletos y prepolíticos, en espera de la destrucción capitalista o la transformación socialista. Después de todo, la energía revolucionaria de los subalternos de las periferias no estaba aún en el horizonte de su época. Es ahí donde se debe apreciar la singularidad de la revolución comunista china: esa revolución trascendió la ley marxiana de la proletarización industrial al incluir en sí a los campesinos pobres y medios y convertirlos en constructores orgánicos del nuevo orden social.

En diversas formaciones sociales (algunas de las cuales incluyen múltiples modos de producción), la pequeña burguesía y los productores directos se solapan, pero no son idénticos desde el punto de vista conceptual. Las complejidades “postindustriales” de conceptualizar a la pequeña burguesía son notorias, entre ellas, establecer las diferencias entre los pequeños propietarios/productores tradicionales y los nuevos profesionales de la ciencia y la tecnología (y su burocratización); la cuestión de si los asalariados que desempeñan un trabajo intelectual deben considerarse un elemento de la clase obrera; o la de cómo pueden calcularse los valores del trabajo abstracto en términos de tiempo de trabajo (Mills 1951, cap. 13; Poulantzas 2008). Pero aparte de esas complejidades, la categoría “pequeña burguesía” es definitivamente más restringida que la concepción potencialmente omninclusiva de “productores directos”. Estos últimos podrían ser los protagonistas fundamentales en la nueva historia de un ecosocialismo. De hecho, la pregunta sobre el futuro de los productores directos podría ser la pregunta acerca del futuro del socialismo. Y es realista plantearla para tratar de respon-

der al desafío último de nuestros tiempos y su alarmante *impasse* desarrollista: la contaminación de las tierras y las aguas, las crisis alimentaria y energética, la decadencia rural y los barrios marginales urbanos, las industrias tóxicas y las tecnologías agresivas, el agotamiento de los recursos y el calentamiento global, y, en los terrenos sociológico y político, la pobreza, los conflictos y la difícil situación que enfrenta el “último campesinado”. Quizás solo una civilización diferente, centrada en los productores directos, pueda, con el tiempo, revertir las devastaciones humana y ambiental derivadas del dilema capitalista de un crecimiento insostenible y perpetuas crisis de superproducción. La sobreproducción, además, está acompañada por el problema del sobreconsumo o, para ser más precisos, de una segregación física entre quienes sobreconsumen suntuosamente y quienes viven en un miserable subconsumo.

En la perspectiva marxista, el límite de cualquier solución pequeñoburguesa resulta obvio. En lo que toca a la productividad, si hay que liberar las fuerzas productivas de los obstáculos de la premodernidad a fin de crear un excedente suficiente para satisfacer las necesidades, ¿existe un lugar válido para la pequeña producción en la era de una economía moderna altamente socializada? ¿Dónde está el vínculo o la compatibilidad entre lo grande y lo pequeño? En lo que respecta a la identidad política de esa clase intermedia, vagamente definida, ¿puede ella lograr una subjetividad histórica distintiva mediante acciones colectivas en las luchas de clase y sociales? En un comentario sobre el “radicalismo pequeñoburgués” de Roberto Unger y su política de empoderamiento, Perry Anderson señala que “la heterogeneidad y la ambigüedad estructurales de la pequeña burguesía concurrían contra la posibilidad de considerarla una fuerza que rehiciera el mundo” (1992: 139-140). Se han planteado críticas similares a otras conceptualizaciones orientadas en la misma dirección de “modernizar” los análisis de clase para

incorporar los cambios sociales posteriores a la vida de Marx y reconocer la existencia de fuerzas sociales transformadoras más amplias. Uno de esos intentos es el “bloque popular” para el logro de una nueva hegemonía (Laclau y Mouffe 1985); otro es la “multitud”, que incluye también la biopolítica y la ciberpolítica contra la renta capitalista (Hardt y Negri 2005). La fórmula discursiva no teorizada del “99%” ha sido popularizada por el movimiento occupy.

Estas preocupaciones bien pudieran ser respondidas de manera positiva, al menos en sociedades de menor avance capitalista e inclinaciones más populistas. Marx se centra de modo demasiado exclusivo en la revolución de los obreros europeos, pero su método de estudio de casos específicos sigue siendo consistente. Es sensible a los diferentes preparativos en diferentes lugares para la adopción de diferentes estrategias: “Una revolución social radical está atada a condiciones históricas definidas de desarrollo económico; esas son sus premisas”. La equivocación de Bakunin no consiste en su idea acerca de la liberación de todos los “eslavos”, sino en que la aplica mal cuando ansía que “la revolución social europea, cuya base económica es la producción capitalista, se lleve a cabo en el nivel de los pueblos agrícolas y pastores ruso o eslavos”. Confunde las tareas políticas en distintos niveles del desarrollo, y “la voluntad, no las condiciones económicas, son la base de su revolución social” (Marx [1874]1989: 518). Esto es, los pueblos agrícolas y pastores deben seguir a la clase obrera y sus partidos políticos —o ser atraídos por ellos— a las luchas que no sean una revolución únicamente proletaria.

Cui Zhiyuan, quien editó *Politics* (1997), de Unger, como síntesis política y analítica del proudhonismo, el lasallismo y el marxismo, describe una alternativa en un “manifiesto pequeñoburgués” (2005). Defiende la pequeña propiedad con el argumento de que

el propósito del socialismo no es perpetuar el estatus de proletarios de los trabajadores, sino desproletarizarlos o enriquecerlos. Junto a los campesinos y otros pequeños productores, los propietarios de los estratos populares pueden alcanzar tanto el dinamismo necesario para el desarrollo como la democracia política y económica en un mercado socialista. Puede que esta versión del “socialismo liberal”, que compite “con las visiones marxista, socialdemócrata y neoliberal en China y el mundo” (2005: 157, 172), sea demasiado generosa con la propiedad privada como formación social,¹⁰ pero tiene resonancias locales y tangibles. De modo similar, Philip Huang aplica el concepto de “clase media” de forma comprehensiva para que incluya tanto a la “vieja” como a la “nueva” pequeña burguesía que se ubica entre los capitalistas y el proletariado. En ese caso, si se suman los trabajadores migrantes a quienes les va bien, representarían un 80% de la fuerza de trabajo china. Además, constituyen no solo una clase media económica, sino también política, que se identifica con el “cooperativismo agrario” (2012a). En estas percepciones, la heterogeneidad de los grupos sociales comprendidos por la “pequeña burguesía” es un dato histórico positivo, como en el Brasil de Unger o la China de Cui y Huang, así como en los demás países del Sur.

El concepto de “productores directos” –que difiere del de pequeña burguesía tradicional y que es más inclusivo que el de una clase media ampliada, ambos transicionales en la perspectiva marxista de la lucha de clases última– puede definirse siguiendo la dialéctica original marxiana de la negación de la negación en la evolución de la sociedad hacia un orden superior. Dicho orden exige una esfera socializada que esté libre de un mercado de trabajo explotador, en la cual impere la transparencia no solo de la producción material y cultural, sino también de la extracción y la asignación del excedente, y en la que primen los valores de uso y social. En

esa esfera, los productores directos son los precursores del trabajo desalienado, que nutrirá las capacidades individuales, la prosperidad colectiva y la gestión racional. Esto concuerda con elementos fundamentales del marxismo relativos a la superación de las contradicciones entre el capital y el trabajo y entre la propiedad privada y la producción socializada. Si se puede hacer a los productores directos una clase sumamente inclusiva en una política participativa y transformadora, su construcción conceptual y política estaría lejos de una despolitizada “retirada de la clase”, como en el caso de las revisiones postestructuralistas (Wood 1999).

João Pedro Stedile, el líder del Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra de Brasil, brinda una aclaración acerca del objetivo del movimiento que concuerda con este punto de vista: se trata de “una práctica agraria que transforma a los agricultores en guardianes de la tierra, y de una manera diferente de cultivarla, que garantiza un equilibrio ecológico y que la tierra no se vea como una propiedad privada” (citado en McMichael 2010: 298). Esta resistencia a “las maquinaciones del sistema estatal para convertir la agricultura en una industria mundial al servicio del lucro” es entonces, a no dudar, “una política de clase” que muestra también “una sensibilidad ética, histórica y ecológica” (McMichael 2010: 307-308). Además, el surgimiento de un movimiento campesino internacional constituye un reto a la noción de un internacionalismo exclusivo de la clase obrera. La comercialización de la agricultura y la destrucción de las vidas rurales autónomas a manos del capitalismo es un proyecto global que obliga a una respuesta global. Las masas campesinas del Sur demuestran ser capaces de movilizarse políticamente y de adquirir una conciencia política como fuerza clasista transnacional que no lucha solo por el pasado, sino también por el futuro.

En China, tras liberarse de la quimera y los límites prácticos

de una modernización capitalista, los productores directos rurales ocupan una posición singular y cuentan con una experiencia histórica singular. El hecho de que han experimentado una reforma agraria y una transformación socialista en toda línea, de que siguen compartiendo la tierra incluso después de la descolectivización, de que ya no están inmersos en una producción y una existencia de subsistencia inmóviles o autocontenidas, y de que sus visiones del mundo son moldeadas por los medios masivos de comunicación modernos y las nuevas tecnologías de la información, supone todo un mundo de diferencia (ver Capítulo 7). Aun con lo que pueda quedar de sus identidades nutridas por la tradición, reforzadas por el reinicio del cultivo familiar de la tierra, no son pequeños campesinos a la antigua, y su anticapitalismo —bajo la superficie de ambiguas aspiraciones urbanas o la sabiduría del mercado— no es, para decirlo de alguna manera, precapitalista, sino poscapitalista. Con este cuadro de las clases en mente, el resto del capítulo se centrará en la cuestión de si la ideología y la patología del crecimiento, la productividad, el industrialismo y el urbanismo pueden ser cuestionadas.

La actual crisis agraria de China solo puede apreciarse adecuadamente en su contexto histórico-político. Si la revolución comunista china le abrió el camino a la alternativa moderna al capitalismo es, sobre todo, porque cambió de modo fundamental la estructura de clase y las relaciones agrarias. Más allá de las oleadas de colectivización y descolectivización, el principio revolucionario de “la tierra para quien la trabaja” ha sido fielmente seguido, y en la Constitución de la RPCH está plasmado que la tierra es un bien público cuyos propietarios legales son el Estado y los colectivos. Las familias de agricultores han usufructuado tierras que les han sido entregadas —antes de manera colectiva y ahora de nuevo individualmente— por

largos períodos de tiempo. Este esquema dual de propiedad/control público y gestión familiar es un factor innovador y decisivo del desarrollo nacional.^{xi} El programa revolucionario republicano ya había combinado los objetivos de la reforma agraria y la nacionalización para garantizar que los fondos provenientes del valor añadido a la tierra por la construcción industrial o urbana fuera al tesoro del Estado para uso público.¹²

Los estudiosos rastrean esta estructura específica aún más atrás, a la tradición imperial de la dualidad del Estado y el propietario, el impuesto y la renta (un punto focal del debate sobre el MPA). También encuentran analogías en la separación –muy generalizada durante varios siglos en *jiangnan* y otras áreas relativamente ricas– entre el llamado derecho de fondo (*tiandi quan* o propiedad) de los terratenientes (residentes o no) y el derecho de superficie (*tian-min quan* o derecho de uso) detentado por los agricultores. Supuestamente, los campesinos estaban protegidos por un “derecho de arriendo permanente” (*yong dian quan*; enfiteusis) consuetudinario, además de por una ecología localmente favorable de lazos creados en el seno del clan y de la aldea. La diferencia categórica entre el nuevo sistema y el antiguo resulta obvia: la eliminación de una clase de propietarios rurales y de sus redes estructurales es una precondición de la modernización socialista; y los miembros de las comunidades rurales deben tener iguales derechos y un interés compartido.

Fue la organización colectiva de la era de Mao la que permitió la mejoría infraestructural fundamental de la agricultura, así como la aparición de cinco industrias rurales a pequeña escala –herramientas de hierro, cemento, fertilizantes, agua y electricidad, y maquinaria ligera– que producían para satisfacer las necesidades locales. Ambas cosas dependían de un sistema agrario sin medidas ni colindancias privadas. Las fábricas comunales también sentaron

las bases para el florecimiento de las EDA a inicios del período de la reforma, al permitir la absorción de un masivo excedente de mano de obra del campo antes de lo que llegó a ser el mayor flujo masivo de migración rural de la historia humana. De hecho, el punto de arranque de toda la transición al mercado dirigida por el Estado aprovechó esa ventaja crucial de que la tierra estaba en buena medida “libre” para ser empleada por iniciativas empresariales. Las EDA, por ejemplo, dispusieron de factores de producción extraordinariamente baratos: posesión directa de la tierra y fácil suministro de trabajo poco costoso, así como créditos provenientes de la acumulación colectiva previa y de cooperativas financieras amigas (Wen 2011: 19).¹³ La retención de la tierra pública y comunal en la era de la reforma también explica el notable fenómeno de que China haya evitado hasta el momento el peor escenario de barrios marginales, pobreza y “lumpen-proletarización” típico de una sociedad que se industrializa en cualquier parte del mundo desde el siglo XVIII. Igualmente, a diferencia de las transiciones poscomunistas en Rusia y no pocos países del bloque oriental, la resistencia a la privatización de la tierra debe formar parte de la historia china, en la que se evitó una situación de contracciones económicas o caídas en picado de los niveles de vida similar a la de esos países.

No obstante, la gestión de la tierra en China ha sufrido de inconsistencias y es frágil ante las crecientes dificultades y amenazas. Sobre la base de la “ley de contrato de la tierra de cultivo” de 2003, posterior a la “ley de gestión de la tierra” de 1986, el sistema ha experimentado varias revisiones adicionales para ajustarse a las nuevas leyes sobre la propiedad. El objetivo de la ley vigente era estabilizar el derecho de los agricultores a la tierra, pero su puesta en práctica no tuvo en cuenta los cambios demográficos ocurridos, lo que dio como resultado la aparición de una generación “sin tierra”: muchos

habían crecido compartiendo las tierras de la familia sin un título propio. Pero la rápida urbanización provoca una tensión aún mayor. Al gobierno le preocupa la disminución de la tierra arable, y ha decidido establecer una “línea roja” mínima de 1,8 miles de millones de *mu* (120 millones de hectáreas) que deben protegerse. Este mínimo se calculó teniendo en cuenta la meta de alcanzar un 95% de autosuficiencia nacional en el abastecimiento de granos. Los datos oficiales muestran que la tierra arable per cápita de China se ha reducido de 5,2 *mu* en 1950 a solo 1,4 *mu* en 2008, debido al crecimiento poblacional y a la pérdida de tierras a manos de la industrialización y la urbanización.¹⁴ Para incentivar la conservación de la tierra, el gobierno ha creado mercados locales en los que las tierras de cultivo colectivas que se han recuperado (sustituyendo las casas individuales por viviendas colectivas, que ahorran terreno, por ejemplo) pueden venderse por vales redimibles en efectivo y contabilizarse como parte de las “cuotas de tierra para construcciones” compradas por los agentes inmobiliarios, tanto públicos como privados.

El rápido avance de la liberalización del mercado de la tierra, en especial las políticas de “circulación de la tierra” han producido una privatización de facto. Como muchos temen, es posible que ya se haya cruzado la “línea roja”. En vez de un urgente correctivo, la última declaración de política (documento número uno de 2013) confirma la tendencia a una concentración de la tierra y una expansión urbana mayores. La declaración exige que se complete el registro en curso de la tierra rural para garantizar el derecho a la tierra y el aumento de los ingresos de los campesinos, incluida la compensación por la pérdida de sus tierras. Sin embargo, a pesar de que se establecen procedimientos más estrictos para la adquisición, se subraya que se promoverá aún más el mercado de la tierra para “liberar más fuerza de trabajo rural” mediante el traspaso de

la tierra a empresas mayores: “agronegocios especializados, parcelas familiares de agricultura de escala, producción y gestión comercializadas y concentradas”.¹⁵ No queda claro cómo podrán hacerse cumplir las otras políticas vigentes relativas al mínimo de tierra arable o al acceso de los agricultores a la tierra.

Como China es una potencia manufacturera construida a partir de la mano de obra migrante del campo, desde hace años la tierra ha sido reordenada o circulada internamente sin transferencias de propiedad legales. Fundamentalmente, ha cambiado de manos entre aldeanos, parientes, amigos y cooperativas, y también ha pasado de aldeas a agentes inmobiliarios o gobiernos locales. Esos últimos dos actores del mercado (nominal) de tierras que a menudo actúan de consuno y comparten los beneficios. El derecho formal al usufructo de la tierra sigue siendo una fuente de seguridad crucial para los trabajadores migrantes. Si bien muchos de ellos han sido absorbidos por los sistemas de producción y distribución urbanos, y en ese caso deben renunciar a su derecho al usufructo, muchos otros no han logrado asentarse en las ciudades y han regresado a la agricultura, como sucedió durante la reciente recesión económica global, que afectó a los sectores chinos orientados a la exportación con despidos y cierres de fábricas.

Pero este último expediente de la subsistencia enfrenta una creciente amenaza de privatización, medida que no puede garantizar el derecho a la tierra y es una solución errónea a los problemas de la desposesión forzosa o la “financiación” de las tierras. No es una solución. La urbanización y las enormes ganancias de la esfera inmobiliaria son las que han creado los incentivos equivocados. Los funcionarios municipales y locales detentan un poder discrecional sobre la tierra propiedad del estado mediante el cobro de los impuestos y el otorgamiento de licencias, zonificaciones y permisos de construcción, y pueden también convertir tierras colectivas ori-

ginalmente no comercializables en tierras altamente rentables en un mercado que carece de todo freno (Hsing 2010: 33-38). El incremento del valor de la tierra y un PIB cada vez mayor –al que las frenéticamente repetitivas demoliciones y construcciones hacen una notable contribución– estimulan la especulación en el mercado de la tierra y la vivienda, y alteran los órdenes administrativo, financiero y territorial en todo el país. Esta reacción en cadena intensifica, a su vez, la “crisis triple”, así como diversos problemas de la vida urbana, como la dificultad para encontrar viviendas asequibles, el estatus de residentes (*hukou*) de los migrantes a quienes se trata como ciudadanos de segunda (Han 1999), y una contaminación cada vez mayor de las ciudades: un verdadero círculo vicioso.

El papel desempeñado por los cuadros corruptos de las aldeas fue subrayado en la confrontación de Wukan (Capítulo 4). Esos cuadros venden o alquilan tierras de las aldeas sin que medie un proceso democrático de toma de decisiones. Aunque los dirigentes de las aldeas suelen ser elegidos, debido a duraderas o renacidas relaciones tradicionales de parentesco, patriarcado u otras de tipo “feudal”, en muchos lugares entran en extrañas coaliciones con las fuerzas de mercado –para no mencionar los fraudes electorales– y no son necesariamente representativos o servidores del pueblo. El problema de la gobernanza en la base del campo chino, que se ha venido extendiendo desde la disolución de las comunas, nunca ha sido tan grave. La fortaleza organizativa que la revolución promovió laboriosamente está desapareciendo. A medida que “la urbanización se traga aldeas” y se expande el agronegocio capitalista, “ya más de cuarenta millones de campesinos han sido desplazados, y cada año cuatro o cinco millones más pierden sus tierras” (Andreas 2012: 134). Por tanto, la lucha que se desarrolla actualmente por el derecho a las tierras colectivas y familiares no tiene que ver solamente con la autopreservación de los campesinos, sino tam-

bién con la tradición de colectivismo y socialismo que la subyace.

Como los problemas urbanos y rurales están entrelazados y ambos son manifestaciones del dilema desarrollista de China, ubicado en el contexto global de la integración al mercado, solo un enfoque integral puede afrontarlos. Sobre la mesa hay, esencialmente, dos respuestas estratégicas. Una es cortoplacista, pero estándar y basada en el discurso imperante: aboga por la urbanización, la modernización y la privatización como las únicas vías para detener la desposesión de tierras, las burbujas inmobiliarias y los desahucios forzosos, y también por convertir el excedente de mano de obra rural en fuerza de trabajo urbana, a fin de mejorar la productividad del trabajo en el campo. La otra rechaza esa triple “solución”, ya que la considera la causa de los mismos problemas que dice resolver. La alternativa tiene que ser una estrategia a largo plazo que aspire a lograr *minsheng* al tiempo que pone fin a la violencia de la estandarización moderna. Buena parte del debate puede tener implicaciones mayores, pero en todos los aspectos en que la búsqueda china parece singular, ello se debe a su posicionamiento de clase, heredado de la revolución, que, no obstante, todavía puede contener mensajes de importancia universal.

Consideremos primero la cuestión de la urbanización. La mitad de la población china es rural, y decenas de millones de trabajadores migrantes que trabajan intermitentemente en las ciudades cultivan también la tierra ocasionalmente. La vertiginosa “velocidad china” llevó la urbanización nominal del país de un 18% en 1978 a más de un 50% en 2011.¹⁶ Es algo para celebrar, si se opta por ignorar la destrucción inmediata y a largo plazo que acarreó, y a sus víctimas. China forma parte de una imposición global sobre el mundo rural que es cada vez más explotadora y explosiva, y está atrapada por el mito de que el único futuro de los países en desarrollo es ur-

bano, y de que eso es lo que significa el desarrollo. Pero los efectos de una urbanización continua tal como la conocemos serían abrumadoramente negativos al menos en tres aspectos: el ecológico, el demográfico y el social. Esos efectos, a su vez, obstaculizarían el propio desarrollo.

El consumo actual de energía de China en términos de PIB per capita es 2,2 veces el promedio global, y la dependencia energética y mineral tiende a crecer rápidamente. Dejando a un lado el crecimiento industrial, la urbanización (no necesariamente asociada a las industrias productivas) contribuye de modo notable a esa tendencia. Porque, como promedio global, “el cambio de la vida rural a la urbana duplica aproximadamente el uso de energía y las emisiones de carbono por persona”.¹⁷ Y lo que es peor aún, la proporción tierra-población de China es una de las más bajas del planeta. Su tasa de erosión del suelo es también una de las más altas, debido a la desertificación y otras formas de pérdida del agua y el suelo. La contaminación en los centros urbanos y las zonas industriales de China se contiene muy poco, debido a una combinación de consideraciones sobre las ganancias y el empleo, así como a otras presiones relativas al crecimiento, la falta de un compromiso de largo aliento y deficiente regulación.¹⁸ⁱ En el Índice de Desempeño Ambiental, China ocupaba en el año 2012 el lugar 116 entre 132 países.¹⁹ La cuestión de los costos ambientales y de salud del crecimiento es urgente y debe ser afrontada.

Mientras tanto, sea cual fuere su tasa de urbanización futura, China tendrá que mantener a una parte sustancial de su población ocupada en la producción de alimentos para el consumo interno. El obvio aspecto determinante en lo relativo a esta cuestión es que, dadas sus dimensiones, el país debe mantener una autosuficiencia alimentaria mínima. Si, por ejemplo, China solo contara con un 60% de autosuficiencia, su demanda excedería en tal medida la ac-

tual capacidad del mercado mundial que se agotarían de inmediato sus reservas de granos.²⁰ “¿Quién alimenta a China?” es una pregunta clásica. La China socialista la enfrentó heroicamente y con notable éxito, a pesar de algunos episodios anómalos. La cuestión reside en que nadie puede darse el lujo de desequilibrar la situación, ni siquiera en el postsocialismo. Pero la urbanización, como parte de la transformación capitalista, exagera la cuestión merced a las amenazas potencialmente irreversibles de la inseguridad y la dependencia alimentarias.²¹ Los formuladores de políticas y los movimientos sociales ambientalistas deben encontrar un enfoque más innovador y holístico.

Los nuevos “cercados” en China y otros países constituyen una ofensiva global contra los productores directos del campo por parte del poder corporativo del capital real y especulativo. Ello ha llevado a la conversión forzosa en mercancía laboral a campesinos masivamente desplazados por la fuerza. Ese proceso destruye los lazos y el tejido social de las comunidades o colectivos del pasado, que a menudo tenían un carácter menos contaminador y despilfarrador. Aun sin catástrofes espectaculares, una urbanización construida sobre las espaldas de los trabajadores migrantes de China ha tenido resultados negativos, como evidencian los sacrificios personales y sociales cotidianos, el chocante despilfarro, las aldeas desoladas y las familias rotas. En muchas áreas, solo los ancianos y los enfermos cultivan los campos, y los padres que trabajan a cientos o miles de kilómetros de distancia dejan atrás a sus hijos. En las ciudades cada vez más hacinadas y segmentadas, los recién llegados luchan sin contar con un fuerte apoyo ni de los gobiernos ni de los sindicatos. Los trabajadores domésticos, muy numerosos y mujeres en su mayoría, son los menos protegidos. Las escenas que se ven a diario son inquietantes: en un extremo hay edificios suntuosos sin ocupar, terrenos de golf y clubes exclusivos, parques turísticos desiertos,

aeropuertos y centros comerciales de lujo; y en el otro, proyectos de viviendas públicas contruidos con pocos fondos, una visible pobreza urbana y rural, trenes atestados que transportan a trabajadores “flotantes”, y ómnibus escolares con demasiados pasajeros que corren peligrosamente por caminos rurales.²² Una profunda sensación de alienación e injusticia está muy generalizada entre la población.

Incluso entre quienes tienen más medios, muchos se ven obligados a repensar la modernización y a considerar que quizás se ha perdido algo precioso en el proceso. Los jóvenes cultos de las ciudades que se autodenominan “esclavos de las hipotecas” (*fangnu*) o “caracoles” (*woju*) y que no pueden costearse una vivienda decorosa, comienzan a reflexionar sobre las contradicciones del crecimiento: ¿qué pasa si la implacable acumulación de riquezas (virtuales) no es racional ni una verdadera medida del bienestar? ¿El desarrollo centrado en las ciudades no ha sido ya deslegitimado por su lógica y sus perjuicios desarrollistas?

Esas preguntas son especialmente agudas en las regiones de las minorías más contenciosas de China, donde las crecientes tensiones étnicas están directamente relacionadas con ese estímulo al crecimiento que viene de fuera. Entre las manifestaciones de ese estímulo está la campaña de “ir a occidente”, lanzada por Beijing en la década de 1990 sin los debidos cuidados espacial-culturales, ambientales y de sensibilidades políticas relativos a la etnicidad, la religión y la localidad. En especial, el arribo de colonos de la etnia han al Tibet y a Xinjiang (donde comenzó mucho más temprano, pero se concentraba en granjas estatales creadas en lo que otrora fueran eriales) ha cambiado el paisaje demográfico y económico de esas regiones, provocando temor y resentimiento entre los habitantes locales. Si antes nunca hubo una intención deliberada del Estado de socavar el predominio y las herencias tibetana y musulmana

de ambas regiones, la invasiva transición al mercado está encargándose de hacerlo con suma eficiencia. Para muchos miembros de minorías, esta transición apunta a una atemorizadora amenaza de homogeneización comercial o extinción cultural. Además, ha producido nuevas desigualdades de clase que se añaden a las desigualdades étnicas, o se disfrazan de ellas. Los funcionarios corruptos y los codiciosos agentes inmobiliarios de origen han, con su actitud chovinista, son una combinación que es muy probable que desate cruentos motines (Pai 2012: 283-290). Por tanto, no sería injusto considerar que el presente *impasse* es resultado del desarrollo capitalista auspiciado por el Estado y del abandono del compromiso socialista con la igualdad y la autonomía regionales.²³ La propagación de movimientos religiosos durante las dos últimas décadas en zonas bastante seculares de China —que trasciende la cuestión de la libertad de culto para las nacionalidades tradicionalmente religiosas, plasmada en la Constitución— tiene también su origen en la crisis moral y la desorientación ideológica producida por las relaciones de mercado.

La lección debería ser obvia: desarrollo humano y social no equivale a expansión urbana, industrial y comercial. El gobierno chino no tendrá más remedio que retomar su política de la década de 1980 de priorizar las ciudades y los pueblos pequeños y no las grandes metrópolis, teniendo en cuenta la preferencia y el conocimiento local sobre lo que el sociólogo Fei Xiaotong ha caracterizado como una “China ligada a la tierra”.²⁴ Este concepto, antitético a la migración en gran escala del campo a la ciudad, alude a la transformación de las zonas rurales mediante la incorporación de cadenas productivas que incluyan la agricultura, ocupaciones colaterales, procesamiento y otras industrias que se alimenten de la producción de la localidad y produzcan para ella. La experiencia inicial tuvo sus problemas, como algunas EDA contaminadoras e

inseguras debido a una deficiente regulación. Pero bien implementado, un método no convencional y más sostenible produciría resultados más racionales y deseables desde el punto de vista eco-social. Después de todo, la política formal promueve *cheng zhen hua* (desarrollo de los distritos y los pueblos), así como “un desarrollo urbano-rural integrado”. Su objetivo es auspiciar “la industrialización de distritos y aldeas” a todo lo largo del continuo, o la hibridez urbano-rural, lo que es posible gracias a la propiedad pública y la gestión colectiva de la tierra (Li, Chen y Liu 2012: 28; Day 2008: 69-70). La idea de una “ecocivilización” y su derrotero “eficiente, de alta tecnología, verde y bajo en carbono” está siendo analizada seriamente también por el Ministerio de Finanzas, que al fin ha anunciado la introducción de un impuesto sobre las emisiones de dióxido de carbono.²⁵

El segundo elemento de la receta neoliberal es una agricultura a escala, de capital intensivo, dirigida por los “nuevos sujetos de gestión” con un “nuevo sistema de gestión agrícola”, oficialmente promovida en aras de la modernización. Alentado por políticas que le otorgan un trato preferencial, el agronegocio capitalista, local y multinacional, ha ido ganando terreno sobre las ruinas de la agricultura colectiva. A medida que se hace agresivamente con la tierra, la vieja pregunta sobre la alimentación de China vuelve a un primer plano. El problema consiste en que el sector agrícola chino provee el sustento básico de la población del país, no solo mediante los bienes comercializables que produce, sino sobre todo gracias a la agricultura de subsistencia de los campesinos. Y, como ya se indicó, el sector incluye también a las decenas de millones de trabajadores migrantes que residen solo temporalmente en las ciudades y reclaman su pedazo de tierra al regresar a su hogar. Esta situación, aun cuando imperfecta, ha funcionado de manera óptima como “una

estructura en dos niveles de división generacional del trabajo urbano-rural”, según He Xefueng. Como los ancianos pueden permanecer en las aldeas y los jóvenes que no consiguen trabajos urbanos estables o ya no los desean, pueden regresar a vivir de la agricultura, el modelo garantiza un suministro de mano de obra industrial y una agricultura de subsistencia y productora de un excedente, lo que implica una estabilidad social básica y un crecimiento sostenido (He 2010).

El secreto del “milagro chino” que hasta el momento está libre de las tribulaciones de los campesinos sin tierra y un gran “ejército laboral de reserva”, se encuentra en esta fórmula extraordinariamente “poco costosa” de producción y reproducción del trabajo. Dejando a un lado las cuestiones relativas a los costos humanos, el enfático reconocimiento de la China rural, así como su función sociopolítica para la subsistencia y la seguridad populares constituye una responsabilidad económica fundamental y gigantesca. Cualquier “aumento de escala” o modernización del cultivo de la tierra por motivos ideológicos sería un grave error, aunque solo fuera porque las cerca de 200 millones de familias rurales no podrían reasentarse sin arruinar la base de su propia existencia.

Añádase que el capital del agronegocio se invierte sobre todo en los cultivos comerciales y el ganado, porque la producción de granos, con la excepción de forraje para el consumo humano directo, resulta menos rentable. Una de las formas que adopta esta inversión es el cercado directo de tierras y la conversión en asalariados, en las nuevas fincas mecanizadas, de una reducida proporción de los campesinos afectados. Un modelo más blando que se propaga rápidamente, y que implica una concentración similar de la tierra pero un menor desplazamiento de campesinos, se conoce con el nombre de “empresa cabeza de dragón más familia” (Zhang y Donaldson 2008). En conjunto, estos métodos conducen a una

“desaparición de los granos” o incluso a una “desagrarización” en un sector encargado de alimentar a un país de las dimensiones de China.

Al final, la severa presión poblacional sobre la tierra hace obviamente irracional permitir que las grandes empresas “compitan” con los pequeños productores, o mejor, los aplasten al arrebatarles sus tierras, robarles su margen de ganancia y destruir el modo de vida que valoran. Porque mientras mayor es la inversión que se permite a las grandes empresas, más decrece la producción de granos y menores son los márgenes de retorno de las familias campesinas. Inevitablemente, el capital extrae la mayor parte de los excedentes. En otras palabras, se afecta negativamente no solo la capacidad de suministro de alimentos del Estado, sino también el ya reducido ingreso que los agricultores obtienen en el mercado, ya que el conjunto de la agricultura solo equivale al 10% del PIB (He 2010).

Preocuparse por la productividad del trabajo rural resulta erróneo en este contexto. Por un lado, la “proletarización” total o parcial de los pequeños propietarios de tierras implica que los bienes comunes antes existentes (que en China son colectivos modernos y no pequeñas economías tradicionales) son invadidos por relaciones de explotación capitalistas. Por el otro, expulsar a personas que deben entonces buscar trabajo y sustento en otro lugar equivale a “transferir”, no a transformar, la baja productividad, para no hablar de los problemas personales y sociales que ello conlleva. En otras palabras, si la precondition para lograr una mayor productividad es la desposesión y el desplazamiento, la productividad disminuye desde un punto de vista macroeconómico. En lo que respecta al núcleo de la agricultura, historiadores y economistas tienden a estar de acuerdo con que la gestión familiar puede ser la más adecuada, dados los ciclos de cosecha y la dependencia eco-climática del sector. En las civilizaciones agrícolas que perduraron durante largo

tiempo, también parece históricamente cierto que el cultivo intensivo familiar era más productivo en términos de rendimiento por unidad. Puede que la economía de los pequeños campesinos no sea eficiente en términos de productividad del trabajo, pero muy bien puede serlo en los de productividad de la tierra. No obstante, con ese argumento no se puede negar el papel central de la cooperación en la organización agrícola, muy relevante en los debates académicos y de política.

En el mismo sentido, existen también límites geológicos y ecológicos, en especial debidos a la baja proporción de tierra arable per capita de China. A pesar de sus aclamados logros, la revolución verde ha tenido también algunas consecuencias nocivas. El deterioro de la fertilidad de la tierra se debe a un círculo vicioso de utilización cada vez mayor de productos químicos para mantener la fertilidad del suelo. El valor de los productos agrícolas en términos de nutrición y sabor ha disminuido, mientras que ha aumentado la contaminación por tóxicos de la tierra, el agua y los propios alimentos producidos por una agricultura cada vez más industrializada. Para China, lo más alarmante es la reducción del grado de soberanía alimentaria del país:²⁶ aunque mantiene una tasa de autosuficiencia superior al 90%, las importaciones han crecido de manera sustancial.²⁷ El ingreso de China en la OMC llevó a la bancarrota a sus numerosos productores de soja y debilitó la posición de muchos otros en el mercado (Wanh 2013). Corporaciones extranjeras de alimentos y semillas, encabezadas por poderosas multinacionales como Monsanto y Dupont, han encontrado un clima sumamente receptivo para sus inversiones en China, y han penetrado en casi todas las etapas clave de su producción y sus suministros agrícolas. La creciente participación del agrocapital transnacional en los mercados del maíz, el trigo, el arroz, la soja y los vegetales chinos ha sido denunciada por críticos expertos, pero ignorada por el go-

bierno. De manera similar, se tolera la introducción y la conversión sin fiscalización de productos genéticamente modificados, ya que al Consejo de Estado y al Ministerio de la Agricultura no parece importarles que ello pueda tener un impacto negativo a largo plazo sobre la producción y el consumo internos.

En su crítica al capitalismo industrial que “le roba al trabajador” y “arruina las fuentes más duraderas” de la tierra, Marx ve “el cultivo racional del suelo como propiedad comunal eterna”. Condena los residuos fabriles, la acumulación de productos tóxicos, la contaminación de los ríos y del aire, la deforestación y otros costos del “progreso” capitalista. Para él, la historia de la sociedad humana forma parte de la historia natural, y el comunismo es un “naturalismo plenamente desarrollado”. Solo las asociaciones cooperativas de productores libres son capaces de sostener esa sincronía entre lo social y lo natural, preservar los recursos finitos de la tierra y revertir la mercantilización del trabajo, la tierra y la vida en general (Bensaïd 2002: 313-324; Eagleton 2011: 220-230). Estaría en sintonía con esta perspectiva marxista –contraria a los marxistas científicos que menosprecian todo pensamiento “antimoderno” o “romántico” acerca de los pequeños productores o la pequeña burguesía– considerar a los productores rurales directos como el contrapeso adecuado a la integración capitalista.

Es posible plantearlo, al menos en el caso de China, siempre que se cuente con condiciones cruciales como la organización colectiva y el apoyo del Estado (Capítulo 7). Una nueva economía rural centrada en esos productores le pondría freno a la destrucción gestionando una extensión finita de tierra para sustentar a la población adoptando enfoques más orientados al ahorro de energía y agua, preservando las semillas orgánicas y biodiversas, abonando el suelo con restos de plantas y excremento animal, poniendo en práctica sistemas de rotación de cultivos y barbecho, evitando el mo-

nocultivo y su profusa aplicación de fertilizantes y pesticidas, y poniendo fin al mal uso o al abuso de la tierra y los alimentos. La validez del aserto de que el monocultivo es más racional económicamente debido a la mayor productividad del trabajo es una cuestión de opciones entre distintos cálculos de costo-beneficio. No obstante, a la larga, especialmente en las condiciones chinas, se puede afirmar que solo el cultivo en una escala relativamente pequeña, flexible y altamente intensiva puede resultar óptimo desde un punto de vista productivo y ambiental, siempre que esté bien organizado en redes cooperativas basadas sobre el uso colectivo de la tierra. El objetivo es conservar la eco-biosfera mediante agrosistemas sanos de intercambios y enlaces, e insumos y productos, en un “circuito cerrado”, para lograr localmente las mejores economías posibles en su alcance, si no en su escala.

La “agricultura new age” de Philip Huang es un ejemplo de visión moderna, que mira hacia el futuro, de la agricultura a pequeña escala, en la que la familia es la unidad de trabajo básica. Huang sostiene que ella podría poner a China en el camino de la “desinvolución” (en referencia a su noción del histórico “crecimiento involutivo sin desarrollo” de China, analizado en el Capítulo 2), no mediante una producción mecanizada y a escala, sino mediante la intensificación de capital y trabajo en pequeñas fincas y la cooperación hortícola entre ellas. De nuevo, la premisa de esta idea es el reconocimiento de “la lógica especial de la economía familiar en condiciones de presión poblacional” (2012b: 86), lógica que se deriva también de la estructura de propiedad específica, de derecho a la tierra en el sistema de responsabilidad familiar (2011: 110-114). Otras razones para considerar que “las pequeñas fincas familiares con doble intensificación de capital y trabajo” constituyen el futuro de la agricultura china son el cambio de los patrones de consumo de alimentos en el país (aunque esto exige un examen crítico) y la

correspondiente transformación estructural de la producción rural. La gestión de las pequeñas unidades familiares es más adecuada debido a la labor manual intensiva, gradual y variada que exige la cría de ganado, aves de corral y peces, y el cultivo de vegetales y frutas en huertas o invernaderos (2011: 107ss). Pero incluso los alimentos básicos exigen trabajo manual en el policultivo, el intercultivo, el cultivo de las orillas y esquinas, etc. A diferencia de una agricultura con abundancia de tierra, la mayor intensidad de insumos de capital y trabajo por unidad de tierra es una experiencia común en Asia Oriental, y China es la más urgida de ella. Sin embargo, este tipo de agricultura no debe suponer una intensificación del consumo energético y se debe poner en práctica prestando la debida atención a la conservación de la biodiversidad natural y el valor de uso de las plantas silvestres.

Pero fragmentada y atomizada, la pequeña producción sufriría inexorablemente una miríada de riesgos y amenazas de quiebra a causa de los desastres naturales, la volatilidad de los mercados u otros obstáculos insuperables para el agricultor individual. Esta vulnerabilidad fue uno de los motivos que condujo a la China rural a colectivizarse en la década de 1950. En la situación actual de comunidades rurales fragmentadas y debilitadas, para que el cultivo “new age” en pequeña escala logre la seguridad que brinda una economía moral y los beneficios del mercado, son imperativas tres condiciones institucionales. Una es la autorganización: las familias campesinas deben organizarse en cooperativas con varios niveles y funciones. Ello podría traer aparejado un grado deseable de concentración de la tierra donde se pueda contar con los beneficios de la mecanización u otras ventajas productivas. Otro es el apoyo gubernamental mediante políticas y subsidios del nivel central a los medios públicos y los agentes socializados a fin de mejorar las obras de infraestructura y los servicios locales. El tercero es la propiedad

y la gestión públicas de la tierra, que se analiza a continuación. Las dos primeras medidas institucionales deben cubrir el conjunto de las operaciones: *upstream* (fabricantes de insumos agrícolas, crédito y bancos); *midstream* (maquinaria y tecnologías para el cultivo); y *downstream* (procesamiento de los alimentos y otras agroindustrias, transporte y cadenas de venta al detalle), allí donde la tarea resulta imposible para las familias individuales o cuando pueden ser mejor manejadas colectiva o gubernamentalmente.

Esto, a su vez, limitaría las compras de tierra para establecer las “cabezas de dragón” del agronegocio, excepto en algunas pocas áreas en las que podrían llevarse adelante ciertos proyectos infraestructurales o explorar recursos ociosos, siempre bajo estrictas regulaciones en lo que toca a la tierra, el medio ambiente y el trabajo. Los pequeños agricultores no serían entonces unos subcontratistas del más bajo nivel, sujetos al control monopólico del gran capital. Por el contrario, al tiempo que procuraran la “integración vertical” de todos los *streams*, podrían formar cooperativas de su propiedad (juntando sus tierras, su trabajo o sus fondos, etc.) o gestionadas por ellos (mediante la toma de decisiones democráticas), y conectar a los miembros en los diferentes extremos de la operación “mediante contratos basados sobre los principios cooperativos”. Un sistema así sería “superior en términos de incentivos y estabilidad a una firma que contrata trabajadores por un salario” (Huang 2011: 124-128). “El trabajo asociado”, para utilizar el vocabulario marxiano, también ayudaría a los agricultores a emplear métodos de producción más avanzados y a desarrollarse como individuos libres y plenos y como ciudadanos capaces de autogobernarse. Además, solo una economía rural basada en familias, pero colectivamente organizada, puede integrarse orgánicamente en la economía nacional socializada y lograr intercambios deseables de mutuo sostenimiento rural-urbano. El propósito, como bien aclara Chen

Xiwen, director de la oficina del principal grupo del nivel central sobre trabajo rural, es el fortalecimiento y la consolidación de la condición de sujetos de gestión de los agricultores.²⁸

El último componente de la “solución” neoliberal a la crisis del campo chino es privatizar la tierra y profundizar la reforma de mercado, lo que se afirma que satisface una fundamental demanda campesina. En realidad, la tercera condición para que el cultivo avanzado en pequeñas fincas resulte viable (siempre que se cumplan las otras condiciones, a saber, cooperativización y apoyo estatal) es, precisamente, la existencia de tierras colectivas a las que los campesinos tengan un acceso igualitario en condición de usufructuarios. Sin esta condición, no solo resultaría mucho más difícil crear las cooperativas y materializar de forma efectiva los fondos y la ayuda del gobierno y las industrias, sino que se perdería la protección y el apoyo colectivos a individuos y familias, incluso en cuestiones relativas a la tierra. Si la tierra puede transferirse libremente, la propiedad legal no impediría que se vendiera en momentos de necesidad o de crisis. Sin embargo, e ignorando estas objeciones, crece la amenaza de privatización, y en 2012 la “circulación” de la tierra ya había alcanzado a un 20% de la tierra bajo contratos. Los “cercados” en gran escala y a largo plazo de tierras de cultivo, pastizales y bosques –a menudo en manos del capital privado con o sin participación del gobierno– aparecen dondequiera que los dirigentes locales priorizan las entradas monetarias en nombre de la “modernización”.²⁹ Una consecuencia directa es la disminución de la siembra de granos y de la tierra arable. Al final, si los agricultores y pastores, en tanto productores directos, fueran separados de sus medios de producción y subsistencia, tendrían que buscar su sustento en otros sitios. No habría para ellos ni seguridad ni posición subjetiva en la China rural, condiciones ambas consideradas vitales

también para la autosuficiencia de granos básicos y la estabilidad de toda la nación.

El actual proyecto de “clarificación de derechos” (*que quan*), encaminado a volver a certificar la propiedad colectiva y el usufructo individual, no ha terminado. La medida es una espada de doble filo que podría constituir un paso más en el camino de la privatización de la tierra. El sistema vigente de tenencia de la tierra es lo bastante ambiguo como para permitirles a los funcionarios locales y los agentes inmobiliarios privados hacer negocios lucrativos. Pero esas ambigüedades, despreciadas por los economistas profesionales, cumplen también la función de bloquear una privatización en toda la línea. Esa distinción delicada, pero principista, entre propiedad y usufructo, o entre “posesión” y derecho de uso, tiene sentido en un mercado socializado y públicamente regulado, en el que los derechos pueden estar sujetos al intercambio sin que ello implique una transferencia de la propiedad legal. Wen Tiejun explica por qué la tradicional dualidad china de derechos comunes y privados sobre la tierra sigue siendo válida, al demostrar que mientras más escasa resulta la tierra, mayor es el costo de la privatización (1999; Day 2013; cap. 6). En particular, este necesario sistema dual no debe ser socavado poniendo un énfasis desmesurado en la solidez del usufructo como propiedad privada de facto.³⁰ El intercambio de los derechos a la tierra debe estar estrictamente limitado y regulado. Y hay que salvaguardar el monopolio gubernamental sobre el mercado primario de tierras mediante un sistema estatal de reserva de tierras con un incremento del valor de los terrenos que no se deba a que el trabajo de los propietarios privados engrose las arcas del estado (Cui 2011: 651-652).³¹

Quienes abogan en los círculos políticos y académicos de China por el abandono del sistema vigente a favor de una clarificación capitalista “madura” de los derechos de propiedad esgrimen

unos pocos argumentos superficiales. Pero son ingenuos o deliberadamente falaces cuando afirman que la privatización frenaría el despojo de tierras y protegería la justa participación de los campesinos en el desarrollo urbano. Lo cierto es que, como demuestra profusamente la historia china de agricultores sin tierra y revueltas campesinas, así como las tendencias recientes al desplazamiento, la privatización no haría sino conducir a la rápida concentración de las tierras en manos de especuladores inmobiliarios, capitalistas agroindustriales nacionales y extranjeros y nuevos terratenientes surgidos de la acumulación privada. El renacimiento de una clase de grandes propietarios de tierra retrotraería a China a la “vieja sociedad”, la misma que obligó a realizar y justificó una de las mayores y más violentas revoluciones sociales de la historia del mundo. Las funciones últimas de la tierra de garantizar la seguridad y la estabilidad de China tornan más imperativa la oposición a una privatización que sería radicalmente irresponsable. No haría sino empeorar los problemas existentes y provocar una intranquilidad cada vez mayor, o incluso una ruptura social. También podría empujar a la China rural a convertirse en una víctima más –y sin duda la mayor– de las cadenas y relaciones productivas globales más explotadoras.³² En vez de las clásicas vías prusiana o norteamericana comparadas por Lenin y debatidas más recientemente por intelectuales chinos preocupados por el tema (Qin y Su 1996; Lv 2012b: cap. 1),³³ China podría terminar por tomar el rumbo de Filipinas, como advierte Li Changpin.³⁴

Buena parte de lo que China ha logrado en términos de desarrollo, incluida la transición al mercado, se debe a su sistema público de tierras: soberanía del Estado sobre los territorios y los recursos naturales fundamentales de la nación, control gubernamental de la tierra urbana y prerrogativa de requisa de tierras colectivas en caso de prioridades de política, gestión colectiva de la

tierra comunal y de las aldeas, y derecho a un uso igualitario de la tierra colectiva en el campo. Este sistema ha permitido sustanciales transformaciones infraestructurales en la China rural y urbana a partir de 1949, incluido cierto grado de industrialización rural. Ese desarrollo industrial, a su vez, ha contribuido a elevar los ingresos de las familias y a absorber la mano de obra excedente en la agricultura. Por tanto, las tierras públicas son un factor fundamental para explicar la ausencia en China de males urbanos típicos del Tercer Mundo. El hecho de que la propiedad, el control y la gestión públicos de la tierra sean una condición fundamental del bienestar y el desarrollo chinos es razón suficiente para que se defienda con rigor un sistema que hasta el momento ha resistido los embates de la privatización informal de las tierras de cultivo, la minería y los bosques.

Además, la seguridad que brindan las tierras colectivas subyace a los incentivos personales y la lógica organizativa de maximizar el rendimiento por unidad en la agricultura. Añádase que de mantenerse el sistema, podría alentarse el flujo inverso de los trabajadores migrantes y su desmercantilización. A la vez, la tierra en manos del Estado es esencial para el desarrollo industrial, la planificación urbana y la infraestructura. Las viviendas asequibles para los nuevos trabajadores y los recién llegados, por ejemplo, dependen de la existencia de tierras y fondos públicos. Con la propiedad en manos del Estado, los gobiernos central y locales contarían con el poder para limitar el agotamiento de la tierra: tierras perdidas por adquisiciones legales o ilegales para propósitos de expansión urbana, construcción despilfarradora, desagrarización y tierras de cultivo ociosas (con excepción de las que están en barbecho). En particular, si es que tiene que existir un mercado socializado de la tierra, este debe ser dirigido directamente por agencias profesionales del Estado en beneficio de la población. Chen Xiwen señala con razón que las unidades rurales

de producción para la subsistencia podrían circular en el seno de los colectivos de las aldeas, pero no “venderse” a compradores externos. Ninguna tierra entregada en usufructo debería ser gravada con una hipoteca. Las políticas deben estar encaminadas hacia el apoyo al financiamiento y el microcrédito cooperativos para la economía de las familias y los pequeños negocios, además de los subsidios agrícolas.³⁵

Insistir en que la tierra debe ser de propiedad y gestión públicas es buscar un reordenamiento óptimo de las relaciones entre el Estado, el capital y el trabajo, entre la nación y el sistema global, entre el mercado y la comunidad, entre la ciudad y el campo. China se encuentra en una encrucijada de su desarrollo. Enfrenta opciones que oscilan entre fortalecer a los productores directos o dar la bienvenida al dominio del agrocapital (multinacional), entre la organización o la atomización de la pequeña producción, entre la reconstrucción del nivel colectivo de “doble gestión” o la privatización, entre la revitalización de la sociedad rural o continuar sacrificándola en aras de una urbanización que es a la larga insostenible, entre garantizar la soberanía alimentaria o depender de un mercado global lleno de riesgos y en última instancia insuficiente, y entre una transformación capitalista de la China rural o una transformación socialista de la misma para convertirla en una economía moral moderna. Las decisiones que tome China determinarán su futuro y el del mundo.

Las cuestiones agrarias referidas a las políticas a adoptar sobre la tierra, los alimentos, los campesinos y la organización rural, altamente influidas por la política, son también cuestiones ideológicas. Considerar que la industrialización, la urbanización y la agricultura comercializada son una medida del desarrollo constituye una ideología; y también entender la modernización en términos del mer-

cado, el industrialismo y el urbanismo. Si bien el surgimiento del capitalismo trajo aparejadas transformaciones industriales y urbanas, ese camino resulta indeseable desde un punto de vista humano, y es ecológicamente irrepetible en el siglo XXI. No es solo que la interconexión que antes existía entre los procesos de industrialización y urbanización más o menos se haya roto en el “postindustrialismo”, sino que también la promesa del capitalismo de una modernidad global integrada ha caído por tierra hecha pedazos, como atestiguan las profundas brechas y las calamidades que el sistema, “como un plan de destrucción”, reproduce una y otra vez (Polanyi 1957: 163). El capitalismo sobrevive “mediante la destrucción de las dos fuentes principales de su propia riqueza: la tierra y el trabajador” (Harvey 2006: 114). Mientras que la extracción desmedida, la contaminación y un “planeta de barrios marginales” (Davis 2001) corrompen el crecimiento y sus promesas, el fetiche de la acumulación de riquezas está en bancarota.

La idea de que los pobres ejerzan su derecho socioeconómico a desarrollarse es indiscutiblemente justa. Es solo cuando se permite que reine el desarrollismo que el “desarrollo” se sale de sus cauces. La modernización localmente adaptada es posible, como demuestra la nueva China, uno de los Estados históricamente socialistas y empeñados en el desarrollo. De ahí que lo que está en juego no es si el nacionalismo económico es o no justificable, dadas las condiciones pasadas y presentes de polarización e injusticia globales. La cuestión reside en el tipo de desarrollo que se promueve: un desarrollo que se persigue de modo independiente para cambiar la posición desfavorecida de una nación, que beneficia al conjunto de una población antes empobrecida y en el cual se protegen el tejido social orgánico de las comunidades locales y su entorno natural durante el proceso. Al final, el florecimiento humano no se mide en PIB, tasas de urbanización o valores de mercado, y no puede con-

sistir en la estandarización y la homogeneización. De hecho, los métodos de modernización al uso niegan el desarrollo socialmente deseable. De igual manera, ya es hora de desacoplar los conceptos de modernidad y capitalismo, equiparados por una ideología.

Las formidables objeciones a la estandarización moderna debido a los problemas identificados en este capítulo son de dos tipos: “blandas” y “duras”. Las lógicas económica, ecosistémica y geopolítica son duras, al igual que los rendimientos cada vez menores de la tierra, que es uno de los dilemas terminales que enfrenta la sociedad humana.³⁶ Esos límites pueden ser aún más duros en China, dadas sus condiciones ecológicas y demográficas adversas. Además, desde un punto de vista geopolítico, a pesar de su postura diplomática de “bajo perfil” y de sus colaborativas contribuciones a la economía mundial, China sigue enfrentando recelos internacionales derivados de una mentalidad de Guerra Fría. Los Estados Unidos han reafirmado su “predominio estratégico” en Asia en la era de la posguerra fría. La interminable campaña de “darle palo a China” se ha extendido a algunos de sus países vecinos. A pesar del gran número de empresas extranjeras presentes en el país, las compañías chinas a menudo fracasan cuando intentan realizar adquisiciones en Occidente, donde el proteccionismo contra China es especialmente fuerte. Mientras tanto, a diferencia de las antiguas potencias coloniales, y moralmente distante de sus prácticas, China no puede aspirar a una expansión ultramarina en busca de alivio ecológico o extracción de recursos, y su política de “salir al exterior” es contradictoria en sí misma. Incluso si resulta erróneo por razones históricas e ideológicas comparar la incesante búsqueda china de energía a la antigua exploración capitalista, China (y la India, etc.) participa “sin duda en el juego” de la acumulación global capitalista (Issa Sivji en Patnaik y Moyo 2011: 3) y ha abandonado el mundo perdido del internacionalismo.

Pero precisamente porque las determinantes duras hacen insostenible el *impasse* del desarrollo global, las preferencias social-morales profundamente enraizadas pueden desempeñar un papel “blando”, pero no menos decisivo en la forja de alternativas. Esas preferencias son evidentes en la conciencia de clase, el compromiso social, los movimientos sociales y la moral comunal en diversas partes del mundo. Los pasos de avance que se den en algún lugar podrían implicar la preparación material, cultural y política para una nueva economía moral. De ahí los contornos de la cuestión agraria—despojos de tierra facilitados por el Estado que realizan las regiones ricas para externalizar su producción y los inversionistas privados con fines de lucro— que “no tiene precedentes por su escala, su naturaleza generalizada, que afecta a todo el campesinado, y su profundidad”. Mientras las semillas y plantas genéticamente modificadas conquistan la agricultura y su biodiversidad, y gigantescas corporaciones transnacionales adquieren derechos para la extracción de minerales, metales preciosos y agua en el sur del país, existe una “profunda falla teórica” en la comprensión de los vínculos entre las prioridades del capital financiero internacional y la destrucción de las personas, su sustento y sus recursos más allá de los países centrales del capitalismo (Patnaik 2011: 51-52, 59). Como China es solo un caso de esos vínculos, aunque gigantesco y relativamente nuevo, la búsqueda china de una alternativa podría tener resonancias globales. Esa búsqueda será también inevitablemente política en tanto proyecto para que los productores directos (re) adquieran su condición de sujetos, su organización y su poder.

El auge de lo social: por una economía moral comunista

El pensamiento más creativo salido de China sobre el fortalecimiento del socialismo chino rechaza la modernización y la globalización convencionales en sus formas vigentes. La nueva visión es “local”, nacional local, social local y comunal local, en el sentido de localmente deseable y factible, como negación de los indicadores modernos estándares de industrialización, urbanización, mercantilización y homogeneización implacables. En línea con el modelo normativo chino bosquejado en el Capítulo 5, este proyecto encaminado a satisfacer las necesidades, las iniciativas comunes y el libre desarrollo de los individuos y las comunidades debe medirse de acuerdo a sus propios objetivos. Podría ser un proceso largo y difícil, aunque seguro de sí mismo, en el que los productores directos asumieran el lugar que les corresponde en la elaboración de una economía política sin paralelo que fuera una formación social avanzada nacida de las tradiciones autóctonas, revolucionarias y socialistas de China. Esa formación tendría como base una socialización a fondo, que diferiría no solo de la pequeña producción aislada, sino también del control privado sobre el mercado, con lo que le abriría el camino a una futura reorientación postindustrial y poscapitalista global. Las luchas que hoy se desarrollan en China para revertir la privatización de la tierra y las industrias estratégicas son intrínsecas a la reinención de economías morales, tanto locales como nacio-

nal, un proyecto que quiebra la ecuación monopólica, pero falsa, que hace equivaler el capitalismo a lo moderno.

El calificativo “postindustrial” se emplea aquí de manera deliberada y enfática para indicar el nivel de desarrollo socioeconómico de la economía moral de la nueva época. Ello se debe, en primer lugar, a que muchas observaciones que aparecen en las obras clásicas de E. P. Thompson (1971) o James Scott (1976) acerca de la racionalidad y la justicia de las sublevaciones campesinas, la ética de la subsistencia y la seguridad recíproca o el patronazgo de las sociedades preindustriales no se aplican a este caso. El nuevo modelo se ubica en un contexto histórico muy diferente, con una economía política nacional muy distinta, de relaciones de producción desarrolladas y socializadas. En segundo término, la creación del modelo depende de un sólido basamento industrial. Además, la reconstrucción del “último campesinado” en estas circunstancias es también una ambición poscapitalista. No tiene nada que ver con el conocido romanticismo de las fantasías preindustriales o precapitalistas, y sí con la renovación y las novedades del socialismo.

En China, desde inicios de la década de 1950 se creó una base industrial mediante una masiva, tortuosa, pero fructífera labor de industrialización socialista. Ella, a su vez, le permitió al país alcanzar un grado de mecanización agrícola y realizar una grandiosa “revolución verde”, para bien o para mal.¹ Sobre todo, la hazaña china de lograr con el tiempo erradicar el hambre de su vasta población no habría sido posible sin un fuerte sector urbano: el apoyo a la agricultura por parte de los gobiernos, las ciudades y las industrias es el otro lado de la moneda de una acumulación primitiva socialista.² En términos más generales, los insumos y la difusión industriales adecuados –que deben distinguirse de una industrialización total de la agricultura– cumplen dos propósitos importantes: en conjunto con el cultivo de mano de obra intensiva, ayuda a incre-

mentar el rendimiento agrícola; y, al hacerlo, disminuye la intensidad del trabajo, de modo que los campesinos se liberan a la vez de una labor agotadora y de la pobreza. Ninguno de estos logros se aprecia adecuadamente cuando se utiliza el concepto “productividad del trabajo”. La industrialización, entonces, no es algo que una economía moral socialista pueda menospreciar o eludir; ella constituye la base misma de una economía de desarrollo agrario y organización rural. Esta, a su vez, impulsa el crecimiento industrial.

La acumulación y la industrialización capitalistas basadas sobre la destrucción creativa son una historia diferente, aunque ahora también formen parte –contradictoria– de la historia china. Estimar la naturaleza y la extensión de la transformación industrial y urbana de China, como la de cualquier otro sitio, significa evaluar a costa de quién y para beneficiar a quién, y a partir de cuál idea de lo óptimo se determinan y calculan la construcción y la destrucción involucradas. Lo que está en juego, entonces, es cuán deseable y practicable es un modo diferente de producción modernizada, en el que las nuevas economías morales puedan florecer, en un país como China, donde la mitad de la población sigue asentada, de un modo u otro, en el campo. Las ideas que siguen se centran en la definición de sus rasgos y su racionalidad, así como en sus premisas históricas y condiciones contemporáneas.³

En su crítica de la acumulación primitiva en la que se formó la clase capitalista mediante revoluciones que marcaron el inicio de una nueva época,⁴ Marx subraya “esos momentos en que grandes masas de hombres son arrancadas súbitamente y por la fuerza de sus medios de subsistencia y lanzados como proletarios libres y ‘sujetados’ al mercado de trabajo”. Como “la expropiación del suelo de que es víctima el productor agrícola, el campesino, es la base de todo el proceso”, “la llamada acumulación primitiva... no es sino el pro-

ceso histórico resultante de divorciar al productor de los medios de producción” ([1867]1971: 738-739 y parte 8). “La acumulación por desposesión”, como la denomina Harvey, tiene que ver con la conversión de los campesinos, masivamente desposeídos, en mercancías para el mercado de trabajo. A la vez, la acelerada destrucción de la tierra se debe en lo fundamental a los dos agentes sistémicos del Estado y el capital: “El desarrollo geográfico desigual no es un mero elemento incidental del funcionamiento del capitalismo, sino que es fundamental para su reproducción” (2010: 58-60, 213). Estos procesos continúan mercantilizando la tierra, convirtiendo la propiedad compartida en propiedad privada exclusiva, eliminando los bienes comunes y el bienestar público y barriendo con las formas de producción y consumo autóctonas o alternativas. También ha habido un impulso expansionista de orden militar; el imperialismo británico, “construido sobre los cimientos del capitalismo agrario” (Wood 2009: 55) es un ejemplo típico. “Los procesos coloniales, neocoloniales e imperiales de apropiación”, de explotación de los recursos naturales, son históricos y también actuales (Harvey 2006: 43).

Como señala Marx, la acumulación primitiva capitalista asume diferentes aspectos, fases y órdenes de sucesión en diferentes países y épocas históricas ([1867]1971: 738). Lo que sigue siendo discutible es si el saqueo de los recursos y la acumulación en uno de los extremos a partir de la pauperización del otro pueden alterarse, junto a la aparentemente inexorable ideología moderna de la superioridad industrial y urbana; y si lo que Polanyi y muchos otros ven como “formas orgánicas de existencia” pueden seguir existiendo fuera de ese proceso angustioso o incluso desarrollarse de modo independiente y competir con él.⁵

Las experiencias socialistas, incluidas las del comunismo histórico, por más limitadas que hayan sido, constituyen un caso de

la mayor importancia a este respecto. Al oponerse al sistema capitalista, que “presupone la completa separación de los trabajadores de toda propiedad de los medios mediante los cuales realizan su trabajo” (Marx [1867]1971: 737-738), el socialismo chino es un intento por validar la integridad del productor y sus medios de producción: “la unidad natural del trabajo con sus prerequisites materiales” (Hobsbawm 2012: 67). Por lo mismo, el actual reclamo chino de un “mercado socialista” no logra sustanciarse, dado que no se defiende el acceso de los trabajadores directos a los medios de producción. Como ya se señaló, a pesar del compromiso formal del país con la propiedad pública, la privatización de las EPE y la excesiva urbanización han convertido a antiguos y nuevos trabajadores en asalariados explotados. La rápida expansión urbana, en la que participan negociantes privados y que supone la expulsión de miembros de lo que era hasta entonces una economía rural colectiva, también depende de la existencia de empleos mal remunerados y, a menudo, de condiciones de trabajo riesgosas o abusivas. En la medida en que defender y valorar a los productores directos equivale a defender y valorar el socialismo, esta postura coincide con el reconocimiento de la condición subjetiva de los productores directos como “dueños de la sociedad”. Esta idea, que en otros tiempos fuera muy popular en China, debe ser revitalizada para reinventar el socialismo. Dicha condición, cosificada mediante el auge de lo social y del poder social tras el socialismo de Estado, se define negativamente como la liberación de la explotación y la alienación del mercado, por un lado, y de la imposición burocrática derrochadora y represiva, por el otro. Pero también se define positivamente como libertad para hacer uso y obtener beneficios, a la vez, del dinamismo del mercado y la distribución y la protección del Estado, en un marco coordinado de economías morales socialistas. En este subtexto dual donde “lo social” debe enmarcarse y de-

fenderse de la retórica y los abusos verbales de la derecha, que identifican lo social con el mercado, niegan la existencia de conflictos de clase o de relaciones de poder asimétricas en la sociedad y atacan la idea de un Estado regulador y redistributivo.

Lógicamente implicada en el compromiso con la retención por parte del trabajo del acceso directo a los medios de producción está la idea de la “retención del excedente”, término tomado de las críticas de la teoría de la dependencia a las relaciones capitalistas de comercio internacional, en las cuales los países centrales se reservan la tajada del león de las ganancias creadas en la periferia, privando así a los países periféricos de toda posibilidad de “alcanzarlos”. Internamente, se opone al “trabajo barato” y a los ciclos de desposesión y (semi) proletarización. O sea, el productor directo no solo produce, sino que lo hace en los bienes comunes (locales). De esta idea se derivan dos aspectos: uno es que, en grados diversos, el consumo directo de los productos propios tiene un valor natural y resulta enteramente posible en las modernas eco-economías desarrolladas. Ello no se limita a las economías tradicionales, sino que existen numerosas pruebas que lo confirman en las sociedades avanzadas contemporáneas. Abundan los ejemplos: el diseño arquitectónico colectivo y la sustentación voluntaria de comunidades residenciales, o los planes barriales de oferta y demanda de alimentos, artesanías populares, cuidados en los hogares y otros servicios producidos localmente.⁶ La otra idea es que los trabajadores deben participar en el control sobre la asignación de los excedentes como medida última contra la explotación. La naturaleza de un modo de producción y una formación social la determina, en última instancia, el resultado del debate perpetuo sobre qué producir, por qué y en qué condiciones, y cómo se utiliza y distribuye el excedente. Es ahí donde se dan las luchas más feroces para superar el capitalismo, y donde se requiere, además, un monitoreo, una supervisión y la

participación directa de los trabajadores en la gestión –todo ello institucionalizado– para estimular los incentivos y las recompensas a la producción. De ahí que el doble ultraje de mercantilizar y degradar el trabajo en el curso de la reforma de mercado de China sea criticable no solo desde un punto de vista moral, sino también por motivos de racionalidad (Meisner 1989a).

En resumen, el modelo de la nueva economía moral se centra en los productores directos entendidos de la manera más amplia. Ellos son constitutivos de lo social común en todos los niveles y trascienden todas las divisiones: entre lo urbano y lo rural, la costa y el interior, el origen han o de minoría étnica, etc. Y se organizan voluntariamente en todas las formas posibles de trabajo unido, que es en lo que reside su poder económico y político. Esta organización social tiene como premisa la igualdad y la ciudadanía en términos de una alianza de clases, la solidaridad recíproca, las asociaciones comunales y la cooperación productiva en contextos abiertos, interactivos y coordinados en los niveles nacional y subnacionales. Así, el modelo niega la autarquía al tiempo que tiene entre sus características la autonomía, la democracia directa y cierto grado de autosuficiencia comunal en el nivel de las unidades. Las formas de producción y consumo, orientadas a satisfacer las necesidades locales y preservar el medio ambiente, sustentan redes de vida orgánicas y colectivas de naturaleza más fresca, verde, simple, económica y eficiente en términos energéticos. En lo relativo a la racionalidad económica, por ejemplo, en el sur de China se han perdido grandes extensiones de tierra agrícola debido a la expansión urbana e industrial, lo que ha hecho necesario transportar granos desde el norte; pero la escasez de agua es sumamente aguda en el norte de China, lo que ha hecho imprescindible realizar gigantescos proyectos hidráulicos para llevar allí agua desde el sur (y el occidente). Puede que las economías modernas consideren que todos esos tras-

lados son normales o incluso buenos en términos de crecimiento o economía de escala (en p. ej., la concentración urbana y el monocultivo rural), así como de creación de empleos. Pero la obvia irracionalidad de una movilización de recursos con graves implicaciones sociales y eco-ambientales debe afrontarse a la hora de considerar las políticas necesarias.

La nueva visión de una economía moral nacional —que trascienda, de un lado, las supersticiones modernas de un mercado centrado en la propiedad privada, el consumismo patológico y la maximización del dinero/las riquezas, y, del otro, el estatismo burocrático en sus variantes socialista o capitalista convencionales— constituida por numerosos bienes comunes locales puede definirse por su ambición comunista. Esta descripción es de sentido común, y denota simplemente el acceso compartido a los recursos comunes por las personas comunes, en comunicaciones públicas basadas sobre la naturaleza social de la existencia humana. Los productores directos, al (re) asumir su condición subjetiva, participarán en relaciones sociales categóricamente distintas a las tradicionales, sean la mutualidad aislada de las sociedades cerradas o la coexistencia de la competencia y el monopolio en el mercado moderno. Las contribuciones y los logros individuales y colectivos se reconocerán primordialmente por su valor de uso y no por su valor de cambio. Se aplicará el axioma marxista de “de cada cual según su capacidad, a cada cual según sus necesidades” sin atender a la noción a menudo mal concebida de la “abundancia”. Lo social se levanta para manejar sus propios asuntos racional y democráticamente en todos los niveles.

Para aclarar aún más cómo difieren la nueva y la vieja economías morales, se deben subrayar dos factores. En primerísimo lugar, como ya se indicó, a diferencia de cualquier modo de producción pre-

capitalista, el nuevo modelo es poscapitalista y plenamente moderno. No es un eco del pasado, sino que mira hacia adelante, y una de sus condiciones de existencia es una economía política socializada que se sustente en el desarrollo industrial. Se apoya en el progreso socialmente beneficioso de la ciencia y la tecnología y en mecanismos de mercado seleccionados. En el nuevo modelo, las comunidades rurales se sustentan en una eco-agricultura modernizada o modernizadora, capaz de recibir la maquinaria moderna y las tecnologías verdes adecuadas a las necesidades locales. Ampliamente trascendida la autosubsistencia, producen un excedente sustancial para los sectores industrial y urbano. El viejo dilema de resistirse a la mecanización y mantener cierto grado de “conservadurismo tecnológico” para enfrentar el excedente de mano de obra rural debe disminuir a medida que el nuevo modelo gana terreno.

Esta sería la continuación del proceso socialista histórico de modernización, en el que se aspiraba a que la industria y la agricultura fueran sincrónicas, solo que ahora sería a un nivel mayor de las fuerzas y las relaciones de producción. El propósito del “auge socialista en el campo”, como lo veía Mao, no era solo una revolución de la estructura de propiedad, sino también de la producción de maquinarias y la tecnología ([1955]1991). Por primera vez en la larguísima historia agraria de China, las cooperativas y comunas se crearon para lograr incrementos de la productividad, incentivar las industrias rurales que podían absorber el excedente de mano de obra de la agricultura y emplear maquinaria pesada y tecnologías avanzadas de cultivo a la vez que apoyar el desarrollo urbano.⁷ La economía nacional debe ahora lograr ambas cosas: un perfeccionamiento industrial independiente y una agricultura moderna de capital y mano de obra intensivos (Capítulo 6).

El otro factor es que la nueva economía moral no es espontánea, sino altamente organizada sobre una base voluntaria y coope-

rativa. La China rural debe organizarse para garantizarse un futuro, porque, como se ha planteado, la urbanización a la manera actual constituye un callejón sin salida. Una economía desarrollada no tiene que ser fundamentalmente urbana ni en la teoría ni en la realidad. Una relación socialista entre lo urbano y lo rural debe ser mutuamente beneficiosa, y mientras menores son las disparidades entre esos sectores, más débil es el ansia de migrar de las áreas rurales. O sea, puede construirse una esfera rural colectivamente autónoma a partir de las redes campesinas, con apoyo gubernamental a través del Partido y las organizaciones de masas en la base, además de inversiones, subsidios, prestaciones sociales y manejo de los precios para favorecer el ingreso rural. Solo mediante la cooperación pueden los pequeños productores emplear plenamente los medios de producción modernos, alcanzar términos beneficiosos en el mercado y el intercambio y encontrar seguridad en situaciones de emergencia y desastres naturales.⁸ Y solo mediante la reorganización tras la disolución de las comunas del pueblo podrán superar la fragmentación de la tierra y la vulnerabilidad del cultivo aislado a pequeña escala, que es incompatible con una economía nacional avanzada y socializada. Este punto tiene implicaciones prácticas inmediatas: las familias desperdigadas deben lograr un nivel suficiente de organización para establecer un vínculo material con el Estado y otros sectores a fin de intercambiar insumos y productos. Además, y no menos importante, dados los rezagos patriarcales de la vieja sociedad, la intervención pública sigue siendo crucial para proteger y promover a las mujeres como parte del proyecto chino no concluido de igualdad general y de género.

Que los campesinos requieren respaldo del Estado no debía ser motivo de discusión. La cuestión agraria es siempre un asunto de política nacional, y la transformación rural en la RPCh es un proyecto estatal, tradición que tiene sus raíces en la revolución china.

Desde un punto de vista económico, hasta los anarquistas clásicos reconocen que el suministro de capital social debe ser “protegido y alentado por las autoridades públicas” para hacer viable la pequeña producción independiente (Hobsbawm 1998: 46). La influyente postura antiestatal que defiende la “preciosa autonomía” de la pequeña burguesía (p. ej., Scott 1985) pasa por alto las continuas privaciones de los pobres no proletarizados y la decisiva diferencia que puede significar un Estado social, o lo que es lo mismo para el caso, un Estado socialista que ha trascendido la “acumulación primitiva”. El hecho de que el Estado actual de la RPCh haya abandonado muchas de sus políticas socialistas o se haya tornado más depredador no puede por sí solo invalidar ese argumento. Sin embargo, reconquistar el Estado chino (Capítulo 5) es, precisamente, ver el auge de lo social como una tendencia histórica real y como un proyecto político e institucional necesario. Los productores desorganizados no serían un sujeto y carecerían de todo poder. Una vez que esté en marcha la reorganización de la China rural con el propósito de promover una moral colectiva y la cohesión social, valdrá la pena recordar las resonantes racionalidades que impulsaron los movimientos comunistas previos: empoderar a los campesinos pobres, frenar la polarización de clase y elevar las capacidades productivas (Mao [1955]1991). Esos objetivos siguen siendo tan urgentes hoy en día como entonces.

Existen varias explicaciones o condiciones favorables para esa tarea china. En primer lugar, dada la larga experiencia de China con mercados desarrollados sin una acumulación típicamente capitalista, es obvio que la capacidad económica china debe apreciarse por sus propios méritos. Como se analizó en el Capítulo 2, el esquema según el cual “los hombres aran y las mujeres tejen”, al menos en *jiangnan*, no era un rasgo de una economía natural, sino de una al-

tamente comercializada. Esa economía difiere categóricamente de la “comunidad autosustentada de manufactura y agricultura”, cerrada sobre sí misma y estancada que describiera Marx como un elemento central del MPA. El mercado chino en regiones relativamente ricas, por tanto, no tenía como base una división social del trabajo como la que requiere el modo capitalista, sino complejas “divisiones técnicas del trabajo” en el seno de la unidad productiva. Como apuntara William Skinner en su texto clásico *The City in Late Imperial China* (1977), China, en tanto civilización agraria estable, tenía como cimiento sociedades rurales autónomas y no ciudades independientes como Europa (Lv 2012a). Esa economía enraizada en lo rural y centrada en la familia también se diferencia de las basadas sobre el señorío feudal o las fábricas a gran escala con trabajo asalariado. El empleo asalariado siempre ha sido marginal en el sector agrícola chino, donde persisten formas tradicionales de organización. Este modelo de “capitalización sin proletarización”, como lo caracteriza Philip Huang, se diferencia no solo de las economías de Europa Occidental, sino también de las de la India y el resto de Asia Oriental (2012b: 85).

Otra desviación de importancia, también señalada en el Capítulo 2, es que el imperio chino, en vez de buscar una expansión ultramarina, era, sobre todo, un mercado interno. Arrighi utiliza a Smith para comparar estas dos vías de crecimiento: la basada sobre el comercio exterior y la basada sobre el comercio interior (2007: 69; caps. 2 y 3). China era un ejemplo de “una vía *à la* Smith hacia la madurez económica”, o de lo que Smith llama “el progreso natural de la opulencia”, por contraposición a la “antinatural y retrógrada” vía europea, caracterizada por la competencia interestatal en Europa y la conquista colonial. Al no ser portadora de una dinámica capitalista, la economía china careció de una acumulación infinita de capital y de impulsos expansionistas. Y tampoco siguió

el camino de la financiarización. Al final, si fue el poderío militar de Occidente lo que sustentó una vía antinatural, también es cierto que “la sinergia entre el capitalismo, el industrialismo y el militarismo” terminó por engendrar la decadencia de Europa ante el “resurgimiento” de Asia (Arrighi 2007: 57-59; 93-95; Arrighi et al. 2003). Al revisar su análisis en *El largo siglo XX* (1994) a la luz de la formación de “una sociedad de mercado mundial centrada en Asia Oriental”, Arrighi toma el polémico concepto de “revolución industriosa” (*qinlao geming*) para compararlo con el de revolución industrial, aunque ambas están orientadas hacia el mercado.⁹

Los argumentos a favor de que en el largo siglo XVI se produjo una “revolución industriosa” comienzan con una impugnación de la doctrina maltusiana acerca del impedimento poblacional. Kaoro Sugihara (1996; 2003) plantea que la abundancia de capital humano y la capaz asignación de trabajo de calidad puede suponer una ventaja con respecto a la concentración de capital industrial y financiero. Una producción de mano de obra y trabajo animal intensivos, junto a sus métodos específicos de manejo de los recursos, ha permitido escapar a los límites maltusianos y representado una alternativa sustentable al crecimiento de capital y energía intensivos. El primer “milagro de Asia Oriental” ocurrió antes de que los europeos se apropiaran de Asia. Pomeranz y otros ilustran que la ventaja de la industriosisidad sí desempeñó un papel en la posición notablemente avanzada que ocupara en un tiempo Asia en la economía mundial. Aparte del cultivo agrícola intensivo y las actividades colaterales (Li 2003), la columna vertebral económica del delta del Yangtsé era también representativa de un tipo de industria rural gestionada por la familia, la asociación o el gremio. Este tipo de industria se caracterizaba por una producción flexible, ahorradora de recursos y con bajos costos, así como por el trabajo cualificado y la utilización de los nichos de mercado. Las florecientes

industrias y las abundantes exportaciones no dependían tanto de las tecnologías mecánicas como de un artesanado muy diestro y una especialización (o división técnica del trabajo) entre pequeños productores y comerciantes y al interior de ambos grupos (Pomeranz 2008: 91-95).

Notable resulta aquí también la contribución de Asia a la útil idea de “capital humano”. Si Theodor Schulz está en lo cierto al afirmar que en vez de los conceptos de “trabajo excedentario” o “asignación ineficiente” de recursos, la agricultura campesina y tradicional racionales tienen sus propios criterios de lo óptimo en términos de costos y retornos marginales (Schultz 1964), es posible considerar que una revolución industrial puede resultar superior a la imitación forzosa de los métodos imperantes en los países industrializados. Este hecho tiene una importancia contemporánea, dado que en el Sur, la necesaria transformación agraria basada sobre las inclinaciones internas aún es alcanzable, preferiblemente mediante el fortalecimiento de las habilidades y capacidades humanas. Ello supone un papel crucial del Estado –cercano a la formulación teórica original de Schultz–, que debe pasar del apoyo mediante políticas a la inversión de capital, pero conlleva también iniciativas y autorganización por parte de los campesinos.

Sin embargo, esta historia mayormente positiva de una revolución industrial parece ser también limitada, dado que una “revolución industrial” puede ser una contradicción en los términos. Porque no hay manera de que sea realmente revolucionaria comparada con la revolución *industrial* en términos de impulsar las fuerzas de la producción y todo lo que de ello se deriva. “Revolución” puede ser una palabra errónea para designar una diseminación gradual de cambios cuantitativos que difieren no solo de la industrialización europea, sino también de las transformaciones económicas cualitativas que tuvieron lugar en zonas de Asia durante

el siglo XX. ¿Acaso no es el término mismo de “industriosa” un indicador claro de las limitaciones de la economía antes descrita? Los críticos señalan también que el concepto, al aplicarlo al pasado y el presente de China, pasa por alto las severas limitaciones demográficas y ecológicas del país. La presión sobre la tierra es tan grande (peor que en otras economías asiáticas, y una de las peores del planeta) que incluso una revolución verde realmente exitosa como la lograda durante el período de Mao no pudo producir un alivio permanente (Huang 2012b: 86). Además, la antiquísima dependencia china de los combustibles fósiles, como el carbón, no ha sido, en ningún sentido, ahorradora de recursos (Elvin 2008: 99). En una necesaria perspectiva global de la historia, vale la pena también apuntar que no se puede considerar que la economía china esté protegida de los procesos industriales que se producen en otras partes del mundo y de su impacto en la división internacional del trabajo. Por lo mismo, también pueden identificarse facetas *industriosas* en la vía europea.¹⁰ Y, sobre todo, incluso si una revolución industrial pudiera reconocerse positivamente como modelo económico, una relación social de subordinación preservada en los antiguos modos de producción y reproducción familiares, vulnerables a todo tipo de peligros modernos, no supondría nada lamentable desde un punto de vista político. Pensar que la glorificación del pasado puede legitimar el presente no es más que una fantasía de la clase dominante.

No obstante, la observación de que China ha seguido durante muchos siglos una vía de desarrollo no capitalista, no industrial, es sólida desde un punto de vista empírico. Además, incluso en el momento de auge de la planificación y la industrialización socialistas, el gobierno nunca fue el único organizador de la producción ni la única fuente de bienes públicos. Muchos mecanismos tradicionales, con un considerable nivel de autonomía, siguieron siendo funcio-

nales, especialmente en el sector colectivo rural. La economía y la sociedad chinas del pasado y el presente también han incluido siempre una sección sustancial de pequeñas unidades y redes, no solo en la agricultura, sino también en grandes segmentos de la vida urbana. Estimulada por la reforma de mercado, la pequeña producción crece en diversas regiones y sectores con variadas formas de gestión –individual, familiar, asociativa, cooperativa, colectiva, etc.– que militan contra el monopolio. La economía colectiva en particular también ha sentado los cimientos de una democracia de base. La elección de dirigentes de unidades y equipos ha sido una práctica usual en la China rural desde mucho antes de que el CNP aprobara las leyes electorales para las aldeas en 1987.

Esta experiencia singular también se ve representada en una tradición intelectual de pensamiento local que sigue viva y que desconfía profundamente de la crueldad y la arrogancia del capitalismo moderno. Liang Shuming, que no era comunista, compartía con el Partido la visión de que era necesaria una “gran transformación social”. En *A Theory of Rural Construction* (1927) plantea que una China atrasada nunca podría alcanzar a las naciones avanzadas copiando su industrialización centrada en lo urbano, fuera al estilo de la competencia occidental o al del poder estatal soviético. Solo podría lograrlo un movimiento integral de campesinos y estudiosos preocupados por el asunto, como él mismo, dado que la nueva sociedad tendría que construirse de abajo hacia arriba mediante una red cada vez mayor de cooperativas locales (Lv 2007; Lynch 2011). Liang estaba consciente de cuán enormemente difícil sería esa tarea en medio del caos y las guerras, pero creía que “es absolutamente necesario partir hacia ese gran ideal distante para resolver los problemas inmediatos”. En otras palabras, “lo que de ordinario podría parecer meramente ‘utópico’, era, en esa coyuntura de la historia de China la única opción práctica” (Lynch 2011: 36). Los

educadores populares Tao Xingzhi y Yan Yangchu, y el sociólogo Fei Xiaotong fueron algunos de los más influyentes portavoces de esa misma tradición. Fei abogaba rigurosamente por “pueblos de dimensiones moderadas” en vez de grandes ciudades, como una estrategia de desarrollo adaptada a las condiciones chinas.

Dado el peso de la historia y de lo local, la pregunta urgente es, obviamente, si China no ha sepultado ya sus legados al insertarse en el sistema global, por más renuente o parcialmente que lo haya hecho. ¿Estamos siendo testigos en el país de una inexorable integración al capitalismo, de una mayor hibridación de un sistema intersticial, o de otra cosa? ¿Cuál es la probable tendencia futura, y pueden las intervenciones intelectuales y los movimientos sociales incidir sobre ella? En lo que concierne a esta concepción sobre las sendas históricas dicotómicas seguidas por China y Europa, es justo señalar que las experiencias chinas han combinado en un grado notable las revoluciones sociales, industriales e industriales. Por tanto, la idea de una revitalización industrial es contemporánea, dado que China nunca ha abandonado por entero sus patrones históricos de desarrollo.

Si la historia china de una economía no capitalista puede constituir una fuente de las búsquedas actuales de una alternativa a la integración capitalista, uno de sus prerequisites sigue siendo la revolución china y lo que ella alcanzó en lo relativo a los cimientos políticos, sociales y organizativos del país. La revolución, que fue a la vez una revuelta nacionalista y una guerra de clases, transformó también las relaciones agrarias y sectoriales. En particular, el sistema de tierras públicas le ha permitido a China evitar una acumulación primitiva capitalista en toda la línea. La “especificidad china” de defender las tierras públicas es, en este sentido, un factor de suma importancia que impide caracterizar a la China contemporánea

como “capitalista”. Porque “la senda capitalista tiene como base la transformación de la tierra en una mercancía” (Amin 2013). Si el argumento de que China será capaz de resistirse a una mayor transición hacia el capitalismo resulta plausible, entonces se puede considerar que su sector rural será la nueva área de base de la renovación socialista. El hecho de que ni siquiera los desplazados son necesariamente desposeídos, dado que los trabajadores migrantes son reasentados o retienen su derecho al uso de la tierra, hace que la reorientación sea singularmente posible. La separación entre desposesión y desplazamiento es un singular fenómeno chino.

A la vez, tras haber realizado una de las mayores revoluciones sociales de la historia mundial, la categoría “campesinado chino” no puede entenderse como una identidad genérica premoderna. A despecho de los rezagos de la vieja sociedad o las tendencias pequeñoburguesas, esa no es una clase premoderna o precapitalista en espera de ser integrada al capitalismo y la modernidad (ver la cualificación del empleo del término “clase” en el contexto chino en el Capítulo 6). Esos campesinos, que participaron en las transformaciones revolucionarias modernas que destruyeron parcialmente sus tradiciones y puntos de vista, han protagonizado una socialización socialista que los ha conducido a una nueva subjetividad. Su multifacética alianza con los obreros, en especial a través del Partido Comunista y sus políticas de reconocimiento –la glorificación político-moral de la clase obrera a la par de los campesinos pobres y posteriormente los campesinos socialistas (a contrapelo de la doctrina marxista)– conmocionó aún más su posición estructural y su mentalidad antiguas, lo que les permitió convertirse en agentes transformadores del cambio social.¹¹ El distintivo carácter de clase de los campesinos de China debido a la existencia de una revolución campesina hace también que la cuestión agraria en el país sea diferente de la de otras naciones agrícolas.

La comparación entre la China posrevolucionaria y el Tercer Mundo poscolonial, donde los campesinos por lo general no son tratados como un sujeto político, resulta instructiva. Pero esta característica subjetiva distintiva de ser un campesinado socialista en alianza con los obreros puede perderse en el mercado, a la par del doble proceso de descomposición política del Estado y erosión ideológica del Partido. La cuestión, entonces, reside en saber si los productores directos pueden volverse a hacer con los medios políticos y organizativos necesarios para (re) construir una economía moral comunista, o en cómo se puede reconquistar y democratizar el Partido y el Estado en lo relativo a sus compromisos y sus políticas. Si la historia sirve de guía, solo los comunistas han organizado con éxito al campesinado chino a escala nacional; y solo la movilización rural ha sustentado la revolución y la modernización socialista. Reinstalar a los productores directos en el surgimiento de lo nuevo social rural requeriría, de manera similar, juntar fuerzas de abajo y de arriba. Incidentalmente, la experiencia de la nueva China aún espera por su incorporación a una importante literatura sobre la economía moral que hasta ahora ha pasado por alto.

A contrapelo del hilo antiestatal de la economía moral tradicional, un Estado socialista que sea el resultado fundamental de una revolución es la precondition para la creación de una nueva economía moral. El poder socioeconómico y político del trabajo, como el del capital, tiene sus raíces en el sistema y las relaciones económicas, legitimados y protegidos por los aparatos políticos, legales, represivos e ideológicos de un Estado dado. Son las normas del Estado las que garantizan o aplastan las iniciativas en una sociedad o en el seno de las propias instituciones estatales. Un Estado socialista es imprescindible para limitar el alcance del capital y de la propiedad privada, sobre todo en un ambiente de mercado abierto e integración global. Como se señaló en el Capítulo 5 a propósito

de la relación entre el Estado y el mercado, los derechos de propiedad, como cualquier otra relación económica institucionalizada, no significan nada si se los separa del contexto político, cultural y de normas consuetudinarias en que deben integrarse. Solo con un Estado posrevolucionario como garante del desarrollo socialista en contra de la transformación capitalista puede concebirse un “mercado socialista” y una nueva economía moral basada en dicho mercado. Por tanto, la premisa del futuro es la naturaleza del Estado, o la lucha popular que engendre poderosas presiones sobre el mismo. De igual modo, la fragmentación del Estado en la era de la reforma y las divisiones en el seno de sus círculos políticos pueden constituir indicaciones de un posible cambio en esa dirección.

En el mismo sentido, el conocimiento y las memorias colectivas —positivas o negativas— de un pasado colectivista son directamente pertinentes para la reorganización rural. Incluso si las comunas del pueblo fracasaron al final, la agricultura colectiva logró, por lo general, un grado sustancial de mecanización, irrigación y otras obras infraestructurales, y de gestión de bien público. Las ventajas del cultivo colectivo son obvias, y han sido reivindicadas, aun si tentativa o parcialmente, en la experiencia china. En primer lugar, en el terreno económico llevan a la aglutinación de grandes extensiones de tierra al evitar innecesarios setos, cercas, senderos y canales para el agua. Ello, a su vez, facilita el empleo de la maquinaria. En segundo lugar, permite la movilización de la mano de obra masculina y femenina para realizar labores esenciales con el suelo y el agua, así como desarrollar una industria rural, lo que trasciende la capacidad de los hogares individuales. En tercer lugar, facilita la difusión de variedades de semillas de alto rendimiento y de tecnologías de cultivo de una agricultura moderna. Por último, impulsa a las empre-

sas sectoriales a proteger y beneficiar la vida rural, y permite también una regulación y mecanismos de precios gubernamentales efectivos en toda la economía nacional. “La colectivización en China a mediados de la década de 1950 no fue prematura, sino una precondition necesaria para el desarrollo de un sector agrícola moderno” (Bramall: 214-219, 225-226). Social y políticamente, les brinda a los campesinos organizados apoyo institucional, seguridad básica e igualdad general. El trabajo colectivo y provechoso también libera a las mujeres de los confines de la familia y el trabajo doméstico.

En el clima intelectual ahora imperante se menosprecia a quien canta las loas de la agricultura colectiva. Pero una evaluación histórica honesta es inevitable cuando se piensa seriamente acerca del futuro, tanto de China como del resto del mundo. Por tanto, resulta importante seguir debatiendo sobre la reforma agraria, la colectivización y la descolectivización.¹² El hecho de que se siga sosteniendo la propiedad colectiva de la tierra agrícola china, incluso después de la descolectivización, habla muy alto de la capacidad de sobrevivencia del socialismo chino. Al final, es justo decir que la estrategia económica maoísta en general estaba plagada de profundas contradicciones, pero aun así sentó las bases industriales para el desarrollo moderno de China. Los efectos negativos de la descolectivización constituyen una demostración de ello, ya que esta ha dejado a su paso tierras fragmentadas, familias indefensas, asignación ineficiente de factores productivos, decrecimiento del uso de maquinaria y servicios sociales de menor calidad, o sea, obstáculos al desarrollo (Bramall 2009: caps. 8 y 9). Sin los beneficios que brindan las cooperativas y la coordinación de capacidades que la “doble gestión” se propuso preservar, aunque no lo logró, los agricultores y las aldeas han visto deteriorarse sus condiciones de vida y sus comunidades, lo que es típico de la “tragedia de los bienes

no comunes”, a pesar de que en términos legales la tierra siga siendo pública (He 2010). Esto refuerza el argumento de que la pequeña producción de la China rural debe reorganizarse de formas múltiples e ingeniosas para subsistir, renovarse, desarrollarse y prosperar.

El pensamiento maoísta sobre el desarrollo incluye legados valiosos. Mao, quien era un crítico del modelo estalinista, formuló con gran originalidad interacciones sectoriales y las correspondientes relaciones sociales, entre otros, en *On the Ten Great Relationships* (1956). Subraya allí, por ejemplo, la primacía del equilibrio entre la industria pesada (dominante), la industria ligera (prioritaria) y la agricultura (fundacional), y explica por qué la industria ligera, tan central para el sustento de las personas como la agricultura, es también el lugar donde puede producirse de manera más eficiente la acumulación que costee la industrialización. Mao llama específicamente a realizar una expansión industrial descentralizada en los espacios rurales: con pequeñas fábricas que produzcan para satisfacer las demandas locales, el campo puede tornarse más atractivo que las ciudades. En su visión, cada comuna tendría sus propias tierras de cultivo, fábricas, viveros, escuelas, hospitales, instituciones de investigación, tiendas, clubes, comedores y otros servicios, así como redes de transporte y una milicia. Esa organización multifuncional favorecería la agricultura y a los campesinos, que cultivarían la tierra pero podrían también participar en la política, la cultura, la innovación técnica, la ciencia u otras actividades. Los trabajadores agrícolas se verían liberados de las estrechas divisiones del trabajo, así que no siempre serían quienes eran. A la vez, para reducir las disparidades entre la ciudad y el campo, los estudiantes y profesionales urbanos debían trabajar periódicamente en el campo; algunos de los ejemplos de Mao son los médicos y los músicos. Sobre todo, los burócratas a todos los niveles debían ser “reeducados” por los productores directos. Mao saludó las “escuelas de

cuadros” creadas durante la Revolución Cultural, en las que se “bajaba” a funcionarios del Estado para que trabajaran en las comunas ([1958, 1959]1999).¹³

Esas ideas tienen como premisa material la tierra colectiva como medio de producción de los productores directos y fuente de su organización para el trabajo y la vida comunales. La comuna puede ser el elemento constructivo básico de una sociedad socialista. No hay duda de que las realidades son cien veces más complejas, pero las experiencias y los experimentos de trabajo rural y urbano no tratados como una mercancía, de responsabilidades en la gestión compartidas por los trabajadores o de cuadros e intelectuales “que aprenden de las masas” fueron reales y pueden ser un activo precioso en la causa actual. Una cultura igualitaria, cooperativa y participativa de tradiciones colectivistas sigue siendo atractiva, especialmente como reacción ante las atroces consecuencias sociales de una transición de mercado. La nueva economía moral debe incorporar y domeñar el mercado mediante el desarrollo de una economía de mercado socialista. Es improbable que al hacerlo la recolectivización adopte alguna de sus antiguas formas; la cooperación se ha convertido en un nuevo concepto con significados y posibilidades nuevos.

En este contexto, vale la pena revisitar el avance en la concepción de la historia que logró Marx al analizar la cuestión rusa (Capítulo 3). Después de todo, no se muestra allí como un enemigo del movimiento cooperativo (en el que los trabajadores son “sus propios capitalistas”) ni del mercado como tal (Jossa 2005: 3). En una famosa carta a Vera Zasulich escrita en 1881 explica por qué la comuna rural debía ser capaz de escapar de la desaparición en Rusia y “convertirse en *un punto de partida directo* del sistema económico hacia el que tiende la sociedad moderna”: la producción colectiva en una escala nacional y la transferencia a las comunas de

las condiciones de producción modernas. Para él, dada la crisis de Occidente, el futuro residía en “el regreso de las sociedades modernas a la ‘arcaica’ propiedad comunal”; en palabras de L. H. Morgan, “el nuevo sistema será *el renacimiento en una forma superior* de un tipo social arcaico” ([1881]1989). Por supuesto, no hay comparación entre la *mir* rusa precapitalista y el experimental colectivo chino socialista; están a un mundo de distancia. Pero Marx tiene razón cuando afirma que la propiedad común de la tierra más las simultáneas adquisiciones positivas de materiales y tecnologías diseñados por economías avanzadas pueden conducir a un nuevo modo de producción. En China esas adquisiciones se pueden realizar ahora en el propio país, lo que supone otra diferencia de enorme importancia.

La tercera condición para el surgimiento de la nueva economía moral es, por tanto, el mercado socialista. Esto es, este proyecto de nueva economía moral en China consiste en transformar el conjunto de la economía nacional en un bien común nacional integrado. La socialización del trabajo, el capital, la propiedad, la tecnología, la información, la tierra y otros bienes físicos básicos, que en gran medida es también una cuestión de finanzas públicas, equivale a un programa de socialización del mercado para convertirlo en un “mercado social”.¹⁴ Por tanto, la socialización no es ni mercantilización ni metropolitanismo. Las cuestiones conceptuales relativas a la (in) compatibilidad entre el mercado y el socialismo requieren de un tratamiento aparte.

Baste subrayar aquí que la pequeña producción puede ser plenamente socializada; las cooperativas rurales que operan en los mercados nacional y locales pueden poner el capital bajo la gestión y el control comunales. Como en ese caso los recursos comunes son justa, racional y eficientemente aglutinados para el uso público, las

ganancias sociales y los beneficios individuales, también surgirá un complejo “ecosistema de bienes comunes del conocimiento” (Hess y Ostrom 2007: 3, 10-12). Las semillas mejoradas, por ejemplo, entre otras muchas técnicas agrícolas, serían un elemento de esos bienes comunes del conocimiento. De hecho, dado que no existe en el país una obsesión histórica con las patentes y los derechos de autor, China también puede ser un lugar en el que resulte relativamente fácil promover una fuente y un acceso abiertos a la información, y una información libre entendida como un bien público.¹⁵ El proyecto experimental de socialismo chino tiene potencialidades para englobar las ideas intrínsecamente relacionadas de los bienes comunes, la comunidad, el comunismo, la comunicación y la cultura común. El movimiento inspirado en esas ideas de autogobernanza comunal, que recibe el hermoso nombre de “bienes comunes creativos”, resulta intrínsecamente atractivo y democrático. Después de todo, la democracia es transparente, colectiva, deliberativa y conversacional.

En lo relativo al modo de producción capitalista, Michael Hardt muestra la nueva contradicción interna al capital: mientras más se acorrala al bien común como propiedad, más se reduce su productividad: “el capital permanece, por lo general, fuera de los procesos de producción del bien común”. Sucede que mientras más desarrolladas están las fuerzas de la producción, más dependiente es la economía de los medios electrónicos, y menos posible resulta contenerla en los marcos de la propiedad privada (2010: 136-139). En una era digital de biotecnología, biopolítica y ciberpolítica, con sus derivaciones de autoempleo y trabajo flexible y autónomo, a menudo asociados con productores directos en los sectores de alta tecnología, es donde resulta posible para dichos trabajadores subvertir el “capitalismo cognitivo”. Pueden apropiarse no solo de la “renta relativa” del capital –léanse las “ganancias” (las patentes y

los derechos de autor garantizan un ingreso basado sobre la posesión de propiedad material o inmaterial)— sino también de su poder de producción de cognición y conocimiento (2010:137). De todos modos, hace tiempo que todas las concepciones rígidas sobre la propiedad privada que no tienen en cuenta el capital social y el mercado socializado cayeron por tierra en las economías avanzadas (Rifkin 2013: 218-221).

Desde esta perspectiva, la economía moral comunista no puede ser un eco de algo que se perdió en la historia, sino que mira hacia adelante con la ambición de liberarse de las cadenas del capitalismo y del socialismo de Estado. Aspira a una sociedad verdaderamente participativa en la que cada participante sea considerado como un productor directo debido a su contribución al trabajo social (pasado, presente o latente; entendido como un conjunto que abarca el rango más amplio posible de actividades socialmente útiles). De ahí que un ingreso básico incondicionalmente garantizado sea su debida recompensa.¹⁶ Hace mucho tiempo que el desarrollo económico-tecnológico humano ha superado el umbral de la escasez general, por lo que un salario social universal que abarque a comunidades enlazadas entre sí (y con el tiempo a la ciudadanía nacional) está materialmente a nuestro alcance.¹⁷ Como se viene planteando desde la época de los socialistas utópicos y las revoluciones francesa y norteamericana (p. ej., el marqués de Condorcet y Thomas Paine), tiene sentido, no solo desde el punto de vista moral, sino también desde el punto de vista económico, ponerle fin a la pobreza y la inseguridad. Si la libertad es un derecho que se adquiere por nacimiento, también lo es la seguridad (Stedman Jones 2004). Con excepción de los desastres naturales, todas las barreras que se oponen a esta promesa de un mundo que haya dejado atrás la necesidad son solo sociales y políticas. En ningún sitio es un asunto de escasez absoluta, sino de compromiso y

políticas gubernamentales, tanto nacionales como internacionales.¹⁸

En China, dada la construcción en curso de prestaciones “en tres líneas” (estipendio mínimo, pensiones y seguro de desempleo), y con el tiempo de un sistema de seguridad social comprehensivo que integre las zonas rurales y urbanas,¹⁹ el CNP podría institucionalizar democráticamente la gestión de los dividendos sociales con vistas a la instauración de un ingreso básico (p. ej., propuesto en Cui 2005). Hay que precisar muchos detalles técnicos, pero un ingreso básico unificado –un “cuenco de escombros para el arroz” ya que no un cuenco de hierro– podría simplificar enormemente la burocracia encargada de la redistribución y el bienestar social. De nuevo, los cálculos y las estadísticas son asunto de política más que de economía. Sin más análisis, el punto aquí es sencillamente que un salario social que garantice una igualdad de base y minimice los riesgos en las vidas de los individuos forma parte de la naturaleza de una nueva economía moral. Es también necesario y práctico en términos del *minsheng* que requiere un modelo socialista chino (Capítulo 5).

En una economía con excedente de mano de obra (y escasez de tierras y pocos recursos), un plan garantizado de ingresos básicos también sería una solución para el obstinado fardo del desempleo. A pesar de la reciente “escasez de mano de obra” en el sector manufacturero del sur de China, debida a una combinación de difíciles condiciones de trabajo, mejora de la situación rural, aumento de los salarios y militancia de los trabajadores migrantes, el aparente “fin del excedente de mano de obra” no es real (Chan 2012 197-199). De lo que se trata esencialmente es que los trabajadores rechazan el “trabajo barato”. Los estudiosos han venido debatiendo si China ha alcanzado el punto de retorno de Lewis, cuando el mercado de trabajo dual rural-urbano comienza a quebrarse y una economía de excedente de fuerza de trabajo se transforma en una economía

“normal” de pleno empleo. Lo único obvio es que China no tiene manera de absorber su oferta de trabajo en los viejos marcos.

En el nuevo marco revolucionario de una sociedad participativa y un ingreso básico, problemas del mercado como la “oferta excesiva” de mano de obra o la pérdida del empleo dejarán de existir; y a esa luz, tanto los talleres ilegales como los puestos nominales, inactivos, no solo se tornan moralmente reprensibles, sino también económicamente irracionales.²⁰ El trabajo no debe igualarse al empleo lucrativo ni debe estar atado a una fuerza de trabajo actuante y estadísticamente medible. Un ejemplo clásico es el valor del trabajo doméstico no remunerado, por cuyo reconocimiento los movimientos de mujeres de todo el mundo han librado una dura batalla. Mientras no logremos deshacernos de la noción y la práctica del empleo formal como el medio principal de obtener un ingreso familiar y participar socialmente, y mientras no reemplacemos el objetivo utópico del pleno empleo por la idea realista de la plena participación, no habrá posibilidad de superar la angustia y el estigma de la falta de empleo o la inseguridad del trabajo. Solo una sociedad que valore a sus productores hasta el punto de concederles un salario social y un poder social podrá hacer a las personas autónomas y libres. A la vez, el tiempo ganado por la reducción de la jornada laboral o los horarios flexibles puede traducirse en desarrollo personal, así como en participación cívica o activismo asociativo de parte de una ciudadanía participativa. La democracia es también, inevitablemente, un asunto de política del tiempo o de liberación de una ocupación impuesta en el reino de la necesidad. Como se muestra vívidamente en el debate sobre “el futuro del trabajo”, el trabajo debe ser personal o colectivamente gratificante; y el deseo humano de erradicar las tareas sucias, tediosas o repetitivas para reconciliar el trabajo y el juego está más cerca de su realización que nunca antes en la historia.²¹ El agobio y la humillación de la

humanidad debidos al trabajo asalariado capitalista podrían terminar en un plano más alto de la civilización.

Exceptuando la pasividad y la holgazanería, el tiempo es otra manera de designar la libertad. “Una vez que se arranca la piel de la estrecha forma burguesa”, dice Marx, “¿qué es la riqueza sino la universalidad de las necesidades, capacidades, placeres, fuerzas productivas, etc. individuales, creadas mediante el intercambio universal?” (citado en Anderson, K. 2010: 159). En los *Grundrisse* explica por qué la verdadera riqueza solo puede medirse por la liberación de fuerzas creativas sin una sorda compulsión (Eagleton 2011: 105). Es una meta sumamente ambiciosa, pero la famosa jornada semanal de 15 horas fue propuesta por Keynes alrededor de 1929, y su autor creía, en medio de la Gran Depresión, que contra todos los obstáculos el cambio “ya comenzó” ([1930]1972: 331). Si parece una mera expresión de deseos es solo porque la transformación de los viejos contratos sociales que tienen sus raíces en el trabajo asalariado moderno, un mero artefacto histórico, tendrá que ser no solo una revolución económica y política, sino también una revolución cultural, “que toque el alma”. Keynes predijo que se produciría un “ataque de nervios colectivo” dado nuestro profundamente enraizado y defensivo *habitus* cognitivo.²²

Es posible plantear que China es un lugar sumamente receptivo para una transformación de ese tipo debido a sus legados histórico y socialista. Las condiciones existentes en China son una mezcla de las transiciones “postindustriales” del Norte con el “desarrollo orgánico” no industrial promovido en diversas partes del Sur. Sometido a presiones multifacéticas, lo social en China, integrado por los productores directos/participantes, asumirá con el tiempo su misión política de crear una nueva sociedad, antes de que el lucro privado intervenga para dominar la toma de decisiones y lograr que el valor humano se mida según los precios del mercado. Ese orden

social orgánico no presupone ni abundancia material en su forma consumista de infinitas mercancías ni prestaciones sociales onerosamente administradas en la forma estatista de la burocracia. Rechaza las viejas relaciones productivas y sociales y se pronuncia por el trabajo desalienado y una verdadera calidad de vida. Aunque a corto plazo la creación de puestos de trabajo y la garantía del empleo deberán seguir siendo objetivos de política, a largo plazo un orden social orientado a las necesidades, con un uso eficiente de los recursos y eco-ambientalmente amigable, aunque productiva y tecnológicamente avanzado, será superior a los sistemas privados de sobreproducción y sobreconsumo. También será mucho más humano y económico.

Las características de la economía moral comunista aquí delineadas—sus singulares y espléndidos recursos históricos, su preparación revolucionaria y socialista y su sustancia perspectiva de bienes comunes nacionales y locales, sociedad participativa y mercado socialista—evidentemente excluyen todo paralelo entre ella y una comunidad precapitalista que se resiste a su “desintegración histórica”. Ella puede insertarse en una forma superior de economía política que reordena las relaciones productivas, sociales y de clase. De ahí que el modelo pueda defenderse con confianza de las voces que la critican por constituir un “populismo agrario” (p. ej., Bernstein 2009: 68-75), un “romanticismo comunal” o lo que en chino se denomina un “socialismo agrícola” (por oposición al “socialismo proletario”).²³ La historia importa; la lucha y la concepción de esa lucha en China tienen muchísimo que ver con qué historia es la que importa: la socialista, la presocialista o la postsocialista.

Una tendencia bastante fuerte de la China rural de hoy en día, por ejemplo, es mezclar las fuerzas de mercado capitalistas y las costumbres y supersticiones “feudales”. Para contrarrestarla, comienza

a organizarse un movimiento *xiangtu* (de la aldea y el suelo) más consciente política y culturalmente, que se opone a la privatización, la atomización y la mercantilización dominada por el agrocapital. Los bienes comunes de la aldea, mientras tanto, en buena medida siguen en pie en todo el país. Sin menospreciar la pequeña producción –como ya se ha planteado, no hay ninguna opción factible y socialmente aceptable para los chinos que no sea abrazar y rehacer la “China ligada a la tierra”– se puede considerar que, en general, las condiciones rurales han sido cualitativamente mejoradas. Como la agricultura en pequeña escala puede organizarse en diversas cooperativas, deberá combinarse con un uso adecuado de la maquinaria y las tecnologías de punta para avanzar hacia una eco-agricultura moderna. También resulta notable que la China rural haya desarrollado un número considerablemente mayor de industrias. Un apoyo más fuerte del gobierno ayudaría a los agricultores a hacerse también del control sobre la venta al detalle de sus productos y otros intercambios, así como del microfinanciamiento y los servicios públicos. El objetivo de la política tendría que ser maximizar el margen de la diversificación productiva y los ingresos rurales, a la vez que restringir la entrada de capital urbano o foráneo en los eslabones más rentables de la cadena productiva. En una economía abierta, organizada, y a su debido tiempo también socialista de mercado, los pequeños productores no son necesariamente propietarios privados, y los campesinos no son exactamente la “pequeña burguesía”. La “pequeña producción” ya no es como la hemos conocido.

Para Lenin, la pequeña producción “engendra capitalismo y burguesía continua y espontáneamente, cada día, cada hora, y en una escala masiva” ([1920]1964). Su “socialismo proletario” niega a los *narodniks*, quienes “no pueden librarse de las ilusiones pequeñoburguesas” o de “una utopía pequeñoburguesa reaccionaria”

([1905]1972). En esto concuerda con los ataques de Marx contra las variantes del “socialismo reaccionario” (Capítulo 6). Esas críticas, sin embargo, no son fácilmente aplicables al campesino chino como identidad colectiva, que ha sido un revolucionario comunista, miembro de una comuna socialista y también, y quizás es lo más problemático, un modernizador reformista. La transición al mercado ha hecho revivir, sin duda, algunos rasgos de la sociedad previa a la liberación que recuerdan la tendencia capitalista espontánea del “poderoso océano” de la pequeña burguesía en las etapas tempranas de la colectivización (Mao 1955: 255-256). Para superar esas tendencias y desarrollar el socialismo, los comunistas se dedicaron con ahínco a la industrialización. En fecha tan temprana como 1944, Mao escribió que la economía individual y familiar disgregada, base de la sociedad “feudal”, debía ser reemplazada por una economía industrial, que es “donde el marxismo difiere del populismo”.

Al imaginar la futura tarea de la transformación económica de China, les dijo a sus colegas que “todavía no nos hemos hecho con la maquinaria, así que no hemos alcanzado la victoria. Si no logramos hacernos con la maquinaria, nunca alcanzaremos la victoria; seremos barridos” ([1944]1983: 239). La agricultura colectiva era una parte indispensable de esa ambición, solo reforzada por la convicción de que, de otra forma, las masas de pequeños campesinos se verían atrapadas en una permanente pobreza, y que organizándose podrían generar una mayor capacidad productiva al tiempo que dismantelaban gradualmente la dominación privada y transformaban sus propios puntos de vista. Mao, característicamente heterodoxo, insistió también en que la cooperativización debía preceder a la mecanización, es decir, que se debía comenzar por cambiar las relaciones de producción a fin de promover las fuerzas productivas ([1959]1977). Más de medio siglo después, esos aná-

lisis siguen resonando en el nuevo movimiento chino de *xiangtu*.

La visionaria “directiva del 7 de mayo” de Mao sería otra fuente para la construcción de la nueva economía moral. En la misma se describe todo un plan acerca de lo que podría denominarse “socialismo comunal”:²⁴ desde la “revolución educacional” hasta el combate contra la burocracia, desde la quiebra de las divisiones rígidas del trabajo hasta la eliminación de las “tres grandes diferencias” entre las regiones urbanas y rurales, los sectores industrial y agrícola, y el trabajo intelectual y el manual. Mao aboga por la integración de los roles del obrero, el agricultor, el comerciante, el estudiante y el soldado, gracias a lo cual hombres y mujeres provenientes de todos los sectores de la sociedad podrían aprender a participar simultáneamente en distintas actividades profesionales, ocupacionales y político-teóricas. Además, todos debían hacerse cargo de una cuota de responsabilidad en los asuntos del Estado, al tiempo que desempeñaban los deberes normales de su trabajo y conservaban sus identidades (en este contexto resulta notable que los diputados al CNP no sean designados institucionalmente como políticos profesionales). Mao estaba convencido de que los experimentos llevados a cabo en la Acería de Anshan y otros sitios en la década de 1960 eran el camino a seguir para reformar las instituciones del Estado (Capítulo 5). También especifica en el texto el papel modélico del Ejército Popular de Liberación (EPL), al afirmar que en tiempos de paz “nuestro ejército debe ser una gran escuela” en la que las tropas aprendan política, habilidades militares y cuestiones culturales, hagan trabajo agrícola y fabril, y participen en el vínculo con las masas y la educación socialista. Lo mismo se aplica a los trabajadores del comercio, los servicios y las oficinas del gobierno. Cada comuna y unidad laboral puede transformarse en una escuela en la que las personas asuman múltiples tareas, incluida la “crítica a la burguesía”. Inspirado en la Comuna de París, Mao imagina que se

pueden crear comunas multifuncionales alrededor de cada distrito y ciudad, y que varias de ellas pueden entonces formar comunas mayores y más integradas en toda la nación. En la “tormenta de enero” de 1967, se anunció la creación de una gigantesca “Comuna de Shanghai”. Tuvo una vida breve, pero fue un ejemplo de las ideas maoístas.

El modelo de socialismo comunal de Mao puede tener un aire utópico, pero es también un serio intento de encontrar una alternativa a la concepción capitalista y urbana de la modernidad. A partir de esa visión y de las experiencias históricas que inspiró, el proyecto de una economía moral socialista —o comunista en el sentido del papel central que desempeñan en ella los bienes comunes— consiste en alumbrar un poder social organizado que cuente con el crecimiento de las capacidades individuales y colectivas. En él, la idea de lo social abarca tanto a los productores directos como al Estado social, con el poder de la clase integrado en ambos y una mutua dependencia y compatibilidad. De igual modo, lo público y los bienes comunes se unen en su oposición compartida a la dominación privada.

Para reiterar entonces: primero, dicho modelo no puede llevarse a la práctica en una economía premoderna, autosuficiente, natural. Tiene su base en el desarrollo económico avanzado y el control público sobre la tierra y otros recursos productivos. Se apoya en redes horizontales descentralizadas y actividades mercantiles y no mercantiles en el marco de un sistema vertical centralizado de microplanificación, regulación y coordinación. Segundo, las comunidades locales no están aisladas unas de otras ni son antagonistas del Estado. La economía nacional socializada y el Estado socialista les brindan a las comunidades apoyo económico-tecnológico y financiero en un marco político-legal establecido. A la vez, el gobierno a todos los niveles está sujeto a la supervisión popular

con el objetivo a largo plazo de realizar una planificación democrática y lograr la autogestión. Tercero, la población agrícola, al rechazar la pequeña producción primitiva y cerrada, se transforma, no gracias a una civilización industrial urbana, sino mediante la adopción de cambios en la reorganización productiva rural, el intercambio y las estructuras sectoriales, así como en las relaciones personales y cooperativas. Mediante logros educacionales sin precedentes y una diversidad de oportunidades que trascienden la agricultura, la identidad campesina se ve libre de la imagen tradicional de una ocupación física y mentalmente limitada. Cuarto, la construcción de una nueva economía moral es el mismo proceso que la creación de un mercado socialista que defienda a los productores directos y se empeñe en la consecución de un modo de producción más deseable desde los puntos de vista social y ecológico, y de un modo de vida alternativo a las limitaciones y la destrucción capitalistas.

De lo que se trata, entonces, no es de reconciliar los modelos de “comunidad” y “modernidad”; el socialismo debe reinventarlos ambos eliminando a la vez sus prerequisites precapitalistas y capitalistas. Por tanto, este proyecto no tiene que ver con revivir quimeras agrarias populistas, sino con el urgente imperativo de elaborar una respuesta práctica y, a la vez, ambiciosa, a los dilemas desarrollistas del presente. Puede que las obvias tensiones entre un concepto omniabarcador de “productores directos” y los conceptos de clase y lucha de clases, o entre una “agricultura en pequeña escala” y la urgencia de una reorganización rural, no puedan resolverse hasta que experimentos que sean producto de una conciencia social no los emprendan en la práctica. En el terreno analítico, el “pueblo” es una categoría de clase en el contexto político y discursivo chino (Capítulo 6); y también lo son los productores directos, que provienen de orígenes muy diferentes pero que ocupan colectivamente la

misma posición dado su acceso directo a los medios de producción, siempre que resulten factibles un mercado socialista y una sociedad participativa. Ello se debe también a la naturaleza “de clase” de una China socialista que debe reconstruirse en el marco del sistema global capitalista, y a su aspiración última de superar las contradicciones de dicho sistema. La labor unida de los productores directos es internacional, y puede generar una solidaridad internacionalista en las luchas comunes por un mundo diferente. Análoga es la revolución comunista campesina que asumió un carácter proletario y una orientación socialista gracias a la dirección del Partido y a la alianza obrero-campesina. La nueva economía moral, encaminada a convertirse en un modelo social poscapitalista y postestatista, atraviesa las condiciones premoderna y posmoderna de China con un desarrollo destinado a ser desigual y comprimido (Capítulo 1). No hay duda de que en la búsqueda de una alternativa moderna al capitalismo se reafirma la modernidad contra el anacronismo de la premodernidad. Pero esa búsqueda abre nuevos horizontes. Después de todo, el “monopolio” capitalista de lo moderno no es –nunca ha sido– válido, como demuestra ampliamente el desarrollo moderno socialista del pasado y el presente.

Sin embargo, trascender la modernidad paradigmática y crear una nueva economía moral no aparece entre las prioridades oficiales. La tarea no puede ni siquiera comenzar sin una “guerra de posiciones” librada en muchos frentes, con muchas formas y por muchos movimientos de lo social que se levanta a fin de conquistar la hegemonía. La fertilidad del suelo chino para ello se debe a sus tradiciones revolucionaria y socialista, desde sus tierras e industrias estratégicas que siguen estando en manos del sector público hasta su compromiso social aún vivo con la igualdad y la justicia, que mantiene al gobierno sujeto a la presión popular. Pero ese suelo tiene que ser vigorosamente guardado y consolidado: esa es la primera

tarea y la primera condición para que el proyecto resulte viable. Ello implica, a su vez, una reasunción de un Estado socialista y su redefinición radicalmente más social. El poder del Estado también es indispensable para oponerse a los Estados capitalistas y sus fuerzas comerciales y militares. La identidad ideológica y la capacidad organizativa del Partido son decisivas. Estos requisitos siguen siendo posibles porque, después de todo, ni siquiera en una era dorada de disipación se puede borrar de la conciencia popular china el incommensurable sacrificio realizado por generaciones de devotos compatriotas a la noble causa del comunismo.

TERCERA PARTE

Hacia un universalismo materialista histórico

A la luz de la revisión de la concepción marxiana de la sociedad oriental y del debate de historia económica comparada acerca del lugar de la China imperial en la historia mundial a los que dedicamos la Primera Parte; y del desplazamiento pasado y presente –y potencialmente futuro– de China con respecto al capitalismo global que vimos en la Segunda Parte, toca ahora realizar algunas reflexiones tentativas desde un punto de vista marxista crítico y autorreflexivo. La autorreflexividad es tanto un mecanismo intrínseco como una manifestación directa de la dinámica de la relevancia y el rejuvenecimiento duraderos del materialismo histórico.

En primer lugar, aunque los historiadores datan y explican el auge europeo de diferentes maneras, están de acuerdo en el hecho de sentido común de que el ascenso del Occidente capitalista dependió de las contribuciones directas e indirectas de otras regiones, pueblos, economías y culturas. El “corazón de la modernidad occidental” contó con fuentes lejanas y cercanas y fue remodelado por influencias externas. En particular, “sin la historia acumulativa del conjunto del Oikoumene afro-euroasiático, del que Occidente formaba parte integral, la Transmutación occidental habría sido casi impensable” (Hodgson 1974: 198). Aunque fuera por esta única razón, la afirmación eurocéntrica de que los europeos son más racionales, más progresistas y más “sujetos históricos” es una mentira

horrenda y un “robo de la historia” (Goody 2006). En otras palabras, los europeos contaron con el privilegio de encabezar una revolución industrial y construir metrópolis industriales. Pero esos logros dependieron de la extracción de recursos a una escala amplísima, colosal, fuera de la Europa geográfica. También tomaron en préstamo a manos llenas los logros y las invenciones no europeos gracias al comercio marítimo y las comunicaciones intraeuroasiáticas. Los principales Estados europeos también aliviaron sus problemas ecológicos en diferentes grados y de diversas formas, que fueron desde una válvula de escape para importantes contingentes de su población hasta una fuente de productos primarios de uso intensivo de la tierra. La tierra colonizada de diversas maneras se convirtió en un medio de producción vital para los imperios y sustentó una división del trabajo que incluyó plantaciones esclavistas, tierras de cultivo empobrecidas y minas mortíferas allende las costas metropolitanas. El contraste entre esta situación y la de la mayoría de las naciones que se han desarrollado tardíamente (con unas pocas excepciones notables), sin intenciones u opciones de eco-sustitución comparables, es que estas últimas han tenido que manejar las presiones sobre todo internamente, lo que constituye una desventaja económica fundamental.

Lo importante aquí no es la mera multiplicidad de las fuentes de la civilización occidental desde sus inicios (“Atenea negra” en Bernal 1987). Ni tampoco revelar o refutar la pretendida “universalidad” euro-norteamericana. No basta siquiera con reconocer el “universalismo emergente” de ideas y procesos no occidentales (Kaiwar 2009), que, sin embargo, es importante y se analizará más adelante. Se ha examinado y explicado tanto en la literatura la construcción mutua oriental-occidental de “Occidente” o la falacia de dicotomizar a Occidente y al Oriente como entidades homogéneas que ambas cuestiones están bastante establecidas. Lo que sí hay que

volver a afirmar enfáticamente es que las dimensiones colonialista e imperialista le resultan indispensables al capitalismo. Y ello puede hacerse sin restarle importancia a la dinámica interna de la génesis y el desarrollo capitalistas, en los que intervienen cosas tales como fuerzas productivas revolucionarias, la facilitación del Estado y una política de clase. El otro lado de la moneda, entonces, es la agencia crucial de las luchas anticoloniales y antimperialistas en la historia del capitalismo global.

Para empezar, como ya se señaló, la hegemonía fiscal de las potencias occidentales fue resultado en parte de sus economías de guerra, que movilizaron recursos para la adquisición de armas y otros suministros militares dentro y fuera de Europa. La acumulación primitiva del capitalismo también es directamente atribuible a la expansión ultramarina de Europa. Dicha expansión atrajo hacia los mercados avanzados riquezas provenientes del “capitalismo comercial” del Oriente, precursor del capitalismo industrial de Occidente. Los navíos europeos vincularon el algodón y los productos de la minería de las Américas, derivados del trabajo esclavo y la trata africana, con los mercados indios, chinos y árabes. Gunder Frank describe este gigantesco comercio triangular gracias al cual los europeos usaron plata americana para “comprarse boletos en el tren asiático” (1998: 30). La balanza de pagos requerida era tal que las colonias se vieron obligadas a sacrificarse en aras de las demandas, a menudo violentas, de sus amos metropolitanos.

En Asia, las guerras del opio intensificaron el agotamiento de las reservas de plata chinas y la des (proto) industrialización de sus regiones costeras, lo que, a su vez, llevó a la bancarrota a los productores de textiles de China y la India, y a sus redes de comercio transcontinentales. La India no solo llegó a convertirse en exportadora neta de algodón, sino también en importante proveedora de opio para China —que cultivaban y procesaban sus campesinos pobres—

a cambio de productos manufacturados británicos. Según Mike Davis (2201:311), la “modernización de la pobreza” en la India formó parte de los “holocaustos del período victoriano tardío”. Entre 1875 y 1900, lapso en el que ocurrieron las peores hambrunas de la historia india, las exportaciones de granos crecieron hasta que a inicios del siglo, “la India suministraba casi una quinta parte del consumo de trigo de Gran Bretaña, a costa de su propia seguridad alimentaria” (Davis 2001: 59).¹ Marx describió inequívocamente el modelo explotador y militarista de la dependencia imperial: una séptima parte de los ingresos de Londres dependía en la época del comercio del opio, fuente de la “sangre que corre por las venas” del imperio. Y se sintió conmovido: “La profunda hipocresía y la barbarie inherente a la civilización burguesa se despliega sin velos ante nuestros ojos, al volverlos de su hogar, donde asumen formas respetables, hacia las colonias, donde van desnudas” ([1853]1979b: 220). La obvia inhumanidad de esos episodios de la historia imperial aún no ha sido plena y honestamente confrontada por las actuales democracias occidentales.

En lo que toca a cuánto contribuyeron los mercados, la extracción y la esclavitud ultramarinas a la sostenida acumulación primitiva de capital en general y a las primeras revoluciones industriales en particular, la información está lejos de ser completa, no es necesariamente cuantificable y quizás también carece de importancia. Pero es claro y resulta difícilmente discutible que sin esas contribuciones, la “civilización occidental” y su cultura material no habrían existido. El aserto de que a la hora de explicar los orígenes del capitalismo los insumos externos fueron estructuralmente marginales comparados con factores causales internos está lógicamente avalado por análisis marxistas de peso. Un ejemplo son los dones materiales como el carbón de Inglaterra, cuyo uso también requirió una intervención social, especialmente una “protección y regula-

ción estatales amplias” de la minería y el mercado del carbón (Parthasarathi 2011: 152-153). Otra es la transición del feudalismo. La industrialización y las políticas mercantilistas británicas habían sido precedidas por la sustitución de importaciones, que, no obstante, también se vio acompañada por la construcción de hegemonía en el mercado global. Las causas internas no pueden ocultar el alcance del llamado libre comercio, a menudo impuesto por la fuerza.

Desde un punto de vista metodológico no siempre resulta posible distinguir con claridad entre lo intrínseco y lo extrínseco. Para Marx, la esclavitud de plantación en el Nuevo Mundo era una parte orgánica del propio capitalismo; si bien “la esclavitud de los negros impide el trabajo asalariado libre”, “los negocios en los que se utilizan esclavos son conducidos por *capitalistas*. El modo de producción que introducen no nace de la esclavitud, sino que se injerta en ella” (Marx [1861]1989: 516). Dado que en la historia económica no se deben trivializar las relaciones de producción *vis a vis* las fuerzas productivas, debería ser obvio que ni los recursos de las Américas ni el carbón inglés fueron decisivos para la existencia de condiciones favorables para una revolución industrial. La explicación de la presencia o la ausencia de dicha revolución solo puede hallarse en las diferencias de la estructura de clases y las relaciones de propiedad entre las distintas sociedades (reafirmado en Brenner e Isett 2002). El “auge de Occidente”, después de todo, tiene su explicación en el auge de la burguesía. Para convertirse en un sistema social dominante, el capitalismo “requirió que la burguesía emergiera victoriosa de las otras clases que controlaban los excedentes” (Harvey 2006: 90-91; Stedman Jones 1975). Pero la cosmopolita clase dominante capitalista no solo dominaba en sus países, sino también en las colonias, donde destruía o preservaba las estructuras y relaciones locales de clase en interés de los gobernantes coloniales. Tampoco carece de importancia una cuestión relacionada con las

anteriores: el surgimiento de una “aristocracia obrera” metropolitana que recibía una pequeña porción de la “renta imperialista”. Ese fenómeno se mantiene en la actualidad en la disputa por el capitalismo de bienestar y muchos otros asuntos.

En busca del “motor original” de la transición al capitalismo,² Robert Brenner opta por el singular “proceso de desarrollo económico autosustentado cuya característica es el incremento de la productividad del trabajo en la agricultura” inglesa, que permitió escapar a la trampa maltusiana del crecimiento poblacional (2001:171-172). Esta interpretación “internista” se centra en la lucha de clases en el campo que condujo al surgimiento de un capitalismo agrario independiente de toda dinámica externa. Lo que falta en este cuadro es lo que Pomeranz y otros han documentado, y que ya hemos mencionado, acerca de la emigración hacia las colonias: en unos pocos cientos de años antes y durante las transformaciones industriales europeas, solo de las islas británicas se trasladó hacia las Américas, las antípodas u otros lugares una tercera parte de la población. Esta válvula de escape a las limitaciones cada vez mayores de recursos conllevó también la absorción del excedente de mano de obra europea por parte de las colonias (Pomeranz 2000: 6-7, 20-23). Como señala Perry Anderson, “la idea del capitalismo en un solo país, tomada literalmente, es solo ligeramente más plausible que la del socialismo en un solo país”. Marx, por el contrario, examina la distribución de diferentes momentos históricos del crecimiento del capital en una secuencia acumulativa que va de las ciudades europeas a los imperios de ultramar (2005: 251). En última instancia, Marx brinda su clarificación con una sensibilidad temporal: “La competencia entre las naciones europeas por hacerse con los productos asiáticos y los tesoros americanos, el sistema colonial, todo hizo una contribución fundamental a que se hicieran añicos las barreras feudales a la producción”. Pero, decisiva

e internamente, “el moderno modo de producción en su primer período, el de la manufactura, solo se desarrolló allí donde las condiciones para él se habían creado durante la Edad Media” (Marx [1894]1993: 450). Por tanto, la perspectiva centrada en las clases está perfectamente en línea con la del imperialismo como inherente a la expansión capitalista, que, al final, es también una cuestión de clase, y en ella tiene sus raíces el internacionalismo proletario.

Más específicamente, hay que contar la trama de la historia mediante diferentes subtramas: la “revolución social del capitalismo industrial” solo tuvo lugar de manera orgánica en Gran Bretaña. “Cuando sus principales rivales emprendieron su propio desarrollo dirigido por el Estado en una dirección capitalista, no respondían a imperativos generados por las relaciones sociales de propiedad internas, sino a presiones externas de carácter militar, geopolítico y comercial” (Wood 2009: 55). Cuando se consideran las cosas en su conjunto, minimizar el papel de las fuentes globales del predominio occidental en general, y de la dependencia capitalista con respecto al colonialismo y el imperialismo en particular, sería una grave distorsión de la concepción marxista del capitalismo histórico y de la historia misma. “La globalización de Europa” en la primera oleada de globalización que llevó a Europa a disfrutar de la supremacía, significa que Europa no se alzó –no podía alzarse– por sí sola. Por tanto, se necesitan “una perspectiva y una teoría económico/sistémica del mundo mucho más global, más holística” (Frank 1998: 334-339). Dado lo indispensable del factor no europeo en la construcción de Europa, la historia del mundo –en su comprensión marxiana de una nueva época capitalista– tiene que concebirse desde su inicio como algo interno a todas las naciones, incluidas las no capitalistas (aunque no necesariamente precapitalistas) (Capítulo 1).

La siguiente consideración, implicada en la primera, es otro dato olvidado: el capitalismo frena el desarrollo fuera de sus fronteras nativas. La historia del mundo no es solo la del avance triunfante del capitalismo y su capacidad transformadora, como se aprecia a través del lente marxiano. Es también la de los fracasos socioeconómicos del capitalismo en muchas de sus (antiguas) colonias. O, más precisamente, el funcionamiento lógico de la acumulación capitalista conlleva la explotación, la dominación y el sabotaje, que obstaculizan el desarrollo nacional en las periferias. La tan ampliamente asumida correlación entre capitalismo y desarrollo es dudosa; demasiado a menudo la realidad es la de una correlación entre capitalismo y *sub*desarrollo. Los bolsones de “desarrollo tardío” exitoso fuera de los territorios comunistas históricos son más bien excepcionales. El despegue económico de Corea del Sur y Taiwán entre los llamados tigres asiáticos, por ejemplo, dependió de la ayuda y los mercados de los Estados Unidos. Dado que esos bolsones no alteran el patrón básico de un sistema global polarizado entre países ricos y pobres, las valoraciones fundamentales de la teoría de la dependencia, como ya se señaló, se mantienen en pie.

La integración y la polarización globales, consecuencia de la avaricia imperial y la brutalidad colonial, han formado parte del mismo proceso. La “extirpación, la esclavización y el entierro en las minas de la población aborigen”, “la conquista y el saqueo de la India” y “la conversión de África en un coto para la caza comercial de pieles negras” destruyó las sociedades y las vidas de las “razas inferiores” (Marx 1967/1971: 915). Esos incidentes se vieron acompañados por devastaciones ecológicas y ambientales de efectos duraderos (Davis: tercera parte). Un mecanismo del proceso que privó a los pueblos colonizados de sus potencialidades para el desarrollo fue la creación de una enorme desproporción entre un volumen siempre creciente de exportaciones de productos manufactura-

dos europeos y un volumen también siempre creciente de productos de uso intensivo de la tierra y minerales de sus suministradores en los demás continentes. La financiarización de sus economías nacionales y el control financiero de sus colonias y semicolonias le proporcionó a Europa “una ventaja decisiva en la lucha por todos los demás recursos” (Arrighi 2007: 272).³ Sigue siendo una realidad en nuestros días que el centro del sistema global se beneficia de que las periferias sigan siendo periféricas.

Los comunistas chinos del siglo XX aprendieron de la propia experiencia de China a partir de mediados del siglo XIX la lección acerca de esta función lógica del capitalismo como imperialismo. La ilusión de modernizarse imitando a Occidente había sido aplastada por la partición violenta del país llevada a cabo por las potencias imperialistas en colaboración con la clase *compradore** local, que era ella misma un producto de la condición semicolonial. Toda perspectiva de un capitalismo nacional fuerte de origen autóctono, fuera liberal o de otro tipo, estaba bloqueada. No fue hasta 1949 que la nueva China comenzó a desarrollarse de modo impresionante. Ello fue posible solo porque logró liberarse —mediante las transformaciones revolucionarias de las relaciones sociales y de clase y la creación de un “Estado desarrollador” de carácter socialista— de la lógica colonial del capitalismo, que frenaba el desarrollo. En el debate sobre un hipotético “capitalismo incipiente” que podría haber surgido en fecha tan temprana como el período song del Norte, en los siglos XI y XII (Dirlik 1978), quienes concordaban con una “teoría etapista” esquematizada convirtieron la pregunta sobre “¿por qué no China?” en una conjetura de naturaleza política to-

* Se dice que una clase social es *compradore* cuando acepta la alianza con el capital foráneo para la explotación de su país en su propio beneficio y en detrimento de la población en general.

talmente ajena a los hechos. Sea o no plausible, sin dudas no es irrazonable mantener, como hicieron los historiadores marxistas de China, que la intervención extranjera constituyó un bloqueo fatal del “curso natural” del desarrollo chino endógenamente generado.

La parte negativa de esta postura es que puede ir demasiado lejos en la omisión de las barreras internas al cambio moderno progresista y a los agentes autóctonos del mismo. Este sesgo es comparable al de la cruda visión “sinocéntrica”, que puede conducir, sin proponérselo, a restarle importancia a los crímenes del imperialismo. Contra la complacencia en cualquiera de esas dos direcciones debe afirmarse que “el colonialismo y la modernidad son rasgos indivisibles de la historia del capitalismo industrial”, y que “la modernidad de las colonias no europeas es tan indiscutible como el núcleo colonial de la modernidad europea” (Barlow 1997: 1). De ahí la claridad de la secuencia causal de la historia moderna: no se trata de que el atraso agravara la colonización, ni de que la revolución produjera subdesarrollo. Las realidades históricas son exactamente al revés. O sea, los movimientos de liberación nacional y las revoluciones socialistas no tuvieron lugar allí donde el capitalismo triunfó, sino donde fracasó estrepitosamente. Como resultado, el capitalismo no ha sido –no puede ser– una vía segura a la modernidad y el desarrollo, ni, por supuesto, la única forma que estos adopten. Si el vínculo entre capitalismo y subdesarrollo y, aún más, entre subdesarrollo y revolución en el capitalismo periférico es evidente, entonces son los fracasos del capitalismo los que provocan la búsqueda de alternativas no capitalistas.

Estas consideraciones nos llevan a una tercera reflexión sobre el planteamiento de preguntas legítimas acerca de la posición cambiante de China en el sistema global, a la sombra de una inexorable hegemonía euronorteamericana en el conocimiento histórico y en

las actuales aseveraciones ideológicas. Si la supuesta necesidad o inevitabilidad del capitalismo industrial puede refutarse racionalmente, si pueblos diferentes con condiciones diferentes aspiran a logros diferentes y perciben de manera diferente la “modernidad”, y si en China las tradiciones no se han inclinado hacia el industrialismo y el urbanismo, ¿tiene sentido aplicar universalmente un orden occidental inicialmente provinciano? ¿Resulta significativo o razonable preguntarse por qué fracasó China? ¿Son posibles las evaluaciones comparativas cuando los valores, los objetivos y los estándares son diferentes? Si queremos hacer con seriedad una tipología precisa, no occidental, de los sistemas sociales “en sus propios términos” (Anderson 1974: 548-549), ¿la dominante formulación weberiana de preguntas relativas a “la gran divergencia” (para no hablar de toda la empresa comparativa nacida bajo su influencia) resulta inválida?

Al reflexionar sobre economías vibrantes que no avanzaron hacia el capitalismo industrial es necesario plantearse otras preguntas que no son “¿por qué Europa” y “¿por qué no China”, como se analizó en el Capítulo 2. De hecho, si “¿por qué Europa?” no puede responderse adecuadamente sin tomar en cuenta las atrocidades europeas dentro y fuera de sus fronteras, y si el socialismo (o “comunismo” pensando en una economía moral de los bienes comunes) contiene elementos recomendables para el futuro de la humanidad, ¿no valdría más la pena preguntarse dónde avanzaron primero el pensamiento y los proyectos socialistas? El socialismo cristiano y el socialismo utópico son nativos de Europa; pero hay formas de socialismo que no tienen un origen occidental. Aunque fracasaron o fueron transformadas en tipos de postsocialismo, las aventuras del comunismo histórico han sido las más osadas y las de mayor alcance. No puede echarse a un lado la idea del socialismo, especialmente en medio de la crisis de nuestros tiempos, que nos sigue enfren-

tando a una opción clarísima entre “socialismo o barbarie”. Las variantes y contrapartes socialistas, incluidas las socialdemocracias de bienestar y los movimientos sociales populistas son la otra cara de la evolución del sistema capitalista global. No obstante, los marxistas desilusionados consideran que el socialismo está excluido y se consuelan apelando a una autoengañosa ortodoxia según la cual el capitalismo (y no las fuerzas productivas en tanto tales) son un prerrequisito del socialismo. Ello constituye un repliegue intelectual y una postura profundamente derrotista. Pero ni la alternativa socialista ni la comprensión histórica de sus orígenes y desarrollos endógenos o exógenos pueden renovarse sin el planteamiento de preguntas más precisas y legítimas.

Desde la perspectiva del “milagro euroasiático” que tuvo su origen en la “revolución urbana” de la Edad del Bronce en el Medio Oriente, la India y China (p. ej., con la adopción de caracteres y de la escritura) antes que en Europa, por ejemplo, Europa solo poseía una “ventaja transitoria” posrenacentista en un largo proceso de intercambio y variación cultural entre Oriente y Occidente. Ninguno de los dos tenía una supremacía estable, permanente (Goody 2010: cap. 8). Esta perspectiva es valiosa no solo porque reconoce las contribuciones del Oriente al progreso científico, la industrialización y la modernización, o porque desmitifica la racionalidad y la superioridad europeas, sino también porque constituye un esfuerzo para historizar la “gran divergencia”. Los conceptos de “intercambio” y “variación” denotan un movimiento histórico transcontinental dinámico en el que nada estaba predestinado, ni siquiera el capitalismo, ya que la percepción local de las presiones competitivas y ecológicas generó respuestas diversas de las sociedades en distintos momentos y lugares. Otro ejemplo sería la deconstrucción etnohistórica del “difusionismo europeo” (Blaut 1993). Ella demuestra que la doctrina del “resto” sujeto a la difu-

sión de una civilización universal a partir de Occidente es una ideología y una justificación del colonialismo. Estas críticas y otras similares nos conducen a un terreno no trillado en el que es posible plantearse mejores preguntas acerca de las culturas y economías no industriales, no capitalistas, pero modernas y progresistas, no solo en el sentido de “lo que fue”, sino también de “lo que pudo haber sido” y “lo que puede aún ser”. Plantearse esas preguntas equivale a “resistir a las ideas estáticas sobre el mundo social y hacerle espacio... a la práctica” (Hawthorn 1991: 37, 182).

¿Es entonces “por qué Europa” una pregunta equivocada? No lo es. La pregunta puede y debe plantearse legítimamente sin sus connotaciones eurocéntricas. La pregunta relacionada sobre “por qué no otros”, que es cualitativamente distinta a la de “por qué otros fracasaron” también puede ser planteada. “¿Por qué Europa?” es una pregunta importante y necesaria acerca de la formación y la globalización del capitalismo, que ha dominado la época moderna. Exige, sin embargo, un agudo sentido de la historia. Dado que el surgimiento del capitalismo industrial se debió a una conjunción histórica de condiciones específicas e irrepetibles, no es posible esperar que ocurra algo similar en otros sitios. En vez de ello, el desarrollo desigual y comprimido podría ser posible en el mundo en desarrollo. Estos temas ilustran un rasgo general de la historia mundial de centros de poder transitorios y rotativos, que abarca el auge de Occidente y el probable retorno del Oriente.

¿Y qué hay del eurocentrismo? Una complicación es que la creencia de que el capitalismo industrial (que debe distinguirse conceptualmente del capitalismo sin industrialismo y viceversa) es históricamente superior e indispensable no es exactamente eurocéntrica, sino capitalismocéntrica. El anticapitalismo nunca ha sido ajeno a Europa. Ciertas afirmaciones euro-universales tampoco pueden descartarse sin más, ya que desde la Ilustración, la moder-

nidad europea ha supuesto a la vez destrucción y civilización (Horkheimer y Adorno 1972: 92). “Europa” denota luchas por la libertad, la igualdad y la fraternidad tanto como colonialismo, racismo e imperialismo. Los esclavos rebeldes –los jacobinos negros– de la revolución haitiana no cantaban *La marselesa* para emular el modelo emancipatorio de sus colonizadores, sino para impugnar sus fallas (Buck-Morss 2001: primera parte).⁴ No obstante, hasta el liberalismo clásico, probablemente el mayor logro en la tradición de la Ilustración, es cómplice. John Stuart Mill desprecia a los “bárbaros” que merecen el despotismo; y la “democracia de la raza superior” por la que abogan los liberales caracterizó la relación entre Occidente y el mundo (pos) colonial (Losurdo 2011: 225-227). La visión marxista del surgimiento y la muerte del capitalismo también tiene un tono eurocéntrico, pero solo por su preocupación con una era industrial eurogenética, un defecto que resulta simultáneamente negado por su propio internacionalismo comunista. También hay que reconocer el dilema que constituyen nuestro conocimiento y nuestra terminología heredados: el discurso moderno se mantiene más o menos confinado a las categorías esenciales provistas inicialmente por la historiografía y las teorías sociales europeas. “El pensamiento europeo es, a la vez, indispensable e inadecuado” para llevar adelante investigaciones históricas y análisis políticos en sociedades no occidentales (Chakrabarty 2000: 16).⁵

El problema, de nuevo, no es Europa u Occidente como tales, sino la arrogancia eurocéntrica y el mito de la convergencia capitalista. Pero un sistema plagado de crisis y polarizador debido a las insolubles contradicciones que le son inherentes no puede realmente converger. Los autorreajustes debidos a la presión social o los incentivos de la competencia solo pueden ser parciales o superficiales. La desaparición del bloque socialista ha significado la pérdida de un freno, por más inefectivo que fuera, a las maquinarias

guerrerrista y dineraria del capitalismo. El hecho de que las revoluciones socialistas cometieron errores, se quedaron cortas, degeneraron o se derrumbaron no debe ocultar el hecho de que alcanzaron algunos éxitos enormemente importantes. Y precisamente porque toda empresa socialista debe considerarse como un intento de alternativa a las ideas e instituciones capitalistas, no es posible medirlas con los raseros capitalistas. Esto nos recuerda que nuestro debate aún carece de una hipótesis acerca del poscapitalismo. Solo con un punto de vista que trascienda la modernidad capitalista podrán ser planteadas y respondidas de modo más fructífero las preguntas sobre China y el mundo a lo largo de la historia y en el presente.

El último tema de reflexión atañe a la universalidad (potencial) de las experiencias locales de origen no occidental. Si es necesario preguntar “¿por qué China?”, o “¿por qué Asia?” en positivo, no es posible hacerlo con efectividad hasta no buscar esa universalidad. Este sería un proyecto de rehabilitación del “Oriente”, que podría representar o ser representado por el “Sur”, como símbolo de autonomía, energía, creatividad y búsqueda de un futuro de atractivo verdaderamente universal. La larga fascinación de los estudiosos por el lugar que ocupan China y el Oriente en el mundo no solo es una señal de la continuada busca de una comprensión transcultural y una interconexión global, sino también de una alternativa potencial a la homogeneización capitalista. A medida que el capitalismo penetra más en China, a la vez que enfrenta resistencias, lo universal y las pugnas sobre lo universal se despliegan vívidamente en las luchas que tienen lugar en todo el país en pro de derechos sociales, igualdad y justicia.

Esta línea de razonamiento no tiene que ver con una “era asiática” pasada, y mucho menos con la moda de hablar acerca del “despertar de China”. El renacimiento confuciano, por ejemplo,

como el de los llamados valores asiáticos, tiende a ser conservador, incluso reaccionario, sobre todo en su versión oficial.⁶ El peligro de una “asiatización” no es demasiado remoto: un ejemplo es el panasianismo de la época de la guerra. En un sentido totalmente distinto, el “gran chovinismo han” contra el que Mao y sus colegas de la primera generación de comunistas chinos alertaron de modo consistente podría crecer en medio de una total ceguera. Todo tipo de prejuicios encarnados en el discurso del “despertar”, que tiene relaciones con el de las “razas”, podría entrapar los debates relevantes en los marcos del particularismo/excepcionalismo chino/asiático (“autenticidad cultural” y “choque de civilizaciones”) o el conformismo occidentecéntrico (*jiegui* y el “fin de la historia”). Los veredictos de formulaciones al estilo del MPA sobre la existencia de fatales deficiencias “asiáticas”, provengan del marxismo o de otras fuentes, deben ser combatidos. Pero es imposible hacerlo mediante una autorientalización que Bruce Cumings describe como “una nueva locura orientalista” (2011: 185). Ni tampoco puede resolver el problema una globalización de una sola vía: nada vindicaría más al capitalismo occidentecéntrico que la conquista capitalista de China, que ha sido, para usar un lenguaje culturalista, “de todas las grandes culturas... la más alejada de la tradición occidental” (Fairbank 1957: 4). Para ser más precisos, con la derrota del socialismo chino, China ahora “prepara el escenario para que la cristalización de un orientalismo sinológico y la lógica del capital de la RPCCh se conviertan en una misma cosa” (Vukovich 2012: 23). Este “orientalismo sinológico” de naturaleza política, sin embargo, no puede combatirse con un “orientalismo inverso” de orden cultural, que siga la lógica del capitalismo tardío. Las preciosas tradiciones culturales de China merecen una cuidadosa reevaluación tras las rupturas revolucionarias del siglo XX. Pero mirar hacia el Oriente no valida ninguna fantasía nativista:

el socialismo no necesita echar mano a las glorias prerrevolucionarias.

Un argumento más fuerte, y probablemente también el único plausible, tendrá que surgir de una posición universalista acerca de valores locales o localizados que esperan una conversión democrática para ser debidamente reconocidos en las teorías normativas de la emancipación. Dos ejemplos obvios son el marxismo sinificado de la Revolución china y, quizás más discutiblemente, la democracia gandhiana de la lucha por la libertad en la India. Solo así podrá rivalizarse con la supuesta universalidad del capitalismo, afirmada por una ideología hegemónica e institucionalizada, pero desmentida a fondo por la perpetua devastación local y global que les inflige el sistema a las sociedades y la naturaleza. Pero las alternativas, incluidas las que abortaron en el corto siglo XX, todavía tienen que expresarse en el lenguaje universal de tales teorías normativas, una empresa intelectual que ya ha sido demasiado pospuesta.

Históricamente parte integral de una economía política dada y, por tanto, necesariamente incluidos en una comprensión más plena y precisa del desarrollo económico comparativo están los movimientos populares surgidos desde abajo. Por ejemplo, resulta fácil relacionar la intranquilidad rural en el norte y el sur de China (Perry 1983; Bernhardt 1992) con rebeliones campesinas ocurridas en otros lugares, incluida Europa. En la historia desde abajo, la resistencia popular ha tenido lugar en el planeta antes de la “era del capital” y durante ella. En los movimientos revolucionarios de inicios del siglo XX en adelante participaron nacionalistas, comunistas y activistas contra la guerra de Asia Oriental y del Sur, y del Sudeste Asiático, que trascendieron las fronteras nacionales y regionales (Blackburn 1975; Karl 2002). La idea de un universalismo asiático en el que se entrelazaban el nacionalismo y el internacionalismo surgió como respuesta al colonialismo occidental, el imperialismo

japonés y sus colaboradores locales. En términos más generales, desde los “tres principios del pueblo” y el espíritu de Bandung, hasta los derechos de los trabajadores, los agricultores, las mujeres, las minorías y los grupos subalternos, las luchas compartidas continúan. La vía de la masiva inversión del Estado en capital humano y la protección gubernamental a las industrias que son “adalides nacionales” a o los pequeños negocios en las economías de los “tigres”, también pueden enseñarnos algo sobre el desarrollo más allá de Asia Oriental. Solo cuando saquemos lecciones de las experiencias comunes de un “Asia de los pueblos” y potenciemos su alianza con otros en diferentes partes del mundo (p. ej., movimientos populares transnacionales como Food First, el movimiento por el derecho a la tierra y otros), y cuando las potencias regionales se nieguen a emular algo que recuerde aun remotamente la vieja práctica colonial, comenzará a cobrar sentido un “consenso de Beijing” o un “consenso de Delhi”.

La revolución comunista de China, debido a su conciencia de que formaba “parte de la revolución mundial” (como analizara Mao en *Sobre la nueva democracia*, en 1940) y a sus impactos globales abarcadores, no es —nunca fue— un acontecimiento meramente chino. Debido a la posición de “clase” oprimida de la nación, la revolución tuvo que ser a la vez nacionalista e internacionalista. Ernest Gellner se revela como un marxista cuando escribe que “solo cuando una nación se convirtió en una clase... se tornó políticamente consciente y activista... [como] nación para sí” (1983: 121). La construcción subjetiva del “pueblo chino” en el proceso de construcción de una nueva nación es solo otro caso del “nosotros el pueblo” que emerge de las grandes revoluciones sociales. La idea china de una “línea de masas” (y de modo similar del “centralismo democrático” del maoísmo en contraste con el estalinismo) se corresponde con un proceso magistral de toma de de-

cisiones democráticas mediante la demanda (“de las masas”, democráticamente) y la agregación (decisiones tomadas centralmente “para las masas” a fin de que estas las implementen). A diferencia de una democracia burguesa “fraudulenta” por un lado, y de la burocratización estatista por el otro, esta idea contiene también un elemento universal de amplia participación y autorganización.

El “derecho a la rebelión” es una máxima de la Declaración de Derechos francesa, y el mismo principio encarna desde hace más de dos mil años en el viejo concepto chino de un “mandato divino” que justifica la revuelta contra una tiranía. Mancur Olson, un politólogo que para nada puede calificarse de revolucionario, valora la motivación maoísta para reformar a la burocracia mediante una Revolución Cultural: un “Estado negociador-corporativo” (como los de los países nórdicos) debe esforzarse constantemente por frenar a diversas “coaliciones distributivas”. La democracia necesita de sacudidas periódicas para reequilibrar el poder social (Olson 1982: 42-47; Rose-Ackerman 2003). Los intentos chinos pueden asociarse con razón al modelo marxiano de la Comuna de París: “la forma política al fin descubierta mediante la cual llevar a cabo la emancipación económica del trabajo”. La misma reemplazaría el juego de “decidir cada tres o seis años qué miembro de la clase dominante representará mal al pueblo en el Parlamento” (Marx [1871]1968: 213). La “conexión parisina” de la agitación obrera en Shanghai (Perry 1999) y las imágenes de la Comuna de París en el pensamiento sino-marxista (Meisner 1982: 136-151) son un excelente ejemplo de lo “universal concreto” a lo que se debe aspirar.

Una nueva economía moral como la analizada en el Capítulo 7 podría ser otro caso de fenómenos locales con una significación universal. Sus presupuestos básicos son sin duda mucho más amplios que creencias estrechas tales como el crudo “hombre económico”. Si bien la ideología de la “propiedad privada exclusiva”

(Hann 1998) o del “individualismo posesivo” (MacPherson 1962) es intrínseca a la equiparación weberiana de la modernidad y la racionalización capitalista, es también provinciana. A la doctrina individualista le ha resultado difícil penetrar en muchas culturas y comunidades. Este hecho, aun si la globalización neoliberal lo ha puesto en jaque, no solo invalida la racionalidad capitalista, sino que compete con ella por la universalidad en la redefinición de lo moderno y lo racional. El redescubrimiento por la academia occidental de un Adam Smith sentimental constituye un útil repensamiento autocrítico desde el interior del sistema. Pero hay que insistir en que los pueblos orientales y sus economías morales han existido desde mucho antes que apareciera Smith y pueden sacar a la luz perspectivas y determinantes periféricos a los que no se les ha prestado la debida atención, que trascienden “una modernidad singular definida por la economía política y la cultura del capitalismo” (Dirlik 2011a: 16).

A pesar de sus tropiezos pasados y presentes, China podría esforzarse por encabezar la marcha hacia una transformación global que resulta imperativa, dado que el paradigma de la acumulación de capital evidentemente ha llegado a su término. El urgente abordaje de las crisis climática y ambiental es ineludible y, por tanto, universal, y es ahí donde el conocimiento local sobre el tema podría construirse normativamente. Una contribución fundamental de la nueva historia económica revisada en el Capítulo 2 es que ubica la ecología, entendida en su sentido más amplio, en el centro de la comprensión histórica. La posible ventaja china en esta cuestión es doble. La cambiante estructura económica del país siempre ha dependido en parte de una multitud de pequeños productores y cooperativas; y las transformaciones revolucionaria y reformista de la China rural han puesto en jaque hasta cierto punto los métodos y resultados de la urbanización típica del Tercer Mundo. ¿No podría acaso un

nuevo tipo de “revolución industrial”, esta vez encaminada tanto a la satisfacción de las necesidades como a la obtención de la libertad, relajar la rigidez conceptual y discursiva de la modernidad capitalista? Una sociedad participativa constituida por bienes comunes, con los productores directos como sus sujetos y la puesta en práctica de valores humanos mediante el trabajo colectivo como su objetivo (Capítulo 7) forma parte de la visión de un grandioso modelo social. El universalismo de esta visión no reside en una convergencia del desarrollo, porque un mundo moderno podría o no ser urbano tal como entendemos lo urbano en la actualidad. Aquí, de nuevo, se hace necesaria una claridad estratégica para distinguir entre urbanización y modernización y, más allá, entre modernidad y capitalismo.

El esfuerzo por redefinir el universalismo –entendido como visión del mundo europea– desde el Oriente no exige una uniformidad cultural de la región o de entidades transregionales. Esa uniformidad nunca ha existido, y “Asia” no es generalizable, salvo por sus preciosas tradiciones no solo de antimperialismo y descolonización, sino también de desarrollo nacional. Nada universalmente apreciable en estas tradiciones, ni la negación de las mismas, es de naturaleza cultural. En la era posMao, por ejemplo, la revolución china es abominada y el maoísmo demonizado como una iniciativa “nativa”, pero eso, por supuesto, tiene sus orígenes en la Guerra Fría y es ahora aplaudido en China y repetido en el extranjero (Vukovich 2012). De ahí que la tarea de redefinir el universalismo no pueda tener que ver con la uniformidad cultural, sino con una comunidad en el compromiso político y el deseo social compartido, y con un aprendizaje mutuo, un diálogo entre iguales y el empleo de “Asia como un punto de anclaje imaginario”. Ciertas ideas y experiencias asiáticas pueden, sin dudas, elaborarse “como un horizonte, una

perspectiva o un método alternativos para plantear un conjunto diferente de preguntas acerca de la historia del mundo” (Chen 2010: xv). Como bien señala un artículo titulado “The East is Grey” (inusual en la convencional machaconería de *The Economist*), China “cuenta con algunas ventajas para enfrentar sus problemas ambientales y los del mundo”: esas ventajas van desde la voluntad política hasta los incentivos económicos, desde la ventaja que le brindan sus “desiertos soleados y ventosos” hasta las lecciones que puede extraer de los errores cometidos por otros países que se desarrollaron antes. Construir “un sistema energético de cero carbono es la parte buena de una muy mala situación. Si China no logra hacerlo, nadie lo logrará.”⁷

Si repensar Asia implica necesariamente cuestionar la universalidad de una visión teleológica del mundo y de la historia mundial, y si la “euromodernidad” capitalista (Dirlik 2011a) con sus pretensiones universalistas no puede ser negada por ningún particularismo, entonces nada que no sea una osada alternativa socialista que cobre fuerzas en la práctica logrará que resulte alcanzable la meta de deshacer intelectualmente el prolongado capitalismo-centrismo y la mentalidad de Guerra Fría. Después de todo, solo un cambio de paradigma epistemológico que haga caer por tierra la universalidad que se percibe en los valores centrados en un capitalismo industrial eurogenético podría derrotar los mitos y el estigma de los defectos del Oriente.

El marxismo y la interpretación de China

Desde la perspectiva universalista del materialismo histórico, la posición de China en el mundo y en la historia mundial se define esencialmente por sus relaciones con los parámetros epocales del capitalismo. Ambas entidades –el capitalismo con su dominio global y China en busca de una alternativa– forman parte de un entorno histórico abierto. Toda investigación y comprensión racionales deben historizarse debidamente en sus interacciones y sus efectos entrelazados. Es aquí donde el marxismo resulta sugerente en virtud de su poderosa perspectiva global sobre el capitalismo y el precapitalismo, sus incisivas críticas de la crisis capitalista y su lógica conclusión acerca del derrumbe final del capitalismo y su sustitución por una formación social superior.

El paso chino de la revolución a la reforma y su rumbo futuro han sido profusamente documentados y debatidos por los estudiosos, sobre todo en el marco de diversas versiones de la teoría de la modernización. El marxismo ha tenido un notable impacto (si no ha sido exactamente el pionero) en esa teoría y en el conocimiento producido bajo su influencia. Mientras el capitalismo siga siendo el modo de producción dominante en los tiempos modernos –que define la propia época– la luz, o incluso la oscuridad que provee la perspectiva marxista resulta intelectualmente indispensable. Entre los temas cruciales planteados por la interpretación marxista de

China, cuatro tesis interconectadas serán el centro del análisis que sigue: la necesidad de ubicar a China en la economía política global; la falacia de que el capitalismo es una etapa evolutiva inevitable o una opción sostenible para China; la primacía de la política y de la lucha ideológica para los fines del desarrollo en la era del capitalismo tardío; y la naturaleza política, no cultural, del socialismo chino. Toda implicación universal que pueda extraerse de estos postulados saldrá a la superficie.

El sistema global ha estado sometido a una financiarización a largo plazo y después a un cambio fundamental a partir de la década de 1970, lo que ha llevado a que las crisis capitalistas contemporáneas sean en buena medida fiscales. Sin un patrón oro fijo y, por tanto, un mecanismo de control sobre la balanza de pagos internacional, los Estados Unidos en particular han podido emitir dólares a voluntad y exportar inflación, déficit y expansión del crédito. A su vez, la liberalización de los movimientos de capital y las transacciones en los mercados de acciones y monetarios globales ha permitido que los excedentes de capital fluyan hacia los países en desarrollo en una escala masiva, sobre todo como inversiones en cartera especulativas, a corto plazo, para obtener ganancias rápidas. La reforma china ha marchado en paralelo con esa mutación del capitalismo y el inicio de la hegemonía neoliberal, y ella misma se ha convertido en una fuerza motriz de la formación de nuevos espacios y centros de crecimiento en el sistema. En esas circunstancias, China puede seguir creciendo desde un punto de vista económico, pero solo como una potencia menor explotada, atropellada, inestable y probablemente explosiva y reaccionaria. A la luz de sus inimitables contribuciones a la globalización poscomunista que está en el orden del día, viene a la mente el temor de Marx a la contrarrevolución en los regímenes capitalistas recién transformados (Marx [1858]1983:

345). La República Popular, al perder la sustancia y la especificidad de su estatus original, atraviesa una aguda crisis de identidad.

Cuando fracasó el intento reformista temprano de “reconexión” superficial y selectiva unida a autonomía y protección nacionales, cuando la clase política intentó por todos los medios apaciguar a los que dictan las normas globales, y cuando el intencionado cultivo por el Estado comunista del mercado capitalista produjo reacciones adversas, la reforma degeneró para convertirse en una transición capitalista-burocrática. La penetración del capital casino y las multinacionales por sí sola amenaza la seguridad económica nacional y es un obstáculo para los productores directos y los pequeños comerciantes, lo que torna vulnerable al país a una dependencia económica y una incapacidad política mayores. El surgimiento de la resistencia social, sea polanyiana o socialista, aclara el panorama: el mercado privado no puede ser automáticamente social, como conciben erróneamente buena parte de los medios oficiales y no oficiales chinos. Oculta tras esa percepción está la realidad de que las fuerzas de mercado y las fuerzas del Estado se alían, y de que ambas pueden reprimir a la sociedad. La burguesía revolucionaria que representaba un modo de producción en ascenso, como analizara Marx, hace mucho que desapareció de la historia mundial.

La progresión que se observa en dos documentos del Consejo de Estado ejemplifica la estrategia política de China. El primero, emitido en 2005 (no. 3) y titulado “Alentando, apoyando y guiando el desarrollo del sector privado” (conocido como las “36 antiguas directivas”), legitimaba el funcionamiento de empresas privadas y extranjeras en industrias fundamentales de China y especificaba disposiciones preferenciales para ellas. El segundo, emitido en 2010 (no. 13) con el mismo título, identificaba una docena más de industrias abiertas al capital privado y foráneo, incluidas las indus-

trias militar y de la defensa, el petróleo, la energía nuclear y las comunicaciones. Las “36 nuevas directivas” han entrado en vigor rápida y enérgicamente, complementadas, además, por nuevas medidas de apertura financiera. *China 2030* es una declaración incluso más comprehensiva sobre la privatización y la liberalización (Capítulo 4). Por lo general, en los círculos políticos chinos se considera que el Banco Mundial es una autoridad, como si sus opciones estuvieran por encima de las de un Estado soberano. *China Daily* informa con aprobación que “el Banco Mundial instó a China a perfeccionar su sistema financiero de manera decidida, amplia y coordinada”; y que “el Banco recomienda también que se redefinan los roles de las EPE y se elimine el monopolio estatal en ciertas industrias mediante la diversificación de las formas de propiedad y la disminución de las barreras a la entrada de firmas privadas”.¹ Pero esas recomendaciones socavarían los cimientos del sistema chino, que son los que le han permitido al país desarrollarse rápidamente y resistir la hostilidad internacional y las crisis financieras globales y regionales a partir de la década de 1970.

El descontento social acumulado por la radicalización de las reformas y las tensiones políticas resultantes en el seno del Partido y el gobierno culminaron en una feroz competencia entre los llamados modelo de Chongqing y modelo de Guangdong. La diferencia entre los dos, en el discurso popular, es la existente entre “compartir el pastel a partes iguales” y “aumentar el tamaño del pastel”. Pero el modelo (distributivo) de Chongqing fue rápidamente aplastado en un drama altamente secreto, pero que se hizo público, alimentado por una “maquinaria del rumor” auspiciada por el Estado, en la primavera de 2012 (Wang 2012b). La caída de Bo Xilai, secretario municipal del Partido, apareció en los titulares de todo el mundo. Buena parte de las fuerzas que se movieron en este caso y en los acontecimientos que lo rodearon siguen siendo

objeto de conjeturas. A medida que se desarrollaba, las informaciones y declaraciones de Beijing eran repetidas tan literalmente en Washington y Londres que la naturaleza de la participación extranjera en las mismas es también fuente de especulaciones. Informes negativos sobre Chongqing del Carnegie Endowment for International Peace, la Hoover Institution y la Rand Corporation precedieron a la represión². Una insólita alianza entre la elite de poder comunista china, facciones anticomunistas dentro y fuera de China, y gobiernos y medios de prensa occidentales parecen ser un ejemplo descomunal de política posmoderna del siglo XXI.

Pero el malestar popular por el affaire no se debe solamente a la falta de evidencias contra Bo ni a la incertidumbre general sobre la independencia del poder judicial y la posibilidad de tener un juicio justo en China. Fue obvio que los motivos políticos de los acusadores predeterminaron el resultado de la investigación. En otras palabras, la persecución de los practicantes y simpatizantes del modelo es una cuestión de “lucha de líneas” (según el concepto maoísta) acerca de la dirección futura del Partido y el país. No es un asunto de ambición personal o corrupción, sino de la postura política del poder comunista. Lo que está en juego son los valores de prosperidad para todos simbolizados por el modelo y las fuerzas sociales que lo apoyan, incluidas las que critican sus obvias limitaciones. En abril, una carta abierta dirigida a los dirigentes y firmada por “un grupo de miembros confundidos del Partido Comunista” circuló brevemente en Internet: Gracias a los acontecimientos de los años recientes en Chongqing “hemos sido testigos del regreso de la luz del socialismo y las posiciones originales del Partido... la gente saludó el retorno del verdadero Partido y de su inclinación y su línea de masas”.³ La falta de evidencias de peso que probaran la acusación de corrupción contra Bo les plantea un problema a los reformadores, que son adalides del imperio de la ley y los procedi-

mientos legales justos, según los cuales el acusado es inocente hasta que se demuestra su culpabilidad y tiene derecho a una defensa. No obstante, mientras se llevaban a cabo los arrestos e interrogatorios, a los funcionarios de toda la nación se les exigió que declararan su lealtad al poder central, y se cerraron páginas web con inclinaciones de izquierda.⁴ La atmósfera que rodea el affaire sigue siendo tensa y represiva.

En su aventura local, Bo y sus seguidores intentaron, en particular, restaurar el espíritu de un colectivismo perdido y los vínculos entre dirigentes y dirigidos. Como indicaba la carta abierta antes citada, a los funcionarios de Chongqing se les exigía que pasaran no menos de dos tercios de su jornada laboral sobre el terreno con obreros de vanguardia, aldeanos, grupos marginados y hogares pobres. Esto debe haber sido sumamente irritante para los poderosos que se han alejado de los simpatizantes tradicionales del Partido. Un comentarista lo expresa así en Internet: “Si confiar en el apoyo popular puede emplearse para influir sobre el poder, ¿no es esa acaso la vía para desatar presiones democráticas incontrolables que pudieran amenazar la unidad y el gobierno de la RPCh?”⁵ Como señala Zhao Yuezhi, para mantenerse en el poder, el Partido tendrá que equilibrar la cuestión de la inestabilidad social con una economía global que flaquea, y todo ello mostrándose a la altura de ciertos elementos de la retórica del modelo Chongqing. Es quizás precisamente en este contexto que se puede entender mejor la primera plana del *People's Daily* del 11 de abril de 2012. En vez de anunciar a bombo y platillo la salida de Bo de su cargo, exhibía el siguiente titular: “Más de 200.000 funcionarios de Shaanxi van a las bases”. Como ninguna otra región había mostrado resultados más impresionante en el envío de funcionarios para atender a las bases que el Chongqing de Bo, la línea partidaria era clara: “¡Abajo Bo Xilai, viva la línea de masas!” (Zhao 2012). Este optimismo

puede ser el anticipo de un cambio deseable de los nuevos dirigentes que tomaron posesión de sus cargos en 2013.

En Chongqing, sin embargo, los ánimos no se han aplacado: en las plazas públicas hay letreros que prohíben las reuniones para entonar canciones rojas, anuncios comerciales antes prohibidos han vuelto a aparecer en los principales canales de televisión, y “regresan poco a poco problemas que van desde la prostitución hasta las actividades ilegales de los ricos”.⁶ Pero, “si se tiene en cuenta lo lejos que pudo llegar Bo en Chongqing, y la gravedad de la crisis que ha provocado su remoción, es claro que el PCCh no podrá eliminar fácilmente sus mensajes políticos y hacer caso omiso de los asuntos clave que el Modelo de Chongqing intentó resolver” (Zhao 2012). En el nivel nacional, como señala Kerry Brown, dado que Bo era “el único dirigente de su generación que trató verdaderamente de trascender la zona de poder de la elite privilegiada” y hablar directamente con el pueblo, “su salida constituye una inmensa pérdida para la vida política de China”.⁷

Chongqing no representaba un nuevo modelo socialista. Por un lado, la economía local de esa gigantesca ciudad de montaña del centro de China (que cuenta con 32 millones de residentes urbanos y suburbanos) ha crecido más rápidamente que el promedio nacional, gracias a las ganancias e inversiones de las EPE (Cui 2011).⁸ Esta fuente de ingresos gubernamentales es lo que ha permitido la puesta en marcha de planes públicos de gran envergadura: viviendas subsidiadas, una seguridad social integrada urbano-rural, reforestación, mejora del transporte público y otras prestaciones asociadas con *minsheng*. La gestión innovadora de las firmas estatales también ha contribuido a que la tasa impositiva al sector de los negocios privados sea del 15%, más baja que el 25% que es el promedio del resto de China.⁹ Por otro lado, sin embargo, circunscrita por sus condiciones externas e internas, Chongqing ha puesto

en práctica un programa que en buena medida sigue la pauta de las prioridades nacionales, encaminadas a promover el capital privado, las exportaciones y la integración al mercado. No ha cuestionado la teleología de la modernización entendida como modernización y urbanización. Ni tampoco ha ofrecido una visión que trascienda la globalización capitalista.

El desarrollo de China se encuentra en una encrucijada: de una parte está la legitimidad o la inevitabilidad de una transición completa al capitalismo; de la otra, la necesidad moral y la factibilidad práctica de una alternativa socialista. La primera opción domina el pensamiento político interno, que describe falsamente a la segunda como un deseo de darle marcha atrás al reloj para asumir una economía política ultraizquierdista. La política que subyace esta división puede verse más claramente si se explicitan las razones de la lógica torcida que se oculta en la comparación entre Chongqing y la Revolución Cultural: mientras que los blancos a los que apuntaba esta última eran los “seguidores de la vía capitalista” –entonces aún por venir– y los burócratas corruptos, son esos quienes han ocupado ahora muchos cargos de dirección, y por supuesto, se sienten amenazados. El contexto discursivo es, entonces, que la “Revolución Cultural” puede blandirse “como un arma retórica letal” contra los críticos de las políticas neoliberales y las elites (Zhao 2008: 56, 323). De hecho, “los pocos regímenes comunistas que aún sobreviven se están reinventando como protectores autoritarios de un nuevo ‘capitalismo con valores asiáticos’, incluso más dinámico y eficiente”. Y esta hegemonía incontestada del capitalismo solo se sostiene gracias al núcleo utópico de la ideología capitalista. “Las utopías de mundos alternativos han sido exorcizadas por la utopía que está en el poder, que se enmascara de realismo pragmático” (Žižek 2009: 77).

Lo más irónico es el uso que se hace del marxismo para justificar un capitalismo utópico: utópico por la ceguera ante la explotación y la destrucción capitalistas, la quimérica idealización de un mercado mágico, y la creencia infundada en que el capitalismo es necesario o inevitable. Pero esto es una manipulación y una distorsión. Hay que recordar lo que escribió Marx acerca de la revolución y el potencial revolucionario de China (Capítulo 2), o acerca de la posibilidad de una transición rusa de la propiedad comunal al comunismo (Capítulo 3). Marx es absolutamente claro acerca de que la vía de Europa Occidental es singular y limitada a Europa Occidental. El desarrollo capitalista no es inevitable en otros lugares, para no mencionar que no es deseable. En un famoso pasaje escrito a fines de la década de 1870, Marx le contestaba a un crítico que “metamorfosar mi bosquejo de la génesis del capitalismo en Europa Occidental y convertirlo en una teoría histórico-filosófica de un curso general impuesto como una fatalidad a todos los pueblos, con independencia de las circunstancias históricas en las que se encuentran”, equivalía a “hacerme demasiado honor y demasiado escarnio”. Marx mencionaba también que el *El capital* ya había “hecho alusión a la suerte que corrieron los plebeyos de la antigua Roma”.¹⁰ Añádase que la revolución comunista en las “circunstancias históricas” de China convirtió al país en algo que no tiene comparación con la Rusia zarista ni con ninguna otra sociedad “precapitalista”. Un elemento central del poderoso argumento de la *Nueva Democracia* es, precisamente, que la revolución le cerró el paso al capitalismo en China.

Por lo mismo, el capitalismo en su forma clásica ya no resulta viable. No es una opción disponible para el desarrollo tardío en general, y para China en particular. Como se ha señalado, la tesis de que el capitalismo fue bloqueado en China gracias a los imperialismos occidental y japonés era un consenso entre los marxistas chi-

nos. También abundan nuevas limitaciones, desde las duras, materiales, hasta las blandas, de naturaleza moral y cultural. Sobre todo, el alivio ecológico que encontró el capitalismo europeo temprano en sus colonias de ultramar es obviamente irrepetible (para no mencionar que es moralmente inaceptable). China tiene inversiones directas en el extranjero, pero de ningún modo como una potencia colonial. Por otro lado, la lógica del capital global, que persigue la acumulación mediante la búsqueda de nuevas fuentes de trabajo y recursos establece el límite último. El capital excedente que procura nuevos territorios da como resultado rivalidades políticas, que es el camino que conduce a los conflictos internacionales y la guerra. El autosostenimiento socialista es, por tanto, la opción que garantiza no solo la seguridad nacional, sino también la paz mundial.

Considérese también la destrucción que conlleva una transición poscomunista. En Rusia, dicha transición fue “un saqueo a gran escala”. El capitalismo, que no era orgánico a la sociedad soviética, fue impuesto desde arriba y desde afuera; y la imposición, “a costa de vida y muerte” según opinión de los trabajadores, “llevó a enormes y esperadas distorsiones, patologías y desastres” (Buraway 2009: 34, 62). Lo mismo ha sucedido en China. En la carta antes citada, Marx escribía también:

Si Rusia trata de convertirse en una nación capitalista, imitando a las naciones de Europa Occidental, y en años recientes ha mostrado un gran empeño en ello, no lo logrará sin antes haber transformado a buena parte de sus campesinos en proletarios; y después, una vez en el regazo del régimen capitalista, estará sometida a sus leyes inexorables, como otras naciones profanas.

Cada una de esas palabras parecería haber sido escrita sobre la China actual (Capítulo 6). Y muchas más cosas suceden en el curso de dicha transición socioeconómica, en los terrenos de la cultura,

la moral, la educación y las relaciones sociales en general. En vez de potenciar la autonomía y la libertad de las personas, como prometen los fabuladores, la mercantilización de los valores humanos las esclaviza y corrompe, incluso en las sociedades posrevolucionarias. En una entrevista que le realizaron a Michael Sandel, quien ha pronunciado conferencias en muchas partes del mundo, incluido Shanghai, le preguntaron cuáles eran los países menos receptivos a sus preocupaciones acerca del fundamentalismo del mercado. Su respuesta fue: “China y los Estados Unidos, no hay duda”. En lo que respecta a los límites morales al mercado, a diferencia de la India o Brasil, “en los Estados Unidos y China hay voces potentes que impugnan la idea misma de que existan límites”.¹¹

Los problemas de un capitalismo con características chinas son predecibles: de la explotación y la polarización hasta la codicia, el fraude y la contaminación; de la anarquía del mercado hasta la incapacidad del Estado y la represión. No obstante, una “utopía” muy compartida considera que la solución a esos problemas reside en una transformación capitalista en toda la línea. Pero un desarrollo poscapitalista resultaría más realista, porque no existe un capitalismo idealista que pueda ofrecerle a China un futuro, y porque la dependencia de China de la vía del socialismo no se ha desvanecido. Si el socialismo ya no es una metateoría coherente y debe ser reelaborado para insertarle el mercado, esta podría ser (una vez más) “la mejor oportunidad que le ha ofrecido nunca la historia a un pueblo”, en palabras de Marx citadas en el Capítulo 3 referidas a evitar las fatales vicisitudes del capitalismo. La oportunidad histórica de renovar legados colectivos puede ser aprovechada en China, donde dado que el contexto estructural “postsocialista” de la reforma implica el poscapitalismo en una secuencia lógica e histórica, el socialismo puede seguir siendo “una opción posible a la que regresar si las circunstancias lo exigen” (Dirlik 1989: 377-378).¹²

Dicha opción es más deseable y factible para China, en especial dadas sus condiciones inmediatas de un proceso de acumulación particularmente crudo, inestable, contradictorio y confuso. Pero para que se produzca una reorientación es necesario que los socialistas ganen una batalla política. Esta es la tercera tesis de este capítulo. Ciertamente que el “socialismo” es una palabra vacía sin una base económica: un sector público dominante, por ejemplo, entre otros componentes analizados en el Capítulo 5. Pero sentar y salvaguardar esa base depende de la política. Esa dependencia se aprecia sobre todo en el sistemático socavamiento de las EPE y la tierra colectiva por las políticas neoliberales. De igual modo, incluso una alternativa enteramente viable no puede comenzar a materializarse sin una lucha política que le abra el camino. Tanto las propuestas radicales de derribar el capitalismo como las menos radicales de domesticar la globalización salvaje cuentan con iniciativas políticas de movimientos populares y posiblemente de gobiernos nacionales del Sur. China, por ejemplo, podría contribuir a un esfuerzo conjunto por regular y restringir los movimientos de capital como mecanismo de prevención de las crisis, con el objetivo a largo plazo de socializar los monopolios y desfinanciarizar la gestión económica en el mundo (Amin 2013: 24-27). Eso también mejoraría las condiciones externas de la propia China, debido a la posición de “clase” oprimida de su identidad nacional moderna, que comparte con otros países en desarrollo. Lo que está en juego si China cambia su patrón de desarrollo y se centra en su mercado interno ya no es el crecimiento o el abastecimiento de energía, sino un reordenamiento global.¹³ Internamente, ese cambio implicaría también una feroz pugna de intereses y poder.

La decisión política, la sabiduría y el liderazgo son decisivos para la calidad del programa y el establecimiento de las prioridades nacionales. La trayectoria nacional de la RPCh ilumina el papel de-

terminante de su estructura y su poder políticos, del Partido y el Estado. El hecho de que el régimen posMao haya despolitizado deliberadamente la política china o, más específicamente, desradicalizado o desdeologizado el Partido para cambiar el rumbo, no hace sino confirmar esta afirmación. El proyecto de reforma, por supuesto, es altamente ideológico, y su resultado es la desaparición de un poderoso partido comunista como pensador y organizador, un “moderno príncipe” gramsciano. Sin que haya cambiado su nombre o la formulación de sus estatutos, la autoidentificación del Partido es ahora casi indistinguible de la del Estado. Esa pérdida de identidad ideológica o, para decirlo con palabras de Wang Hui, esa “estatización” del Partido, priva a la República Popular de su alma política, del compromiso heredado de la revolución. El Partido-Estado, entonces, al perseguir una “normalización” de la política china, en realidad no hace sino preservar su poder (Wang 2006). Pero precisamente porque se trata de un proceso político, no tiene por qué ser irreversible. El nuevo liderazgo que asuma el poder en 2013 parece tener esa oportunidad si, y solo si, interpreta el mandato popular y actúa en consecuencia, de manera democrática. Esto es, sin movilizar las fuerzas sociales para rehacer el socialismo, puede que otra revolución social resulte inevitable.

“La política al mando” es un lema muy prestigioso del maoísmo. Más específicamente, para decirlo en palabras de Mao, “la línea y los cuadros del Partido lo deciden todo” (Gray 1974; Meisner 1982: 94-111). Esa idea está íntimamente relacionada con la de la línea de masas y la fe en la agencia humana, en la que “los elementos humanos”, el énfasis en la autonomía y la creatividad de la gente común, están “entre las grandes visiones del hombre en la historia de las aspiraciones humanas” (Lindblom 1977: 54-55, 62). La “política” en este sentido conlleva también la centralidad de las luchas teóricas, ideológicas y discursivas. Dado el efecto que ha tenido la

despolitización en la sociedad china, que ha sido arrasada en medio del surgimiento de una omnipresente monocultura del fetichismo del dinero y el cinismo político, volver a acentuar la política equivale a intentar una contratransformación de las percepciones y la estructura de los sentimientos. Es en la batalla de las ideas, entonces, donde se plantea la cuestión de la subjetividad, la agencia y la conciencia en la creación de un nuevo sujeto popular e histórico. Lo social, basado en la nueva economía moral de los bienes comunes y la alianza de clases simbolizada en la identidad genérica de los productores directos, contará entonces con medios prácticos para abogar, organizar y generar una presión alternativa creciente sobre el Partido y el gobierno a fin de que se produzca una reorientación.

Si el marxismo es culpable de determinismo económico, “la política al mando” sería entonces un valioso correctivo. La lectura “materialista vulgar” vindica las opiniones de Marx sobre China por dos razones: el desarrollo capitalista de China demuestra que la pasada aventura del país con el socialismo iba a contrapelo de las “leyes de la historia” y estaba condenada al fracaso; y pasar por la etapa de desarrollo capitalista que se saltó es necesario e ideológicamente legítimo. Así se justifica la transición al mercado, con todos sus vicios: está “del lado de la historia”. Pero esto, de nuevo, constituye una distorsión. Como ideología revolucionaria, el marxismo siempre ha reconocido la precedencia de la política. En *La ideología alemana*, por ejemplo, Marx y Engels explican por qué es necesaria una revolución comunista: “no solo porque no se puede derrocar de ninguna otra manera a la clase dominante, sino también porque solo en una revolución la clase que la derroca puede librarse del lodo de siglos y ser capaz de fundar la sociedad sobre nuevas bases”.¹⁴ La clase dominante nunca se marcha por sí sola; y los fundadores de una nueva sociedad se crean mediante la educa-

ción y la socialización revolucionarias. Esa es la dialéctica de la revolución china.

Sobre la base de la filosofía marxista de las funciones activas o reactivas del movimiento político, la ideología y el poder, se ha desarrollado una tradición marxista entre cuyos cultores están teóricos revolucionarios como Lenin y Mao y una eminente escuela de marxismo occidental. Desde la conciencia de clase de Georg Lukács hasta la hegemonía de Antonio Gramsci, la política está al mando. Como comenta Walter Benjamin, la política también tiene la primacía con respecto a la historia, ya que cataliza aperturas a partir de cierres históricos artificiales (en Bensaid 2002: 35). Según la perspectiva marxista, la historia no tiene en sí misma un propósito, sino que es hecha por actores que tienen limitaciones estructurales, pero una intención moral. Esos actores pueden desafiar ciertos límites con la política transformadora, como demuestran poderosamente los momentos históricos extraordinarios que son las revoluciones. La monumental revolución comunista china cambió la historia china y la historia mundial al permitir una transformación moderna a contrapelo del paradigma supuestamente universal del capitalismo.

No importa cuán verdaderamente materialista histórica sea la concepción de la primacía de la política. Aunque la marxología con frecuencia la ha echado a un lado desde el punto de vista teórico, se ajusta a las experiencias concretas de China. Ello, junto a la indeterminación y la contingencia histórica, implica que el futuro de China y del mundo sigue abierto. Esta perspectiva no determinista es un prerequisite para que una ambición comunista tenga sentido en una era poscomunista. A partir de ahí se pueden diseñar estrategias encaminadas a preservar los espacios y los esfuerzos que aún no han sido dominados por el lucro privado y a recuperar los que ya se han perdido, a fin de reconstruir la economía política de Chi-

na. Si vencerá o no, dependerá de que “la línea y los cuadros” del Partido sepan aprovechar las fuerzas de la resistencia social para impedir una mayor erosión del socialismo. En otras palabras, aquellos que tienen un compromiso con el socialismo deben recuperarse de los contratiempos y las derrotas, regresar al campo de batalla y comenzar desde el inicio. Solo con un modelo social visionario y solo mediante luchas comunes para ponerlo en práctica podrán los movimientos populares descentralizados y experimentales liberarse de sus actuales cadenas institucionales e ideológicas. La política tiene que ver con la “plasticidad” en el pensamiento y la acción, y no con la rigidez de una “estructura profunda” (Unger 1987).

En esencia, el socialismo chino no es un concepto cultural que tiene que ver con la sinitud, sino un concepto político que tiene que ver con el socialismo. Esta clarificación es el último punto que se analizará en este capítulo en lo que respecta a la interpretación marxista de China. Desde su comienzo, las alternativas modernas iniciadas en la China revolucionaria han sido de naturaleza política y no cultural. Esto es, no tienen tanto que ver con características nacionales como con una universalidad socialista, y su intención ha sido poner en jaque al capitalismo, no a Occidente en cuanto tal. La sinificación del marxismo es un ejemplo que pone de manifiesto la falsedad de la narrativa culturalista acerca de la singularidad china. En otras palabras, toda alternativa china sería a la integración capitalista tiene que ser un proyecto político y no cultural, que opte por el socialismo y no por una parcialidad sinófona. Esta aclaración también es importante, porque si se le asignan particularidades culturales al modelo chino se suprime el mensaje político de una alternativa socialista en China. La pugna se convierte en una competencia entre culturas o civilizaciones, o, a menudo con pretensiones racistas, entre la premodernidad y la modernidad. El inconsciente

político en este caso consiste en que cuando se le considera en esos términos, se invalida políticamente a la revolución china. Las deficiencias supuestamente “culturales” resultan ser ideológicas: China no está “a la altura” de la democracia capitalista, o no es aún plenamente moderna, o es incapaz de serlo. Al final, la convergencia y la divergencia en curso entre China y el mundo capitalista no son explicables con el argumento del poder económico que produce la estandarización del mercado ni con el de la lógica cultural de las identidades nacionales. No existe un destino cultural o económico; nada está predestinado en la cultura o la economía. De nuevo, más allá de cierto umbral material (Capítulo 7), la política está al mando.

Por tanto, la cuestión del universalismo es clara. El universo y las condiciones epocales del capitalismo hacen que cualquier alternativa genuina sea necesariamente universalista. Y el modelo socialista chino, como ya se ha analizado, tiene que ser simultáneamente internacionalista. La coherencia dialéctica entre la singularidad y la universalidad del socialismo chino, que ha vuelto a trazar una y otra vez el mapa de la historia mundial, es lo que sostiene a una verdadera historia universal “como método y orientación”.¹⁵ No hay que añadir que los valores, los derechos y la liberación humanos compartidos no requieren de una homogeneidad de culturas o identidades culturales; por el contrario, ellas nutren la diversidad y el pluralismo político. El consumismo, por el contrario, tiene un efecto estandarizador. La conformidad y la uniformidad del mercado deforman el individualismo y la diversidad, lo que debilita la cohesión social y el compromiso público.

Rechazar el esencialismo cultural no equivale a pasar por alto la cultura. No hay duda de que existen diferencias genuinas entre las culturas. La cultura es tan importante que toda transformación socioeconómica tiene que ser también una transformación cultural.

El punto consiste en que el socialismo no es culturalmente específico, con independencia de sus vías o instituciones históricas diversas. La racionalidad colectiva, por oposición al “individualismo posesivo”, ha estado presente, de una u otra manera, en la economía moral tradicional a lo largo de la historia tanto de Occidente como del Oriente. El socialismo tiene raíces profundas, amplias y multiculturales. La búsqueda de una alternativa democrática a la democracia liberal deficitaria tampoco es un proyecto cultural. La democracia, entendida como el poder del pueblo o como el pueblo ejerciendo el control de su propio destino, es una idea universal. Los chinos, que participaron en una “democracia del pueblo” movilizadora antes de hacerlo en una “política normal” parecen más fieles a la democracia que los formalistas de muchas democracias capitalistas. No se satisfarán simplemente con votar y deberán encontrar sus propias maneras de volver a atraer a las personas a la participación política, y de institucionalizar esa participación, la representación y la rendición de cuentas. Las elecciones nacionales probablemente sean necesarias, pero las tradiciones “minimalista” y antipopulista del pensamiento occidental no resultan muy atractivas en la sociedad china. Esta es una diferencia importante, pero difícilmente se la puede considerar cultural.

Esto es, la democracia no es un concepto ajeno al vocabulario político chino, sino un principio legítimo y legitimador de la ideología comunista. Los reformadores han abandonado las campañas de masas, pero no las han reemplazado por nada significativamente más democrático. Si una carencia de libertades garantizadas y la represión de los disidentes hacen deseable hasta una “democracia burguesa”, cualquier análisis racional de la democratización en China debe tomar en serio sus legados revolucionario y socialista, con sus especificidades locales y culturales. Soviets o consejos, comités, foros públicos, congresos representativos, etc., han sido ex-

presiones institucionales funcionales de una democracia de línea de masas. Adoptar una postura crítica ante los errores del pasado sin pasar por alto la aspiración verdaderamente democrática y universalista de la búsqueda china de democracia equivale a rechazar su trivialización y su distorsión. Es contra este telón de fondo, como se ha planteado, que las presunciones y la prescripción de una opción para China que oscila entre el autoritarismo prolongado y una “revolución de colores” son engañosas (Capítulos 4 y 5). Y también lo es debatir si China es una candidata para la implantación de un paquete prefabricado de política electoral e intereses de grupos, sin tener en cuenta sus preferencias y recursos para un cambio democrático. Esta insistencia en la necesidad de tener en cuenta el conocimiento y la moral locales no es, repito, de orden cultural, sino político.

La democracia en China, como en otras partes del mundo en desarrollo, debe rechazar la homogeneización global de un lado, y el tradicionalismo nativista del otro, y debe y puede ser más directa, más participativa, más efectiva y más social, e incluir también el reino de la economía. La democracia económica, promovida por marxistas y no marxistas, es marxista hasta la médula. Después de todo, ¿por qué ansiar la democracia si no sirve para proporcionarles bienes públicos a todos, o para impedir que los banqueros y los especuladores saqueen a los ciudadanos, y si permite que se libren en su nombre guerras y otras formas de destrucción humana y ambiental? Toda legitimación “democrática” de la explotación y la injusticia en los sistemas nacionales y global debe ser denunciada y rechazada. Insisto: oponerse a que la democracia se deforme hasta convertirse en un ritual autoconsolador o un instrumento ideológico de dominación no supone una postura cultural. Esa deformación no es un “pecado occidental” —un “Occidente” unificado es un mito y las democracias sociales europeas podrían ser la esperanza

de un futuro modelo social europeo—, sino una limitación intrínseca del capitalismo.

Desde cierto punto de vista, la historia de la RPCh puede verse como una mezcla de los paradigmas de la revolución, la modernización y la globalización, y desde otro, como una combinación de los modelos de desarrollo tardío, periférico y socialista. Este vasto caso tiene peso suficiente como para negar la falacia teleológica de la modernidad capitalista y de que el capitalismo es una condición imprescindible para la modernización. Que el socialismo siga siendo una alternativa viable en China dependerá de su capacidad para imaginar y llevar a la práctica lo que Lenin llamó, en el momento cumbre de la Nueva Política Económica, “una tarea extremadamente difícil”, una “empresa que abrirá una nueva época” consistente en “completar la base económica de la economía socialista (particularmente en un país de pequeños campesinos).”¹⁶ Más de 160 años antes, Marx lo previó: las revoluciones proletarias, a diferencia de las burguesas,

practican consistentemente la autocrítica y ven interrumpido su curso repetidamente. Regresan a lo que aparentemente ya se ha logrado a fin de comenzar de nuevo la tarea; con meticulosidad implacable se burlan de los aspectos inadecuados, débiles e infelices de sus primeros intentos; parecen derribar por tierra a su oponente solo para verlo sacar fuerzas del suelo y volverse a alzar ante ellas, más colosal que nunca; se amilanan una y otra vez ante la inmensidad de sus propios objetivos, hasta que se crea una situación en la que toda retirada resulta imposible y las condiciones mismas claman: *hic Rhodus, hic salta!* ¡Aquí está Rodas, salta aquí! (Marx [1852]2005: 62).

Este famoso pasaje, tan vívido y preciso en su proyección, podría haber sido escrito específicamente para los socialistas del siglo

XXI. Hay que mirar de frente las contradicciones del socialismo histórico chino y las de las reformas postsocialistas. El proceso chino de prueba y error está en curso: un paso adelante y dos pasos atrás, ¿Pero acaso no se ha creado ya una situación “en la que toda retirada resulta imposible”? Unos años después de la disolución de la Unión Soviética, Eric Hobsbawm escribía que “nuestra evaluación del fenómeno soviético en su totalidad sigue siendo provisional” (1998: 242). Algo similar podría decirse de las transformaciones socialista y postsocialista de China. Si la pregunta metahistórica de si el socialismo tiene futuro en China o si China tiene un futuro en el socialismo puede aún plantearse, la respuesta será cuestión de determinación, persuasión y luchas políticas.

Los días más oscuros de la revolución china, como cuando decenas de miles de trabajadores fueron masacrados y el Partido tuvo que retirarse al campo para comenzar desde el principio, en 1927; o cuando se perdió el 90% de las zonas rojas, al tiempo que eran barridas por completo las organizaciones clandestinas urbanas del Partido, y el ejército rojo se vio obligado a caminar más de 10.000 kilómetros en medio de extremas privaciones para construir nuevas bases en el norte, proceso en el que perdió el 90% de sus fuerzas, a mediados de la década de 1930, los comunistas no desesperaron. Soportaron exactamente lo que Lenin predijo en el caso de la Unión Soviética: “una guerra larga, terca, desesperada, a vida o muerte; una guerra que exige perseverancia, disciplina, firmeza, resolución indomable y unidad de propósito”,¹⁷ y marcharon hasta la victoria. Las condiciones son muy distintas hoy para los socialistas, excepto “la inmensidad de sus propios objetivos”, mientras que la claridad acerca de sus tareas y programas o sobre quiénes son sus amigos y sus enemigos ya no existe. Pero es en la lucha política donde hay que buscar la respuesta a nuestras muchas preguntas, por China y, en consecuencia, por el mundo.

Notas

1. El posicionamiento de China en el desarrollo capitalista mundial

1. En un análisis sobre Weber y la cuestión de la modernidad china, Wang Hui apunta que las ciencias sociales modernas, que se establecieron primero en Occidente, se apoyan sobre una taxonomía social y una morfología sociales particulares, que incluyen las clasificaciones disciplinarias. Al adoptarlas, reestructuramos el conocimiento o reconstruimos la historia sobre la base de un conjunto de categorías particular, aunque universalizado. Ello, a su vez, da por resultado que nuestro conocimiento y nuestra historia pierden su historicidad (2011: cap. 6).
2. Ver los artículos publicados por el centenario de la revolución en *Global Legal Review* 环球法律评论 5, 2011, Beijing: Chinese Academy of Social Sciences.
3. Obviamente, depende de cómo se define el “Estado-nación”, o de si se debe confinar a la edad moderna al emitir un juicio sobre él. Mancur Olson, por ejemplo, sostiene que China “es uno de los primeros –si no el primero– de los Estados-naciones” (1982: 152).
4. Chalmers Johnson les advierte a sus compatriotas norteamericanos, en un análisis sobre “la vía hacia la bancarrota imperial”, que “estamos a punto de perder nuestra democracia en aras de conservar nuestro imperio” (“Empire v. Democracy”, <http://www.tomdispatch.com/post/160594/>, 30 de enero de 2007).
5. El análisis de David Harvey sobre los mecanismos locales de la globalización capitalista sigue la línea planteada por Henri Lefebvre en *The Production of Space*. Ambos rechazan una percepción espacio-temporal que “amenaza con tornarse fija, congelada y osificada” (en Lefebvre 1974: 431).

6. Braudel citado en (Arrighi 2007: 230). Ver también el análisis de Immanuel Wallerstein titulado “Braudel on capitalism, or everything upside down” en (1991: 207-217).
7. El concepto de “interculturalidad” de Wang Hui es un desarrollo crítico de la “intersubjetividad” de Jurgen Habermas, que se limita al comportamiento interactivo y la comunicación individuales en una comunidad social o lingüística dada. De ahí que no “aborde las interacciones entre miembros de diferentes comunidades lingüísticas y socioculturales” (2011: 305-306).

2. El debate de la historia: de la “sociedad oriental” a la “gran divergencia”

1. De hecho, la financiarización promovida por “la comercialización de la guerra y de una carrera armamentista incesante” fue precisamente lo que hizo específicamente *capitalista* la senda seguida por Europa (Arrighi 2007: 230, 266-272, 332).
2. Marx opina que “sería un error ubicar a todas [las comunidades primitivas] en el mismo nivel; como ocurre con las formaciones geológicas, esas formas históricas contienen toda una serie de tipos primarios, secundarios, terciarios, etc.” ([1881]1989: 356-357).
3. La emigración china, sobre todo a *nanyang* o el Sudeste de Asia, a lo largo de varios siglos, forma parte de la historia económica regional de Asia. Una obvia e importante divergencia es que, a diferencia de los europeos, los chinos de ultramar por lo general no han sido colonizadores-gobernantes gracias a una conquista militar
4. Ver Rosenthal y Wong (2001: cap. 5) y Rawski y Rawski (2008) para criterios sobre la dinámica local y la eficiencia de los mercados crediticios chinos, que al igual que sus contrapartes europeas, se organizaban mediante estrictos derechos de propiedad y contratos formales.
5. Ver Han (2009: 152ss) para críticas sobre la introducción de la plata en el comercio realizada por los reformadores ming; Wang (2010) para un análisis crítico de los estudios chinos sobre la cultura monetaria de la China “premoderna”; y Wakeman (2009) para un vasto conjunto de referencias.
6. El influyente enfoque “centrado en China” (Cohen 1984), por ejemplo, si bien elimina los sesgos de las asimétricas oposiciones binarias entre un

Occidente activo y una China pasiva, “rechaza de plano la teoría a favor de los ‘hechos’” y “obliga a sus simpatizantes a repetir lugares comunes autóctonos” sobre la autenticidad cultural (Harootunian 2002: 163).

7. Ver también Bairoch (1993) y Maddison (2007). No obstante, las estadísticas no son consistentes, sobre todo en lo relativo a cuándo comenzó la “gran divergencia”. Las estimaciones varían nada menos que en unos 500 años, entre ca. 1300 y 1800. Una profunda diferencia entre esos dos extremos reside en si la revolución industrial europea desempeña un papel decisivo en la explicación de esa historia.
8. Para el estancamiento de los salarios reales en China a partir de inicios del siglo XVIII, ver Allen et al. 2011.
9. De manera similar, en el caso del subcontinente indio, regiones altamente comercializadas no estaban sometidas a presiones competitivas o ecológicas globales comparables a las que afectaban a Gran Bretaña. Los indios, como los chinos, contaban entonces con “su propio dinamismo económico y político”. No obstante, si se toman en cuenta los agentes, “las presiones no eran de naturaleza tal que se necesitaran transformaciones radicales o que hubiera que seguir caminos riesgosos” (Parthasarathi 2011: 263).

3. El socialismo chino y el capitalismo global

1. Neil Davidson señala que el Partido Comunista Chino era un partido de obreros antes del sangriento golpe de Jiang Jieshi en 1927. Después de esa fecha, “el PCCh dejó de ser un partido de la clase obrera, porque toda su militancia urbana perteneciente a esa clase fue destruida, y se convirtió en una organización guerrillera rural cuya base era el campesinado” (2012: 252). Sería razonable plantearse una pregunta sobre las posibilidades históricas: si la Internacional Comunista no hubiera impuesto el desastroso “primer frente unido” entre los comunistas y los nacionalistas, ¿habrían sido diferentes la trayectoria y el resultado de la revolución? Pero calificar de partido campesino al PCCh confunde más de lo que aclara. De modo similar, la descripción de Neil Faulkner de una transición directa de la dirigencia del PCCh “de nacionalistas revolucionarios a clase dirigente burocrática” (2013: 257) es una total simplificación y un serio error, ya que no distingue entre las políticas maoístas y las posmaoístas.
2. Cf. (Schram 1966). Para un estudio de caso de la agitación comunista de-

liberadamente “cultural” en una etapa temprana, ver (Perry 2012).

3. Ver un pasaje maravilloso en el informe que Mao escribiera en 1927 sobre el movimiento campesino en Hunan, que cita Myron Cohen (1993: 151): “¿Los dioses? Adelante, adórenlos. Pero si tuvieran solo al Señor Guan y a la Diosa de la Misericordia y no una asociación campesina, ¿habrían podido derrocar a los tiranos y los malvados terratenientes locales?... ¿Los han adorado durante siglos, y no han derrocado ni a uno solo de los tiranos y los malvados terratenientes locales! Ahora quieren que les reduzcan la renta. Permítanme preguntarles: ¿cómo lo lograrán? ¿Creerán en los dioses o en la asociación campesina?”
4. Sin una ruptura revolucionaria, el régimen de Nehru, por ejemplo, careció del impulso necesario para satisfacer incluso modestos requerimientos de igualdad o justicia sociales. “No se intentó ninguna reforma agraria que valga la pena mencionar. No se introdujo un impuesto sobre la renta hasta 1961. La educación primaria se descuidó enormemente. Como partido, el Congreso estaba controlado por una coalición de agricultores, comerciantes y profesionales urbanos ricos” (Anderson 2012). A pesar de su reciente desarrollo económico, la India ha seguido sin satisfacer las necesidades de sus segmentos más pobres, sus castas y clases inferiores y, en muchos aspectos, también sus mujeres.
5. Cf. un análisis del contraste entre las modernidades revolucionaria y colonial en Asia (Lin 2006: 52-57).
6. Ver los discursos de Mao en la primera conferencia de Zhengzhou (2-10 de noviembre, 1958), la conferencia de Wuchang (21 al 27 de noviembre de 1958), la sexta Sesión Plenaria del VIII Congreso del Partido (28 de noviembre al 1.º de diciembre de 1958), la segunda conferencia de Zhengzhou (27 de febrero al 5 de marzo de 1959), la conferencia de Shanghai (25 de marzo al 1 de abril de 1959) y otros en junio de 1959, antes de la conferencia de Lushan (2 al 31 de julio de 1959). La mayoría de esos discursos están recogidos en (Mao [1958, 1959]1986; [1958, 1959] 1999). En estos discursos se mostró más ponderado que algunos de sus colegas a los que se tenía en la época por más moderados o “conservadores”.
7. Wim Wertheim (1995) señala que los demógrafos chinos de la década de 1950 manifestaban en privado sus dudas acerca de la precisión del censo de 1953, que a menudo sirve de base para el cálculo de las muertes, porque se había llevado a cabo de modo poco científico, de manera que había registrado “un incremento increíble de alrededor del 30% en el período

1947-1953” de la población china. En consecuencia, “la afirmación de que en la década de 1960 ‘faltaban’ entre 17 y 29 millones de personas carece de valor”, dado que la cifra de 600 millones de 1953 era dudosa. Yang Songlin (2013) incorpora la investigación estadística de Sun Jingxian en su examen de los datos censales de China en 1955-60, 1958-62, 1964 y 1982, y señala sus inconsecuencias metodológicas, con lo que desacredita a fondo las cifras amplia e irresponsablemente circuladas acerca de las muertes debidas a la hambruna. Ver también, de Joseph Ball, “And Mao Did Not Want Half of China to Starve to Death: A Key Document in Frank Dikotter’s Book *Mao’s Great Famine*”, <http://www.maoists.org/dikkotermi-sinterpretation.htm>.

8. Un ejemplo es la India en los últimos 25 años del siglo XIX. El país experimentó a la vez su mayor hambruna de la historia y su mayor exportación de granos, que abasteció casi una quinta parte del consumo británico de trigo (Davis 2001: cap. 9). La incapacidad del gobierno de la India tras la independencia para erradicar la pobreza extrema, junto al hambre persistente que afecta a gran parte de su población, constituye también una vergüenza para su democracia trasplantada.
9. Dos ejemplos son (Hou Yangfang 2003) y (Deng Wei et al. 1997).
10. La pregunta sigue sin respuesta debido a la falta de información acerca de las importaciones y exportaciones de granos de China en el período 1959-1961 y sobre el hecho de si China le pagó con granos –y en qué cantidad– a la Unión Soviética parte de su deuda durante el período de la hambruna, el papel de los gobiernos locales en las provincias más afectadas y el grado de confusión de un liderazgo central voluntarista y mal informado.
11. Al comentar acerca de las revoluciones francesa, rusa y china, Perry Anderson señala con razón que “suelen lograr solo un 20% de lo que se proponen, a un costo del 60%. Pero sin ellas no se producen saltos de la sociedad en la historia” (2011:120).
12. Ver la investigación realizada en 2005 por Gao Ling 高粱, “Warning against multinationals seizing the opportunity of Soe reforms to annex China’s backbone enterprises in the machine manufacturing industry 警惕跨国公司借改制之机吞并 我装备制造骨干企业” (<http://www.dajunzk.com/jingtikuag.htm>). Las alarmantes cifras se incluyeron en una petición presentada al Congreso Nacional del Pueblo (CNP) en marzo de 2006, firmada por un grupo de ciudadanos preocupados que abogaban por la autonomía nacional y la innovación industrial para evitar la “colonización económica”.

13. Samir Amin, “The implosion of global capitalism, the challenge for the radical left”, discurso en la Universidad de Qinghua, Beijing, 14 de diciembre de 2012.

4. La política del autopoicionamiento chino

1. James Areddy y James Grimaldi, empleando datos tomados de la firma de investigaciones Hurun Report, de Shanghai, “Defying Mao, Rich Chinese Crash the Communist Party”, *The Wall Street Journal*, 26 de diciembre de 2012.
2. Según un informe realizado por expertos, los bienes de los 70 miembros más ricos de la legislatura alcanzaron la cifra de 89,8 miles de millones de dólares en 2011, lo que representa un incremento de 11,5 miles de millones con respecto a 2010, mientras que la suma de los bienes de los 660 funcionarios de mayor nivel en las tres ramas del gobierno de los Estados Unidos era de 7,5 mil millones (Tyler Cowen, citando cifras de Hurun Report en “China Fact of the Day”, *Marginal Revolution*, 27 de febrero de 2012). Buena parte de las revelaciones del *New York Times* acerca de los bienes de la familia del Primer Ministro Wen Jiabao (25 de octubre y 24 de noviembre de 2012) e informaciones similares acerca de otros funcionarios y reguladores de alto rango corrían por China como “rumores” desde hace tiempo. A la convención de marzo de 2013 del CNP se la apodó en Internet “reunión de padres de los niños que estudian en el extranjero”. Y en los populares debates online sobre la corrupción y otras cuestiones relacionadas a menudo se establecen comparaciones entre la primera generación de dirigentes comunistas y la actual.
3. *The Southern Metropolis Daily*, 20 de diciembre de 2012.
4. El CNP “puede presumir de tener más miembros muy ricos que ningún otro órgano similar del planeta” (James Areddy y James Grimaldi, “Defying Mao”, *The Wall Street Journal*, 26 de diciembre de 2012).
5. Dudoso acerca de si aún es posible una autocorrección, admite que “nos estamos despeñando como un alud” (John Garnut, “The Rot Inside”, *The Age*, 14 de abril de 2012).
6. En lugares con un alto perfil que incluyen la provincia de Jilin y los municipios de Chengdu y Chongqing. En Heilongjiang, una ciudad de Hegang, se prohibió la especulación con la tierra. Se alentó la actividad

inmobiliaria no especulativa para, de un lado, garantizar viviendas asequibles, y del otro, salvaguardar la tierra agrícola arable (Wang 2001). No existen informaciones más actualizadas.

7. Goran Therborn afirma que “si los dirigentes de la República Popular llegaran a la conclusión de que China necesita una base económica socialista para robustecer su poderío nacional, o que seguir avanzando por la vía del capitalismo podría poner en peligro la cohesión social, aún cuentan con el poder y los recursos para cambiar el rumbo” (2012: 8-9). Por ejemplo, se calcula que los costos de la mano de obra china representan solo entre el 1% y el 3% del precio final de venta del iPhone o el iPad. El objetivo en este caso, que también es clave en todos los sectores industriales, es una gran retención en los escalones superiores. “Resulta llamativo que muy pocos en el mundo occidental hayan entendido la profundidad de esta ambición” (Klaus Zimmermann, “Robots Can Solve China’s Labor Problem”, *Financial Times*, 16 de abril de 2012).
8. El artículo de Aditya Chakraborty comienza con la historia de una trabajadora en una de las fábricas de Foxconn en Shenzhen: “Tian Yu trabajaba más de 12 horas diarias, seis días a la semana. Tenía que saltarse las comidas para hacer tiempo extra. Entonces, se lanzó desde la ventana de un cuarto piso” (“The woman who nearly died making your iPad”, *The Guardian*, 5 de agosto de 2013).
9. *China Labor Bulletin*, 19 de diciembre de 2012, <http://www.clb.org.hk/en/node/110187>.
10. Eli Friedman advierte sobre el tema en un análisis sobre las huelgas de trabajadores en China: “Una insurgencia dispersa, efímera y desobjetivada no ha logrado cristalizar en formas duraderas de organización contrahegemónica capaces de coaccionar al Estado o al capital en el nivel de la clase... es solo mediante una separación ideológica en el nivel simbólico entre la causa y el efecto que el Estado es capaz de mantener viva la ficción de que los trabajadores son ‘débiles’” (“China in Revolt”, *Emancipation Essays* 7-8, 2012, <http://jacobinmag.com/2012/08/china-in-revolt/>).
11. *Xinmin Weekly* 682, 2012, 11: 36.
12. Ver Martin Hart Landsberg, “China and Neoliberalism”, 2 de febrero de 2012, <http://media.lckark.edu/content/hart-landsberg/2012/03/02/china-and-neoliberalism/>.
13. Ver <http://www.worldbank.org/content/dam/Worldbank/document/China-2030-complete.pdf>.
14. Guo Shuqing, entonces su presidente, “Building up a More Open and In-

clusive Capital Market”, discurso pronunciado en el Foro Financiero de Asia, http://www.crsc.gov.cn/pub/newsite/bgt/xwdd/201301/t20130114_220399.htm.

15. Cf. la introducción de Mark Leonard a su volumen *China 3.0: Understanding the New China*, publicado por el Consejo Europeo de Relaciones Exteriores: “Un grupo de intelectuales chinos piensa que la manera de escapar de la trampa de la estabilidad es encontrar las vías para institucionalizar la política china. La Nueva Derecha, que no cree en la eliminación de las raíces de la desigualdad, quiere emplear la política para hacerla más legítima”, http://ecfr.eu/content/entry/china_3.0.

5. ¿Puede haber un modelo chino?

1. La posición que elaboro en este capítulo comparte los elementos fundamentales que resume Arif Dirlik: los éxitos de China en el terreno del desarrollo se consideran singulares “frutos del legado de la revolución: un Partido-Estado eficiente con profundas raíces en la población, que se transformó exitosamente de instrumento de la revolución en gestor del desarrollo; una nación coherente que es producto de la integración organizativa y hasta cierto punto ideológica de la nación que creó la revolución; un propósito nacional cuya búsqueda ha sido una motivación para el cambio político desde el período qing tardío; y una obsesión con la soberanía y la autonomía... una fuerza de trabajo, tanto urbana como rural, que fue movilizada y entrenada para dar el máximo de sí en pro de metas colectivas, entre ellas el desarrollo nacional; una sociedad muy igualitaria en la que el aliento a la búsqueda de la igualdad estimulaba también la participación cívica; e incluso una ética empresarial promovida por la presión para innovar al servicio de la causa de un bienestar colectivo siempre en conflicto con la prerrogativa burocrática de la estabilidad y la rutina; y por último, aunque no menos importante, la base económica y la organización establecidas, modeladas a partir de premisas socialistas, que ahora debió convertirse en una maquinaria para el desarrollo en el contexto del capitalismo global” (2011a: 301).
2. Danny Quah: “Entre 1981 y 2005, China, con una población de mil millones de habitantes, logró sacar a más de 600 millones de sus ciudadanos de una pobreza angustiosa. Esta es una transformación de una escala nunca antes vista en la historia humana, y mayor que la reducción total de la po-

breza en todo el planeta. La cifra de reducción mundial de la pobreza dependió de la reducción de la pobreza lograda en China” (conferencia pronunciada en la London School of Economics, 12 de octubre de 2011, http://econ.lse.ac.uk/-dquah/index_own.html).

3. La RPCh tiene una importante tradición de brindar considerable ayuda económica a países en desarrollo, y “China en África”, por ejemplo, no es de ninguna manera un fenómeno nuevo. Lo que ha cambiado es que en el pasado todo tenía que ver con el internacionalismo socialista y la solidaridad tercermundista, complicada también por el conflicto sino-soviético, mientras que hoy en día la motivación para emprender grandes proyectos en el continente africano administrados por EPE chinas es asegurarle al país el suministro de energía, como se analiza y debate en una literatura cada vez más abundante.
4. Reseña de Fredric Jameson sobre *Red Plenty*, de Francis Spufford, acerca del impacto duradero del idealismo soviético original.
5. Un típico lamento de un trabajador manual de la antigua China dice lo siguiente: “Tengo la desgracia de haber nacido chino / Y la desgracia aún mayor de ser un trabajador esclavizado... como el ganado y los caballos... / En el pasado los trabajadores no nos atrevíamos a decirlo / Pero ahora tenemos la oportunidad de construir el futuro / Hablar de la liberación es vano / Tenemos que conquistarla nosotros mismos / ¡Venid, trabajadores! Apresurémonos a hacer justicia” (poema de un trabajador anónimo, *Lao-dong zhoukan* [*Labor Weekly*] 12: 5 de noviembre de 1921; citado en Smith 2002). En el lenguaje cotidiano de la nueva China, “1949” equivale indiscutiblemente a la liberación.
6. De ahí que Dirlik sea de la opinión de que hasta el punto en que es posible hablar de un “modelo chino”, “solo se puede hacer en el sentido de una versión local del paradigma de la modernización”, o de una formulación paradigmática de las contradicciones del desarrollo chino como modernidad global (2001a: 306).
7. El Buró Nacional de Estadísticas publicó durante varios años una evaluación anual de la “capacidad comprehensiva del Estado” chino basada sobre un conjunto de indicadores que la comparaban con las mayores economías del planeta. La idea era exponer las connotaciones consideradas positivas para el desarrollo nacional. Para un panorama de la capacidad del Estado, en especial el poder de establecimiento de las prioridades de un Estado funcional, ver (Wang 2003, 2006).
8. Ver (Lin 2006: cap. 3) para un análisis de los aciertos y desaciertos de una

- “democracia popular” china verbalmente redundante.
9. “La mayoría de los accidentes ocurren en minas o en prácticas de minería donde la seguridad se ha visto muy comprometida por la corrupción y la colusión entre funcionarios locales y los negocios que administran las pequeñas operaciones privadas; posteriormente, los empleadores de las minas y los funcionarios locales trabajan de consuno para ocultar las muertes” (Pai 2012: 78).
 10. Refiriéndose más bien al “capitalismo de Estado” que al socialismo, Samir Amin apunta que actualmente en China “el Plan sigue siendo de primera importancia para las enormes inversiones en infraestructura”, que van desde grandes proyectos de vivienda para nuevos habitantes de las ciudades hasta “una red sin paralelos de carreteras, caminos, ferrocarriles, presas y plantas generadoras de electricidad”; desde abrir vías hacia el interior rural hasta desarrollar el occidente continental del país. “El Plan también sigue siendo de primera importancia –al menos parcialmente– para los objetivos y los recursos financieros de las empresas de propiedad pública (estatales, provinciales, municipales)” (2013).
 11. En 2011 se estableció el nivel de pobreza en 2.300 *yuan* (363 dólares) al año, y a partir de esa cifra se consideró que 128 millones de personas vivían en la pobreza. En julio de 2011, 22,8 millones de personas eran atendidas por el sistema urbano de seguridad para la subsistencia y 52,4 por el rural –ambos del gobierno–, mientras que 5,5 millones estaban cubiertas por las “cinco garantías” a cargo de la responsabilidad colectiva y 62,3 por diversos planes estatales prioritarios de asistencia social. Un número desconocido de personas que viven en la pobreza y que no están registradas no se incluye en estas cifras publicadas por el Ministerio de Asuntos Civiles (*People’s Daily*, 29 de agosto de 2011).
 12. *China news net*, 18 de enero de 2013.
 13. Ma Jiantang, jefe del Buró, admitió que “tenemos la impresión de que nuestro coeficiente Gini para las zonas urbanas, basado sobre una encuesta aplicada a residentes de esas zonas, es demasiado bajo. La razón fundamental es que resulta difícil acceder a las cifras verdaderas del grupo de altos ingresos”. Como señala Wang Xiaolu, el problema tiene dos causas: muchos de los que tienen altos ingresos evitan participar en la encuesta, lo que da por resultado que parte del grupo se omite. A la vez, los encuestadores no brindan necesariamente todos los datos, en especial cuando obtienen ingresos significativos de fuentes semilegales o extralegales. El hecho de que China sufra una corrupción rampante “es la raíz de que las estadís-

- ticas sobre el ingreso no resulten confiables” (“The real problema with those Gini numbers”, *CaixinOnline*, <http://english.caixin.com/2013-02-04/100489583.html>, 5 de febrero de 2013).
14. Por su misma naturaleza, el despotismo aúpa la ambición material y propaga el caos que ella crea, lo que hace decrecer la moral colectiva (citado en Daniel A. Bell, “After the Tsunami”, *New Republic*, 9 de marzo de 1998: 25).
 15. Marc Blecher señala que “si bien la mayoría de los Estados autoritarios tratan de aislarse de la sociedad reprimiéndola hasta lograr su aquiescencia, el Estado maoísta, por el contrario, optó por gobernar mediante la activación de la sociedad. Quería creyentes y no súbditos” (1997: 220).
 16. Sobre la base de un resumen de sus muchas publicaciones, Wang Shao-guang expuso algunas de esas ideas en una conferencia titulada “Democracy, Chinese style”, 18 de septiembre de 2012, <http://www.abc.net.au/radionational/programs/bigideas/chinademocracy/4314066> y http://confucius.adelaide.edu.au/gallery/video/2012/Democracy-Chinese_Style.pdf.
 17. “On the Soviet textbook of political economy”, 1959/60, <http://cpc.people.com.cn/GB/64184/64185/189968/11568297.html>.
 18. Además del “socialismo de mercado”, otros términos que apuntan a una síntesis, como “republicanismo socialista”, “socialismo liberal” y “ecosocialismo” también son influyentes en el debate chino. Muchos concuerdan en que el socialismo es intrínsecamente y de modo simultáneo republicano, liberal y ambientalista en su visión y sus fundamentos.

6. Clase, productores directos e *impasse* de la modernización

1. “Analysis of the Classes in Chinese Society”, http://www.marxists.org/reference/archive/mao/selected-works/volume-1/mswv1_1.htm. Un texto relacionado de Mao es “How to Analyze Rural Classes”, escrito en 1933 a manera de guía para las reformas agraria y de la renta en el área de base del soviet de Jiangxi.
2. Haciéndose eco de Mao, Carl Schmitt insiste en que un pueblo libre debe determinar por sí mismo esa diferencia “y en ello reside la esencia de su existencia política”. Para él, opuesto al “romanticismo político” liberal, lo político define lo humano, y disminuir lo político equivale a disminuir humanidad. El peligro de evadir las decisiones políticas consiste en que “si un pueblo ya no posee la energía o la voluntad para mantenerse en la esfera

de la política, esta última no desaparecerá del mundo. Solo desaparecerá el pueblo débil” (2007: 49,53).

3. Ver “On the People’s Democratic Dictatorship” (1949), http://www.marx-ists.org/reference/archive/mao/selected-works/volumen-4/mswv4_65.htm.
4. Para un bosquejo sobre todo de la transformación rural ocurrida entre 1946 y 1976, desde el inicio de la reforma agraria en gran escala hasta el fin de la Revolución Cultural, pasando por la reconstrucción socialista, ver Huang (1995). La discrepancia que percibe en su crítica entre “las realidades representacionales y objetivas” de la reforma agraria es discutible.
5. Los sociólogos no están de acuerdo a la hora de señalar un único factor que la defina, sea el nivel de ingresos o de educación, o el tipo de ocupación. Existen, además, muchas dificultades teóricas, como el efecto del capital cultural o las “ubicaciones de clase contradictorias” relativas a la dominación y la explotación (Bourdieu 1986; cap. 2; Wright et al. 1989: 24-28).
6. Mao estaba convencido de que “el grave problema es la educación del campesinado”, porque, como explicó, la economía campesina es dispersa, y la socialización de la agricultura requeriría una labor larga y paciente. Pero “sin socialización de la agricultura no puede haber un socialismo completo, consolidado” ([1949]1991: 419).
7. Chris Hann y Keith Hart describen la división global entre economías ricas y pobres de la siguiente manera: “Ahora los productos agrícolas más baratos vienen de Brasil, las manufacturas más baratas de China, los servicios de información más baratos, de la India y la mano de obra migrante educada más barata, de las ruinas del imperio soviético” (2011: 118).
8. Existe abundante literatura sobre los modernos movimientos cooperativos en todo el mundo. Para un modelo de ese movimiento que favorece el mercado, ver la Declaración de la Cumbre Internacional de las Cooperativas celebrada en 2012, <http://www.sommetinter2012.coop/site/communication/declaration/en>. Para una opinión relacionada, aunque más visionaria, ver el debate sobre “el futuro del trabajo”, influido inicialmente por el pensador francés André Gorz y otros, que gira en torno a un “tercer sector” entre el mercado y el Estado (p. ej., Offe y Heinze 1992; Miller 2010; Rifkin 1995, 2011).
9. Los principales argumentos de estos debates se reproducen en (Stedman Jones 2004: caps. 1-3). Para una crítica marxista tradicional actualizada de un “nuevo socialismo ‘verdadero’”, ver (Wood 1999).
10. Las fuentes de inspiración de Cui son muy diversas: Proudhon, Lasalle, John Stuart Mill, Silvio Gesell, Fernand Braudel, James Meade, Henry

George, James Joyce, Charles Sabel, Fei Xiaotong y Roberto Unger. Ver sus escritos más influyentes en su página web de la Universidad de Qinghua, <http://www.cui-zy.cn/>.

11. Compárese el sistema chino con la idea de Marx que aparece en “The nationalization of the land”, escrito para el *International Herald* (no. 11, 15 de junio de 1872). Marx plantea que la agricultura y todas las demás ramas de la producción deben organizarse “de la manera más adecuada”, y que “la *centralización nacional de los medios de producción* será la base nacional de una sociedad compuesta por asociaciones de productores libres e iguales, que lleven adelante las cuestiones sociales según un plan común y racional”. Considera que el proyecto de nacionalización de la tierra es una “*Necesidad Social*” debida a la modernización capitalista de la agricultura, que requiere el cultivo en gran escala que pueda asimilar la tecnología y la maquinaria modernas. No obstante, para él, la nacionalización, como el propio Estado proletario, no es, en última instancia, más que un período de transición. En una dialéctica de negación de la negación, el futuro reside en la organización comunal o comunismo. Ver <http://www.marxists.org/archive/marx/works/1872/04/nationalization-land/htm>.
12. Entre 1911 y 1913, Lenin escribió una serie de artículos muy influyentes de apoyo a la política agraria de Sun y “la democracia y el populismo de China”, que, para él, significaban “el despertar de Asia”, <http://www.marxists.org/archive/lenin/works/1913/04/may/07b.htm>.
13. La explicación sobre el fin de las EDA comunales mediante diversas formas de privatización a fines de la década de 1990 sigue estando sujeta a debate. Según Wen Tiejun, al menos en el sur de Jiangsu se debió a que “el corporativismo local del Estado”, auxiliado por diversos mecanismos racionales para hacer participar a las comunidades aldeanas, se las ingenió para “completar la acumulación primitiva para la industrialización local” (2011: 1). Sobre cómo los colectivos de las aldeas perdieron el control de sus empresas, ver, por ejemplo, (Naughton 2006: 272-292).
14. El ritmo anual de reducción desde 2008 ha sido de 180 a 200 millones de *mu*, lo que ha dado por resultado un déficit de tierras de 390 millones de *mu* en 2012 (Yan Yuhua, “Worrying thoughts on our arable land ‘red line’”, *China Reform Forum*, 21 de enero de 2012, http://www.chinareform.org.cn/economy/Agriculture/Forward/201201/t20120122_132973). Según el Banco Mundial, la proporción de tierra arable de China expresada en hectáreas por persona era solo de 0,08 en 2009, <http://data.worldbank.org/indicatorAG.LND.ARBL.HA.PC>.

15. *XinhuaNet*, 7 de febrero de 2013.
16. Según Chen Xiwen, a fines del año 2012, el 52,6% de la población total de China vivía en ciudades y pueblos. De ella, alrededor de un tercio no tiene *houkou*, es decir, no son formalmente residentes de las zonas urbanas. Descontándolos, la tasa de urbanización de China sería de 35,2%. En 2011, menos de un 20% de los trabajadores migrantes tenía seguro médico o pensión, y menos de un 10% seguro de desempleo (“Food, Land and People in Urbanization”, 三农中国 <http://www.snzg.cn>. 12 de abril de 2013).
17. “The East is Grey”, *The Economist*, 10 de agosto de 2013.
18. Para el ejemplo más reciente de contaminación del aire, ver un informe sobre Beijing en enero-febrero de 2013, <http://www.guardian.co.uk/world/2013/feb/16/chinese-struggle-through-apocalypse-smog>. El esmog “ha llegado a ser en China más que una amenaza para la salud: se ha convertido en un símbolo de la insatisfacción generalizada con la estrategia gubernamental de desarrollo que antepone el crecimiento a cualquier otra consideración”. La pregunta que se plantea es la siguiente: “¿Debe pagarse por el crecimiento con la salud?”
19. Yale University Press publica el IDA todos los años. Ver el correspondiente a 2012 en <http://www.epi.yale.edu/epi2012/countryprofiles>.
20. He Xuefeng, *Global Times*, 6 de abril de 2012, <http://opinion.huanqiu.com/roll/2012-04/2586575.html>.
21. Hasta el momento, China ha logrado que su producción agrícola se mantenga al ritmo de la transformación urbana. “Este es un resultado notable y excepcional, sin paralelos en los países del ‘Sur capitalista’, a pesar de tener una desventaja fundamental: la agricultura china alimenta al 22% de la población mundial con solo el 6% de la tierra arable del planeta” (Amin 2013).
22. El actual sector geo-sociológico “urbano” de China cuenta con los siguientes componentes: el antiguo núcleo urbano, las nuevas ciudades, los nuevos centros suburbanos de las metrópolis, los márgenes rurales de la transición urbana y las “aldeas dentro de la ciudad” (*cheng zhong cun*) (Hsing 2010). Esas aldeas son de dos tipos: el primero es el de las que eran originalmente agrícolas, pero han sido cercadas por la expansión urbana; gracias al derecho colectivo a la tierra, sus residentes se convierten en rentistas y distribuyen la renta fundamentalmente mediante un sistema de acciones. El segundo son las que albergan a trabajadores migrantes, cuya administración está a cargo de gobiernos municipales –función que ejercen de manera

laxa— encargados de garantizarles servicios básicos de electricidad, agua, saneamiento y otros. Esas prestaciones, que por lo general funcionan, distinguen a dichas “aldeas” de los típicos barrios marginales urbanos.

23. El Dalai Lama, por ejemplo, establece consistentemente una diferencia entre las políticas comunistas tempranas de las posteriores. En una entrevista para BBC el 24 de junio de 2012, volvió a reafirmar sus “excelentes relaciones” con Mao, “como las de un padre con su hijo”. También apuntó que le atraía la idea de distribución igualitaria de la teoría marxista. <http://www.ibtimes.com/dalai-lama-says-mao-considered-him-son-recalls-his-attraction-communismo-704140>. Las elites tibetanas terminaron por rechazar la idea, pero esa es otra historia.
24. Profundizó en la obra que había escrito a fines de la década de 1940 (Fei 1992) en numerosos discursos y artículos del decenio de 1980. Cuenta con muchos seguidores en China y ha tenido un notable impacto político.
25. *China Securities News*, www.cs.com.cn, 17 de diciembre de 2012; *China Digital Times*, 21 de febrero de 2013.
26. La “soberanía alimentaria” se define como sigue: “Es esencial que los alimentos se produzcan mediante sistemas de producción diversificados sobre una base campesina. La soberanía alimentaria es el derecho de los pueblos a definir sus propias políticas agrícola y alimentaria, a proteger y regular la producción y el intercambio agrícola nacional a fin de alcanzar los objetivos de un desarrollo sostenible, a determinar hasta qué punto quieren ser autosuficientes, y a restringir el dumping de productos en sus mercados” (La Vía Campesina, citado en McMichael 2009: 294). El movimiento en pro de la soberanía alimentaria del Sur subraya la relación que existe entre la agricultura comercial empresarial y la crisis rural y urbana de la reproducción social, causada por un incremento del hambre, la pobreza y la destrucción de comunidades (McMichael 2009: 304-308). Ver también (Wittman et al 2001).
27. Los datos oficiales muestran que a partir de 2004, China se ha convertido en una importadora neta, con un promedio anual de 50 millones de toneladas de diversos granos, lo que ha conllevado un gran déficit comercial.
28. *XinhuaNet*, 1ro. de febrero de 2013.
29. La transferencia de tierras colectivas para uso industrial y urbano alcanzó la cifra de 160.000 hectáreas en 2008, 209 000 hectáreas en 2009, y 428. 000 hectáreas en 2010. Las entradas provenientes de ese intercambio representaron el 60% de los ingresos de los gobiernos locales en el mismo período (Gao 2013).

30. Ver He Xuefeng, *Global Times*, 6 de abril de 2012, <http://opinion.huanqiu.com/roll/2012-04/2586575.html>; y (He 2007).
31. Cui Zhiyuan introduce aquí la idea socialista–republicana de Henry George y otros, seguida por Sun Zhongshan. En una entrevista concedida a *China Business* el 5 de marzo de 2013, Huang Qifan, el alcalde de Chongqing, explica por qué un sistema gubernamental de adquisición de terrenos para inversiones a largo plazo constituye la base del equilibrio fiscal y la construcción urbana.
32. Desde cierta perspectiva, “China sigue siendo extremadamente importante cuando se considera la continuada relevancia de la cuestión agraria, porque, a consecuencia de la globalización neoliberal, muchas economías agrarias han promovido una estrategia agrícola orientada a las exportaciones, y China es una fuente muy importante de demanda para las exportaciones agrícolas”. Las implicaciones de esta situación son, en primer lugar, que “la acumulación rural de muchos países depende de que continúe la transición al capitalismo de China”; y, en segundo término, que “la transición al capitalismo de China es ahora un motor global de la acumulación en el Norte y el Sur” (Akram-Lodhi y Kay 2009: 323-324).
33. Para un breve resumen de la posición de Lenin, ver su “The Agrarian Program of Social-Democracy in the First Russian Revolution, 1905-07”, <http://www.marxists.org/archive/lenin/works/1907/agrprogr/ch01s5.htm>. Para un análisis amplio de la obra de Lenin sobre esta cuestión, ver Howard y King (1988).
34. Li Changping, “Chinese Villages Will Thoroughly Take the Philippine Road”, <http://chinastudygroup.net/2008/12/chinese-villages-will-thoroughly-take-the-philippine-road/> (23 de diciembre de 2008). Ver también *China Left Review* 1, primavera de 2008, http://chinaleftreview.org/?page_id=98. Una preocupación más frecuente en el debate chino es la “latinoamericanización”. Ver, por ejemplo, Wen Tiejun analizado en (Day 2008: 54-55).
35. Chen, *XinhuaNet*, 1ro de febrero de 2013.
36. Como establecieron Malthus y Ricardo en la economía clásica al hablar de los recursos finitos y la disminución de los retornos: “La productividad de la tierra plantea límites a la escala de la actividad industrial y al nivel de consumo de alimentos. Esos dos grandes consumidores de los productos de la tierra compiten entre sí por el uso de un factor de la producción cuya oferta no puede expandirse” (Wrigley 2004: 101-102, 243-245). La ciencia y la tecnología modernas pueden atenuar esos límites, pero no trascenderlos.

7. El auge de lo social: por una economía moral comunista

1. Algunas de las consecuencias nocivas a largo plazo de la revolución verde comenzaron a conocerse solo a posteriori. Ver, por ejemplo, Harvey, “si bien la revolución verde elevó la productividad y se le concede el crédito de haber evitado el hambre masiva, lo hizo con todo tipo de consecuencias ambientales y sociales negativas. Las vulnerabilidades del monocultivo supusieron grandes inversiones en fertilizantes y pesticidas fabricados a partir del petróleo”. En muchos sitios, además, ha consolidado a una clase de productores acaudalados y reducido a otros a la condición de campesinos sin tierra (2010: 186).
2. E. A. Preobrazhensky utilizó la frase “acumulación primitiva socialista” en el debate sobre la Nueva Política Económica que se produjo en la Rusia soviética en la década de 1920. Ver Miller (1978). Esa polémica, que se conoce con el nombre de debate de Bujarin, fue centro de búsquedas intelectuales y reflexiones políticas a inicios de la reforma de mercado en China.
3. Para un análisis más detallado ver Lin Chun y Tian Yu Cao, *Reorienting Socialism in the 21st Century; The Chinese Experience and Beyond*, cap. 4, Londres: Routledge.
4. Los análisis clásicos más destacados acerca de los orígenes agrarios del capitalismo realizados desde una perspectiva marxista son los de Engels, *El problema campesino en Francia y Alemania* (1894), Karl Kautsky, *La cuestión agraria* (1899) y Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia* (1899). Marx se centra en la vía inglesa, que considera la más típica. Lenin compara las vías prusiana y norteamericana; en la primera, “la propiedad feudal precapitalista de la tierra se transforma en una producción capitalista de mercancías, convirtiendo a su fuerza de trabajo previamente campesina en asalariados dependientes”; mientras que en la segunda, “sin feudalismo ni transición desde él, la agricultura capitalista surgió a partir de los pequeños propietarios otrora independientes que se vieron cada vez más sometidos a las compulsiones económicas de las relaciones mercantiles a partir de finales del siglo XVIII” (Bernstein 2010: 30-32). La vía de Asia Oriental que debaten los cultivadores de la historia económica comparada, se analiza en los Capítulos 2 y 7.
5. Polanyi: “Separar el trabajo de otras actividades de la vida y someterlo a las leyes del mercado equivalió a aniquilar todas las formas orgánicas de existencia y a reemplazarlas por un tipo de organización diferente, atomi-

- zadora e individualista” (1957: 72, 163).
6. El caso clásico para la economía liberal reformista del fordismo temprano, encaminada a permitirles a los trabajadores comprar los autos que fabricaban, no es análogo al de los productores directos que no venden su trabajo como una mercancía. Pero sí habla del consumo directo como cuestión de incentivación y justicia, que afecta la naturaleza de la fábrica, si no en lo fundamental, al menos de forma significativa.
 7. Mao declaró en 1959 que “la solución fundamental de la agricultura es la mecanización”. Sin embargo, intencionalmente o no, el notable esfuerzo de intensificación del capital de la década de 1960 no ahorró trabajo, sino que más bien permitió una mayor intensificación del mismo con el policultivo (Huang 2011: 111).
 8. En el caso de la economía moral histórica en Inglaterra, si bien es en el mercado donde los trabajadores se ven expuestos a la explotación, ese es también el lugar donde “pueden organizarse con más facilidad” (Thompson 1971: 132). En el caso singular de China, un factor decisivo que sigue teniendo mucho más peso que el mercado es la participación del Partido y el gobierno en la organización del campesinado.
 9. El concepto fue acuñado por Hayami Akira en relación con el Japón de Tokugawa (en Arrighi 2007: 32-39, 93) y posteriormente ha sido tomado en préstamo por otros autores con significados diversos.
 10. Ver también Xia Mingfang (夏明方), “Real and Fake Adam Smith – Evolution of Rural Economy in Early Modern China in Terms of ‘Market without the Social Division of Labor’” (“真假亚当·斯密—从“没有分工的市场”看近世中国乡村经济的变迁, *Humanities and Society* (人文与社会), octubre de 2012, <http://wen.org.cn/modules/article/view/article.php/3551>).
 11. Como señala Amin, “El campesinado chino como un todo no es reaccionario, porque no defiende el principio de la propiedad privada, a diferencia del campesinado soviético, al que los comunistas nunca lograron convencer de que dejara de apoyar a los kulak en la defensa de la propiedad privada” (2013).
 12. Ver, por ejemplo, Griffin, Khan e Ickowitz (2002) y Bramall (2004). Sin embargo, Bramall defiende la agricultura colectiva a costa de ser innecesariamente negativo con respecto a la reforma agraria precedente.
 13. Ver un análisis colectivo de “China in the 1970s” “70 年代中国”, *Open Times Times* 开放时代1, 2013.
 14. Ver Elson (1988; 2000) para una clarificación conceptual entre “mercado socializado” y “socialismo de mercado”; y (Schweickart 2011: cap. 3) para la “democracia económica” como elemento central de una economía de

mercado socialista. La polémica idea de que el socialismo y el mercado pueden coexistir sigue generando importantes estudios; ver Lin (2009: 22-27) para una selección de referencias.

15. Los derechos exclusivos a la propiedad intelectual pueden ser un requerimiento para el funcionamiento normal del mercado, pero sus límites y su desatino resultan obvios en cualquier “economía del conocimiento” o “sociedad de la información”. Por más indignantes que sean las actuales prácticas chinas –a menudo contra las leyes formales y las regulaciones vigentes– en principio, la privatización del conocimiento y la información resulta obsoleta. Cf. Eben Moglen, “The dotCommunist Manifesto”, 2003, http://emoglen.law.columbia.edu/my_pubs/dcm.html.
16. G. D. H. Cole analiza los elogios que le dedica John Stuart Mill al fourierismo, que “en primer lugar, le asignó un ingreso básico a todos y después distribuyó el balance del producto como acciones para recompensar el capital, el talento o la responsabilidad” (1956: 310). Aparte de una literatura regular sobre el tema (ver Lin 2000: 548-550), ver también el servicio de noticias BIEN (basic income earth network) <http://www.basicincome.org/bien/news.html> y su último número 26(68), invierno de 2013, <http://www.basicincome.org/bien/pdf/Flash68.pdf>.
17. “Se les podría suministrar alimentos adecuados, agua limpia y educación básica a los más pobres del planeta con menos de lo que Occidente gasta todos los años en maquillaje, helados y comida para animales domésticos” (Hann y Hart 2011: 104).
18. Como ha señalado Amartya Sen, “el hambre es la característica de algunas personas que no disponen de suficientes alimentos. No es la de que no haya suficientes alimentos”. Considera que la propiedad es un tipo de relación que parte de privilegios adquiridos y que el hambre es “una función de esos privilegios adquiridos y no de la disponibilidad de alimentos”. Las “características legales, económicas, políticas y sociales” de la sociedad resultan decisivas (1983: 7, 162).
19. Ver Hussain (2007). China ha sido testigo en fecha reciente de 1) el surgimiento de un nuevo sistema de seguridad social; 2) una transición demográfica marcada por el descenso de la tasa de natalidad, cuyo rasgo más sobresaliente es el cambio de la estructura de edad de la población y el crecimiento de la proporción de ancianos dependientes; y 3) la transformación de una economía agraria en una economía urbana dominada por la industria y los servicios. En respuesta, el gobierno se centra en los “tres pilares” de la seguridad social.

20. El único mensaje político –y fundamentalmente revolucionario– del tomo I de *El capital*, según Fredric Jameson, es el “ocio forzado” del desempleo como un rasgo estructural del capitalismo y una fuente de privaciones que engendraría “un nuevo tipo de política transformadora a escala global” (2011: 151).
21. Sobre el debate acerca del futuro del trabajo y el ocio, cuyo lema es “todos trabajarán y todos trabajarán menos”, ver Fourier (1996); Gorz (1985); Offe y Heinze (1992); y Rifkin (1995). Ver también David Graeber, “On the Phenomenon of Bullshit Jobs” (17 de agosto de 2013), <http://www.strikemag.org/bullshit-jobs/>. La presunción de nuestra necesidad intrínseca de trabajar como un instinto humano esencial se cuestiona, examina o reafirma profusamente en la literatura.
22. Keynes escribe acerca de “las posibilidades económicas de nuestros nietos”: “Cuando la acumulación de riquezas deje de carecer de una gran importancia social se producirán grandes cambios en el código de la moral... Estaremos al fin en libertad de abandonar todo tipo de costumbres sociales y prácticas económicas... que hoy en día preservamos a toda costa, por más repugnantes e injustas que sean en sí mismas, porque son tremendamente útiles para promover la acumulación de capital... Volveremos a valorar los fines por encima de los medios y preferiremos lo bueno a lo útil. Honraremos a quienes nos puedan enseñar a disfrutar virtuosamente y bien el momento y el día” [1930]1972: 329-331).
23. Durante el esfuerzo comunista encaminado a realizar una reforma agraria a fines de la década de 1940, Mao identificó “una idea socialista agrícola de naturaleza reaccionaria, atrasada y retrógrada a la que debemos oponernos firmemente”. Utilizó el término “socialismo agrícola” para referirse a un igualitarismo incondicional en la redistribución de la tierra, y lo comparó con el populismo ruso y el programa agrario del levantamiento de Taiping. También lo consideraba una falsa comprensión de la construcción de un socialismo sin industrialización, dado que “el nivel de desarrollo industrial es un indicador básico del nivel general de las fuerzas productivas” (citado en Bo 2008: 7, 210).
24. Mao escribió y habló sobre estas ideas en varias ocasiones entre 1958 y 1967, por ejemplo, en una carta a Lin Biao justo al inicio de la Revolución Cultural, el 7 de mayo de 1966 (<http://www.wengewang.org/read.php?tid=24255>). Un factor contextual de la mayor importancia era la “preparación [estratégica] de China para caso de ataques o desastres naturales” (*bei zhan bei huang*), en respuesta a las amenazas externas que se percibían.

8. Hacia un universalismo materialista histórico

1. Además de cargar con una enorme deuda pública que incluyó el reembolso a los accionistas de la East India Company y el pago de los costos de la revuelta de 1857, la India debió financiar las aventuras militares británicas en Asia y África (guerras por *interposita persona* con Rusia en la frontera afgana y presencia del ejército indio en Egipto, Etiopía y Sudán). De ahí que los gastos militares nunca fueron menores al 25% del presupuesto anual de la India (Davis 2001: cap. 10).
2. El debate, estimulado inicialmente por Maurice Dobb en *Studies in the Development of Capitalism* (1946) y continuado en muchas otras obras, ha culminado en el “debate Brenner” (Aston y Philpin 1985).
3. Internamente, como apunta Harvey, “La acumulación original de capital durante el Medioevo tardío en Europa se caracterizó por la violencia, la depredación, el bandidaje, el fraude y el robo. Gracias a estos medios extralegales, piratas, sacerdotes y comerciantes, complementados por usureros, reunieron suficiente ‘poder monetario’ inicial para comenzar a circular sistemáticamente el dinero como capital” (2010: 47).
4. Pero puede haber otras opciones más allá de esta dicotomía, como el tradicionalismo anticolonial “entre el orientalismo y el nacionalismo”. Dicha postura ha sido asumida, bajo banderas tradicionalistas o religiosas, en circunstancias sumamente complejas. El nacionalista (y socialista) secular Ben Bella hacía un señalamiento típico en ese sentido: “es un error creer que nuestro nacionalismo es el nacionalismo de la Revolución francesa... el nacionalismo argelino y el nacionalismo árabe son un nacionalismo cultural cuya base esencial es el Islam” (citado en Yegenoglu 1998: 141). Esta afirmación y otras similares deben leerse teniendo en cuenta su contexto.
5. En respuesta a este dilema, el proyecto de “provincializar a Europa” de Dipesh Chakrabarty consiste en “renovar desde y para los márgenes” el pensamiento europeo y su genealogía (2000: 16).
6. El nuevo confucianismo promovido en sus formas oficial o consumista es un caso de “orientalismo inverso” autoexotizador. Esta falsa “alternativa” está “plagada de contradicciones, agudizadas por la realidad de más de 100.000 protestas y manifestaciones en gran escala que se realizan anualmente en contra de las depredaciones diarias del capital en la China actual” (Mazumdar 2009: 71).
7. “China and the Environment: The East is Grey”, *The Economist*, 10 de agosto de 2013. <http://www.economist.com/news/briefing/21583245->

china-worlds-worst-polluter-largest-investor-green-energy-its-rise-will-have.

9. El marxismo y la interpretación de China

1. *China Daily*, 28 de febrero de 2012.
2. Se dice que en un informe secreto al gobierno de los Estados Unidos cuyo contenido se filtró, Henry Kissinger, después de una visita a Chongqing en septiembre de 2011, escribió que “debemos destruir el modelo de Chongqing”, porque “su mayor peligro radica en que aumenta la legitimidad del gobierno chino y el apoyo al mismo... [y] es ideológicamente atractivo... [lo cual] constituye una amenaza al espacio estratégico estado-unidense”, <http://www.eastbound88.com/showthread.php/2923-Henry-Kissinger-We-must-destroy-the-Chongqing-Model>.
3. 一群普通共产党员的困惑, <http://opinion.dwnnews.com/news/2012-04-09/58693862-all.html>.
4. El papel de una muy extendida política de Internet en China, regulada y altamente selectiva, exige un análisis por separado. Resulta interesante advertir, por ejemplo, cuán grande es el sesgo de los censores en la supresión de las críticas sociales. Si se busca con google “Wen Jiabao, corrupción” aparecen montañas de información sobre la rapiña de riquezas llevada a cabo por su familia. Pero si se escriben las mismas palabras en *Baidu*, que es el buscador que más se emplea en China, todo lo que sale es su lucha contra la corrupción.
5. Heiko khoo, “After the fall... Bo Xilai and the Crisis in the CPC”, 12 de abril de 2012, <http://www.karlmarx.net/topics/china-1/afterthefallboxilaiandthecrisisinthecpc>.
6. Al contarle a un periodista cómo se sentía, una mujer con un traje deportivo rojo dijo que “el 95% de nosotros, la gente común, apoyamos a Bo. Era un buen dirigente.” Y el señor Shi, un hombre de 59 años, dijo que “ahora los de Chongqing lo queremos de vuelta”. Jonathan Kaiman escribió en *Los Angeles Times* que “la huella que dejó Bo será difícil de borrar. Muchos viven en las viviendas públicas que él construyó y de los planes de pensiones que creó” (12 de abril de 2012).
7. “Will China’s leaders regret Bo Xilai’s fall?” BBC News China, 23 de septiembre de 2013, <http://www.bbc.co.uk/news/world-asia-china-24019450>.

El juicio de Bo en agosto de 2013 fue significativo, pero es demasiado reciente para tratarlo aquí.

8. De hecho, “Chongqing había sido muy aclamado como un éxito económico. Compañías multinacionales entre las que se incluyen Hewlett-Packard y Ford, establecieron plantas en Chongqing y crearon decenas de miles de empleos. El crecimiento de Chongqing es evidente en sus ubicuas aldeas de cemento a medias demolidas entre los edificios residenciales que flanquean sus avenidas recién pavimentadas. Hay tantos puentes sobre el río Yangtsé, que corre por la ciudad, que muchos residentes no saben sus nombres” (ibid.).
9. En respuesta a sus críticos, el alcalde Huang Qifan aclara que el gobierno municipal no ha incurrido en el llamado financiamiento de tierras. El sistema vigente desde 2002 regula un control gubernamental transparente del uso, suministro, renta e ingresos de la tierra, que son cruciales para la existencia de un mercado inmobiliario estable y la construcción de viviendas públicas. La deuda del gobierno, que es del 60%, es también de las menores de los gobiernos locales chinos (*China Review News*, 5 de mayo de 2012, <http://www.chinareviewnews.com/doc/1020/9/8/0/102098073.html?coluid=45&kindid=0&docid=102098073&mdate=0505113301>).
10. El crítico de Marx era M. Mijailovsky. La carta fue escrita en francés y traducida al inglés y publicada por primera vez en ese idioma en *The New Internationalist* 1(4): 110-111, noviembre de 1934 (<http://www.marxists.org/history/etol/newspape/ni/vol01/no04/marx.htm>).
11. *Financial Times*, 6-7 de abril de 2013.
12. Arif Dirlik ha apuntado posteriormente que China “ha emergido desde la década de 1990 como uno de los centros de la economía capitalista global” (2011b: 7). No obstante, la cuestión consiste en saber si este proceso es aún incompleto y reversible.
13. Samir Amin también señala las consecuencias de que China siga inclinándose hacia los Estados Unidos, que son negativas para los movimientos sociales, desde la causa palestina hasta la política verde, pero positivas para la globalización capitalista, incluida la competencia global por los recursos. China debería rectificar esa posición y sumarse a la reconstrucción de un “frente del Sur” o “Bandung 2” (2013).
14. Primera parte, <http://www.marxists.org/archive/marx/works/1845/german-ideology/ch01d.htm>.
15. Porque “la historia universal produce una doble liberación: la de los fenómenos históricos y la de nuestra propia imaginación” (Buck-Morss 2009:

- 149). Ver también la advertencia de Daniel Bensaïd contra el concepto (2002: 31-35) si contiene cualquier presunción de historia lineal u homogénea, o si se emplea sin un sentido de la historicidad y la política.
16. "Note of a publicist", febrero de 1922, <http://www.marxists.org/archive/lenin/works/1922/feb/x01.htm>.
 17. "Left Wing" Communism, and Infantile Disorder (1920), <http://www.marx2mao.com/Lenin/LWC20.html>.

Bibliografía

- Aglietta, Michel (2008) "Into a New Growth Regime," *New Left Review* 54, nov/dic: 61–74.
- Akram-Lodhi, A. Haroon, y Cristobal Kay (2009) *Peasants and Globalization: Political Economy, Rural Transformation and the Agrarian Question*, Nueva York: Routledge.
- Allen, Robert y Jean-Pascal Bassino, Debin Ma, Christine Moll-Murata, y Jan Luiten van Zanden (2011) "Wages, Prices, and Living Standards in China, 1738–1925: In Comparison with Europe, Japan and India," *Economic History Review* 64(S1): 8–38.
- Amin, Samir (1976) *Unequal Development: An Essay on the Social Formations of Peripheral Capitalism*, Nueva York: Monthly Review Press.
- (1980) *Class and Nation*, Nueva York: Monthly Review Press.
- (2013) "China 2013," *Monthly Review* 64(10), <http://monthlyreview.org/2013/03/01/china-2013>.
- Anderson, Kevin (2010) *Marx at the Margins: On Nationalism, Ethnicity, and Non-Western Societies*, Chicago: University of Chicago Press.
- Anderson, Perry (1974) *Lineages of the Absolutist State*, Londres: New Left Books.
- (1992) *A Zone of Engagement*, Londres: Verso.
- (2005) *Spectrum*, Londres: Verso.
- (2010) "Two Revolutions," *New Left Review* 61, ene/feb: 59–96.
- (2011) "Lucio Magri," *New Left Review* 72, nov/dic: 111–121.
- (2012) "After Nehru," *London Review of Books* 34(15), 2 de agosto, 2012: 21–36.
- Andreas, Joel (2012) "Sino-seismology," *New Left Review* 76, julio/agosto: 128–135.
- Arendt, Hannah (1963) *On Revolution*, Nueva York: Viking.

- Arrighi, Giovanni (1994) *The Long Twentieth Century*, Londres: Verso.
- (2007) *Adam Smith in Beijing*, Londres: Verso.
- (2009) “The Winding Paths of Capital”, *New Left Review* 56, marzo/abril: 61-94.
- Arrighi, Giovanni y Takeshi Hamashita y Mark Selden (2003) (eds.) *The Resurgence of East Asia: 500, 150 and 50 Year Perspective*, Londres: Routledge.
- Aston, T. H. y C. H. E. Philpin (1985) (eds.) *The Brenner Debate: Agrarian Class Struggle and Economic Development in Preindustrial Europe*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Avineri, Shlomo (ed.) (1969) *Marx on Colonialism and Modernization: His Dispatches and Other Writings on China, India, Mexico, the Middle East and North Africa*, Nueva York: Anchor Books.
- Badiou, Alain (2010) *The Communist Hypothesis*, Londres: Verso.
- Bairoch, Paul (1993) *Economics and World History: Myths and Paradoxes*, Chicago: University of Chicago Press.
- Ball, Joseph (2006) “Did Mao Really Kill Millions in the Great Leap Forward?” *Monthly Review* <http://monthlyreview.org/commentary/did-mao-really-kill-millions-in-the-great-leap-forward>.
- Banaji, Jairus (2010) *Theory as History: Essays on Modes of Production and Exploitation*, Leiden y Boston: Brill.
- Barlow, Tani (1997) (ed.) *Formations of Colonial Modernity in East Asia*, Durham, NC: Duke University Press.
- Bensaïd, Daniel (2002) *Marx for Our Times: Adventures and Misadventures of a Critique*, Londres: Verso.
- Benton, Gregor y Lin Chun (2009) (eds.) *Was Mao Really a Monster? The Academic Responses to Chang and Halliday's “Mao: The Unknown Story”*, Londres: Routledge.
- Bernal, Martin (1987) *Black Athena: the Afroasiatic Roots of Classical Civilization*, Londres: Vintage.
- Bernhardt, Kathryn (1992) *Rents, Taxes, and Present Resistance: Lower Yangzi Region, 1840-1950*, Stanford, CA: Stanford University Press.
- Bernstein, Henry (2001) “The Peasantry’ in Global Capitalism: Who, Where and Why?” *The Socialist Register* 37: 25–51.
- (2009) “Agrarian Questions from Transition to Globalization”, en Akram-Lodhi y Kay (eds.) *Peasants and Globalization: Political Economy, Rural Transformation and the Agrarian Question*, Nueva York: Routledge.
- (2010) *Class Dynamics of Agrarian Change*, Sterling, VA: Kumarian Press.

- (2013) “Historical Materialism and Agrarian History”, *Journal of Agrarian Change* 13(2): 310-329.
- Blackburn, Robin (1975) *Explosion in a Sub-continent: India, Pakistan, Bangladesh, Ceylon*, Londres: Penguin.
- Blaut, James M. (1993) *The Colonizer's Model of the World: Geographical Diffusionism and Eurocentric History*, Nueva York: Guilford Press.
- Blecher, Marc (1997) *China against the Tides: Restructuring through Revolution, Radicalism and Reform*, Londres: Pinter.
- Bo, Yibo 薄一波 (2008) *Several Major Decisions and Events in Retrospection 若干重大决策与事件的回顾*, Vols. 1 y 2, Beijing: Central Party History Publisher 中央党史出版社.
- Bourdieu, Pierre (1977) *Outline of a Theory of Practice*, Cambridge: Cambridge University Press.
- (1986) *Distinction: A Social Critique of the Judgment of Taste*, Londres: Routledge.
- Bramall, Chris (2004) “Chinese Land Reform in Long-Run Perspective and in the Wider East Asian Context”, *Journal of Agrarian Change* 4(1/2): 107-141.
- (2009) *Chinese Economic Development*, Londres: Routledge.
- Branstetter, Lee y Nicholas Lardy (2008) “China's Embrace of Globalization”, en Loren Brandt y Thomas Rawski (eds.) *China's Great Economic Transformation*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Braudel, Fernand (1980) *On History*, Chicago: University of Chicago Press.
- (1984) *The Perspective of the World: Civilization and Capitalism, 15th-18th Century*, Vol. 3, Londres: Fontana Press.
- (1992) *The Wheels of Commerce: Civilization and Capitalism*, Vol. 2, Berkeley: University of California Press.
- Brenner, Robert (2001) “The Low Countries in the Transition to Capitalism”, *Journal of Agrarian Change* 1(2), abril: 169-241.
- Brenner, Robert y Chris Isett (2002) “England's Divergence from China's Yangzi Delta: Property Relations, Micro-economics and Patterns of Development”, *The Journal of Asian Studies* 61(2), mayo: 609-662.
- Brook, Timothy (ed.) (1989) *The Asiatic Mode of Production in China*, Armonk, NY: M. E. Sharpe.
- Buck-Morss, Susan (2009) *Hegel, Haiti, and Universal History*, Pittsburgh, PA: University of Pittsburgh Press.
- (2010) “The Second Time as Farce . . . Historical Pragmatics and the Untimely Present”, en Costas Douzinas y Slavoj Žižek (eds.) *The Idea of Com-*

munism, Londres: Verso: 67–80.

Buraway, Michael (2009) “Working in the Tracks of State Socialism”, *Capital and Class* 98: 33-64.

Cartier, Carolyn (2002) “Origins and Evolution of a Geographical Idea: The ‘Macroregion’ in China”, *Modern China* 28(1): 79-143.

Chakrabarty, Dipesh (2000) *Provincializing Europe: Postcolonial Thought and Historical Difference*, Princeton, NJ: Princeton University Press.

Chan, Kam Wing (2012) “Migration and Development in China: Trends, Geography and Current Issues”, *Migration and Development* 1(2) diciembre: 187-205.

Cheek, Timothy (1998) “From Market to Democracy in China: Gaps in the Civil Society Model”, en Juan D. Lindau y Cheek (eds.) *Market Economics and Political Change: Comparing China and Mexico*, Lanham, MD: Rowman & Littlefield: 219–254.

Chen, Kuan-Hsing (2010) *Asia as Method*, Durham, NC: Duke University Press.

Cohen, Myron (1993) “Cultural and Political Inventions in Modern China: The Case of the Chinese ‘Peasant’”, *Daedalus* 122 (2) primavera: 151-170

Cohen, Paul (1984), *Discovering History in China: American Historical Writing on the Recent Chinese Past*, Nueva York: Columbia University Press.

Cole, Andrew y D. Vance Smith (2010) *The Legitimacy of the Middle Ages: On the Unwritten History of Theory*, Durham, NC: Duke University Press.

Cole, G. D. H. (1956) *Socialist Thought: The Forerunners, 1789–1850 (A History of Socialist Thought Vol. I)*, Londres: Macmillan.

Cui, Zhiyuan 崔之元 (1996) “Angang Constitution and Post-Fordism” “鞍钢宪法与后福特主义”, *Raading 法书*, 1: 11-12.

— (2005) “Liberal Socialism and the Future of China: A Petty Bourgeois Manifesto”, en Tian Yu Cao (ed.) *The Chinese Model of Modern Development*, Londres: Routledge: 157-174.

— (2011) “Partial Intimations of the Coming Whole: The Chongqing Experiment in Light of the Theories of Henry George, James Meade, and Antonio Gramsci”, *Modern China* 37(6), noviembre: 646-660.

Cumings, Bruce (2011) “The ‘Rise of China?’”, en Katherine Lynch, Robert Marks y Paul Pickowicz (eds.) *Radicalism, Revolution, and Reform in Modern China*, Lanham, MD: Lexington: 185-208.

Dahl, Robert (1985) *A Preface to Economic Democracy*, Cambridge: Polity.

- (1989) *Democracy and Its Critics*, New Haven, CT: Yale University Press.
- Dallmayr, Fred y Zhao Tingyang (2012) *Contemporary Chinese Political Thought: Debates and Perspectives*, Lexington: University Press of Kentucky.
- Davidson, Neil (2012) *How Revolutionary Were the Bourgeois Revolutions?*, Chicago: Haymarket Books.
- Davis, Mike (2001) *Late Victorian Holocausts: El Niño Famines and the Making of the Third World*, Londres: Verso.
- Dawson, Raymond (1964) *The Legacy of China*, Oxford: Clarendon.
- Day, Alexander (2008) “The End of the Peasant? New Rural Reconstruction in China”, *Boundary 2*, verano: 49-73.
- Day, Alexander (2013) *The Peasant in Postsocialist China: History, Politics, and Capitalism*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Deng, Wei, Gu Xingyuan y Zha Bo (1997) “Changes and Trends of China’s Mortality Rates,” 邓伟, 顾杏元, 查波, “中国人口死亡率的变化及趋势”, *The Chinese Journal of Health Statistics* 中国卫生统计, 14(3): 31-33.
- Dirlik, Arif (1978) *Revolution and History: The Origins of Marxist Historiography in China, 1919–1937*, Berkeley: University of California Press.
- (1989) “Postsocialism? Reflections on ‘Socialism with Chinese Characteristics’,” en Dirlik y Maurice Meisner (eds.) *Marxism and the Chinese Experience*, Armonk, NY: M. E. Sharpe.
- (1994) *After the Revolution: Waking to Global Capitalism*, Middletown, CT: Wesleyan University Press.
- (2011a) *Culture and History in Post-Revolutionary China: The Perspective of Global Modernity*, Hong Kong: The Chinese University Press.
- (2011b) “Back to the Future: Contemporary China in the Perspective of Its Past, circa 1980”, *Boundary 2*, 38(1), primavera: 7-52.
- Douzinis, Costas (2010) “Adikia: On Communism and Rights”, en Costas Douzinis y Slavoj Žižek (eds.) *The Idea of Communism*, Londres: Verso: 81-100.
- Dreze, Jean y Amartya Sen (2002) *India: Development and Participation*, Oxford: Oxford University Press.
- Du, Jianguo 杜建国 (2012) “Do Not Underestimate China’s High End Manufacturing”, 别低估中国高端制造业, *Global Times* 环球时报, 23 de julio.
- Duara, Prasenjit (1997) *Rescuing History from the Nation: Questioning Narratives of Modern China*, Chicago: University of Chicago Press.
- (2009) *The Global and Regional in China’s Nation-Foundation*, Londres: Routledge.
- (2010) *Culture, Power, and the State: Rural North China, 1900-1942*, Stanford, CA: Stanford University Press.

- Eagleton, Terry (2010) "Communism: Lear or Gonzalo?" en Costas Douzinas y Slavoj Žižek (eds.) *The Idea of Communism*, Londres: Verso: 101–110.
- (2011) *Why Marx Was Right*, New Haven, CT: Yale University Press.
- Elson, Diane (1988) "Market Socialism or Socialism of the Market", *New Left Review*, noviembre/diciembre: 3-44.
- (2000) "Socialized Market, Not Market Socialism", *The Socialist Register* 36: 67-85.
- Elvin, Mark (1973) *The Pattern of the Chinese Past*, Londres: Methuen.
- (2004) "Some Reflections on the Use of 'Styles of Scientific Thinking' to Disaggregate and Sharpen Comparisons between China and Europe from Song to mid-Qing times", *History of Technology* 25: 53-103.
- (2008) "The Historian as Haruspex", *New Left Review* 52, julio/agosto: 83–109.
- Engels, Federico ([1849]1977) "The Magyar struggle," en Karl Marx y Friedrich Engels *Collected Works*, Vol. 8, Nueva York: International Publishers: 227-238.
- Epstein, S. R. (2000) *Freedom and Growth: The Rise of States and Markets in Europe, 1300–1750*, Londres: Routledge.
- Ertman, Thomas (1997) *Birth of the Leviathan: Building States and Regimes in Medieval and Early Modern Europe*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Evans, Peter (1995) *Embedded Autonomy: States and Industrial Transformation*, Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Fairbank, John King (1957) *Chinese Thought and Institutions*, Chicago: University of Chicago Press.
- Faulkner, Neil (2013) *A Marxist History of the World: From Neanderthals to Neoliberals*, Londres: Pluto.
- Fei, Xiaotong (1992), *From the Soil: The Foundations of Chinese Society*, traducción e introducción de Gary Hamilton y Wang Zheng, Berkeley: University of California Press.
- Fiskin, James, Baogang He, Robert Luskin y Alice Siu (2010) "Deliberative Democracy in an Unlikely Place: Deliberative Polling in China", *British Journal of Political Science*, 40(2): 435-448.
- Fourier, Charles (1996) *The Theory of the Four Movements*, Gareth Stedman Jones e Ian Patterson (eds.), Cambridge: Cambridge University Press.
- Frank, Andre Gunder (1978) *Dependent Accumulation and Underdevelopment*, Nueva York: Monthly Review Press.

- (1998) *ReOrient: Global Economy in the Asian Age*, Berkeley: University of California Press.
- Friedman, Eli y Ching Kwan Lee (2010) “Remaking the World of Chinese Labor: A 30-Year Retrospective”, *British Journal of Industrial Relations* 48(3), septiembre: 507-533.
- Fukuyama, Francis (2011) *The Origins of Political Order: From Prehuman Times to the French Revolution*, Londres: Profile.
- Gao, Liang 高粱(2013) “Changing Developmental Pattern Requires Systematic Thinking 转变发 展方式需要系 统 性的思考”, *Political Economy Review* 政治 经 济 学 评论 3.
- Gao, Mobo (2008), *The Battle for China's Past: Mao and the Cultural Revolution*, Londres: Pluto.
- Gellner, Ernest (1983) *Nations and Nationalism*, Oxford: Blackwell.
- Glete, Jan (2001) *War and the State in Early Modern Europe: Spain, the Dutch Republic and Sweden as Fiscal-military States, 1500 -1660*, Londres: Routledge.
- Goldstone, Jack (2008), *Why Europe? The Rise of the West in World History, 1500 –1850*, Maidenhead, Berkshire: McGraw-Hill Education.
- Goody, Jack (2006) *The Theft of History*, Cambridge: Cambridge University Press.
- (2010) *The Eurasian Miracle*, Cambridge: Polity.
- Gorz, Andre (1985) *Path to Paradise: On the Liberation from Work*, Londres: Pluto.
- Gramsci, Antonio (1971) *Selections from the Prison Notebooks of Antonio Gramsci*, Quintin Hoare y Geoffrey Nowell-Smith (eds.) Londres: Lawrence and Wishart.
- Gray, Jack (1974) “Politics in Command: The Maoist Theory of Social Change and Economic Growth”, *Political Quarterly* 45(1): 26-48.
- Griffin, Keith, A. R. Khan y Amy Ickowitz (2002) “Poverty and Distribution of Land”, *Journal of Agrarian Change* 2(3): 2002: 279-330.
- Guo, Sujian (2006) *The Political Economy of Asian Transition from Communism*, Aldershot: Ashgate.
- Han, Dongping (1999) “The hukou System and China's Rural Development”, *Journal of Developing Areas*, 33(3): 355-378.
- Han, Yuhai 韩 毓海 (2009) *Who Made the History of Past 500 Years: China and the World since 1500; 五百年来 谁 著史*, Beijing: Jiuzhou Publisher 九州出版社.

- Hann, Chris M. (1998) (ed.) *Property Relations: Renewing the Anthropological Tradition*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Hann, Chris y Keith Hart (2011) *Economic Anthropology*, Cambridge: Polity.
- Hardt, Michael (2010) "Production of the Common", en Costas Douzinas y Slavoj Žižek (eds.) *The Idea of Communism*, Londres: Verso, 131-144.
- Hardt, Michael y Antonio Negri (2005), *Multitude: War and Democracy in the Age of Empire*, Londres: Penguin.
- Harootunian, Harry (2002) "Postcoloniality's Unconscious/Area Studies' Desire", en Masao Miyoshi y Harootunian (eds.) *Learning Places: The Afterlives of Area Studies*, Durham, NC: Duke University Press: 150-174.
- Harvey, David (2001) "Globalization and the spatial fix", *Geographische Revue* 2: 23-30.
- (2005) *A Brief History of Neoliberalism*, Oxford: Oxford University Press.
- (2006) *Spaces of Global Capitalism: Towards a Theory of Uneven Geographical Development*, Londres: Verso.
- (2010) *The Enigma of Capital and the Crises of Capitalism*, Oxford: Oxford University Press.
- Hawthorn, Geoffrey (1991) *Plausible Worlds: Possibilities and Understanding in History and the Social Sciences*, Cambridge: Cambridge University Press.
- He, Xuefeng (2007) "New Rural Construction and the Chinese Path", *Chinese Sociology and Anthropology* 39(4): 26-38.
- He, Xuefeng 贺雨峰 (2010) *The Logic of Land Right: Wither China's Rural Land System? 地权的逻辑：中国农村土地制度向何处？* Beijing: University of Political Science and Law Press 中国政法大学出版社.
- Heilmann, Sebastian y Elizabeth Perry (2011) (eds.) *Mao's Invisible Hand: The Political Foundations of Adaptive Governance in China*, Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Hess, Charlotte y Elinor Ostrom (2007) "Introduction: An Overview of the Knowledge Commons", en Charlotte y Ostrom (eds.) *Understanding Knowledge as a Commons: From Theory to Practice*, Cambridge, MA: MIT Press: 3-26.
- Hindess, Barry y Paul Hirst (1977) *Pre-Capitalist Modes of Production*, Londres: Routledge.
- Hoare, Quintin y Geoffrey Nowell-Smith (1971) (eds.) *Selections from the Prison Notebooks of Antonio Gramsci*, Londres: Lawrence and Wishart.
- Hobsbawm, Eric ([1964]2011, "Marx on Pre-Capitalist formations", en *How to Change the World: Marx and Marxism 1840-2011*, Londres: Little, Brown: 127-175.

- (1994) *The Age of Extremes: The Short Twentieth Century*, Londres: Weidenfeld & Nicolson.
- (1998) *On History*, Nueva York: The New Press.
- (2012) *How to Change the World: Reflections on Marx and Marxism*, New Haven, CT: Yale University Press.
- Hodgson, Marshall (1974) *The Venture of Islam (vol.3): The Gunpower Empires and Modern Times*, Chicago: University of Chicago Press.
- Horkheimer, Max y Theodor Adorno (1972) *Dialectic of Enlightenment*, Nueva York: Herder and Herder.
- Hou, Yangfang (2003) “The Gross National Death Rate in Republic China,” 侯 杨 方, “民国时期中国人口的死亡率”, *The Chinese Journal of Population Science* 中国人口科学(5).
- Hough, Jerry (1977) *The Soviet Union and Social Science Theory*, Cambridge: Harvard University Press.
- Howard, Michael C. y John E. King (1988) “Lenin’s Political Economy, 1905-1914: The Prussian and American Paths to the Development of Capitalism in Russia”, *Historical Reflections/Reflexions Historiques* 15(3): 497-521.
- Howell, Jude (2012) “Civil Society, Corporatism and Capitalism in China,” *Journal of Comparative Asian Development* 11(2), diciembre: 271-297.
- Hsing, You-Tien (2010) *The Great Urban Transformation: Politics of Land and Property in China*, Oxford: Oxford University Press.
- Hsueh, Roselyn (2011) *China’s Regulatory State: A New Strategy for Globalization*, Ithaca, NY: Cornell University Press.
- Huang, Philip C. C. (1990) *The Peasant Family and Rural Development in the Yangzi Delta, 1350-1988*, Stanford, CA: Stanford University Press.
- (1995) “Rural Class Struggle in the Chinese Revolution: Representational and Objective Realities from the Land Reform to the Cultural Revolution”, *Modern China* 21(1): 105-143.
- (2011) “China’s New-Age Small Farms and Their Vertical Integration: Agribusiness or Co-ops?” *Modern China* 37(2): 107-134.
- (黄宗智) (2012a) “Introduction” a *China’s Hidden Agrarian Revolution* 中国的隐性农业革命 导论, Beijing: The Law Press 法律出版社.
- (黄宗智) (2012b) “The Basic Unit of China’s Economy, Past and Present: The Family or the Individual?” “中国过去和现在的基本经济单位家庭还是个?” *Scholarship Frontier* 学术前沿 3: 76-93.
- Huntington, Samuel (1968) *Political Order in Changing Societies*, New Haven, CT: Yale University Press.
- Hussain, Athar (2007) “Social Security in Transition”, en Vivienne Shue y

- Christine Wong (eds.) *Paying for Progress in China: Public Finance, Human Welfare and Changing Patterns of Inequality*, Londres: Routledge: 96-116.
- Jacques, Martin (2011) *When China Rules the World: The End of the Western World and the Birth of a New Global Order*, Londres: Penguin.
- Jameson, Fredric (2011) *Representing Capital: A Reading of Volume One*, Londres: Verso.
- (2012) “Red Plenty”, *New Left Review* 75, mayo/junio: 119-127.
- Jin, Xiaoding (2009) “A Critique of Jung Chang and Jon Halliday, Mao: The Unknown Story”, en Gregor Benton y Lin Chun (eds.) *Was Mao Really a Monster? The Academic Responses to Chang and Halliday’s “Mao: The Unknown Story”*, Londres: Routledge.
- Jossa, Bruno (2005) “Marx, Marxism and the Cooperative Movement”, *Cambridge Journal of Economics* 29: 3-18.
- Kaiwar, Vasant (2009) “Hybrid and Alternative Modernities: A Critical Perspective on Postcolonial Studies and the Project of Provincializing Europe”, en Sucheta Mazumdar, Vasant Kaiwar y Thierry Labica (eds.) *From Orientalism to Postcolonialism: Asia, Europe and the Lineages of Difference*, Londres: Routledge: 206-238.
- Karl, Rebecca (2002) *Staging the World: Chinese Nationalism at the Turn of the Twentieth Century*, Durham, NC: Duke University Press.
- Keynes, John Maynard ([1930]1972) “Economic Possibilities for Our Grandchildren”, en *Essays in Persuasion*, Londres: Macmillan.
- Kuruvilla, Sarosh, Ching Kwan Lee y Mary Gallagher (2011) (eds.) *From Iron Rice Bowl to Informalization: Markets, Workers, and the State in Changing China*, Ithaca, NY: Cornell University Press.
- Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe (1985) *Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics*, Londres: Verso.
- Lee, Chin Kwan (2007) *Against the Law: Labor Protests in China’s Rustbelt and Sunbelt*, Berkeley: University of California Press.
- Lefebvre, Henri (1974) *The Production of Space*, Oxford: Blackwell.
- Leibold, James (2012) “Toward a Second Generation of Ethnic Policies?” *China Brief* 12(13), 6 de julio.
- Lenin, Vladimir ([1905]1972) “Petty-Bourgeois and Proletarian Socialism”, *Proletary* 24, 7 de noviembre, *Collected Works*, Vol. 9, Moscú: Progress Publisher, <http://www.marxists.org/archive/lenin/works/1905/oct/25.htm>.

- ([1913]1977a) “The Awakening of Asia”, *Pravda*, en *Collected Works*, Vol. 19, Moscú: Progress Publisher: 65-66.
- ([1913]1977b) “Backward Europe and Advanced China”, *Pravda*, en *Collected Works*, Vol. 19, Moscú: Progress Publisher: 99-100.
- ([1920]1964) “Left-Wing” Communism: An Infantile Disorder, *Collected Works* 31, <http://www.marxists.org/archive/lenin/works/1920/lwc/>.
- Leonard Mark (ed.) (2012) *China 3.0*, Londres: The European Council on Foreign Relations.
- Levy, Marion J. (1963) *The Family Revolution in Modern China*, Nueva York: Octagon Books.
- Li, Bozhong (李伯重) (2003) *The Economic History of Jiangnan in Multiple Perspectives*, 多视角看江南经济史 Beijing: Sanlian Publisher 三联书店.
- Li, Qiang, Chen Yulin y Liu Jingming (2012) “A Study of the ‘Dynamic Advance Model’ of China’s Urban and Township Expansion”, “中国城镇化推进模式研究”, *Xinhua Digest* 新华文摘 20: 25-29.
- Lieberman, Victor (2009) *Strange Parallels vol.2, Mainland Mirrors: Europe, Japan, China, South Asia, and the Islands; Southeast Asiain Global Context, c.800–1830*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Lin, Chun (2000) “Participation and Recognition: The Transforming of (un)employment in China”, *New Political Science* 22(4): 529-552.
- (2005) “What Is China’s ‘Comparative Advantage?’”, en T. Y. Cao (ed.) *The Chinese Model of Modern Development*, Londres: Routledge, 264-276.
- (2006) *The Transformation of Chinese Socialism*, Durham, NC: Duke University Press.
- (2008a) “Against Privatization in China: A Historical and Empirical Argument”, *Journal of Chinese Political Science*, 13(1): 1-27.
- (2008b) “In Defence of a Participatory Socialism”, “为参与社会主义一辩”, *The Leader* 领导者, invierno: 151-160.
- (2009) “Challenging Privatization: A Conceptual and Theoretical Argument”, *Journal of Chinese Political Science*, 14(1): 21-48.
- Lindblom, Charles (1977) *Politics and Markets: The World’s Political-Economic Systems*, Nueva York: Basic Books.
- Losurdo, Dominico (2011) *Liberalism: A Counter History*, Londres: Verso. Edición española: *Contrahistoria del liberalismo*, El Viejo Topo, 2011.
- Lowe, Donald (1966) *The Function of “China” in Marx, Lenin and Mao*, Berkeley: University of California University Press.
- Lu, Qiyuan 卢麒元 (2012) “Reflections and Conclusions on the Economic System since the 14th Party Congress” (“对十四大以来经济制度与政策的思□□

- 总结”), *Hong Kong Economic Journal Monthly* vol. 427.
- Ly, Xinyu, 吕新雨 (2007) “Rural Construction, Nation State and China’s Path of Modernization”, “乡村建设、民族国家与中国的现代化道路,” en Huang Ping (ed.) *Earthbound China and Cultural Self-consciousness* 乡土中国与文化自觉, Beijing: Sanlian Publisher 三联书店.
- 吕新雨 (2012a) “City and Country in the Chinese and Western Perspectives”, “中西视野中的城市与乡村”, *Tianxia* 4.
- 吕新雨 (2012b) *The Rural World and Revolution: Three Critical Essays on Neoliberalism in China* 乡村与革命 – 中国新自由主义批判三书, Shanghai: East China Normal University Press 华东师范大学出版社.
- Lynch, Catherine (2011) “Radical Visions of Time in Modern China: The Utopianism of Mao Zedong and Liang Shuming”, en Lynch, Robert Marks y Paul Pickowicz (eds.) *Radicalism, Revolution, and Reform in Modern China*, Lanham, MD: Lexington: 29-54.
- Ma, Jun (2012) “Accountability without Elections”, en Mark Leonard (ed.) *China 3.0*, Londres: the European Council on Foreign Relations: 80–88.
- Ma, Shexiang 马社香 (2012) *An Oral History of Cooperative Movement in China’s Agriculture* 中国农业合作化运动口述史, Beijing: Central Documentary Compilation Publisher 中央文献出版社.
- MacPherson, C. B. (1962) *The Political Theory of Possessive Individualism: Hobbes to Locke*, Oxford: Oxford University Press.
- Maddison, Angus (2007) *The World Economy: A Millennial Perspective: Historical Statistics*, Bruselas: OECD.
- Mann, Michael (1986) *The Sources of Social Power, Vol. I: A History of Power from the Beginning to AD 1760*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Mao, Zedong ([1939]1991) “The Chinese Revolution and the Chinese Communist Party”, *Selected Works II*, Beijing: People’s Publishing House.
- ([1944]1983) “To Qin Bangxian”, 31 de agosto, en *Selected letters of Mao*, Beijing: People’s Publishing House.
- ([1949]1991) “On the People’s Democratic Dictatorship”, *Selected Works IV*, Beijing: People’s Publishing House.
- ([1955]1991) “The Socialist Upsurge in China’s Countryside”, *Selected Works V*, Beijing: People’s Publishing House.
- ([1958, 1959]1986) *Selective Writings of Mao Zedong*, Vol. 8, Beijing: Renmin Publishing House.
- ([1958, 1959]1999) *Selective Reading of Mao Zedong*, Vol. 2, Beijing: Renmin Publishing House.

- ([1959]1977) *A Critique of Soviet Economics*, Nueva York: Monthly Review Press.
- Marx, Karl (1844) *Economic and Philosophical Manuscripts*, <http://www.marxists.org/archive/marx/works/1844/manuscripts/labour.htm>.
- ([1852]2005) *The 18th Brumaire of Louis Bonaparte*, Nueva York: Mondial.
- ([1853]1979a) “Revolution in China and in Europe”, *Marx/Engels Collected Works*, Vol. 12, Nueva York: International Publishers: 93-100.
- ([1853]1979b) “The Future Results of British Rule in India”, *Marx/Engels Collected Works*, Vol. 12, Nueva York: International Publishers: 217-221.
- ([1857]1964) *Pre-Capitalist Economic Formations*, Londres: Lawrence and Wishart.
- ([1857-]1973) *Grundrisse: Foundations of the Critique of Political Economy*, Nueva York: Penguin.
- ([1858]1983) “To Engels”, *Marx/Engels Collected Works*, Vol. 40, Nueva York: International Publishers: 345–346.
- ([1861]1989) *Economic Manuscript of 1861-63*, en *Marx/Engels Collected Works*, Vol. 31, Nueva York: International Publishers.
- (1867) *Preface to the first German edition of Capital*, <http://www.marxists.org/archive/marx/works/1867-c1/p1.htm>.
- ([1867]1971) *Capital I: A Critical Analysis of Capitalist Production*, Londres: George Allen & Unwin.
- ([1871]1968) *The Civil War in France*, Nueva York: International Publishers.
- ([1874]1989) “Notes on Bakunin’s book *Statehood and Anarchy*”, *Marx/Engels Collected Works*, Vol. 24, Nueva York: International Publishers: 485–526.
- ([1877]1942) “Letter to the editorial board of *the Otechestvenniye Zapiski*”, en *Marx and Engels Selected Correspondence: 1846–1895*, Nueva York: International Publishers: 352: 353.
- ([1881]1989) “First Draft of Letter to Vera Zasulich”, *Marx/Engels Collected Works*, Vol.24, Nueva York: International Publishers, Vol. 24: 346-358.
- ([1894]1993) *Capital III: A Critique of Political Economy*, Londres: Penguin.
- Marx, Karl y Friedrich Engels ([1846]1968) *The German Ideology*, Moscú: Progress Publishers.
- ([1848]1998) *The Communist Manifesto*, Londres: Verso.
- Masioli, Itelvina y Paul Nicholson (2011) “Seeing Like a Peasant: Voices from

- La Vía Campesina”, en Hannah Wittman et al (eds.) *Food Sovereignty: Re-connecting Food, Nature and Community*, Oxford: Pambazuka Press: 33-44.
- Mazumdar, Sucheta (2009) “Locating China, Positioning America: Politics of the Civilizational Model of World History”, en Mazumdar, Vasant Kaiwar y Thierry Labica (eds.) *From Orientalism to Postcolonialism: Asia, Europe and the Lineages of Difference*, Londres: Routledge.
- McMichael, Philip (2009) “Food Sovereignty, Social Reproduction and the Agrarian Question”, en Akram-Lodhi y Kay, *Peasants and Globalization: Political Economy, Rural Transformation and the Agrarian Question*, Nueva York: Routledge: 288–312.
- Meisner, Maurice (1963) “The Despotism of Concepts: Wittfogel and Marx on China”, *The China Quarterly* 16, octubre-diciembre: 99-111.
- (1982) *Marxism, Maoism, and Utopianism: Eight Essays*, Madison: University of Wisconsin Press.
- (1989a) “Marx, Mao and Deng on the Division of Labor in History”, en Arif Dirlik y Maurice Meisner (eds.) *Marxism and the Chinese Experience*, Armonk, NY: M. E. Sharpe: 79-116.
- (1989b) “The Deradicalization of Chinese Socialism”, en Arif Dirlik y Maurice Meisner (eds.) *Marxism and the Chinese Experience*, Armonk, NY: M. E. Sharpe: 341-361.
- (1996) *The Deng Xiaoping Era: An Inquiry into the Fate of Chinese Socialism, 1978–94*, Nueva York: Hill & Wang.
- (1999) “The Significance of the Chinese Revolution in World History”, Londres: *LSE Asia Research Centre Working Papers* 1.
- (2007) “Capitalism, Communism, and Democracy in China: A Review Essay”, *The Progressive* 71:11, noviembre.
- Meszaros, Istvan (2008) *The Challenge and Burden of Historical Time*, Nueva York: Monthly Review Press.
- Miller, Ethan (2010) “Solidarity Economy: Key Concepts and Issues”, en Emily Kawano, Tom Masterson y Jonathan Teller-Ellsberg (eds.) *Solidarity Economy I: Building Alternatives for People and Planet*, Amherst, MA: Center for Popular Economics: 25-42.
- Miller, James (1978) “A Note on Primitive Accumulation in Marx and Preobrazhensky”, *Soviet Studies* 30(3), julio: 384–393.
- Mills, C. Wright (1951) *White Collar: The American Middle Classes*, Oxford: Oxford University Press.
- Moore, Barrington (1966) *Social Origins of Dictatorship and Democracy: Lord*

and Peasant in the Making of the Modern World, Boston, MA: Beacon.

- Naughton, Barry (2006) *The Chinese Economy: Transitions and Growth*, Cambridge, MA: MIT Press.
- Needham, Joseph (1976) *Science and Civilization in China*, Vol. 3, Cambridge: Cambridge University Press.
- Nolan, Peter (1976) "Collectivization in China: Some Comparisons with the USSR", *Journal of Peasant Studies* 3(2): 192–220.
- (2011) "Who Are We? Who Are They?" *New Perspectives Quarterly* 28(3), verano, http://www.digitalnpq.org/archive/2011_summer/17_nolan.html.
- (2012) *Is China Buying the World?* Cambridge: Polity.
- (2013) "Imperial Archipelagos: China, Western Colonialism and the Law of the Sea", *New Left Review* 80, marzo/abril: 77–95.
- Offe, Claus y Ulrich Preuss (1991) "Democratic Institutions and Moral Resources" en David Held (ed.) *Political Theory Today*, Stanford, CA: Stanford University Press: 143–171.
- Offe, Claus y Rolf Heinze (1992) *Beyond Employment: Time, Work and the Informal Economy*, Cambridge: Polity.
- Oi, Jean C. (1992) "Fiscal Reform and the Economic Foundations of Local State Corporatism in China", *World Politics* 45(1), octubre: 99–126.
- Olson, Mancur (1982) *The Rise and Decline of Nations: Economic Growth, Stagflation, and Social Rigidities*, New Haven, CT: Yale University Press.
- Pai, Hsiao-Hung (2012) *Scattered Sand: The Story of China's Rural Migrants*, Londres: Verso.
- Panitch, Leo y Sam Gindin (2012) *The Making of Global Capitalism: The Political Economy of American Empire*, Londres: Verso.
- Parthasarathi, Prasannan (2011) *Why Europe Grew Rich and Asia Did Not: Global Economic Divergence, 1600–1850*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Patnaik, Utsa (2002) "On Famine and Measuring 'famine deaths'," en Sujata Patel, Jasodhara Bagchi y Krishna Raj (eds.) *Thinking Social Science in India: Essays in Honor of Alice Thorner*, Londres: Sage.
- Patnaik, Utsa y Sam Moyo (2011) *The Agrarian Question in the Neoliberal Era: Primitive Accumulation and the Peasantry*, Oxford: Pambazuka Press.
- Pearson, Margaret M. (2007) "Governing the Chinese Economy: Regulatory Reform in the Service of the State", *Public Administration Review*, 67(4): 718–730.

- Perry, Elizabeth (1983) *Rebels and Revolutionaries in North China, 1845-1945*, Stanford, CA: Stanford University Press.
- (1999) “From Paris to the Paris of the East and Back: Workers as Citizens in Modern Shanghai”, *Comparative Studies in Society and History* 41(2), abril: 348–373.
- (2012) *Anyuan: Mining China’s Revolutionary Tradition*, Berkeley: University of California Press.
- Polanyi, Karl (1957) *The Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Time*, 2da ed., Boston, MA: Beacon.
- Pomeranz, Kenneth (2000) *The Great Divergence: Europe, China, and the Making of the Modern World Economy*, Princeton, NJ: Princeton University Press.
- (2008) “Chinese Development in Long-Run Perspective”, *Proceedings of the American Philosophical Society* 152(1) marzo: 83–100.
- Poulantzas, Nicos (2008) “Contemporary Classes in Capitalism” en *The Poulantzas Reader: Marxism, Law and the State*, Londres: Verso.
- Pun, Ngai y Chris King-Chi Chan (2008) “The Subsumption of Class Discourse in China”, *Boundary 2*, 35(2): 75–91.
- Pun, Ngai y Jenny Chan (2012) “Global Capital, the State, and Chinese Workers: The Foxconn Experience,” *Modern China* 38(4): 383–410.
- Pye, Lucien (1992) “Social Science Theories in Search of Chinese Realities”, *China Quarterly* 132, diciembre: 1161-70.
- Qin, Hui y Su Wen 秦晖, 苏文 (1996) *Eclogue and Rhapsody: The Guanzhong Model and An Reexamination of Early Modern Society* 田园诗与狂想曲—关模式与前近代社会的再认识, Beijing: Central Compilation and Translation Press 中央编译出版社.
- Rapp, John (1987) “The Fate of Marxist Democrats in Leninist Party-States: China’s Debate on the Asiatic Mode of Production”, *Theory and Society* 16: 709-740.
- Rawski, Evelyn y Thomas Rawski (2008) “Economic Change around the Indian Ocean in the Very Long Run”, ponencia presentada en la Harvard-Hitotsubashi-Warwick Conference, Venecia, julio.
- Rifkin, Jeremy (1995) *The End of Work: The Decline of the Global Labor Force and the Dawn of the Post-Market Era*, Nueva York: Tarcher.
- (2011) *The Third Industrial Revolution: How Lateral Power Is Transforming Energy, the Economy, and the World*, Londres: Palgrave.

- Riskin, Carl (1991) "Feeding China: The Experience since 1949", en Jean Dreze y Amartya Sen (eds.) *The Political Economy of Hunger* Vol. 3, Oxford: Clarendon: 15-58.
- (1998) "Seven Questions about the Chinese Famine of 1959–61", *Chinese Economic Review* 9(2), otoño: 111-124.
- (2012) "Harmony, Crisis, and the Facing of the Lewis Model in China", en Amiya K Bagchi y Anthony D'Costa (eds.) *Transformation and Development: The Political Economy of Transition in India and China*, Oxford: Oxford University Press: 152-172.
- Rose-Ackerman, Susan (2003) "Was Mancur a Maoist? An Essay on Kleptocracy and Political Stability", *Economics & Politics* 15, julio: 163–180.
- Rosenberg, Justin (1996) "Isaac Deutscher and the Lost History of International Relations", *New Left Review* 215, enero/febrero: 3–15.
- Rosenthal, Jean-Laurent y Wong, Bin (2005) "Another Look at Credit Markets and Investment in China and Europe before the Industrial Revolution," *Yale University Economic History Workshop*.
- (2011), *Before and Beyond Divergence: The Politics of Economic Change in China and Europe*, Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Rousset, Pierre (2009), "Marxism(s), Revolution, and the Third World: Thoughts on the Experiences of Successive Generations in Europe and East Asia", en Sucheta Mazumdar et al. (eds.) *From Orientalism to Postcolonialism: Asia, Europe and the Lineages of Difference*, Londres: Routledge: 154-173.
- Runciman, W. G. (ed.) (1978) *Weber: Selections in Translation*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Sartori, Giovanni (1987) *The Theory of Democracy Revisited*, Chatham, NJ: Chatham House.
- Schmitt, Carl (2007) *The Concept of the Political*, Chicago: University of Chicago Press.
- Schram, Stuart (1966) *Mao Tse-Tung*, Harmondsworth: Penguin.
- Shultz, Theodore (1964) *Transforming Traditional Agriculture*, New Haven, CT: Yale University Press.
- Schumpeter, Joseph (1962) *Capitalism, Socialism and Democracy*, 3ra ed., Nueva York: Harper Torchbooks.
- Schweickart, David (2011) *After Capitalism*, 2da ed., Plymouth: Rowman & Littlefield.
- Scott, James (1976) *The Moral Economy of the Peasant: Rebellion and Subsistence*

- in Southeast Asia*, New Haven, CT: Yale University Press.
- (1985) “Socialism and Small Property—or, Two Cheers for the Petty Bourgeoisie”, *Peasant Studies* 12(3): 185-197.
- Selden, Mark (1982) “Cooperation and Conflict: Cooperative and Collective Formation in China’s Countryside”, en Selden y Victor Lippit (eds.) *The Transition to Socialism in China*, Armonk, NY: M. E. Sharpe.
- Sen, Amartya (1983) *Poverty and Famines: An Essay on Entitlement and Deprivation*, Oxford: Oxford University Press.
- (2000) *Development as Freedom*, Nueva York: Knopf.
- (2011) “Quality of Life: India vs. China”, *New York Review of Books*, 12 de mayo.
- Shanin, Theodore (1983) *Late Marx and the Russian Road: Marx and the Peripheries of Capitalism*, Nueva York: Monthly Review Press.
- Shi, Zhengfu y Liu Chang (2012) “Socialization of Property Rights: A Strategy for SOE Reform in China”, *Modern China* 38(6): 677-693.
- Skinner, William (1977) *The City in Late Imperial China*, Stanford, CA: Stanford University Press.
- (1985) “The Structure of Chinese history”, *Journal of Asian Studies* 44(2), febrero: 271—292.
- Skocpol, Theda (1979) *State and Social Revolution: A Comparative Analysis of France, Russia, and China*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Smith, Adam ([1776]1976) *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, Chicago: University of Chicago Press.
- Smith, Steve A. (2002) *Like Cattle and Horses: Nationalism and Labor in Shanghai 1895–1927*, Durham, NC: Duke University Press.
- Stedman Jones, Gareth (1975) “Class Struggle and the Industrial Revolution”, *New Left Review* 90, marzo/abril: 35-69.
- (2004) *An End to Poverty: A Historical Debate*, Londres: Profile Books.
- Strange, Susan (1986) *Casino Capitalism*, Oxford: Wiley-Blackwell.
- Sugihara, Kaoru (1996) “Agriculture and Industrialization: The Japanese Experience”, en Peter Mathias y John Davis (eds.) *Agriculture and Economic Growth*, Oxford: Blackwell, 148-166.
- (2003) “The East Asian Path of Economic Development: A Long-Term Perspective” en Giovanni Arrighi, Takeshi Hamashita y Mark Selden (eds.) *The Resurgence of East Asia: 500, 150 and 50 Year Perspective*, Londres: Routledge: 78-123.
- Sullivan, Lawrence (1990) “The Controversy over ‘Feudal Despotism’: Politics and Historiography in China, 1978–1982”, *The Australian Journal of Chinese Affairs* 23: 1-31.

- Therborn, Goran (2012) "Class in the 21st Century", *New Left Review* 78, noviembre/diciembre: 5-29.
- Thompson, Edward P. (1971) "The Moral Economy of the English Crowds in the 18th Century", *Past and Present* 50: 76-136.
- Tilly, Charles (1984) *Big Structures, Large Processes, Huge Comparisons*, Nueva York: Russell Sage Foundation.
- (1992) *Coercion, Capital, and European States, AD 990-1992*, Oxford: Blackwell.
- Trotsky, Leon (1959) *The Russian Revolution: The Overthrow of Tsarism and the Triumph of the Soviets*, —F. W. Dupee (ed.) Nueva York: Anchor Books.
- Unger, Roberto (1987) *Plasticity into Power*, Cambridge: Cambridge University Press.
- (1997) *Politics: The Central Texts*, Londres: Verso.
- Unger, Roberto y Cui Zhiyuan (1994) "China in the Russian Mirror", *New Left Review* 208, noviembre/diciembre: 78-87.
- Van Zanden, Jan Luiten (2011) "Before the Great Divergence: The Modernity of China at the Onset of the Industrial Revolution", *VOX*, 26 de enero, <http://www.voxeu.org/index.php?q=node/6051>, acceso el 15 de octubre de 2011.
- Veblen, Thorsten (1990) *Imperial Germany and the Industrial Revolution*, New Brunswick, NJ: Transaction.
- Vukovich, Daniel (2012) *China and Orientalism: Western Knowledge Production and the P. R. C.*, Londres: Routledge.
- Wade, Robert (1990) *Governing the Market: Economic Theory and the Role of Government in East Asian Industrialization*, Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Wade, Robert (2004) "The Ringmaster of Doha," *New Left Review* 25, enero/febrero: 146–152.
- Wakeman, Frederic (2009) *Telling Chinese History: A Selection of Essays*, Berkeley: University of California Press.
- Wallerstein, Immanuel (1991) *Unthinking Social Science: The Limits of Nineteenth-Century Paradigms*, Cambridge: Polity Press.
- (1999) *The End of the World as We Know It: Social Science for the 21st Century*, Minneapolis: University of Minnesota Press.
- (2004) *World-Systems Analysis: An Introduction*, Durham, NC: Duke University Press.

- Wang, Gungwu (2006) "Tianxia and Empire: External Chinese Perspective", Inaugural Tsai Lecture, Asian Center, Harvard University, mayo.
- Wang, Hui (2006) "Depoliticized Politics, from East to West", *New Left Review* 41, septiembre/octubre: 29-45.
- (2007) "The Politics of Imagining Asia: A Genealogical analysis", *Inter-Asia Cultural Studies* 8(1): 1-33.
- (2012a) "Political Repression and the Resurgence of Neoliberalism in China", en Mark Leonard (ed.) *China 3.0*, Londres: The European Council on Foreign Relations: 94-99.
- (2012b) "The Rumor Machine", *London Review of Books*, 34(9) mayo: 13-14.
- Wang, Shaoguang (2003) "The Problem of State Weakness", *Journal of Democracy* 14(1): 35-42.
- (2008) "The Great Transformation: The Double Movement in China", *Boundary 2*, 35(2):15-47.
- (2013) "The Story of Soybeans" "大豆的故事", *Open Times 开放时代* 3.
- Wang, Xiaoqiang 王小强 (2001) "Managing Cities as Managing State Asset: Real Estate without Bubbles in Hegang", "把城市作为国有资产来整体经营 鹤岗房地产没有泡沫", *Shanghai State Asset 上海国资* 11.
- 王小强 (2010) "Only Socialism Can Save China—part 3" "只有社会主义才能救中国—之三," *Sunny Research Advance 香港传真* 9: 1-93.
- 王小强 (2011) "Only Socialism Can Save China—part 4" "只有社会主义才能救中国—之四," *Sunny Research Advance 香港传真* 44: 1-110.
- Watts, Michael (2009) "The Southern Question: Agrarian Questions of Labor and Capital", en Akram-Lodhi y Kay, *Peasants and Globalization: Political Economy, Rural Transformation and the Agrarian Question*, Nueva York: Routledge: 262-288.
- Weber, Max (1968a) *The Religion of China*, Glencoe, IL: The Free Press.
- (1968b) *Economy and Society*, Nueva York: Bedminster.
- (1978) *Weber: Selections in Translation*, Cambridge: Cambridge University Press.
- (1986) *The City*, Glencoe, IL: The Free Press.
- Wen, Tiejun 温铁军 (2005) *The Sannong Problem and a Fin de Siecle Reflection* Reflection 三农问题与世纪反思, Beijing: Sanlian Publisher 三联书店.
- 温铁军 (1999) *An Investigation of Rural China's Basic Economic System* 中国农村基本经济制度调查, Beijing: China Economy Publisher 中国经济出版社.
- 温铁军 (2011) *Reading Southern Jiangsu* 解读苏南, Suzhou: Suzhou University Press 苏州大学出版社.
- Wertheim, Wim (1995) "Wild Swans and Mao's Agrarian Strategy", *Australia China Review*, agosto.

- Wittfogel, Karl (1957) *Oriental Despotism: A Comparative Study of Total Power*, New Haven, CT: Yale University Press.
- Wittman, Hannah, Annette Aurelie Desmarais y Nettie Wiebe (2010) (eds.) *Food Sovereignty: Reconnecting Food, Nature and Community*, Oxford: Pambazuka Press.
- Wolf, Eric (2010) *Europe and the People without History*, Berkeley: University of California Press, 2da ed.
- Wong, Bin (1997) *China Transformed: Historical Change and the Limits of European Experience*, Ithaca, NY: Cornell University Press.
- Wood, Ellen Meiksins (1999) *The Retreat from Class: A New "True" Socialism*, Londres: Verso.
- (2009) "Peasants and the Market Imperative: The Origins of Capitalism", en Akram-Lodhi y Kay, *Peasants and Globalization: Political Economy, Rural Transformation and the Agrarian Question*, Nueva York: Routledge: 37-56.
- Wood, Tony (2012) "Collapse as Crucible", *New Left Review* 74, marzo/abril 5-38.
- Wright, Erik Olin, et al. (1989) *The Debate on Classes*, Londres: Verso.
- Wrigley, A. E. (2004) "Malthus on the Prospects for the Laboring Poor", en A. E. Wrigley (ed.) *Poverty, Progress and Population*. Cambridge: Cambridge University Press, 229-248.
- Yang, Mao 杨毛 (2009) "No Land Reform, No China's Modernization 没有土地改革就没有中国的现代化", *Sunny Research Advance* 香港 传真38.
- Yang, Songlin 杨松林 (2013) *Someone Has to Tell the Truth: On "30 Million of Famine Death"* 总 要有人 说出真相: 关于 "饿死三千万", Haikou: Southern Sea Publishing House 南海出版公司.
- Yegenoglu, Meyda (1998) *Colonial Fantasies: Towards a Feminist Reading of Orientalism*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Zarrow, Peter (2005) *China in War and Revolution, 1895-1949*, Londres: Routledge.
- Zhang, Qian Forrest y John Donaldson (2008) "The Rise of Agrarian Capitalism with Chinese Characteristics: Agricultural Modernization, Agribusiness and Collective Land Rights", *The China Journal* 60: 25-47.
- Zhao, Huaquan 赵华 荃 (2012) "A Quantitative Analysis and Evaluation of the Mainstay of Public Ownership" (关于公有制主体地位的量化分析和评价), *Contemporary Economic Research* 当代经济研究: 3.
- Zhao, Tingyang (2011) *The Tianxia System: Introduction to the Philosophy of*

World Institutions, 天下体系: 世界制度哲学 导论, Beijing: People's University Press, 人民出版社.

Zhao, Yuezhi (2008) *Communication in China: Political Economy, Power, and Conflict*, Lanham, MD: Rowman & Littlefield.

— (2009) "Communication, the Nexus of Class and Nation, and Global Divides: Reflections on China's Post-Revolutionary Experiences," *Nordicom Review*, Jubilee Issue (número por el jubileo): 91-104.

— (2012) "The Struggle for Socialism in China: The Bo Xilai Saga and beyond", *Monthly Review*, octubre: <http://monthlyreview.org/2012/10/01/the-struggle-for-socialism-in-china>.

Žižek, Slavoj (2009) *First as Tragedy, Then as Farce*, Londres: Verso.

Índice onomástico

- Adorno, Teodoro 248
Alemania 65, 295
Amin, Samir 268, 284, 288, 292, 296, 301
Anderson, Perry 10, 81, 164, 223, 240, 245, 282, 283, 303
Apple, suministradores de 104
Arrighi, Giovanni 24, 27, 57, 206, 207, 243, 280, 296, 304, 320
- Badiou, Alan 67, 304
Bakunin, Mijaíl 165, 315
Banco Mundial 103, 107, 108, 260, 291
Bandung 252, 301
Barshefsky, Charlene 82
Ben Bella, Ahmed 299
Benjamin, Walter 271
bienes comunes 181, 198, 200, 202, 219, 224, 225, 228, 245, 255, 270
Blecher, Marc 289, 305
bloque soviético 90, 155
Bo, Xilai 260, 262, 300, 324
Braudel, Fernand 26, 53, 57, 87, 280, 290, 305
Brenner, Robert 52, 239, 240, 299, 304, 305
- Brown, Kerry 263, 310
- Carnegie Endowment for International Peace 261
Chen, Xiwen 187, 190, 292
clase media 68, 94, 142, 156, 166
clase obrera 66-8, 91, 156, 160-7, 212, 281
colectivización 71, 76, 99, 144, 159, 160, 168, 215, 217, 226
colonialismo 19, 41, 77, 115, 241, 244, 247, 248, 251
Comisión Estatal de Regulación de Títulos 108
Comuna de París 148, 227, 253
Comuna de Shanghai 228
comunidades 71, 138, 144, 160, 173, 203, 204, 214, 217, 228
comunismo 10, 36, 42, 66, 72, 111, 113, 119, 145, 183, 198, 219, 231, 245, 265, 291
Condorcet, Marqués de 34, 73, 220
Conferencia Política Consultiva del Pueblo 96
Congreso Nacional del Pueblo 283
Consenso de Beijing 115, 116, 252
Consenso de Washington 115

Corea del Sur 242
 Cui, Zhiyuan 10, 165, 294, 306, 321
 Cumings, Bruce 250, 306

 Dahl, Robert 143, 148, 306
 Dalai Lama 293
danwei 144
 Davis, Mike 192, 238, 242, 283, 299, 307, 320
 Deng, Xiaoping 38, 93, 110, 283, 307, 316
 desarrollismo 93, 120, 126, 140, 192
 desarrollo desigual 23, 121, 153
 descolectivización 144, 160, 168, 215
 desetnización 126
 desglobalización 103
 desindustrialización 46, 88, 155
 Dirlík, Arif 36, 56, 74, 243, 254, 256, 257, 286, 287, 301, 307, 316
 Dobb, Maurice 299
 Duara, Prasenjit 16, 56, 72, 307

 East India Company 299
 ecosocialismo 163, 289
 Ejército Popular de Liberación (EPL) 96, 227
 Ejército rojo 277
 Elvin, Mark 44, 51, 58, 209, 308, 315
 empresa
 de distritos y aldeas (EDA) 124, 170, 178, 291
 de propiedad privada (EPP) 85, 132, 134
 de propiedad estatal (EPE) 85, 86, 92, 104, 130-4, 150, 155, 199, 260, 263, 268, 287
 Engels, Friedrich 22, 33, 34, 42, 270, 295, 308, 315
 esclavitud 34, 45, 71, 238, 239
 Escuela Central del Partido 97
 Estados Unidos 19, 24, 81-4, 119, 193, 242, 258, 267, 284, 300, 301
 estatismo 113, 145, 202
 Eurasia 39, 158, 309
 eurocentrismo 247

 Faulkner, Neil 68, 281, 308
 federalismo
 cuasi- 126
 Fei, Xiaotong 178, 211, 291, 308
 financiarización 24, 53, 87, 207, 243, 258, 280
 Fondo Monetario Internacional (FMI) 103
 Food First 252
 Fourier, Charles 297, 298, 308
 Foxconn 104, 285, 318
 Friedman, Eli 105, 155, 285, 309

 Gellner, Ernest 309
 George, Henry 294, 306
 Graeber, David 298
 Gramsci, Antonio 110, 146, 269, 271, 306, 309, 310
 Gran Salto Adelante 75
 Guerra de Corea 114
 Guerra Fría 36, 47, 73, 91, 100, 111, 119, 193, 255, 256
 Guerras del opio 237
 Gunder Frank, Andre 237
 Guo, Shuqing 285

 hambruna 77-8, 238, 283

Hann, Chris 254, 290, 297, 310
 Hardt, Michael 158, 165, 219, 251, 304, 310
 Hart, Keith 290, 297, 310
 Harvey, David 24, 25, 82, 88, 90, 103, 141, 155, 192, 198, 239, 279, 295, 299, 310
 He, Xuefeng 292, 294, 310
 Hegel, G. W. F. 34, 35, 60, 145, 305
 Hobsbawm, Eric 44, 45, 159, 199, 205, 277, 310
 Hoover Institution 261
 Horkheimer, Max 248, 311
 Huang, Philip C. C. 51, 166, 184, 186, 206, 209, 290, 311
 Huang, Qifan 294, 296, 301
hukou 173, 309

 imperialismo 18, 19, 20, 24, 37, 53, 87, 198, 241, 248, 251, 255, 265
 imperio chino 52, 59, 60, 206
 Inglaterra 47, 52, 54, 57, 238, 296
 India 33, 35, 39, 46, 53, 57, 59, 78, 83, 137, 158, 193, 206, 237, 238, 242, 246, 251, 267, 282, 283, 290, 299, 303.7, 315, 317-20
 Índice de Desempeño Ambiental 175
 industrialización 21, 26, 46, 53, 54, 58, 59, 70, 76, 88, 145, 155, 179, 190-2, 195-7, 208-10, 216, 226, 237, 239, 246, 291, 298
 ingreso básico 220-2, 297
 internacionalismo 67, 167, 193, 241, 248, 251, 287
 involución 51, 58, 72, 184

 Jiang, Zemin 110
 Jintao, Hu 108

 Johnson, Chalmers 279

 Kautsky, Karl 295
 Keynes, John Maynard 223, 298, 312

 La Vía Campesina 158, 293, 316
 Lasalle, Ferdinand 290
 Lenin, Vladimir 18, 35, 44, 65, 127, 189, 225, 271, 276, 277, 291, 294, 295, 302, 311-3, 318
 Li, Changping 294
 Li, Keqiang 108
 Liang, Shuming 210, 314
 Lin, Zulian 106
 línea de masas 68, 129, 143, 148, 252, 261, 262, 269, 275
 lucha de líneas 261
 Lukács, Georg 271
 Luxemburg, Rosa 24

 Malthus, Thomas Robert 294, 323
 Mao, Zedong 30, 37, 65, 68, 72, 73, 76, 78-81, 99, 101, 104, 118, 123, 139, 143.5, 149, 153, 154, 169, 203, 205, 209, 215, 216, 226.8, 250, 252, 253, 255, 261, 269, 271, 281-4, 289, 290, 293, 296, 298, 302, 304, 309, 310, 312, 313, 314, 316, 319, 323
 Marx, Karl 9, 22, 25, 30, 33-5, 38-45, 48, 49, 52, 65-7, 141, 148, 161.3, 165, 183, 197-9, 206, 217, 218, 223, 226, 238-42, 253, 258, 259, 265-7, 270, 276, 280, 291, 295, 303, 304, 308, 310, 311, 312, 313, 315, 316, 320, 329
 materialismo histórico 24, 33, 45, 68, 235, 257

Meade, James 290, 306
 medioambiente, medioambiental(es)
 contaminación 82, 94, 115, 142,
 164, 173, 175, 182, 183, 192, 267,
 292
 devastaciones 49, 102, 121, 164,
 242
 protección 133
 Meisner, Maurice 10, 39, 71, 80, 81,
 98, 109, 149, 201, 253, 269, 307,
 316
 Medio Oriente 246
 México 44, 88, 158, 304, 306
 milagro de Asia Oriental 207
 Mill, John Stuart 248, 290, 297
minsheng 136, 137, 140-2, 174, 221,
 263
 modelo
 de Chongqing 96, 260-4, 284,
 294, 300, 301, 306
 de Guangdong 106, 260
 modo de producción
 asiático 34, 42, 44
 capitalista 87, 219
 feudal 18, 37, 42, 43, 45, 59,
 162, 173, 206, 224, 226, 295
 tributario 43, 44
 Moore, Barrington 73, 316
 Morgan, L. H. 218
 Movimiento de los Trabajadores
 Rurales Sin Tierra 167

 Nueva Política Económica 127, 276,
 295

 Olson Mancur 317
 Organización Mundial de Comercio
 (OMC) 82, 83, 92, 136, 182

 Paine, Thomas 162
 Países Bajos 58
 panasianismo 250
 Partido Comunista Chino (PCCh)
 38, 68, 74, 78, 95, 110-2, 146, 161,
 167, 263, 281
 Patnaik, Utsa 78, 193, 194, 317
 Polanyi, Karl 25, 104, 192, 198,
 259, 295, 318
 Pomeranz, Kenneth 51, 318
 populismo 123, 144, 224, 226, 291,
 298
 poscapitalista 116, 160, 168, 195,
 196, 203, 230, 267
 poscolonial 17, 21, 41, 73, 89, 113,
 117, 213
 poscomunista 90, 102, 170, 258,
 266, 271
 postindustrial 46, 163, 195, 196, 223
 postsocialista 69, 98, 105, 119, 122,
 224, 267, 277
 precapitalista 22, 33, 35, 41, 43, 45,
 51, 160, 168, 212, 218, 224, 229,
 241, 265, 295
 precariado 155
 presocialista 224
 privatización 84, 92, 100, 104, 107-
 9, 125, 131, 135, 150, 155, 160,
 170-2, 174, 187-91, 195, 199, 225,
 260, 291, 297
 privilegio del atraso 23, 121
 productores directos 7, 23, 60, 111,
 153, 161-8, 176, 187, 191, 194,
 195, 199, 201, 202, 213, 216-9,
 223, 228-30, 255, 259, 270, 289,
 296
 proletarización 59, 156, 163, 170,
 181, 200, 206

Proudhon, Pierre-Joseph 163, 165, 290
 proudhonismo 165
 Pye, Lucien 20, 318

Qin 54, 55, 189, 314, 318
 Qing 18, 47, 50, 55, 56, 57, 286, 308
 Quah, Danny 286

Rand Corporation 261
 reforma política 109
 régimen de bien público 75, 137
 retención del excedente 200
 revolución
 1848 22, 162, 315
 1911 18, 36, 291
 1917 65
 burguesa 69
 campesina 68, 160, 212
 comunista 18, 67-70, 116, 120, 143, 144, 163, 168, 230, 252, 265, 270, 271
 de colores 275
 francesa 299
 haitiana 248
 industrial 47, 48, 54, 58, 162, 207, 208, 236, 239, 281
 industrial 207-9, 255
 rusa 66
 social 45, 137, 165, 241, 269
 socialista 65, 101
 Revolución Cultural 30, 36, 75.81, 99, 144, 217, 223, 253, 264, 290, 298
 Revolución Verde 182, 196, 209, 295
 Ricardo, David 294
 Riskin, Carl 77, 319

Rusia 65-7, 101, 127, 170, 217, 265, 266, 295, 299
 mir 66, 218
 narodnik 66, 225
 zarista 265

salario social 220-2
 Sartori, Giovanni 80, 319
 Schultz, Theodore 208
 Schumpeter, Joseph 25, 319
 Scott, James 196, 205, 320
 sector público 84, 108, 129-36, 148, 150, 230, 268
 Sen Amartya 320
 sesgo urbano 76, 144
 sindicatos 88, 105, 147, 176
 sinología 21
 Skinner, William 48, 206, 320
 Skocpol, Theda 73, 320
 Smith, Adam 26, 27, 30, 58, 206, 254, 287, 296, 320
 soberanía alimentaria 182, 191, 293
 socialismo agrícola 224, 298
 socialismo comunal 227, 228
 socialismo europeo 35
 socialismo y atraso 74
 Stedile, João Pedro 167
 Sugihara, Kapru 207, 320
 Sun Jingxian 283
 Sun, Zhongshan 118, 294

Taiwán 115, 242
 Tao, Xingzhi 211
 teoría de la dependencia 121, 136, 200
 Therborn, Goran 72, 158, 285, 321
 Thompson, E. P. 196, 296, 321
 Tibet 126, 177, 293

tierra	280, 321
derecho a la 161, 171, 172, 184	Wang, Hui 20, 269, 279, 280, 322
privatización de la 160, 170, 188,	Wang, Shaoguang 10, 289, 322
195	Weber, Max 30, 47, 48, 55, 99, 245,
Tilly, Charles 40, 321	279, 319, 322
Tocqueville, Alexis de 144, 146	Wen, Tiejun 188, 291, 294, 322
tres principios del pueblo 137, 252	Wertheim, Wim 77, 282, 323
Trotsky, León 23, 321	Wukan 103, 173
Unger, Roberto 148, 164-6, 272,	Yan, Yangchu 211
291, 319, 321	Yang, Songlin 283, 323
Unión Soviética 19, 149, 277, 283	Zanden, Jan Luiten van 58, 303
urbanismo 168, 199, 245	Zasulich, Vera 217, 315
urbanización 100, 171-6, 191, 192,	Zhao, Yuezhi 99, 262, 324
195, 199, 204, 254, 255, 264, 292	Žižek, Slavoj 264, 305, 307, 308,
urbano-rural 124, 179, 180, 263	310, 324
Wallerstein, Immanuel 24, 59, 103,	Zoellick, Robert 107

